
Un otoño para ser feliz
JULIE OLIVIA
MONTENA


Un otoño para ser feliz
JULIE OLIVIA
MONTENA

JULIE OLIVIA

Un otoño para ser feliz

Traducción de **Cristina Zuil**

MONTENA

Este me lo dedico a mí misma.
A la Julie de seis años que se desenvolvió
como pudo en la actuación de Spice Up Your Life
del concurso de talentos.
Aunque nadie lo recuerda. Espero



Nota de la autora

Este libro es mi carta de amor a los meses de otoño y a los últimos años de los noventa. Incluye festivales de la cosecha, alfombras de hojas, celebraciones de Halloween y tartas de Acción de Gracias. Preparaos también para un par de clichés típicos de las comedias románticas de los noventa. No he podido evitarlo.

Aunque este libro rebosa nostalgia, diversión y espíritu otoñal, me gustaría avisar de que en él también hay:

- Escenas sexuales explícitas.
- Lenguaje malsonante.
- Referencias a la muerte de un progenitor por infarto.
- Luto por un ser querido.
- Abandono y distanciamiento maternal.
- Divorcio.
- Referencias a infidelidades (no de los personajes principales).

Cuida tu corazón mientras lees. Y, ahora, coge una manta,

enciende una cálida velita y vuelve al otoño de 1997.

Un beso,

JULIE O.

Lista de reproducción

1. *One Headlight,* The Wallflowers
2. *There She Goes,* Sixpence None the Richer
3. *No Rain, Blind* Melon
4. *Dreams,* The Cranberries
5. *Real World,* Matchbox Twenty
6. *Say You'll Be There,* Spice Girls
7. *Black,* Pearl Jam
8. *I Want You,* Savage Garden
9. *I Put a Spell on You,* Nina Simone
10. *Sex & Candy,* Marcy Playground
11. *Lovefool,* The Cardigans
12. *Linger,* The Cranberries
13. *You Gotta Be,* Des'ree
14. *Come as You Are,* Nirvana
15. *You Were Meant for Me,* Jewel
16. *Save Tonight,* Eagle-Eye Cherry
17. *Head Over Feet,* Alanis Morissette

18. *Uptown Girl,* Billy Joel
19. *If It Makes You Happy,* Sheryl Crow



Prólogo
MICHELLE

JULIO DE 1997

Me he preparado lo mejor que he podido para lo que me espera hoy. He elegido un vestido negro sencillo, he cogido las flores y me he reunido con el cura. Sin embargo, contarle a mi familia en el velatorio de mi madre que me he divorciado no entraba en mis planes.

—Tengo que irme dentro de cinco minutos —me susurra Allen, brusco, al oído.

—Lo sé.

—Si no se lo cuentas tú, lo haré yo.

Aprieto los dientes.

—Lo sé.

Allen no puede perder su avión. Mi exmarido podría haber reservado el vuelo al día siguiente al velatorio, por supuesto, pero, dado que legalmente ya no le ata nada a mi familia, supongo que es irrelevante si presenta o no sus respetos a su exsuegra.

Deslizo el colgante por la delgada cadena que llevo al cuello mientras observo cómo se arrastra por la capilla la larga fila de

asistentes. Le dedico una sonrisa forzada a una persona que no conozco.

Inhalo con fuerza y dejo escapar el aire poco a poco.

—No deberíamos hacerlo hoy.

Allen desvía la mirada y frunce los labios.

—Ya, pero sí que deberíamos decírselo juntos y eso solo podemos hacerlo hoy. Es lo correcto.

«Es lo correcto».

Hace dos meses, una chica mucho más alegre y joven que yo llamó a nuestra casa para asegurarme que no sabía que Allen estaba casado. Como él, también dijo que sentía que decir la verdad era «lo correcto».

No hago ningún comentario sobre sus incoherencias morales. No merece la pena discutir si no voy a ganar.

Deberíamos haberle contado a mi familia que habíamos decidido divorciarnos. La suya lo sabe desde hace semanas. Pero, cuando la salud de mi madre comenzó a decaer de repente, no encontramos el momento adecuado. Estaba terminando de rellenar los papeles del divorcio cuando me llamó mi padre y me dijo que había fallecido.

Allen se aclara la garganta, al mismo tiempo que se pasa las manos por la preciosa chaqueta de su traje hecho a medida. La mayoría de los hombres quizá toquetearían, nerviosos, los botones, pero Allen no es de los que muestran su debilidad en público. No lo hace cuando lleva la bata blanca en el hospital, y mucho menos en un vela-torio.

Varios asistentes proceden de la época en la que mi madre fue enfermera o son mis subordinados en el trabajo, pero no reconozco a muchos otros. Estos extraños muestran su luto con trajes

demasiado anchos o ropa pasada de moda, como si les hubiera costado encontrar prendas adecuadas. Una mujer mayor, junto al último banco, viste unos leotardos morados y el hombre a su lado lleva unas gafas de los setenta que le tapan toda la cara.

—¿Quién es esta gente? —musito.

Allen se encoge de hombros como respuesta.

Una familia se acerca al ataúd. Un hombre, una mujer y sus dos hijas son algunas de las caras nuevas. El hombre rodea con su enorme brazo a una adolescente larguirucha de pelo rubio y grasiento cubriéndole las mejillas hinchadas y húmedas por las lágrimas. Tiene apoyada en la cintura a una niña mucho más pequeña que juguetea con su corbata. La mujer, imagino que su esposa, permanece detrás de ellos con los brazos cruzados y un ramo de flores.

Me pregunto si serán felices. Allen y yo decidimos no tener hijos, como un equipo, como solíamos hacer siempre. Protegimos nuestras carreras y la bonita casa a la que no le pegarían los dibujos en las paredes. Las alfombras eran demasiado caras para que se derramara la leche sobre ellas. Los niños son un torbellino y nosotros somos tan… No.

Observo cómo el padre deja en el suelo a la pequeña, que lo busca con los brazos extendidos. Le coge el ramo a la mujer y pasea la mirada por el mar de cabezas inclinadas que inunda la pequeña capilla. Me pregunto a quién estará buscando. Desvía los ojos en nuestra dirección y los fija en los míos.

Nuestras miradas se bloquean, como una cremallera enganchada en la tela que, al tirar hacia arriba, se llevara consigo unos hilos. No logro apartar la vista. Y él tampoco.

En cierto sentido, es guapo de una manera clásica, igual que Allen. Tiene una mandíbula definida recién afeitada, con los pómulos altos sobre unas mejillas marcadas. La nuez le sobresale de un cuello más grueso que desciende hasta una clavícula bien perfilada, que se vislumbra bajo la camisa blanca abierta y la corbata que le ha aflojado su hija antes. Es más alto que los demás hombres de la cola y el traje se le ajusta a los hombros anchos. Sí, una belleza muy clásica.

Pero también tiene otros rasgos que lo hacen atractivo, características que no comparte con Allen. No lleva el pelo castaño recortado y peinado a la perfección, sino con un estilo «despreocupado», como si se hubiera echado cera, pero, nervioso, se hubiese pasado la mano por los mechones demasiadas veces. Tiene el puente de la nariz algo torcido y, aunque en los labios se le dibuja una fina línea, la comisura de un lado se le curva ligeramente; un fantasma de sonrisa que no logra hacer desaparecer ni siquiera en un velatorio.

Sus ojos desprenden paz, como si en su mente estuviera retirando una silla para que me sentara junto a él en nuestro espacio silencioso y preferente. Se reclina en el asiento. No se va a ir a ninguna parte.

Inspiro hondo, temblorosa. ¿Cómo puede parecer tan cómodo contemplando a una desconocida? Distraído, desvía los ojos hacia Allen antes de centrarlos de nuevo en mí. Noto su mirada en la boca del estómago, como si pudiera ver lo que oculto allí, como si supiera lo del divorcio.

—Pst.

El corazón se me instala en la garganta al oír la voz de mi

hermana, que ha asomado la cabeza por la puerta lateral del vestíbulo a nuestras espaldas.

—Shelly, ven.

Allen pone los ojos en blanco mientras Sara tira de mí hacia la sala. Trato de robarle un último vistazo al otro hombre, pero la puerta se cierra ante mis narices sin haberlo conseguido.

En mejores circunstancias, esta habitación sirve como suite nupcial. Un espejo ovalado de pie está apoyado en una esquina y hay una pequeña mesa rodeada de sillas acolchadas de caoba. Aún veo a mis tres damas de honor sentadas en un rincón cinco años atrás: Sara, la hermana de Allen y una antigua compañera de la universidad. No recuerdo cuándo fue la última vez que supe de ella.

—Tienes que hablar con papá —dice Sara, frenética.

Pestañeo y asiento.

—Vale.

—Lo he intentado, pero…

—No pasa nada —la interrumpo—. No te preocupes.

Se le curvan las comisuras de los labios rosados, pero la sonrisa no se le refleja en los ojos.

—Gracias. No sé cómo puedes parecer tan… —dice mientras mueve la mano hacia mi pose erguida— serena. Siempre da la impresión de que lo tienes todo bajo control.

Mi hermana pequeña es la más sensible de las dos. Es bajita, con esa clase de rubio platino natural por la que otras mujeres pagarían una millonada, lo contrario a mi pelo castaño, herencia de mi padre. Mientras que a mí me dieron doble ración de marrón con los ojos color café de mi madre, ella ha heredado el precioso azul de él, que ahora brilla debido a las lágrimas contenidas a duras penas. Rebosa

emociones suficientes como para cumplir el cupo por las dos. Me encanta que sea así.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien. —Sara, ausente, estira el brazo y me ahueca el pelo—. Vestida con estas prendas horribles de color negro. ¿Y tú? Allen está muy raro, aunque supongo que siempre es así.

Asiento, indiferente, mientras se me contrae el estómago.

Suspira.

—Hay mucha gente ahí fuera, ¿no?

Sara está divagando, por lo que trato de tranquilizarla con un casual:

—¿Has invitado a alguno de tus amigos de la escuela de arte?

Suelta una carcajada.

—Ni loca, harían que te diera un infarto. —Ambas nos quedamos cortadas. Enseguida abre mucho los ojos mientras aprieta los labios —. Ha sido…

—Sin querer —concluyo por ella—. Lo sé. —Intento sonreír—. No pasa nada, Sara.

Asiente a toda prisa para sí y arquea las cejas.

—Eh, bueno… Creo que todas esas personas vienen de Copper Run. Ya sabes que mamá era muy activa en el pueblo.

—Ya.

Hace un año, nuestros padres se mudaron a un pequeño pueblo en Vermont para abrir un coqueto *bed and breakfast*. En teoría, era de los dos, pero mi madre acabó poniendo toda el alma y su corazón en él. Tiene sentido que los habitantes de Copper Run hayan venido. Mi madre era el tipo de persona capaz de ganarse el respeto y cariño de la gente en tan solo un año. En mi caso, podría pasarme

dos en una habitación individual con una única persona y seguiríamos siendo extraños. Quizá por eso mi matrimonio se ha ido a la mierda.

—¿Y han venido hasta Seattle? —Me sorprendo—. Se han tenido que cruzar el país entero. ¿Habrán cerrado el pueblo?

—No seas cruel —me riñe Sara, divertida—. Son buena gente.

—Unos irresponsables —la provoco con una suave sonrisa que desaparece tan pronto como ha venido.

Me tiro del lóbulo de la oreja, donde le doy vueltas a la pequeña perla del pendiente.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

Sara se acerca el pulgar a la boca para morderse la uña.

—En esa esquina.

—Oye —digo, apartándole la mano—. No pasa nada. Yo estoy bien. Y tú lo estarás pronto.

Sara asiente despacio primero y deprisa después, antes de estrecharme en un fuerte abrazo. Se lo devuelvo hasta que por fin se aparta.

Le acaricio el hombro.

—Ahora vuelvo.

En el otro extremo de la suite nupcial, mi padre está sentado en una esquina alejada, observando la ciudad en el exterior a través del alto ventanal. La catedral hace esquina en la manzana, junto a una intersección donde tocar el claxon está a la orden del día y la luz verde del semáforo significa que deberías haber acelerado hace cinco segundos.

Papá tiene la mano apoyada en el lomo de Rocket, acariciándole ausente el aterciopelado pelaje blanco y negro. Tras un par de

palmaditas, el *border collie* aparta la cabeza lejos de él. Deambula hasta la pared contraria antes de lanzarme una mirada con la que parece decir: «Ale, ya lo he consolado. ¿Feliz?». A continuación, se deja caer sobre las patas traseras con más fuerza de la necesaria.

Le tocaba a Allen encontrar a alguien que se ocupara de Rocket hoy. Como era de esperar, no se molestó en hacerlo; igual que tampoco se molestó en decirme con tiempo que heredaría a su perro en el divorcio porque no podía sacarlo del país.

Rocket no me hace caso. Apenas deja que nadie lo acaricie. Pero ¿qué puedo hacer? El perro solo tenía dos posibles destinos: o quedarse conmigo, o seguir a Allen hasta un refugio. A un dandi como Rocket lo habría horrorizado y no soy ni de lejos tan despiadada. A decir verdad, el perro no debería estar en la capilla, pero no molestará a nadie. Bueno, a mí, haciéndome el vacío.

Mi padre ha dejado caer la mano junto a su costado, allí donde estaba Rocket, por lo que estiro el brazo y se la rodeo con los dedos.

—Hola —musita con una sonrisa apagada.

—¿Cómo vas?

—De maravilla. —Las bolsas bajo sus ojos me cuentan una historia distinta—. ¿Y tú?

—Bien —respondo.

Me suelta la mano para coger el colgante que llevo sobre el pecho.

—¿Es el de tu madre? —Toquetea la delgada cadena que serpentea hasta el hueco de mi clavícula—. Estás muy delgada.

—Estoy bien —repito.

—Se le daba genial elegir cosas bonitas —comenta mi padre, más para sí que para mí—. El collar. Las sábanas del hotel. ¿Sabes? Hay

unas servilletas que le encantan. Las de lino con las… —Se le quiebra la voz.

—Papá…

Se retuerce las manos mientras lanza un vistazo a la puerta cerrada que lleva a la capilla que no está tardando en llenarse.

—¿Quién ha venido?

—Al parecer, todo el pueblo de Copper Run.

—Ah —contesta con un amago de sonrisa en las comisuras de los labios—. Buena gente.

—Eso he oído.

—¿Qué tal lo está llevando Allen? —se interesa.

De forma involuntaria, aprieto los dientes.

—Bien.

—¿«Bien» es tu respuesta para todo hoy?

Se me escapa, reticente, una pequeña carcajada.

—Sí.

De reojo, veo que Rocket me mira a través de sus rasgados ojos perrunos. Aprieto los puños. El perro parece saber que necesito sacar el tema del divorcio, igual que el extraño de ahí fuera. Sin embargo, ¿cómo se lo digo a Sara y a mi padre? «Hola. Vuestra hermana/hija de casi treinta años, adicta al trabajo, no ha sabido salvar su matrimonio». Allen, a sus cuarenta y dos años, se va a mudar al otro lado del charco por un puesto como médico y le va de fábula con una mujer que tiene la misma edad que yo cuando nos conocimos.

Sara se angustiará, pero no quiero que nadie sienta lástima por mí. Allen ya no me quiere y no voy a obligarlo a quedarse a mi lado. Era la decisión más lógica. La correcta. Aunque tampoco quiero

anunciarla a bombo y platillo.

—¿Cómo voy a volver? —susurra mi padre con un suspiro.

—¿Ahí fuera? —pregunto.

—Al hotel —me aclara, tembloroso—. No tengo ni idea de dónde lo guarda todo. Se encargaba de las facturas, el calendario… Ay, madre, no puedo llamar a los huéspedes. Es la temporada más ajetreada. Casi no hay habitaciones libres. No puedo… No puedo…

Inhalo.

—Oye, nos las apañaremos. Como siempre.

—Tú siempre te las apañas —contesta—. Eres tan fuerte como ella.

—No, es Sara quien más se parece. Tiene su fuerza y su energía. Le irá genial en el hotel.

Asiente una y otra vez antes de frotarse las sienes.

—Es verdad. Es verdad. Le saldrá solo. Es verdad.

Ambos sabemos que Sara posee todos los rasgos buenos de mi madre. Su afabilidad y positivismo; su lado creativo y entusiasta. Son las características perfectas para heredar un bonito *bed and breakfast*. No como las de la distante hija mayor. Tampoco es que lo quisiera.

Sara por fin se graduará en la escuela de arte en diciembre. Después, ocupará el puesto de manera impecable. Siempre y cuando nuestro padre pueda encargarse de él hasta entonces. Ahora mismo no parece tener el control de nada.

La puerta de la capilla chirría al abrirse y el murmullo de las conversaciones inunda la sala. Se me tensa el cuerpo cuando Allen cruza la habitación, relajado, al tiempo que sus zapatos de Valentino repiquetean sobre el suelo de linóleo con cada zancada. Rocket corre

hacia él, moviendo entusiasmado el rabo. Allen lo calma con una palmadita antes de apartarlo.

—¿Estás lista, Shelly?

Quizá sea la falta de sueño, pero la petición no consigue abrirse paso por la neblina de mi mente. Mi padre empieza a levantarse.

—¿Tenemos que…?

—No —lo interrumpo, colocándole una mano en el hombro.

Allen y yo somos personas prácticas. Su mente racional es uno de sus rasgos más atractivos. Sí, es un poco frío, pero yo también. Siempre nos hemos entendido… y respetado. Al menos, hasta hoy. Su necesidad poco apropiada de mantener las apariencias ahora le importa más que el luto de mi familia.

Sara se acerca con el ceño fruncido. En las manos lleva un ramo de flores.

—Es de un hombre que hay ahí fuera.

Se las tiende a mi padre, pero las intercepto porque así es una cosa menos de la que debe encargarse.

Sara pasea los ojos de Allen a mí.

—¿Va todo bien?

Mi exmarido exhala, impaciente.

«Por favor, hoy no», vocalizo. Él niega con la cabeza.

—Shell…

Cierro los ojos con fuerza.

—Dame un segundo.

—No me lo pongas más difícil —articula Allen, arrastrando las palabras.

—¿Qué pasa? —se preocupa mi padre.

—No es nada, papá. Solo…

Y entonces Allen lo suelta, sin más.

—Nos hemos divorciado. —Las palabras retumban entre las paredes y el bajo techo.

Tiene los ojos muy abiertos, igual que los míos. Creo que no esperaba decirlo tan alto ni yo que sonara tan brusco.

—Mañana ya no estaré por aquí —continúa Allen, ajustándose las solapas de la chaqueta—. Tengo que irme al aeropuerto.

Noto el pulso en el cuello, las manos y las piernas. Me estoy clavando una de las espinas de las flores en la palma.

—Siento que hayáis tenido que enteraros así —concluye Allen ante el largo silencio tras mirar el reloj—. Necesito irme ya. Os acompaño en el sentimiento. —Lo dice como si no hubiera formado parte de la familia durante cinco años.

Comienza a alejarse de manera casual, con la misma indiferencia. Rocket trata de seguirlo, pero Allen niega con la cabeza. La sangre me hierve, borboteándome en la garganta y las mejillas. Me duele el pecho por el calor. No sé si estoy triste, asustada o enfadada. Por desgracia, entre luchar y huir, no me enorgullece decir que lo primero es mi modo activado por defecto.

Lo sigo con largas zancadas, emergiendo de la sala adyacente a la capilla principal de nuevo. El murmullo de conversaciones me rodea. El aire frío que se filtra por la puerta abierta de la capilla me agita el pelo y hace revolotear el papel que envuelve el ramo.

—Deberíamos haber esperado —escupo.

Allen se gira sobre los talones, mira a izquierda y derecha, y se acerca a mí.

—No, deberíamos habérselo contado antes —musita con un hilo de voz.

—¿Cuándo exactamente? —susurro entre dientes, con el cuerpo tenso por la rabia. Elevo cada vez más la voz, haciendo que se remueva en el sitio. «Bien, siéntete incómodo»—. ¿En el hospital? ¿Tras el infarto? ¿Antes del bypass? ¿O en la sala de espera, cuando tu compañero nos dijo que no había dado resultado?

El pelo rubio de Allen, antes peinado con cera hacia atrás, se está descontrolando. Veo las vetas blancas que le salpican las sienes antes de que intente colocarse un mechón mientras inspira hondo.

—Deberíamos habérselo dicho el día en que lo decidimos —sentencia—. ¿Ves? Ese es tu problema, Shelly…

—No tengo ningún problema.

—Debería haber supuesto que lo mantendrías en secreto todo lo posible. No le cuentas nada a nadie. Ni a mí. Ni a tu familia. Reprimes las emociones hasta que explotan. Bueno, felicidades. Aquí está la explosión.

Pestañeo rápido, irguiéndome aún más y apretando los puños.

—Yo no…

Se inclina hacia mí y sisea:

—¿Por qué crees que he tenido que buscar a otra persona que me hiciera sentir como un compañero?

Echo la cabeza hacia atrás de forma tan brusca que parece que alguien me ha agarrado del pelo y ha tirado de él. Apenas logro expulsar las palabras en un susurro:

—¿Qué has dicho?

—Eres una estirada. Ya no sabes divertirte. —Está enumerando mis defectos con los dedos—. Tienes que encargarte de todo. ¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que no es lo que quería? ¿Que nadie quiere algo así? Y tienes unos estándares imposibles. Por

favor, si ni siquiera pudiste perdonar a tu madre por…

Crac. Al principio, creo que es el sonido de mi corazón al romperse. Entonces, me doy cuenta de que he echado la mano hacia atrás y le he dado una bofetada en la mejilla.

Jadeo. No puedo respirar.

Allen pestañea mientras poco a poco la forma rosada de mi mano le aparece en la cara. Aún impasible, añade:

—Te mereces estar sola.

Las palabras, firmes y concisas, me pitan en los oídos. Paso a su lado a toda prisa y cruzo la puerta doble de la capilla. El viento silba al enmarañarme el pelo. Una gota de sudor me recorre la parte baja de la espalda. Las espinas del ramo me penetran en la piel. Las primeras hojas otoñales flotan desde los árboles. Los coches tocan la bocina. Alguien está escuchando una música reguetonera en el extremo de la calle.

Tiene razón.

Hiervo de rabia y estallo. Mi mundo se ha descontrolado. Todo está fuera de control.

Septiembre
de 1997



Capítulo 1
CLIFF

Tengo la mala costumbre de fulminar el teléfono con la mirada. Con los brazos cruzados, la lengua contra la mejilla y dando golpecitos con el pie. Quizá no sea justo, pero este cachivache no suena cuando lo necesito, así que ¿quién es la víctima en este caso?

—¿Estás segura de que no había ningún mensaje para mí esta mañana? —pregunto, inclinándome sobre el mostrador de la pastelería donde mi hermana contempla con la misma intensidad que yo un cuadro enmarcado de unas magdalenas—. ¿Carol?

—No queda bien —se queja.

—¿El cuadro?

—No queda bien —repite.

—Claro que sí —replico. Abro la puerta holandesa que da al recibidor de baldosas de linóleo y me seco las manos en el delantal —. Está genial.

A decir verdad, no sé qué diferencia hay entre este y el último cuadro que eligió, pero con Carol no puedo mostrar el mínimo atisbo de duda. Lleva semanas redecorando el interior de la pastelería. Las paredes verdes originales primero se volvieron rosas y

posteriormente amarillas. Las sillas de hierro se vieron reemplazadas por unas de madera oscura y después por otras de madera clara. No ha tocado aún las vitrinas, pero les doy una semana. Luego, seguro que desaparecerán también. Por mí, como si el local tiene carteles de neón anunciando cervezas, razón por la que ella se encarga del diseño y yo no. Mi misión es hornear. Ella es el cerebro de la pastelería Burke's. Yo, las manos.

Carol pasea los ojos por los ventanales que cubren las paredes. Winston, el pintor, está subido a un pequeño taburete en la acera, dando los últimos retoques a nuestro mural temporal, compuesto de hojas otoñales, espantapájaros, calabazas y manzanas. Le he pedido que añada una tarta, pero dice que no sabría dibujarla, así que nos tendremos que conformar con las manzanas.

Carol deja escapar un suspiro melancólico.

—Yo no podría hacerlo.

—Claro que no. Para eso hemos contratado a Winston. El mural está quedando genial —la tranquilizo de nuevo.

Miro el teléfono del mostrador. Pensaba que había sonado. Quizá no.

—No funciona. —Carol descuelga de la pared el cuadro de las magdalenas, lo coloca en el suelo y camina con firmeza hacia el exterior.

La sigo, dejando la puerta entreabierta para poder oír el teléfono si suena.

Se levanta una ligera brisa, por lo que me meto las manos en los bolsillos del pantalón vaquero. El frío que hace ahora en Copper Run no se parece ni de lejos al que hará en los próximos meses. Estamos a principios de septiembre y las hojas han comenzado a cambiar su

color verde veraniego por un intenso caoba y oro bruñido. Es el primer día en el que el viento sopla de verdad y arremolina las hojas en torno a mis pies.

—¿Qué opináis? —pregunta Winston desde la acera señalando el mural del escaparate, con el pincel inmóvil en el aire.

—Una maravilla —digo—. Tu mejor trabajo hasta el momento.

—Carol parece estresada.

—Le molesta no tener tanto talento como tú.

Reprime una risita.

—A todos les gustaría tener un don como el mío.

Al pasar, le doy una palmadita en la espalda.

—Buen trabajo intentando que no se te suba a la cabeza, amigo.

Como respuesta, me dedica un saludo militar.

Sigo a Carol por la calle hasta la plaza central. Mete la mano en el bolsillo trasero y saca un paquete de cigarrillos. Arqueo las cejas.

—Cierra el pico, Clifford. Mañana lo dejo.

Pongo las manos en alto.

—No he dicho nada.

Enciende el mechero, da una larga calada y expulsa el humo por una de las comisuras de los labios en dirección contraria.

—Soy un caso perdido —gime Carol.

Si las personas fueran dulces, Carol sería un *cannolo*. Cuando muerdes uno, aunque haya salido perfecto, se agrieta y solo queda el relleno esponjoso. Carol siempre parece a punto de mostrarme su lado tierno.

Suspiro, rodeándole los hombros con el brazo.

—No eres un caso perdido.

—No hago nada bien.

Siempre se ha mostrado muy crítica consigo misma, pero últimamente aún más. Todos estamos de los nervios desde que Birdie Cadell murió en verano, aunque lidiamos de manera distinta con la pérdida. Yo horneo dulces en exceso. Carol fuma. Al menos se aleja lo suficiente de la pastelería para que el olor a tabaco no se cuele en el local.

Agita la mano por el aire para alejar el humo.

—¿Alguna vez te has sentido así? ¿Como si fueras un fracaso total?

—No.

Me dedica una mirada fulminante y sonrío.

—Oye, nos aseguramos de que los cruasanes queden esponjosos y de abrir la puerta a las seis. —La agarro del hombro y la sacudo—. Basta con hacer esas dos cosas bien. Lo demás da igual. Solo es una pastelería, Carol.

Ladea la cabeza.

—Solo es una pastelería —repite, burlona—. Eres un mentiroso.

Tiene razón. Por supuesto que no es solo una pastelería vieja. Es *nuestra* pastelería; en la que me zambullí de cabeza hace dos años y está prosperando más de lo que debería. La pastelería Burke's es mi mayor logro y uno de mis mayores problemas. Me encanta.

—El cuadro de las magdalenas da igual, ¿vale? Lo estás haciendo genial. Lo prometo.

Carol me dedica una tenue sonrisa y yo la estrecho contra mi costado.

—Gracias —musita.

—Ahora, pongámonos en marcha.

Carol arruga la nariz.

—No eres mi jefe.

Se me escapa una carcajada.

—En teoría, sí.

—A veces te odio.

—No tanto como Emily.

Suelta un bufido.

—¿Estás de broma? Emily te adora.

—Ah, claro. —Chasqueo los dedos—. Se me olvidaba que era al revés. Mi hija me quiere.

—Idiota —sisea Carol mientras esboza reticente una sonrisa y me da un golpecito en el hombro—. Al igual que el resto de los adolescentes, algún día verá la luz.

—No tentemos a la suerte.

—A lo mejor acaba siendo un desastre como su querida tía —reflexiona tras darle otra calada al cigarro—. Ay, mierda, soy un desastre.

Le arrebato la colilla de los dedos y la presiono contra el cenicero de la papelera del parque.

—Sí que te odio —gruñe, entornando los ojos—. Ahora lo digo en serio.

—No lo dudaba.

Me reclino contra la farola, pero me sobresalto cuando una guirnalda de luces anaranjadas en torno al poste se me clava en la espalda. Han decorado la plaza de Copper Run para el Festival de la Cosecha. Las aceras están cubiertas de paja, los espantapájaros permanecen erguidos al lado del cenador blanco y un puñado de calabazas cubre una esquina del parque. Tengo que decidir qué venderé en el puesto. El año pasado, la pastelería Burke’s se quedó

sin existencias de la tarta de manzana con crujiente de galleta.

Carol estira un pie y aplasta las hojas caídas en la acera.

—¿Y… ha llamado la reina malvada?

Golpeo con los nudillos la farola y me acaricio la mejilla con la lengua.

—No seas cruel.

—¿Lo ha hecho?

—No —respondo—. Y no había ningún mensaje para mí, ¿verdad?

—Va a ser que no.

Asiento.

—Entonces, no. Nada.

—Pero es lo normal.

—Por desgracia, sí.

Mi exmujer llama a nuestras hijas desde Nueva York cada semana, aunque es habitual que se le olvide. La he llamado dos veces desde el domingo, pero he acabado hablando con el contestador en ambas ocasiones. Han pasado dos años desde que Tracy se marchó de Copper Run y me preocupo por ella, pero más por su relación con nuestras hijas.

Si Carol es un *cannolo*, Tracy es un tronco de Navidad: más difícil de hornear de lo necesario y presente solo una vez al año. Carol me coloca una mano en el hombro con calidez y respondo con una sonrisa algo forzada.

—Vamos —digo—. Se acabó la pausa para el cigarrillo.

—A la orden, jefe.

—Sabía que acabarías aceptándolo.

Nos disponemos a cruzar la carretera, pero al final de la calle, de

camino a la pastelería, están mis hijas. Por un segundo, creo que se me ha retrasado el reloj; sin embargo, cuando miro… No, aún no se han acabado las clases.

—¿Qué diablos…? —Recorro la acera y tiendo la mano para evitar que la florista, Sandra, me golpee con la furgoneta.

Divertida, toca la bocina, aunque se le desmorona la sonrisa al ver mi expresión de preocupación.

—¡Lo siento, Cliff! —grita por la ventanilla.

Le enseño el pulgar, indiferente. Llego hasta mi hija de dieciséis años, que ya está deslizándose la correa de la mochila por un brazo. El llavero choca con el cemento, produciendo un tintineo.

—Emily, ¿qué ha pasado? —pregunto, paseando los ojos de una a otra.

Se encoge de hombros.

—He visto a Brittany en la puerta del videoclub.

—¿Y no se te ocurrió enviarla de nuevo a la escuela? —pregunto mientras me dirijo a toda prisa a mi hija de seis años y me agacho para estar a su altura.

—Estaba llorando —me explica Emily.

—¿Cómo ha logrado salir sin que la haya visto nadie?

Se encoge de hombros.

—¿En el recreo? No lo sé.

Aunque las dos niñas tienen el pelo rubio miel de su madre, no podrían ser más diferentes. Emily ha heredado mi cabello liso, que lleva más largo que nunca y le cae en cascada hasta la mitad de la cazadora vaquera sobre los finos auriculares que tiene colgados del cuello. Viste una camiseta de rayas con el ombligo al aire, dejando al descubierto un ápice de piel desnuda sobre los pantalones vaqueros.

Le he sugerido que no se lo ponga, claro está, pero siempre se muestra un poco desafiante, lo que me encanta.

En el extremo opuesto del espectro está Brittany, de seis años, con un peto blanco y deportivas con purpurina. Tiene el pelo ondulado recogido en una coleta con una goma de color fucsia. No es tan rebelde como Emily, pero imita a su hermana lo suficiente como para que la confianza no sea un problema.

Le acuno las mejillas y le seco el rastro de lágrimas con el pulgar.

—Britt, ¿qué ha pasado?

—Luke ha dicho… —Se frota la nariz con el dorso de la mano tras sorbérsela—. Ha dicho que Steve iba a perder el combate.

Entrecierro los ojos.

—¿Steve? ¿Quién es Steve?

—Steve, papá. —Se señala la camiseta. Sobresaliendo por la parte superior del peto hay un hombre calvo con un chaleco de cuero.

—Ah. —En broma, me golpeo la frente con la mano—. Qué tonto. Claro, ¡Steve!

Brittany suelta una carcajada, a la vez que se vuelve a sorber la nariz.

Se me había olvidado que ahora llamábamos por su nombre al luchador del año. Carol ha hecho que se obsesione con Steve Austin (no me fastidies, ¿no había otro?) y está subiendo puestos en la lista de mi hija de seis años de hombres a los que admirar, justo por encima de los Backstreet Boys. Sea como sea, su madre me mataría si se enterara. Si llamara algún día a tiempo.

Ejerzo una ligera presión en los hombros de Brittany.

—Venga, ya sabes que no va a perder.

—Pero Luke dice que sí.

—Bueno, pues dile a ese pequeño gamberro que se equivoca ahora y siempre, y que debería ponerse las pilas, ¿vale?

Mi hija comienza a repetir las palabras para sí, como si recitara las frases de una obra de teatro.

—No se lo digas tal cual —me apresuro a añadir—. Lo que se dice en la pastelería, o cerca de ella, se queda en la pastelería, ¿vale?

—Pero a Birdie se lo contábamos todo.

Emily y yo intercambiamos una mirada.

—Claro —añado despacio, volviendo a centrarme en Brittany—. Pero recuerda que Birdie era la excepción. Lo que se dice en Bird & Breakfast se queda también en Bird & Breakfast.

Birdie Cadell y su encantador y silencioso marido, Paul, llevaban un año dirigiendo Bird & Breakfast. Desde que los Cadell se mudaron al hotel junto a nuestra casa, y dado que Brittany nunca ha visto un jardín sin poder contener las ganas de cruzarlo corriendo, no tardamos en hacernos amigos. Birdie solía cuidar de Brittany después de clase y Emily se aprovechaba de sus galletas sobrantes. A las chicas les está costando adaptarse a su ausencia.

—Echo de menos a Birdie —susurra Brittany.

Emily se estremece.

—Oye, ahora está en un lugar mejor, ¿recuerdas? —la consuelo, aunque me encantaría que mis palabras también calaran en su hermana.

Brittany asiente despacio y me pregunto si estará reviviendo nuestra conversación sobre la muerte en la puerta de la capilla del velatorio de Birdie. Hicimos un largo viaje por carretera en pleno

verano hasta Seattle para presentar nuestros respetos, pero no tengo ni idea de cuánto recuerda Britt sobre la muerte. Lo único que sé es que le encanta sacar el tema.

—¿Crees que Sara será divertida? —pregunta mi pequeña.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Eso espero.

Cuando llamamos a Birdie mientras estaba en el hospital, antes de que se sometiera al bypass, mencionó que su hija Sara se encargaría del hotel. En broma, le dije que era demasiado pronto para hacer planes de contingencia, pero imagino que debía de saber más que yo. Supongo que Sara vendrá en algún momento, pero, dado que aún no hemos recibido ninguna carta o llamada de Paul, vamos a ciegas.

—¡Cliff! —Levanto la mirada y me encuentro a Betty asomada a la puerta de su bocatería—. ¿Necesitas ayuda?

Le quito importancia con un gesto.

—Todo bien, Betts.

Dirige la mirada hacia Brittany antes de centrarla de nuevo en mí.

—¿Seguro?

Desestimo el comentario moviendo con más ahínco la mano.

—Todo bien, Betts.

—Bueno, avísame si…

—Por supuesto.

Me arde la cara. Betty es solo el comienzo. No tardarán en salir más cabezas por la puerta del resto de los establecimientos. Todos los habitantes de Copper Run son igual de insistentes a la hora de ayudar. Mierda, incluso yo lo haría. Sin embargo, lo último que quiero es cargar a mis agradables vecinos con asuntos tan tontos.

—¿Tengo que volver? —pregunta Brittany.

—¿Adónde? ¿Al cole?

Asiente. Yo resoplo. Madre mía, mi hija tiene una pinta horrible con los ojos hinchados y el sube y baja del pecho, sin aliento, como si acabara de correr una maratón.

—No —concluyo con un suspiro—. No tienes que volver a clase. Id dentro. Haré galletas. —Juguetón, le tiro de la coleta—. Llamaré a la escuela para que no se piensen que has muerto.

Se le ilumina la mirada.

—¿En serio?

—En serio.

Le doy unos golpecitos en la espalda y, como si hubiera presionado un interruptor, se echa a reír con los brazos extendidos, imitando a un avión, al tiempo que entra en la pastelería.

—Solo una galleta, ¡eh! —grito, pero no me oye. O no quiere oírme.

Chasqueo la lengua y miro a Emily.

—Me la acaba de jugar, ¿no?

Sonríe.

—Obvio.

Gruño al mismo tiempo que se coloca los auriculares sobre las orejas. Introduzco un dedo por un lateral para volver a quitárselos.

—¿Tú no deberías estar en el trabajo? —le pregunto—. Lisa te va a matar.

—Ya he acabado —responde, encogiéndose de hombros.

Emily se pasa las tardes trabajando en la oficina de correos al otro lado de la plaza, y esa debería ser la única razón por la que no estuviera en clase ahora mismo. Pero Lisa, la vieja cartera que sigue

viva de milagro, es de las que piensan que puedes salir del trabajo en cuanto hayas terminado tus tareas. Suelo estar de acuerdo, pero conozco a mi hija. Mierda, sé demasiado bien lo que es ser adolescente en Copper Run.

—Has dicho que has visto a Brittany en el videoclub. —Entorno los ojos—. ¿Qué hacías allí?

Se tensa y se encoge de hombros. Conozco esos gestos.

—Fui a ver qué películas nuevas habían traído esta semana —se excusa.

Se le da fatal mentir.

—Estabas con ese chico otra vez.

Emily abre mucho los ojos.

—¡No!

Formo una única línea con las cejas.

—¿En serio?

Levanta la barbilla.

—En serio.

—Entonces, no estabas haciéndole una visita a James…

—Josh.

—Cierto. Lo que yo he dicho.

Entorna los ojos hasta que son un reflejo de los míos. Sé lo que está pensando y ella sabe que lo sé.

—Vale —admite—, estaba pasando el rato con Josh.

—Ajá…

—Pero he pensado que… como estoy sacando buenas notas… Me preguntaba si…

—No —gruño, presionándome con el pulgar y el índice el puente de la nariz.

Emily se da una palmada en los muslos.

—Ah, venga. Llevamos saliendo dos semanas.

—No es tiempo suficiente como para merecer una invitación a mi casa.

—Ni que fueras un rey.

—Tú misma lo has dicho.

—Papá…

—A tu habitación, Em.

—¡Ni siquiera estamos en casa! —replica, señalando la acera.

—Te lanzaré hasta allí.

Se detiene. Se muerde el labio para reprimir una carcajada.

—¿Con un cañón?

—Con un cañón —confirmo con una sonrisa.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—No eres mi jefe.

Carol suelta un bufido.

—Qué suerte tienes.

—Lo que tú digas, Carol —escupe Emily.

Su tía pone las manos en alto en señal de rendición. Cuando Tracy se marchó, Carol trató de servir a las niñas de apoyo, pero acabó convirtiéndose en otra figura femenina autoritaria, lo que menos deseaba Emily en el mundo. Llegados a este punto, mi hija es incapaz de dejar de hacer la misma broma una y otra vez.

Me giro hacia Emily.

—Soy tu jefe hasta que cumplas dieciocho años. La última vez que soplaste las velas, recuerdo contar dieciséis. Y James…

—Josh.

—Ni siquiera va al instituto. ¿Cuántos tiene? ¿Treinta?

—¡Se graduó en mayo! —farfulla Emily—. Solo tiene diecisiete. Si dejaras que viniera a casa alguna vez…

—¿Para hacer qué? ¿Jugar al *Monopoly*?

—Seguro que se le da genial gestionar el dinero.

—Porque está ahorrando para la jubilación, ¿no?

Emily echa la cabeza hacia atrás para soltar un gruñido exagerado.

—No es tan mayor.

—Necesito hacer otra pausa —interviene Carol, buscando el paquete de tabaco en el bolsillo delantero.

—¿Puedo robarte uno? —le pregunta Emily.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿No aprendiste nada del programa de prevención de drogas?

Se encoge de hombros.

—En realidad, hacían que pareciera que fumar molaba.

No logro reprimir una sonrisa mientras niego con la cabeza.

—Menuda niñata estás hecha. Y no mola. ¿Cómo va a molar si lo hace Carol?

—Estoy aquí —se queja mi hermana.

—Tu tía es adulta —continúo—. Puede tomar decisiones horribles con las que arruinarse la vida.

—¿Cuándo podré, entonces, tomar decisiones horribles? —cuestiona Emily.

—Cuando cumplas los cincuenta.

—Ah, vaya, para entonces quizá también tenga edad suficiente para empezar a salir con Josh —rebate irónica.

Esbozo una sonrisa.

—Ese viejo carca estará muerto para entonces.

A regañadientes, adopta una expresión divertida mientras se coloca los cascos sobre las orejas de nuevo.

—Te voy a cocinar el plato que menos te gusta esta noche —bufa —. El peor de todos.

—Lo estoy deseando, peque.

Le tiendo la mano para que me choque los cinco y Emily no puede resistirse a concedérmelo antes de sacar el discman del bolsillo de la chaqueta vaquera, darle al *Play* y avanzar por la acera con pesadez, alejándose de la plaza, de camino a nuestra calle.

Miro a Carol, de cuyos dedos surge una nube de humo.

—Llevaba el pintalabios corrido —comenta.

—Es verdad —canturrea Betty, asintiendo solemne. Está fuera de la bocatería, fingiendo que barre.

«Cotilla».

—Yo también lo he visto. —Dolly, en la librería tres puertas más allá, inclina la regadera vacía sobre las flores secas.

Winston suelta una carcajada desde su taburete.

—Tienes problemas.

Es imposible tener una conversación privada en este pueblo.

—Sí, sé que lo llevaba corrido —les confirmo a todos.

No está siendo fácil criar a una adolescente. No hay ningún cursillo sobre qué clase de tampones debo comprarle y cómo se le dice: «No, no puedes escaquearte de las clases para ir a ver a tu novio. Por favor, deja de pedírmelo». Emily me ha asegurado que su madre ya le ha dado «la charla», pero no sé si creérmelo porque a Tracy le gustan las conversaciones difíciles menos incluso que a mí, lo que significa que lo más probable es que deba hablar con ella pronto. Lo añadiré a la lista, junto con recordarle a Brittany que no

debe pelearse con nadie por la falsa racha de victorias de un adulto.

Crío a mis niñas día a día, semana a semana. Siempre hay algo nuevo. Ojalá los problemas vinieran con meses o años de diferencia. A veces todo ocurre a la vez, el mismo día.

Carol vuelve a cruzar la calle y la sigo. Le robo el cigarro de la mano y lo apago contra el cenicero que hay sobre la papelera.

Contempla la colilla antes de musitar:

—Gracias.

—De nada.

Dentro, el teléfono suena. Entrelazo los dedos tras la cabeza y vuelvo a toda prisa a la pastelería.

—Espero que sea Trace —musito.

—No caerá esa breva —se burla Carol.

—Salúdala de mi parte —grita Betty.

Le enseño los pulgares, perezoso, sin mirarla. Tras rodear el mostrador, inspiro hondo y cojo el auricular.

—Pastelería Burke's.

Espero oír la disculpa de mi exmujer, pero en su lugar me recibe un balbuceante:

—Hola, Cliff. ¿Qué tal va el día?

Dejo escapar el aliento contenido.

—Ah, hola, George. ¿Qué tienes para mí?

Cojo el bolígrafo situado junto al cable del teléfono y garabateo el pedido habitual de George en el cuaderno. Cuanto más habla, más consciente soy de que Tracy todavía no ha llamado. De nuevo.

La familia Burke permanece unida con cinta de carrocero, pegamento y la vieja madera de esta pastelería. Pero al menos estamos juntos, supongo que no puedo pedir nada más. Será mi

exmujer quien me envíe a la tumba antes de tiempo por el estrés que me genera, al menos podría pasar el rato con Birdie en el cielo.

Un fogonazo amarillo se filtra por las ventanas francesas de la pastelería. Levanto la vista y capto el retazo de un taxi al pasar. No sé cuándo fue la última vez que vi un taxi cruzar Copper Run a toda velocidad.

Me inclino sobre el mostrador mientras George sigue murmurándome al oído para mirar a través de la ventana trasera del coche. Dentro, un estirado *border collie* ve pasar los edificios de la plaza central. Y, a su lado, una mujer preciosa que me resulta familiar le da la vuelta a un mapa.



Capítulo 2
MICHELLE

Cuando me marché de Seattle, pretendía desaparecer por completo. Por suerte, Copper Run está en mitad de la nada, en Vermont.

Han pasado dos horas desde que salí del aeropuerto en un taxi que huele a humedad. El conductor, fumador empedernido, mira de nuevo por el espejo retrovisor, como lleva haciendo cada cinco minutos desde que nos ha recogido. No aparta los ojos de Rocket. Un montón de envoltorios de comida rápida y CD pegajosos están tirados por el suelo del taxi, pero le preocupa que un perro bien adiestrado esté sentado como un centinela en la parte trasera.

—Pagarás un extra por el chucho —me ha dicho mientras lanzaba mi equipaje al maletero.

Juro que Rocket ha gruñido entre dientes ante el insulto, suponiendo que los perros tengan sentimientos.

—Lo sé —le he contestado mientras miraba de soslayo la etiqueta medio caída en el reposabrazos de su asiento, donde se leía «Louis».

Le he tendido un fajo de billetes doblados que superaba por lo menos en cien dólares el coste del parquímetro. Ha pasado el pulgar por cada capa antes de guardarse el dinero sin mediar palabra.

Dos horas después, los árboles teñidos de un naranja y castaño tostados pasan a toda velocidad ante la ventana del vehículo. En Seattle, los edificios dan sombra a los escasos árboles, pero aquí solo hay vegetación y vallas. No hay ni un rascacielos a la vista.

Rocket mira por la ventana rota y una ligera brisa le revuelve el pelaje. No saca la cabeza por ella. Hacerlo significaría perder su dignidad. En lugar de eso, se dedica a observar.

Cuando el coche traquetea con fuerza sobre unas antiguas vías del tren, Rocket desvía los ojos hacia mí como si dijera: «No irás en serio, Shelly».

Se remueve en el asiento con un bufido. No me molesto en acariciarlo. No le gustaría. Odiar el contacto físico es lo único que tenemos en común.

—¿Es aquí? —gruñe Louis desde el asiento del conductor.

Me inclino sobre la consola central y observo las otoñales colinas doradas y rojizas que poco a poco se abren para revelar un cartel enmarcado por una celosía blanca.

¡BIENVENIDOS A COPPER RUN!

—Sí.

Tras pasar el cartel hay un puente rojo cubierto, pequeño y de un solo carril, que desemboca en la plaza del pueblo.

—Madre mía, parece una escena de *Viviendo a tope* —comenta Louis al mirar por el parabrisas desde el otro lado del volante.

Un parque pintoresco, flanqueado por tiendas, está cubierto de balas de heno y calabazas. Unos banderines blancos y naranjas cuelgan entre las farolas. Justo en el centro del parque hay un cenador blanco adornado con guirnaldas de luces naranjas y hojas

otoñales. Han colocado dos espantapájaros en el banco del interior, apoyados en el respaldo.

Las aceras están salpicadas de pizarras con caballete que anuncian las ofertas especiales del día. Unos carteles de madera colgados de toldos indican la finalidad de cada local: una farmacia, un videoclub o una pastelería. La mayoría de los escaparates que cubren los establecimientos del suelo al techo están decorados con murales de más espantapájaros y calabazas. Otro cartel rodeado por una celosía, junto al parque, anuncia COPPER RUN, como si ya se nos pudiera haber olvidado.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —se interesa Louis.

—Voy a dirigir un *bed and breakfast*. —Es una frase que no habría pronunciado hace treinta días.

—Estarás de broma, ¿no? —comenta tras ahogar una carcajada.

—No estoy de broma —repito.

Extiendo el mapa y delineo con el dedo las carreteras marcadas en amarillo y azul. Este lugar es minúsculo en el plano. Seguro que solo hay dos semáforos y nos los hemos saltado.

—A la izquierda por aquí —le indico.

La plaza da paso a largas aceras rodeadas por casas de dos pisos con torreones y porches que recorren todo su perímetro. Las hojas cubren el suelo, aunque en algunos patios las han amontonado. Un grupo de niños en bicicleta, de pie sobre los pedales, pasan a nuestro lado a toda velocidad. Un crío de unos tres años camina a trompicones ante un columpio colgado en un árbol. Una mujer lo sigue con una cámara de vídeo. En el lado opuesto de la calle, una pareja mayor pasea cogida de la mano.

—Un pueblecito mono, ¿eh? —observa Louis.

Vuelvo a mirar el mapa.

—Gira a la derecha.

Doblo el plano, pero, cuando las dobleces no se alinean a la perfección, lo meto de cualquier manera en el bolso. Me tiemblan las manos y sé exactamente por qué.

Mi inquietud alcanza su punto álgido en mi garganta cuando reconozco la enorme casa blanca al final de la calle. Balanceándose entre dos cadenas colgadas de un poste blanco hay un cartel de madera pintado con letras en cursiva: Bird and Breakfast.

La casa colonial de dos plantas está impecable. Una valla con estacas blancas rodea el camino de adoquines que lleva al porche perimétrico, donde descansan dos sillas y un balancín que se mece por la brisa. Un ventanal sobresale por un lado y, a través del cristal, intuyo un banco corrido de madera y cortinas de encaje. Unos rosales perfectos flanquean el camino de entrada entre el hotel y la casa contigua.

Estoy tan distraída que casi se me olvida decir que esta es la casa. Louis pisa el freno y estiro el brazo para evitar que Rocket caiga al suelo. Juro que entorna los ojos marrones con expresión de «Odio todo esto».

—Ya, ya —musito.

Tras detenernos, cojo la correa de Rocket del bolso y se la engancho al collar. Los dos descendemos del coche.

Respirar aire fresco después del humo del taxi es un alivio. Copper Run huele a hojas secas y brisa penetrante. También se advierte un toque de algo cálido en el viento, una especie de pan horneado. Quizá una tartaleta o galletas en el horno. Mazzy Star tararea desde la ventana abierta de los vecinos.

Louis abre el maletero y, sin demasiadas ceremonias, deja las dos maletas en la acera. No intercambiamos ni una sola palabra de despedida. Solo cuando se aleja, el peso de mi decisión acaba por alcanzarme.

«Mierda».

Rocket me mira, por lo que arqueo las cejas.

—Estoy bien.

Tras dar un paso al frente, abro la puerta de la valla de estacas blancas. Rocket, reticente, trota ante mí. Nuestros pasos hacen crujir las hojas recién caídas sobre el camino rocoso, acompañados del repiqueteo de las maletas a mis espaldas, que solo se interrumpe cuando las cargo para subir los escalones rechinantes de la entrada, con el bolso colgado del hombro.

Rebusco en el bolsillo y saco el llavero que me ha dado mi padre antes de marcharme. Estresado, ha separado cada una de las llaves con el pulgar mientras decía:

—Esta abre la puerta principal. Esta, la trasera, pero tienes que darle una sacudida extra. Esta es la del sótano, pero no la confundas con la de la buhardilla. Se parecen…

Le he dicho que ya me las apañaría, que no tenía de qué preocuparse.

Por fin, encuentro la llave de la entrada principal, la giro en la cerradura y empujo la puerta con vidriera. Una oleada de aire pesado nos da la bienvenida. Me pregunto cuándo fue la última vez que entró alguien aquí; si fue mi padre quien bloqueó la puerta tras la visita de mi madre al hospital hace dos meses. Rocket camina con pasos cautos por el interior, olfateando el ambiente.

—¿Ves algo? —le susurro.

Echa las orejas hacia atrás, como si dijera: «No me metas prisa».

Pongo las manos en alto.

—Vale, vale.

Entro y enciendo las luces. Una lámpara de araña ilumina el vestíbulo. A la izquierda hay un mostrador delante de una estantería de madera. Una escalera asciende a un descansillo desnudo antes de girar y continuar hasta la segunda planta. La moqueta cubre el camino hacia el salón, al otro lado de la recepción, donde la luz del sol se filtra a través del ventanal entre las finas cortinas recogidas. Los platos y tazas decorativos de cerámica se encuentran dentro de los armarios de cristal del enorme aparador. En el centro, una alfombra floral se intuye bajo los sillones de color beis con pequeños faldones y reposabrazos acolchados.

Puedo trabajar con todo esto. He promocionado cosas mucho más feas.

Camino por el corto pasillo a la derecha y abro una puerta en la que se indica: SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Al cruzarla me topo con una cocina de un tamaño bastante decente. Unos trapos marrones adornados con uvas y enredaderas están doblados sobre la encimera. Unas cortinas de color púrpura cuelgan ante la ventana que da al patio trasero. La cafetera vacía está enchufada.

Me dirijo a la puerta trasera y la abro. Otro camino de piedra serpentea por el pequeño jardín hasta llegar a la valla blanca que separa la hierba del aparcamiento de gravilla, en el que entran unos cuatro coches. Un vehículo solitario, el Honda plateado de mi madre, ocupa una plaza bajo el árbol más alejado de la casa. El capó está cubierto por una delgada capa de onduladas hojas marrones.

Rocket tira de la correa, así que se la quito y dejo que corra por

la zona vallada. Antes de salir, recorro un estrecho pasadizo a la derecha. En el fondo hay una puerta cerrada con un cuadro hecho de punto de cruz que reza: «Hogar, dulce hogar». Con cuidado, giro el pomo y la puerta gime al abrirse. Una cama de matrimonio cubierta por una colcha reposa contra la pared. Una pequeña televisión con un reproductor de vídeo incorporado está en la cómoda, en una esquina. En la mesilla hay un teléfono inalámbrico y una pequeña pila de libros de *Chicken Soup for the Soul*, rematada con una diminuta figurita de porcelana de Precious Moments, de las que solía coleccionar mi madre.

Inspiro. Espiro. Sin embargo, no se disipa ni un ápice del aire que me comprime el pecho.

«Quiero estar aquí», debo recordarme. Me siento en el borde de la cama y entrelazo los dedos. «Lo he elegido yo».



—No tienes por qué hacerlo —me ha dicho Sara antes de irme, presionándose mi bolso contra el pecho como rehén—. Puedo posponer la graduación.

Con delicadeza, se lo he arrebatado.

—Sara, si hablamos del tema una vez más, en lugar de ocuparme del *bed and breakfast*, lo quemaré.

—Te prometo que me mudaré en cuanto acabe —no ha tardado en asegurarme.

—Lo sé. Pero, hasta entonces, yo me encargo.

Lo que no le he contado a Sara ha sido lo de la excedencia que he pedido en el trabajo. No tiene por qué enterarse.

Sara ha sonreído.

—Ya tengo todo el discurso preparado. No me subestimes. —Se ha quedado callada un momento antes de añadir—: En serio, tienes un trabajo en publicidad superadulto. Y una vida superadulta.

—Y ya está todo bien atado.

He mirado hacia el salón. Mi padre estaba sentado en el sillón reclinable con los pies cubiertos por los calcetines sobre el reposapiés extendido.

—Cuida de él, ¿vale?

Sara ha esbozado una mueca divertida.

—En nada estará de fiesta con los críos de la universidad.

Le he devuelto una débil sonrisa. Entonces, ha tirado de mí para abrazarme y me ha susurrado:

—Llámame una vez a la semana. Como mínimo.



Mi madre le dejó el hotel a Sara, pero a mi hermana pequeña le queda un semestre para acabar la escuela de arte y ya se ha tomado un par de años sabáticos. Mi padre apenas puede salir de la cama, mucho menos dirigir el negocio de ensueño del amor de su vida. Por eso, estoy haciendo lo de siempre: lo que hay que hacer. Eso significa encargarme de este sitio hasta que Sara se gradúe en diciembre.

Mi compañía me ha dado un pequeño permiso, quizá porque se sentían mal por lo de mi madre y el divorcio, pero sobre todo porque debían hacerlo. Nadie sabe hacer mi trabajo igual que yo.

Suponía que se produciría el caos si me marchaba y ya me han

llegado tres mensajes al busca por ello. Mi compañía ha puesto a Mark a cargo de mi cliente principal. Ha sido una decisión horrible porque es tan competente como una bolsa de papel mojada, pero su hándicap en golf es trece y eso es lo único que importa.

Oteo a través de las ventanas cubiertas por cortinas de encaje a mi izquierda. «Genial». Mi habitación está justo enfrente de la cocina de mis vecinos, donde una adolescente con el pelo rubio y enmarañado baila ante el fregadero con la música ensordecedora que he escuchado antes.

Cierro las cortinas y deshago la maleta, metiendo de forma pulcra las prendas en los cajones y colgando las camisas más bonitas en el armario. Entonces, me detengo cuando veo que solo cuento con una barra de madera. Colgado de una percha en un extremo hay un bolso morado de cuero con cierre de beso. Paso los dedos por la larga correa regulable. Los vestidos bohemios de mi madre iban a juego con el estilo de Sara, pero a veces su gusto también se solapaba con el mío. Solo a veces.

Dejo el bolso en la cama y traspaso el maquillaje y el monedero del mío, más grande, a este. Tampoco voy a necesitar uno tan voluminoso.

Vuelvo a la cocina y me preparo un café vespertino. A medida que la cafetera borbotea, rebusco en los armarios, donde encuentro tazas agrietadas y sacos de harina arrugados. Tengo que ir de compras.

Tras hacerme el café, subo las escaleras y estudio las habitaciones de los huéspedes y los armarios empotrados del pasillo. Luego, me dirijo de nuevo al salón y la recepción, tratando de familiarizarme con el lugar. En el mostrador, encuentro un archivador

negro. En la funda transparente de la cubierta hay un papel amarillento con la caligrafía elaborada de mi madre.

INFORMACIÓN SOBRE *BIRD & BREAKFAST*

Me lo llevo a la cocina con el café a la vez que lanzo miradas a la puerta trasera, esperando ver la cara aburrida de Rocket. Sin embargo…, en un extremo del jardín, una niña ha metido los brazos entre los piquetes de la valla y rodea con ellos el pelaje negro y blanco de Rocket, que tiene el hocico escondido en su cuello. La cría chilla.

«Ay, Dios mío».

Dejo a un lado el archivador y el café, y cruzo a toda prisa la puerta trasera.

—¡Rocket! —grito.

El corazón se me acelera y los nervios me forman un nudo en la garganta. Sé que no le hará daño. Es cabezota y no hace caso a nadie, pero no es violento.

«No es violento».

Mis mocasines de suela gruesa levantan las hojas caídas y las hierbas muertas. Tiro de su collar para apartarlo. Solo cuando los he separado, advierto que la niña no está gritando, sino que se está riendo. Su preciosa nariz chata se arruga por una carcajada incontrolable. El pelo rubio y rizado, recogido en una coleta y con un par de brillantes horquillas en forma de mariposa, se le mueve cada vez que respira.

—¡Le gusto! —exclama.

La puerta de un coche se cierra, atrayendo mi atención hacia la camioneta roja que permanece al ralentí en el camino de entrada de

mi vecino. Unas botas pesadas repiquetean sobre la acera. Entonces, alguien se abre paso entre los rosales que separan el pequeño aparcamiento del hotel de la casa de mis nuevos vecinos.

—¡¿Brittany?!

Al otro lado de la valla emerge ante mí el hombre más preocupado que he visto nunca. Con las cejas oscuras fruncidas y las comisuras de la boca hacia abajo en una línea fina exagerada y temblorosa.

Siento como si me hubieran pillado haciendo algo malo, aunque no sé por qué.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta, y su voz, antes trémula, desprende nerviosismo. Los mechones de pelo moreno le sobresalen allí donde los han atrapado las ramas de los árboles, e incluso parece haberse subido a toda prisa las holgadas mangas de la camisa de franela naranja sobre los antebrazos venosos.

La mirada del hombre por fin se encuentra con la mía y, de repente, siento que los zapatos se me han anclado al suelo. El estómago me da un vuelco y aterriza en el barro. Es el hombre del funeral de mi madre.

La misma sensación, la de unos ojos que me ven y se quedan bloqueados en los míos, me sobrepasa de nuevo. Tras sostenerme la mirada, la pasea sobre mí, de mis mejillas a mis labios y, más allá, al puño con el que sujeto el collar de Rocket.

Ahora que estamos más cerca, veo que sus iris son de color azul claro, el recuerdo de un día de verano sin una nube. Luminosos. Felices. Nada parecidos al día encapotado que hace hoy, casi con un filtro sepia por todas las hojas caídas. Unas suaves pecas le cubren el puente de la nariz, que tiene un poco torcido, como si le hubieran

dado un puñetazo en algún momento de su vida. Una pequeña cicatriz desvaída le adorna el labio superior, lo que quizá confirme mi teoría. No obstante, más allá de eso, tiene las mejillas afeitadas y una ligera curva en la boca que es tal y como la recordaba. Atractiva. Como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Es muy suave.

Los dos fijamos los ojos en la niña, quien estira los brazos por la valla hacia Rocket. Tiro del collar a la vez que el hombre se lanza hacia delante y atrapa a la niña por los tirantes del peto antes de elevarla en el aire. La pequeña suelta un río incontrolable de carcajadas.

Mi vecino la gira para colocarla frente a él.

—¿Qué te he dicho sobre acariciar perros que no conoces?

—Que no lo haga —contesta todavía entre risas.

El hombre inclina la boca en una sonrisa perezosa. Su labio inferior se curva hacia un lado más que el otro y revela un ápice de unos dientes blancos y rectos. La pequeña arruga se le marca aún más cuando suelta una carcajada.

—Exacto. —Con cuidado, la deja en el suelo y, en broma, le dice —: No te muevas, Toby.

Vuelve a centrar los ojos en los míos, paralizándome de nuevo.

—¿Sabes? —comienza, pasándose una mano por el pelo—. No sé cómo gestionar que alguien intente raptar a mi hija.

—¿Qué? —La palabra se me escapa con más brusquedad de la que pretendía.

—¿Debería denunciaros a ti y a tu… —pasea los ojos hasta Rocket— perro guardián?

Esboza una sonrisa. «Es una broma. Está de broma».

Atónita ante esta escena en la que de repente me encuentro hablando con un vecino, lo que no entraba en mis planes para hoy, respondo:

—No le suele gustar la gente.

El hombre chasquea la lengua y entorna los ojos, juguetón.

—Por alguna razón, no hace que me sienta mejor.

Cierro los ojos y me estremezco por mis palabras antes de asentir.

—Sí, acabo de darme cuenta.

Suelta una carcajada mientras la niña estira de nuevo los brazos.

—¿Puedo acariciarlo?

Rocket se acerca a ella, olfateando el aire. «¿Puedo olerla?».

Por fin, advierto las migas que se intuyen en el bolsillo del peto de la niña y suspiro.

—Debe de llevar comida. Por eso la está olfateando.

—Ah. —El hombre se acerca cada vez más, un paso tras otro, hasta que imito sus zancadas, pero hacia atrás. Cuando se ha aproximado lo suficiente para tocarme, digo a duras penas:

—Espera, ¿qué estás…?

Entonces, pasa de largo ante mí, se arrodilla y coge una fiambrera fucsia del suelo que no he visto al salir con torpeza al jardín. Justo en el centro hay una amalgama de colores brillantes, con estrellas llamativas y un unicornio con la crin brillante.

Le da un par de golpecitos.

—Bueno, aquí solo puede haber pan o drogas. ¿Por cuál apuestas?

Vuelvo a levantar la cabeza con brusquedad.

—¿Por qué iba a haber drogas ahí dentro?

Se encoge de hombros.

—A lo mejor es un perro antidrogas.

—Rocket no es un perro antidrogas.

—Oye, puedes contármelo si está en contra de las drogas.

La niña se echa a reír. Quizá esté acostumbrada a las tonterías de este hombre tan peculiar, pero a mí no me hacen ninguna gracia.

—No es… —Aprieto los labios, manteniendo a raya mi frustración.

—¿Me estás diciendo que tu perro antidrogas no está en contra de las drogas?

Abre la fiambrera. Los restos de la corteza del pan caen al suelo y Rocket se lanza hacia ellos por la hierba, provocándole a la niña un nuevo ataque de risa.

El hombre inclina la cabeza hacia un lado y unos mechones de pelo se le deslizan ante los ojos por el movimiento.

—Llevo tiempo queriendo conocerte —suelta—. Eres Sara, ¿no?

Por alguna razón, la frase me vuelve a poner los nervios de punta.

—No —contesto—. ¿Y cómo sabes…?

—Birdie me dijo que su hija vendría a…

—Soy la otra.

—Que se iba a ocupar de…

—Voy a encargarme del…

Se produce una pausa en la que, por fin, ninguno de los dos habla sobre el otro.

Exhalo.

—Ahora soy yo la que dirige el hotel.

Entorna los ojos.

—¿Y no te llamas Sara?

—No, soy la otra hija.

Arquea las cejas y esboza una sonrisa.

—Claro.

Nuestro concurso de miradas se ve interrumpido por un fuerte grito ahogado en su parte de los arbustos.

—No. Me. Digas. ¿Estás cerca de un perro? —La adolescente que he visto en la ventana de la cocina cruza el jardín, los cordones desatados de sus Converse repiquetean sobre la acera.

—Se me permite estar cerca de un perro —replica el hombre con una carcajada. Es la clase de risa que parece haber estado cosquilleándole los labios todo el tiempo, como si perteneciera a esa pequeña cicatriz que tiene cerca de una de las comisuras de la boca.

—Odias a los perros —insiste la adolescente.

El hombre suelta un bufido.

—No odio a los perros.

Entonces, la chica centra los ojos en mí.

—¿Quién es?

—Lo estoy averiguando. ¿Te importaría llevarte a Britt dentro?

—¿Va todo bien? —se preocupa.

El hombre sonríe. Sus expresiones al mirar a estas niñas desprenden demasiada ternura.

—Sí. Id dentro un segundo.

—Pero acabo de salir.

—Y te lo pasarás igual de bien en el camino de vuelta al interior —le asegura, moviendo la fiambrera por el asa—. Disfruta del crujido de las hojas y el aire fresco.

La adolescente pone los ojos tan en blanco que le desaparecen los iris, aunque acompaña el gesto con una sonrisa.

Estira una mano.

—Vamos, Britt Britt.

La niña se pone de pie y se despide de Rocket con la mano.

—Adiós, perrito.

Rocket se rebela, como si quisiera seguirlas, pero continúo sujetándolo por el collar.

Cogidas de la mano, la cría y la chica cruzan la puerta trasera, no sin antes lanzarnos un par de vistazos. Luego, desaparecen por la mosquitera.

—La adolescencia… —musita el hombre con la sonrisa torcida.

Me devuelve la mirada. No me había dado cuenta de lo cerca que estaba. Se inclina hacia delante para apoyar el antebrazo en la valla, tan próximo a mi hombro que noto la calidez de su mano. No debe de entender lo que es el espacio personal, pero me niego a moverme la primera.

—No me has dicho tu nombre —observa.

—Michelle —contesto.

—Cliff —responde, extendiendo la mano—. Cliff Burke.

La acepto. Su palma es más grande que la mía y tiene una quemadura sonrosada y pálida en el dorso. Su apretón es firme, a la par que delicado, aunque no lo bastante flojo como para que sea insultante. No lo hace con la mitad de la mano, como si fuera frágil, sino como un igual, un equilibrio que pocos hombres de mi compañía alcanzan.

—¿Y por qué no ha venido Sara? —cuestiona aún sin apartar la mano de la mía.

—¿Qué?

—Es verdad. Es una pregunta muy personal.

Y sigue estrechándome la mano.

—¿Te refieres a por qué no se va a encargar mi hermana? —pregunto.

—Sí.

Sigue estrechándome la mano.

—Está ocupada —replico.

—¿Y tú no?

—Ahora no.

La sonrisa traviesa de Cliff vuelve a aparecer.

—¿Qué significa eso?

—Quería encargarme yo —miento.

Suelta un bufido.

—No es verdad. ¿Por qué lo has hecho?

Es demasiado perspicaz, lo que hace que mis terminaciones nerviosas estallen en llamas cuando escupo:

—Porque está claro que mi madre no puede.

Solo cuando deja de moverse me doy cuenta de que seguimos estrechándonos la mano. Arquea las cejas y la vergüenza me recorre la columna vertebral.

—Lo siento —musita.

Cierro los ojos con fuerza y suspiro.

—No, perdóname tú a mí —contesto—. Ha sido un día largo.

Abro los ojos otra vez para estudiarlo y descubro que me está dedicando de nuevo esa sonrisa torcida y juvenil. Se me contrae el pecho.

—Ya me imagino. —Centra los ojos en nuestras manos unidas y añade—: ¿Me vas a soltar tú o lo hago yo primero?

A toda prisa, aparto el brazo y él observa el movimiento con esa

molesta sonrisa en el rostro.

—Encantada de conocerte.

Retrocedo, con Rocket a mi izquierda, y me da la impresión de que el perro mira a Cliff de soslayo. Me descubro haciendo lo mismo.

—Lo mismo digo, Michelle. —Pero, cuando me estoy girando para marcharme, grita—: ¿Y si vienes a casa a cenar?

Me detengo en el sitio y doy media vuelta.

—¿Qué?

—Sí —insiste—. Una gran bienvenida al vecindario. Es lo que se suele hacer por aquí.

—Es…

—Créeme, será divertido. —Deja escapar un suspiro sin abandonar la sonrisa—. Y seguro que acabarás conociéndonos, sobre todo si Britt está por medio. No le cuesta nada hacer amigos. —Antes de que pueda negarme, se gira y grita hacia la mosquitera —. Emily, pon la mesa para una persona más.

—No tienes que…

—No es ningún problema. De todas maneras, no tienes comida, ¿no?

Miro a Rocket, el animal centra los ojos en mí. «Shelly, ¿qué diablos?».

Como si estuviera ensayado, el estómago me gruñe. Cliff baja los ojos antes de volver a centrarlos en mi cara. Acompaña la sonrisa engreída con unas cejas arqueadas.

Dado que no veo otra opción, confirmo:

—Claro.

Capítulo 3
CLIFF

Michelle entra en mi cocina con cautela, como si la hubiera invitado a cenar Satán en el mismísimo infierno. Y juraría que el *border collie* que la sigue está dispuesto a robarme el tridente.

—¡Perrito! —Brittany pasa corriendo a mi lado.

Extiendo la mano, pero se escapa fuera de mi alcance, por lo que no logro atraparla por los tirantes a tiempo. Cuando mi hija se detiene ante el animal, este se sienta sobre las patas traseras en el suelo de baldosas.

—Rocket, sé majo —le ordena Michelle.

El perro tensa las orejas, pero no se digna a girar la cabeza. Su dueña permanece parada junto a la puerta, con la espalda recta y los brazos cruzados. El pintalabios carmesí coincide con el color de sus uñas, con las que tamborilea, ansiosa, sobre el hueco del codo.

La recuerdo del funeral de Birdie. No ha cambiado nada. Parece segura. Imponente. Tensa. Y también sola. Estudio su cuarto dedo en busca de un anillo. Desnudo.

«¿Cómo?».

Había asumido que estaba casada con el hombre igual de

estirado que estuvo a su lado en el funeral. Aunque, bueno, lo golpeó y el impacto resonó por toda la capilla. Ahí definitivamente no había amor.

—Cómo mola —susurró Emily después.

El drama evitó que mi hija llorara durante unos segundos, así que debo darle las gracias a Michelle por eso.

La mujer abre los labios al pasear la vista por la cocina. Sigo su línea de visión. Nuestra casa no tiene nada especial. Es probable que haya demasiados imanes en la nevera, que sujetan deberes con buena nota, dibujos hechos con los dedos y fotos satinadas manchadas de huellas. La barra del desayuno está llena de libros y cartas, y en el aparador se apila la colección de CD de Emily. Pero Michelle contempla la estancia como si fuera una maravilla.

Yo también me siento así. Hay muchas mujeres guapas en Copper Run, pero no recuerdo la última vez que vi a alguien tan impresionante como ella. Incluso ahora, sin el vestido negro del funeral, ataviada con un conjunto mucho más casual (aunque también negro), Michelle invade el espacio. El pelo moreno, que le cae sobre los hombros, es tan liso que parece salido de un catálogo. Los ojos, de un marrón más claro, se resguardan a la sombra de unas largas pestañas oscuras. Sí, tiene unos rasgos delicados; con una mandíbula curva, unos pómulos finos y unas mejillas rosadas y suaves, pero esa sutileza contrasta con la intensidad de las cejas arqueadas y los labios voluminosos, convertidos en una única línea.

—Deja que lo adivine.

Michelle pestañea.

—¿Qué vas a adivinar?

—La ciudad —continúo—. Tiraría por Baltimore.

—¿Qué?

—De dónde eres. ¿Boston? —Entorno los ojos—. No…, Seattle. Trabajas en Washington, de donde es tu madre.

Se queda callada durante un segundo antes de confirmarlo:

—Sí, Seattle.

«Parece una chica de ciudad».

Reprimo una sonrisa de satisfacción y digo:

—Emily, ¿cómo va la sopa?

—Voy a añadirle un extra de calabaza por ti.

Un escalofrío me recorre la espalda y lo exagero para dejar clara mi opinión. Brittany sonríe, radiante, en el suelo, paseando las manos por el pelaje blanco y negro del perro.

Michelle se acerca a la ventana sobre el fregadero y abre con dos dedos las cortinas de volantes.

—Se ve mi dormitorio desde aquí —comenta.

—A Birdie le gustaba montarnos un espectáculo.

Desvía los ojos hacia los míos. Me echo a reír.

—Era broma.

Entonces, advierto que quizá haya sido insensible por mi parte. Sin embargo, sé que a Birdie le habría hecho gracia. ¿A su hija? Es evidente que su sentido del humor es más serio. Su actitud impávida y su esmalte oscuro son muy diferentes a las líneas de expresión y los vestidos florales color pastel de Birdie Cadell.

Cruzo la cocina hacia la alacena.

—Entonces ¿te vas a encargar del *bed and breakfast* de tus padres?

Abre la boca para responder, pero Emily la interrumpe:

—Espera, ¿eres hija de Birdie?

—Sí —contesta Michelle.

Enseguida, Emily frunce el ceño.

—Siento lo de…, ya sabes.

Creo intuir que Michelle traga saliva.

—No pasa nada.

—¿Qué tal está el señor Cadell? —continúa Emily.

—Mi padre vivirá con mi hermana en la residencia universitaria por el momento.

—Ah… —Las palabras de Emily se apagan.

Mentiría si dijera que yo no me siento igual de desilusionado. El marido de Birdie era una presencia tan habitual como su mujer. Sí, no hablaba demasiado, pero lo compensaba con sus acciones. Esperaba a Brittany en la parada del autobús cuando me retrasaba en la pastelería, hacía parrilladas en verano y se sentaba con nosotros en el porche por las noches.

Una mirada a Michelle es suficiente para que recuerde que, aunque nosotros hemos perdido a nuestros vecinos, ella ha perdido a su madre. No es lo mismo. Ni de lejos. Cuando Michelle vuelve a desviar la atención, deambulo hasta los fuegos y me inclino hacia Emily.

—Oye, no la interroguemos, ¿vale? —susurro.

—Pero lo acabas de hacer.

—Sí, pero yo soy un capullo y tú no, peque.

Abro el armario sobre mi cabeza y saco varios platos. Michelle de repente cruza las baldosas de la cocina con un pequeño repiqueteo de sus zapatos negros y extiende una mano.

—Entonces ¿vas a ocuparte de la temporada más ajetreada tú sola? —continúo como si nuestra conversación no hubiera sufrido

una pausa incómoda.

—Me las arreglaré —asegura, haciéndome una señal con las manos.

Sonrío mientras paseo los ojos de su mano a su cara.

—Eres nuestra invitada. No voy a permitir que pongas la mesa.

Vuelve a hacer el mismo gesto, contradiciéndome en silencio. Con lentitud, ensancho la sonrisa antes de situarle los platos en las manos.

—Muy bien, vale. Gracias.

—¿Dónde los coloco? —pregunta.

Hago un gesto con la cabeza al comedor, al otro lado de una puerta cerrada.

—Cenaremos allí.

No puedo dejar de mirarla y de sonreír de oreja a oreja. Es tan valiente y audaz.

Emily suelta una risita.

—Nunca nos sentamos en el comedor.

—Bueno, ahora tenemos una invitada, ¿no? —rebato.

—Entonces ¿en el comedor? —pregunta Michelle.

—Sí, por ahí.

Sin embargo, antes de que pueda encaminarse a la puerta, esta se abre hacia nosotros. Michelle está a punto de chocar con ella, por lo que se tambalea hacia atrás y le coloco una mano en la parte baja de la espalda, además de apoyar la otra sobre la que tiene bajo los platos tambaleantes para equilibrarlos. No se trata de una vajilla demasiado especial, pero son los únicos que tenemos.

Carol emerge del umbral y vacía el monedero en la barra de desayuno.

—Como tu amigo Lars vuelva a pasarse por la pastelería, preguntando por ti cuando sabe que no estás para poder… Ah, hola.

Mi hermana se queda paralizada al percatarse de la extraña que hay en mi casa. Tarda lo mismo que yo en ser consciente de que estoy tocando a dicha extraña. Así de cerca, capto el toque a ámbar y clavos que emana de su pelo. No, azúcar caramelizado. Con el tiempo, como pastelero, muchos olores acaban resultándote empalagosos, pero el azúcar caramelizado nunca pasa de moda.

Doy un paso atrás y señalo a mi hermana con la mano.

—Carol, esta es Michelle, la hija de Birdie. Se ocupará del hotel. Michelle, esta es mi hermana. Vive en un estado constante de angustia.

Carol extiende una mano hacia Michelle.

—Y ese es mi hermano. Un capullo. Pero me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo —saluda Michelle, estirando la mano libre para estrechársela.

Se le curvan las comisuras de los labios. Creo que es la primera sonrisa que le he visto esbozar. Le devuelvo el gesto, aunque la suya no está dirigida a mí.

—Se me ha olvidado presentarte a todas —advierto, al tiempo que me paso una mano por el pelo—. Esta es Emily. —Le rodeo los hombros con el brazo—. Está estudiando Economía doméstica. Por eso se encarga de cocinar.

Emily me clava la cuchara de madera en el pecho.

—En realidad, es un misógino. De los grandes.

—Enorme —concuerdo, sarcástico—. Debe aprender cuál es su sitio antes de que sea demasiado tarde.

Emily suelta una carcajada, pero Carol me amonesta con un:

—Por Dios, Clifford.

—Y esa es Brittany.

Mi hija está tirada en el suelo junto al perro, demasiado cerca de su boca. «Mierda». El latido de mi corazón triplica su velocidad habitual.

—Oye, Britt Britt, retírate un poco, ¿vale?

Embelesada, sin interrumpir su contacto visual, Brittany se aparta un milímetro.

—¿Cuántas hermanas tienes? —pregunta Michelle.

—¿Por qué? ¿Te quieres quedar alguna? —bromeo—. En realidad, estas son mis hijas.

Durante un momento en el que, si hubiera pestañeado me lo habría perdido, Michelle centra los ojos en mi anular. Reprimo una carcajada. «No vas a encontrar ningún anillo ahí». Ni siquiera una circunferencia veraniega sobre el bronceado.

Emily golpea la cazuela con la cuchara de madera.

—Muy bien, listo. Con tropezones extra de calabaza. Solo para ti, grandullón.

Abro la nevera.

—No estoy preparado. ¿Cómo me has adelantado?

—Te has distraído —me acusa.

Señalo a Michelle con la mano, con la palma hacia arriba.

—¿Siendo cortés con una vecina?

La mujer arquea una única ceja, como si dijera: «No me uses como excusa». Me río ante el pequeño toque humorístico.

—Encenderé la tostadora —concluye Carol, quitándose la chaqueta y colgándola en el perchero de la puerta junto a otra diminuta, de Britt.

Mi familia y yo nos movemos por la cocina, dándole los últimos retoques a la cena. Michelle desaparece por la puerta con los platos. Cuando vuelve, abre un cajón al azar hasta que encuentra los utensilios. Los coge sin mediar palabra y sonrío. No le gusta permanecer con los brazos cruzados. Lo respeto.

No mucho después, estamos en el comedor con la sopa y unos sándwiches sobre el mantel. Las cucharas repiquetean contra los boles y Brittany sorbe el caldo, sonido que retumba por la sala. Emily tenía razón. Nunca comemos aquí y hay motivos para no hacerlo: la mesa de caoba, el juego de sillas con estructura rígida y asiento mullido y las fotos de playas con marcos de bronce son reliquias de la decoración de mi exmujer. Preferimos nuestro rincón de la cocina, macerándonos en la calidez persistente del horno y con Emily como nuestra DJ particular que pone música con el radiocasete portátil.

—Bueno —comenta Carol—, Michelle, ¿qué te está pareciendo Copper Run de momento?

—Llevo aquí solo una hora.

—¿Una hora? —Carol la mira, boquiabierta.

—La he secuestrado —bromeo, despreocupado.

—¡Y yo! —añade Brittany.

—¿Ahora el hotel es tuyo? —interviene Emily, cruzando las piernas sobre la silla.

—No —responde Michelle, hundiendo la cuchara en la sopa anaranjada—, me quedaré solo hasta después de Navidad.

—¿Cuándo llegarán tus primeros huéspedes? —pregunta mi hija mayor.

Chasqueo la lengua y digo entre dientes:

—¿Qué he dicho sobre interrogarla?

—Mañana —contesta Michelle.

Me quedo paralizado.

—Espera, ¿solo tienes un día para aprender todos los tejemanejes de dirigir ese sitio?

—Pensaba que no la estábamos interrogando —musita Emily.

—Aprendo rápido —interviene Michelle con las cejas arqueadas de nuevo. Me gusta la manera en la que rozan las puntas de su pelo marrón. Casi con delicadeza—. No quería cancelar su reserva en el último momento.

—Papá te puede ayudar —canturrea Brittany antes de sorber la sopa—. Lo prometió.

—Por supuesto —concuerdo—. Nos llevábamos muy bien con tu madre —le explico—. Los arbustos no eran suficientes para mantener alejada a esta cría. —Le revuelvo el pelo a Brittany, meciéndole la coleta—. Tu padre y ella se vieron obligados a soportarnos.

—Mi madre era una persona muy generosa —rememora Michelle. Suele ser una frase que va acompañada de una sonrisa melancólica, el eco de un recuerdo bonito de la infancia, pero ella solo tuerce una comisura de la boca ligeramente. No es terrible, pero algo lo mancilla.

—Me lo creo —contesto, escéptico.

Carol suspira.

—Le encantaba este pueblo.

—Birdie ganó el concurso de disfraces del año pasado —suelta Brittany.

—Ah, sí —dice Emily—. Se vistió de Freddy Krueger. Estaba

impresionante.

—¿Has conocido ya a Lisa y George? —intervengo.

Michelle niega con la cabeza.

—¿Quiénes son?

—Buenos amigos de tus padres —le aclaro—. Y unos plastas.

—George y Cliff se pelean como el perro y el gato —finge susurrarle Carol a Michelle con una sonrisa.

—Quizá, si no pidiera dulces recién horneados por la tarde, no tendría que hacerlo —me defiendo sin molestarme en murmurar.

Bajo la mesa, oigo a un perro inhalar, seguido del sonido de babas y unos dientes que rechinan. Aparto el mantel floral y me quedo paralizado al ver a mi hija dándole pedazos de su sándwich al *border collie*. Le lame las migas restantes de los dedos.

—Britt, no le des de comer al perro.

A Michelle las mejillas se le tornan de un profundo carmesí cuando ella también mira bajo la mesa.

—¡Rocket! —sisea—. Pórtate bien.

El perro, de nuevo, no presta atención a su dueña. Michelle se acaricia el interior de la mejilla con la lengua. Nuestros ojos se encuentran bajo la mesa.

—Le gusta ignorarme —me explica.

Carol suelta una carcajada.

—Perdona —se disculpa—. Me ha hecho gracia que un perro tenga tanto carácter.

De repente, suena el teléfono de la cocina. Todos nos tensamos, incluido yo, y Michelle pasea los ojos por nosotros.

—No contestamos al teléfono mientras cenamos —le explico.

—Pero quizá sea Josh —gime Emily.

«O Tracy, que por fin está llamando para hacer su comprobación semanal de que las niñas están bien».

Me obligo a sonreír.

—Entonces, estoy deseando oír lo que tiene que decir. Así nos ahorramos tiempo.

—Eres muy cruel.

—Y tú muy suertuda.

Emily suelta un bufido de indignación, pero solo tengo oídos para cada tono del teléfono. Quiero contestar, pero sería hipócrita por mi parte levantarme ahora. Podría dejar un mensaje, pero ¿lo cogerá si le devuelvo la llamada?

Otro tono.

Por fin, un clic, seguido de mi voz amortiguada.

—Has contactado con Cliff, Emily y Brittany —dice mi yo del contestador—. Deja tu nombre y número después de la señal y ya te llamaremos. —Luego, un coro de tres voces, Emily, Brittany y yo, dice—: ¡Aaadiós!

Se oye la señal. Todos inhalamos.

—Ah, hola. Soy Josh.

Los suspiros recorren la mesa.

—Buscaba a Emily. Eh… —Mi hija se tensa en la silla, expectante, mientras Josh continúa despacio—. Sí, llamaré más tarde, supongo.

Decidí hace semanas que Josh era, sin duda, un bollo relleno de higo. Seco y aburrido. Cuelga al otro lado de la línea y le dedico a Emily una mirada de soslayo.

—Parece majo —comenta Carol.

Emily se muerde el labio inferior.

—¿Puedo irme? ¡Porfa!

No estoy de humor para discutir, por lo que asiento.

—Pero menos de una hora al teléfono, ¿eh? Y, si oyes que alguien más está llamando, me lo pasas.

Antes de que termine la frase, Emily ya está en pie y desapareciendo por la puerta de la cocina con su plato.

Hago una mueca.

—Bueno…

—Yo también debería irme —anuncia Michelle—. Gracias por la cena. Estaba muy buena.

Es mentira. La sopa de Emily era espantosa, pero Carol y yo esbozamos una sonrisa cortés.

Arrastro la silla para alejarme de la mesa.

—Te acompaño a la salida.

Cruzamos la cocina y pasamos junto a Emily, quien ya tiene el auricular del teléfono pegado a la oreja. Abro la mosquitera con un chirrido y dejo que pasen Michelle y su perro. El aroma a ámbar de su pelo me envuelve una vez más. Me inclino contra el marco.

—Gracias por soportarnos. Y lo siento. Queríamos mucho a tu madre.

—Te lo agradezco —dice, y la creo.

—¿Sabes? Le prometí a Birdie que te ayudaría. Bueno, a Sara, pero a ti también.

Arquea una ceja. No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué?

—Me irá bien —contesta, desviando la mirada—. Pero gracias. Solo necesito aguantar hasta diciembre.

«Interesante». Su aversión a este pueblo me recuerda a la de mi ex. Las personas, los árboles, las hojas… Creía que todo el pueblo,

incluida la naturaleza, conspiraba contra ella.

—Copper Run no está tan mal —añado, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Birdie te dejó directrices?

—He encontrado un archivador, aunque no lo he leído todavía. Esperaba revisarlo esta noche, pero…

Me echo hacia atrás, chasqueando la lengua.

—Ah, culpa mía otra vez.

—No pasa nada.

Sigue sin sostenerme la mirada y, por voluntad propia, mis ojos la recorren de arriba abajo. Por alguna razón, que esté molesta conmigo la vuelve aún más atractiva. Le sienta bien el rubor en las mejillas.

Asiento despacio.

—Bueno, ha sido divertido.

Vuelve a centrar los ojos en mí y creo intuir en ellos una pizca de humor.

—Mucho.

—Supongo que nos vemos mañana.

—Espera, ¿por qué?

Ahora me toca a mí sentirme aturdido.

—Para… ¿el desayuno? ¿En el hotel?

—¿Por qué? —repite, esta vez de manera más directa.

Suelto una carcajada.

—Bueno, por lo general, suelo pasarme cada mañana a dejar los dulces.

Me pregunto qué dulce le gustará. Y si su cuello olerá a azúcar caramelizado. Quizá su favorito sea algo obvio, como la *crème brûlée*, aunque con un toque elegante, con azúcar caramelizado de

verdad, pero algo me dice que no es tan simple.

—¿Hay dulces todas las mañanas? —pregunta.

—Para desayunar, sí. Soy el pastelero de por aquí —bromeo, forzando un acento falso—. A Birdie nunca se le dio demasiado bien la repostería, por lo que… —me interrumpo ante su confusión.

Michelle contempla el *bed and breakfast* vacío a través de la espesura de arbustos. Nunca he visto a una persona pensar tan alto.

—¿Estás bien?

—Sí —afirma, volviendo a la realidad con un pestañeo—. Tengo mucho que aprender.

—Lo he dicho en serio: le prometí a Birdie que ayudaría —insisto.

Niega con la cabeza.

—No lo necesito.

—No es una propuesta, es el cumplimiento de una promesa. Al menos, deja que te ayude durante las dos primeras semanas.

—En serio, no…

—Entonces, al menos, deja que te pase alguna receta.

Asiente.

—Muy bien.

—Muy bien.

—Gracias de nuevo por la cena.

—Vuelve cuando quieras.

Mientras se aleja, tras darse un golpecito en la cadera para que el perro la siga, paseo los ojos hasta su dedo desnudo una vez más.



Capítulo 4
MICHELLE

Echo de menos las bocinas de los coches y las luces de la ciudad a través de la ventana de mi casa adosada por la noche. Después de cuatro horas sin dormir por culpa del viento y el silencio, un silencio ensordecedor, enciendo la televisión en mi suite. Me despierto tres horas más tarde con un publirreportaje en el que veo que venden escaleras.

Tras darme una ducha, todavía somnolienta, he hecho café y he abierto el grueso archivador con instrucciones de mi madre, el cual he colocado al lado de los preciados libros de cocina y la tabla de cortar.

Noto el pecho convertido en un nudo. Todo es tan… ella. El papel floral del bloc de notas. La caligrafía fina en cursiva. La tinta del rotulador que aún no se ha difuminado por los bordes, como si lo hubiera escrito ayer.

Hojeo las fundas protectoras arrugadas llenas de documentos y encuentro números de teléfono, una lista de tareas diarias, información para reabastecer los productos de limpieza y una carta.

«Querida Sara…».

La respiración se me bloquea en la garganta mientras cierro de golpe el archivador.

«Sara».

Entiendo por qué mi hermana heredó el orgullo y la felicidad de mi madre. Su personalidad dicharachera encaja a la perfección con la hospitalidad.

Yo soy una mujer pragmática, no la hija divertida. Sé quién soy. Y me enorgullezco por ello. He desarrollado una carrera en publicidad de la nada. He sido la primera mujer en llegar a supervisora dentro de mi departamento y la primera jefa de publicidad en nuestra compañía. He trabajado muy duro para alcanzar un puesto en el que los demás actúan como les digo.

Sara heredó el gen despreocupado y optimista de mi madre. Incluso la ayudó a elegir esta propiedad. Yo no me enteré hasta mucho después de que la hubiera comprado y su firma se hubiese secado.

Cierro los ojos. «Solo necesito seguir con esto hasta que Sara se gradúe. Ya está».

Vuelvo a introducir un dedo en el archivador y lo abro, ignorando la página con la carta. Encuentro un papelito con los números de los departamentos de publicidad de diferentes periódicos. Suspiro con una sonrisa. Bien. Ese es mi fuerte. Puedo ocuparme de esto por la tarde. Giro otra página y llego a la lista diaria de cosas por hacer.

—Empezaremos por aquí —digo al vacío, ocupado solo por Rocket y por mí.

El perro se estira sobre el felpudo de la puerta trasera y me mira como si dijera, perezoso: «Tú empezarás por ahí. Yo voy a echarme una siesta».

Me coloco unos guantes amarillos de goma hasta los antebrazos y froto cada superficie. Lanzo todas las sábanas y fundas de almohada por el conducto de lavandería de la planta superior, paso la aspiradora, quito el polvo y toso.

Hace tres meses, estaba en mi enorme despacho, en un lugar relevante. En ese entonces, nunca me habría imaginado que ahora estaría metiendo el brazo hasta el codo en un retrete mientras el perro de mi ex me mira y pestañea desde el umbral del baño. Rocket se está riendo por dentro, lo noto.

A la hora de comer, abro la ventana de mi dormitorio y permito que la brisa otoñal del exterior se filtre en la estancia. Me dejo caer en la cama. Los muelles del colchón chirrían, como si gimieran de pena. O quizá haya sido yo quien ha hecho ese ruido.

«Querida Sara».

Giro la cabeza para apoyar una mejilla en la colcha y observo el reloj. Faltan tres horas para que lleguen los primeros huéspedes y apenas he mirado la reserva o las instrucciones sobre cómo registrar su visita. También debo llamar a la oficina en Seattle cuando se despierten. No tengo tiempo de descansar.

Sentada, miro por la ventana y advierto que la de los Burke está abierta de par en par. Cliff deambula por la cocina y me quedo paralizada. Rápido, me pongo en pie y cierro la ventana.

No es que me desagraden mis nuevos vecinos. La más pequeña, Brittany, ya tiene a Rocket comiendo de su mano. La adolescente, Emily, es divertida y sarcástica. Y Carol, su tía…, bueno, es un desastre, pero me recuerda a mi hermana en sus días malos. Las mujeres no son el problema.

Es su hermano quien no deja de flotar por mi mente: Cliff Burke,

con sus manos cubiertas de venas que se pasa continuamente por el pelo moreno y descuidado. Cliff Burke, con su sonrisa torcida y su risa grave. Cliff Burke, que no entiende lo que es el espacio personal.

Me desprendo de la sensación inquietante que sentí en las manos, las ascuas de esas chispas cálidas que me hormiguearon en la piel cuando me tocó ayer una, dos, quién sabe cuántas veces. Los dedos con los que me rodeó la cintura. El aliento en mi oreja al estabilizar los platos tambaleantes entre mis manos. El cuerpo sólido contra mi espalda cuando choqué con él.

El teléfono de la mesilla suena y me pongo en pie de un salto antes de descolgarlo.

—Bird & Breakfast. Al habla…

—¡Hola, caracola! —chilla la voz de mi hermana al otro lado de la línea—. ¡Sigues viva!

Me echo a reír.

—Buenos días, Sara.

—Aj, es muy raro no oír tu voz a diario.

—Solo llevo aquí un día.

—Veinticuatro horas es demasiado tiempo.

Ha sido un poco más, pero no la corrijo. Entre el trayecto en coche y su vuelta a la universidad en California, han pasado casi dos días.

—Espera, ¿qué haces levantada tan temprano? —pregunto—. Deben de ser… —compruebo el reloj de nuevo— las nueve de la mañana.

—No me vengas con esa actitud de hermana mayor. Estoy bien. Llevo pintando toda la noche. Ay, no quiero graduarme —confiesa

con una mezcla de gemido y carcajada.

—¿No has retrasado ya bastante la graduación?

—Sí, pero podría vivir en esta escuela toda la vida.

Sonrío. Me encanta el amor de mi hermana por el arte. Su mentalidad es tan distinta a la mía. Desearía embotellar esa fascinación.

—Sácate ya la carrera, vamos —la provoco.

—Debería haber llamado antes.

—Lo has hecho en el momento perfecto.

—Sí, pero un día más y te habrías olvidado por completo de tu hermana pequeña. No puedo aceptarlo.

Me echo a reír.

—No dejo de pensar en ti. ¿Qué tal está papá?

—Está… bien. —Sara baja la voz hasta convertirla en un murmullo—. Sigue viendo *M*A*S*H* a todas horas.

—¿Sí?

—Sí. —Se queda un momento en silencio antes de preguntar—: ¿Cómo estás tú, Shells?

—Bien, sí, todo va bien por aquí.

—Vaya, muy convincente —replica Sara con una carcajada—. ¿Has conocido a alguien?

Trago saliva.

—Hum. —Sara seguirá haciéndome preguntas, así que añado—: Mi vecino me invitó a cenar anoche.

Suelta un grito ahogado.

—¿Fuiste a cenar con el tío bueno de tu vecino?

Se me enciende el rostro.

—No he dicho que fuera un tío bueno.

—Ya, pero mamá siempre decía que lo era. Es el tipo ese con hijas, ¿no?

Miro a través de la ventana abierta de la cocina. Casi me atraganto con mi propia saliva cuando Cliff pasa por delante de nuevo.

Parece tan… casual. No es como los hombres a los que estoy acostumbrada, con sus americanas y sus corbatas ajustadas. Cliff lleva una camiseta blanca bajo una camisa abierta de pana, cuyas mangas largas tiene enrolladas sobre los antebrazos. Se le marca la pequeña cicatriz junto a la boca.

Me siento ridícula, pero contengo el aliento cuando lo veo con el auricular presionado contra la oreja, como yo, dándole vueltas a un bolígrafo entre los dedos largos. Un momento después, se lo coloca tras la oreja y se pasa la mano libre por el pelo. Articula palabras que no puedo oír antes de desaparecer de mi vista.

—¿Shell?

—Sí, perdona. Es… un poco raro estar aquí.

—Ah.

La confesión me comprime el pecho más de lo que debería.

«Querida Sara».

—Tengo que irme —anuncio—. Me queda mucho trabajo por hacer.

—Oye —susurra Sara de repente—. ¿Quieres hablar o algo? Sobre el hotel, mamá… o Allen.

Niego con la cabeza hasta que recuerdo que no puede verme.

—En serio, tengo que irme, Sara.

—Hum, vale —sentencia. Luego, añade con suavidad—: Te quiero.

—Y yo a ti.

Coloco de nuevo el auricular en la base y me llevo la mano al colgante de mi madre para moverlo por la delgada cadena. Rocket se vuelve a poner en pie y me mira.

—Ahora mismo no necesito que me juzgues —musito.

El perro suelta un bufido y se aleja por el pasillo.

Al otro lado del jardín, Cliff aparece otra vez ante la ventana. Cierro las cortinas de encaje.



—Id con cuidado —digo.

Recibo un «gracias» apenas audible como respuesta. Es mi segundo par de huéspedes, pero se ha ido igual que el primer grupo, tratándome con frialdad y murmurando entre dientes. Para añadir más sal a la herida, de nuevo se han marchado sin firmar el libro de visitas.

Mis padres nunca me contaron que sus huéspedes fueran tan maleducados, pero, después de cuatro días atendiendo dos reservas bajo mi techo, estoy convencida de que la temporada ajetreada atrae a los peores turistas.

La semana empezó bien. El primer hombre llegó con una maleta a cuestas y una sonrisa radiante. Dijo que solía venir a menudo, lo que era obvio por la manera en la que apoyaba el codo en el mostrador, a punto de tirar el timbre. Asentí de manera cortés, pero no le pregunté de dónde era porque, bueno, parecía otro urbanita como yo. Apunté la información de su tarjeta y vi la nota de mi madre, con su caligrafía elaborada, en la que indicaba que había

reservado su habitación de siempre, la suite principal de la planta superior. Le tendí las llaves con una sonrisa y le deseé una feliz estancia.

Fácil.

Sin embargo, las peticiones siguientes…

Cada vez que encontraba mi ritmo, haciendo mala-bares con las finanzas en el despacho o reponiendo las galletas caseras, que me quedan bastante decentes, si me preguntan, algún huésped me llamaba con una nueva exigencia; como si lo hubiera ensayado y estuviese siguiendo una lista de pruebas a las que someterme. Quería la ventana abierta, más mantas o una recomendación de cuál era la mejor ruta hacia la plaza del pueblo, donde se celebra el festival otoñal.

«Por esa calle», me entraban ganas de escupir. No obstante, en lugar de eso, los acompañaba al porche frontal y les indicaba la dirección con un cortés «No tiene pérdida». Sin mucho entusiasmo, me daban las gracias con un gesto de la mano.

Tengo un día entero para desestresarme antes de que lleguen los siguientes huéspedes. Espero que sean más agradables que los últimos: una familia en la que los padres no han reñido ni una vez a sus hijos por acariciar a Rocket. Cierro la puerta principal antes incluso de que su furgoneta salga del camino de entrada.

Hay muchos aspectos que me gustan de ser la dueña del hotel. No me importa tener que limpiar y me siento cómoda con la contabilidad. Además, ya he encargado varios anuncios para el mes que viene.

Aunque también están los huéspedes descontentos. La calma asfixiante de no estar en una ciudad. La ausencia evidente de la

falta de personas a mi alrededor. El simple hecho de estar sola.

No digo que eche de menos a Allen. Llevaba meses durmiendo en la habitación de invitados y hablamos de separarnos en un par de ocasiones. Debería haberme imaginado lo que ocurriría a continuación.

Pero, aun así, cuando entro en la cocina, noto la falta del sonido de las páginas de su periódico o el olor de nuestro humeante café matutino. Ya no escucho hablar de las operaciones que tenía programadas para ese día. Solo una secuencia infinita de anuncios sobre escaleras.

La familia Burke es mi único alivio ante el silencio. A pesar de no haber vuelto a relacionarme con ellos desde la cena, conozco sus horarios. Emily deambula frente a la ventana abierta de su cocina y se ríe al teléfono en torno a las siete de la tarde, todos los días. Brittany cruza los arbustos hasta nuestro aparcamiento después del colegio y pasea la mirada por nuestras ventanas, imagino que buscando a Rocket. Y luego está Cliff, que llega a casa tarde del trabajo, entre risas, y se baja de la furgoneta con el zigzagueo de un relámpago por un cielo despejado.

Parecen divertidos y llevan una vida muy distinta al hogar en el que crecí.

Aun así, le dije a la familia Burke que no necesitaba ayuda y así es. No voy a rendirme ahora. Las cosas van bien.

Me paso el resto de la tarde limpiando, acompañada del suave murmullo de la radio. Cuando abro los armarios chirriantes de la cocina para cenar temprano, solo me devuelven la mirada una bolsa medio vacía de azúcar y una lata de café.

«Vaya, me he quedado muy rápido sin comida esta semana».

Quizá debería aprovechar para reabastecer los productos del hotel. Hojeo el archivador y, bingo, encuentro una lista de esenciales. Tras sacarla de la funda protectora, cojo el monedero de mi madre y la correa de Rocket, colgada en un gancho en la cocina, y me dirijo a la puerta principal.

Ahora que estamos a mediados de septiembre, los árboles de Copper Run se han convertido en acuarelas de color dorado y rojo óxido. Las hojas se marchitan y flotan hasta el suelo, creando montones que Rocket atraviesa, olfateándolos.

Me dedica una mirada fulminante. «Estas hojas no proceden de la ciudad, Shelly. Huelen distintas. No llevo bien los cambios».

—Ni yo —susurro.

«¿Cuándo nos vamos?».

Suspiro.

—Todavía no.

La plaza del pueblo está a rebosar de familias ajetreadas que ocupan cada centímetro de la acera. Los niños cruzan la carretera sin mirar a ambos lados. Hay un videoclub, una oficina de correos y… ¿una combinación de pizzería y cafetería? No quiero saberlo.

Mi madre romantizó tanto este pueblo que empezó a parecer intocable. Era como un pequeño rincón del universo que solo existía en su imaginación. Un lugar con las mejores calabazas, festivales en todos los días especiales y un clima perfecto, con una ligera brisa otoñal.

Me ciño el cárdigan corto sobre el pecho. La plaza huele a tarta de manzana y heno. A hojas secas y sirope de arce. Han colgado una pancarta entre dos farolas que anuncia: Festival de la Cosecha de Copper Run. Está a rebosar de gente. Los adolescentes se ríen en el

cenador del parque, adornado con luces naranjas. Un niño deambula entre las balas de heno y cerca de la valla de madera en torno a unas calabazas están las únicas caras que conozco. La familia Burke.

Cliff pasea con Brittany de la mano. La pequeña salta y Cross la balancea con un brazo a unos centímetros del suelo durante un momento antes de posarla de nuevo. Repiten el juego por segunda vez y la cría ríe tan alto que la oigo desde aquí.

El hombre mira a su alrededor, como si buscara a alguien. Me tenso y acelero el paso hasta la tienda de comestibles. Ato la correa de Rocket a una farola.

—Siéntate.

Deja caer el culo en el suelo. «Tienes cinco minutos».

—Cinco minutos —acepto con un susurro.

Me cuelo por la puerta y cojo una cesta de plástico antes de lanzar al azar los productos de la lista de mi madre. Polvo de hornear, leche, mantequilla…

Para quitarme el gusanillo, por fin cedo y echo un ojo a través del escaparate de la tienda. En el parque, Brittany, Emily y Cliff caminan por un pasillo, flanqueado por calabazas. El hombre no deja de mirar a la pequeña con esa sonrisa torcida suya, radiante. No sé si es encantador o… engreído. Es como si siempre tuviera un número cómico cosquilleándole los labios, preparado para liberarse sin permiso.

Alguien se acerca a Cliff e intercambian unas palabras. La mujer se ríe, sujetándose el estómago, totalmente doblada por la cintura.

«Vale, Cliff no es tan gracioso».

Pero, entonces, se acerca otra persona, un hombre con un grueso bigote y barriguita, y los dos se sonríen de oreja a oreja. El

hombre le da una palmada en el hombro y Cliff lo rodea con el brazo.

De nuevo, ¿es encantador… o engreído?

Al final, Cliff se tira de la tela de los pantalones para agacharse al nivel de Brittany. La niña señala un puesto detrás de él y su padre asiente una y otra vez con una sonrisa mientras mueve el dedo en el aire como si dijera: «Sí, sí, claro, claro, claro».

Emily mira en la misma dirección que Brittany. Cliff se incorpora y hace un gesto, señalándose los ojos con dos dedos antes de hacer lo mismo con los de sus hijas. Luego, camina tras el hombre con bigote.

No me he dado cuenta de que me he quedado paralizada en el estrecho pasillo de las sopas hasta que alguien tropieza conmigo. Chocamos y una manzana cae al suelo desde su cesta.

—Ay, lo siento. —Niego con la cabeza y me inclino para cogerla.

Una voz de mujer mayor me responde, temblorosa:

—Ah, no te preocupes… —Hace una pausa y deja escapar un grito ahogado—. Ay, madre mía, ¿Michelle?

La miro desde el suelo y ante mí encuentro a una mujer que no reconozco. Pestañea, contemplándome agachada y con los dedos en torno a la manzana. Lleva el pelo blanco corto y suave, a la altura de la mandíbula, pero sus enormes gafas convierten sus ojos en unos puntos diminutos.

Me enderezo.

—¿Te conozco?

—¡George! —grita—. George, es Shelly. —Arqueo una ceja cuando vuelve a gritar—: ¡George!

El pasillo es ya de por sí estrecho, pero, cuando un hombre gira

la esquina con unas gafas tan grandes como las de la mujer y los pantalones subidos hasta las costillas, de repente me parece que está atestado.

—Por Dios —gruñe—, ¿qué pasa, mujer?

—¡Es Shelly! —Extiende la mano, con la palma hacia arriba, para presentarme—. La hija de Birdie.

George entorna los ojos.

—Creía que Sara iba…

—Hola —lo interrumpo—. Soy Michelle. Encantada de conoceros.

Extiendo la mano, pero, al darme cuenta de que aún estoy sosteniendo la manzana, la dejo caer en la cesta. La mujer esboza una sonrisa inmensa.

—Y yo, Lisa. Este es mi marido, George. Éramos muy buenos amigos de tus padres. Debes de haber oído hablar mucho de nosotros.

—Sí —miento.

Solo los conozco porque Cliff los mencionó. Ese hombre está siendo de gran ayuda, aunque me fastidie reconocerlo.

—No sabíamos cuándo llegarías —comenta Lisa antes de darle un codazo a George—. Según dijo Paulie, deberías haber venido hace un mes, pero no he podido ponerme en contacto con él desde entonces. He supuesto que estaba ocupado… Bueno, ya sabes…

«Con su luto».

—Mi padre está ahora en California —explico—. Se quedará una temporada con mi hermana.

Abre mucho los ojos.

—¿Has venido solo tú?

—Sí, solo yo.

Las dos palabras se me asientan en el estómago. Después del divorcio, acepté que ahora estaría «solo yo». A decir verdad, me parece más cómodo que cuando decía «Allen y yo». Aun así, haber pronunciado esa frase en voz alta me aplasta el pecho. Me acaricio el anular desnudo con el pulgar.

Miro de nuevo por la ventana porque, de repente, deseo estar en cualquier otra parte excepto aquí y advierto que Emily está hablando con un adolescente. Al inclinarse hacia él, las mejillas se le tiñen de rubor. Brittany corre entre las calabazas tras ella.

—Ay, madre, pobrecita —musita Lisa, envolviéndome la muñeca con los dedos y atrayendo mi atención—. George, ¿has oído eso? Necesita ayuda.

Se me desmorona la expresión.

—Ah, no…

George gruñe.

—La he oído perfectamente.

—No —repito a toda prisa—. No, gracias. Tengo una lista. —Les dedico una sonrisa forzada—. Mi madre me dejó instrucciones, así que estoy preparada.

Lisa curva hacia abajo las comisuras de la boca y desearía que no lo hubiera hecho. Últimamente, esa mueca conlleva lágrimas y no puedo soportar más emociones.

—La echamos de menos, ¿sabes? —dice, tensando la mano sobre mi brazo.

«Sí, no hay duda, no puedo seguir con esto».

—Era una supermujer —continúa Lisa—. Colaboraba en el festival. Conducía la carroza del alcalde el Cuatro de Julio. El año pasado invitó a todo el vecindario a Acción de Gracias…

—Tenía mucha clase —concluye George.

—La tenía, sí —confirmo, aunque nunca llegué a presenciar esa versión de mi madre, la que pertenecía a Copper Run. La mamá gallina del *bed and breakfast*. La dulzura del pueblo.

Sara la conoció, sí, pero yo solo recuerdo a la mujer que cultivaba un jardín con mi hermana pequeña e intentaba, con todas sus fuerzas, hacer lo mismo conmigo.

Rocket ladra. Alzo los ojos hacia el escaparate y veo que tira de la correa, con los ojos fijos en Brittany, quien está de pie a solas entre las calabazas.

«Espera, ¿adónde ha ido Emily?».

Lisa me da un golpecito en el brazo.

—Nos pasaremos pronto por el hotel, ¿vale?

Niego con la cabeza.

—No tenéis por qué hacerlo.

Un chico se acerca a Brittany entre las calabazas. Rocket gime, tirando de nuevo de la correa.

—No, aquí nos ayudamos los unos a los otros —insiste Lisa—. Toma, tengo algunos cupones —anuncia, sacándolos como si fueran las cartas de un truco de magia—. Cógelos, por favor.

—Gracias, pero debería irme.

—Cariño…

—Tengo que…

—Si necesitas…

—¡Estoy bien! —exclamo.

George levanta la mirada, asombrado. Y entonces oigo las palabras de Allen, que dan vueltas por mi cabeza una vez más. «Te mereces estar sola».

Fuera, se oye un quejido agudo. Miro por la ventana. Brittany está tumbada en el suelo entre dos calabazas. Y el mismo chico se encuentra de pie sobre ella.

Quizá sí que merezca estar sola. Podría pasarme los siguientes meses dirigiendo el hotel por mi cuenta y me iría bien. Al parecer, la soledad es mi especialidad. Sin embargo, me hierve la sangre al ver cómo la niña recibe un golpe tras otro. No se lo merece.

Con la cesta vacía, me abro paso hasta la puerta de la tienda de comestibles en chaflán y, sin un mísero «adiós» en los labios, desato la cadena de Rocket y corro hacia el parque con él a mi lado.



Capítulo 5
CLIFF

No veo a Brittany por ningún lado, pero reconocería los gritos de mi hija en cualquier parte.

—Se os olvida el cambio, Cliff —grita Betty cuando tanto mi amigo Lars como yo nos alejamos a toda prisa de su puesto con las manos vacías, dejando abandonada la sidra de manzana.

No me giro. Ya estoy saltando la valla tras la que se encuentran las calabazas, donde dejé a Brittany con Emily. Bordeo la cerca de alambre que rodea el puesto de pesca, esquivo al poni destinado a dar paseos con niños sobre el lomo y me abro paso entre una multitud que se agolpa ante un puesto para pintarse la cara. Su dueño, Winston, canturrea:

—Vaya, Cliff. ¿Tienes que ir a algún sitio?

Tras esquivar el rincón con las balas de heno, Lars anuncia:

—Ahí, Cliff.

Por fin veo a Brittany. En el suelo. Llorando.

Corro hacia ella, me agacho y busco alguna herida de la cabeza a los pies. Le paso el pulgar por la mejilla para secarle una lágrima. Se me encoge el corazón. Por alguna razón, que a los niños se les caiga

una única lágrima hace que la situación sea aún más triste. Especialmente, cuando se trata de mi hija.

—Brit, oye, mírame.

Se le cae una nueva lágrima.

—Britt Britt, oye.

Sigo estudiándole los brazos y las rodillas en busca de moratones y, en cuanto me aseguro de que está bien, advierto lo ridícula que es toda la escena. Brittany está tirada al lado de una calabaza, como si fuera una muñeca Repollo que emergiera de una vagina vegetal.

Me echo a reír.

—¿Estás bien?

Brittany trata de sonreír a través de las lágrimas contenidas. Ese es el secreto para criar a los hijos: si no le das a algo demasiada importancia, ellos tampoco se la darán.

Lars también suelta una carcajada a mi lado. Está de pie, con las manos dentro de los bolsillos, y niega con la cabeza.

—Le has dado un buen susto a este hombre, señorita.

Lars lleva siendo mi mejor amigo desde el instituto. Mantiene el bigote que se dejó en los ochenta, cuando le encantaba *Magnum, P. I.*, y su pizzería es tan buena que no ha dejado de añadir agujeros al cinturón desde entonces.

A mis espaldas, oigo un «Me empujó ella primero» nasal. Lars y yo giramos la cabeza y nos encontramos con un crío de pie a unos metros de distancia, que señala a mi hija con el dedo, acusatorio.

Cierro los ojos y suspiro, apenas capaz de decir:

—¿Dónde están tus padres?

En el momento justo en el que hago la pregunta, un ladrido cruza la calle. Un fogonazo de pelaje blanco y negro atraviesa el arco de

hierro del parque. Desde hace una semana, hay un solo *border collie* en el pueblo, lo que significa que lo acompaña de cerca una mujer muy seria.

«Ahí está».

Michelle cruza la calle trotando. Su expresión es intensa. Tiene el pelo castaño convertido en un desastre voluminoso y ese pintalabios bermellón podría matar a cualquier hombre. O a un niño, en este caso.

El crío se queda paralizado en el acto cuando Rocket salta la valla de las calabazas y se acerca a Brittany.

—Oye, oye, oye. —Me apresuro a agarrarlo del collar, pero Brittany se adelanta y le rodea el cuello con los brazos antes de enterrar la mejilla en el pelaje. La ansiedad me sube por la garganta —. Britt, suéltalo. Aún no conocemos bien a este perro, ¿vale?

Rocket gira la cabeza hacia el chico y, si no supiera que es imposible, diría que entorna los ojos.

—Hola —saluda Michelle entre jadeos mientras se lleva una de sus elegantes manos a las costillas—. ¿Qué tal va todo por aquí? — No es del todo una pregunta.

Se me curvan los labios ante su tono autoritario. Es de esos que dicen: «Sé que no va bien, pero hago la pregunta por ser cortés».

—No va mal —contesto, observando cómo pasea los ojos desde Brittany hasta su perro.

Lars arquea las cejas, a la vez que le dedica una sonrisa traviesa.

—Creo que no nos conocemos. —Estira la mano para estrechársela—. Soy Lars.

—Michelle —contesta, ahora centrada en el chico, pasando por alto la mano extendida de mi amigo.

Lars se acaricia la mejilla con la lengua sin abandonar la sonrisa y pasea los ojos de arriba abajo por toda su figura. Le gustan las forasteras y a ellas la misteriosa reminiscencia local de Tom Selleck. En cuanto averigüe que vive aquí, se le pasará el interés.

Señalo al crío con la barbilla.

—Oye, niño, ¿y tus padres? ¿Están por aquí?

Brittany se frota la nariz llena de mocos con el dorso de los dedos.

—Está castigado.

—No es verdad —replica el niño, dando un paso hacia ella.

—Contrólate —le advierto, al mismo tiempo que Michelle da una zancada titubeante al frente. Paseo los ojos por ella. No puedo evitar sonreír ante su temperamento de bulldog, y no me refiero, por sorprendente que parezca, al perro de carne y hueso en esta situación.

—¿Estás castigado? —le pregunto al chico.

Frunce los labios, a la vez que se le ruborizan las mejillas. Vuelvo a suspirar, cansado de toda la situación.

—Genial, entonces ¿qué haces aquí?

Abre la boca y la cierra. En mitad del silencio, Brittany grita:

—¡Está enfadado porque ganó Steve!

Ah, por eso me sonaba. Es Luke. El Luke que odia a Steve Austin. Luke, el que por fin se ha deshecho de esa melena revuelta. Su madre llevaba meses insistiendo en que se cortara el pelo. Apenas lo reconozco.

Lars suelta un bufido y niega con la cabeza.

—Ay, madre…

—No se merecía ganar —contraataca Luke.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Dios bendito.

—¿Quién es Steve? —pregunta Michelle.

—Steve Austin —le aclaro, pero la suave arruga que se le crea sobre las cejas me confirma que esa explicación no significa nada para ella—. Un luchador. Da igual.

La situación debe de estar pareciéndole ridícula. Me la parece incluso a mí. Dos niños de colegio luchando por la racha de victorias de un adulto.

Con un suspiro, añado:

—Vete a casa, Luke.

—Pero…

—Y sí, llamaré a tus padres al llegar a la mía para contarles que te hemos visto fuera cuando deberías estar castigado.

La cara se le pone roja, pero al menos el chico tiene el suficiente sentido común como para no rebatirme. Por sorprendente que parezca.

Michelle abre mucho los ojos con lentitud.

—Cliff, está sangrando.

—¿Qué? —Paso la mano por las piernas de Brittany una vez más, al tiempo que el pánico vuelve a invadirme. Le miro la pantorrilla y, por supuesto, ahí está el pequeño arañazo en la parte trasera.

«¿Cómo lo he pasado por alto?».

Cojo a Brittany en brazos porque ahora mismo mi hija es lo único que me importa. Y quizá matar a ese niño, pero eso lo dejaré para otro día.

—Puedo ir a comprar unas tiritas en la tienda de la esquina —propone Michelle.

—No, iremos a la pastelería —digo—. Tengo un botiquín de primeros auxilios.

—Pero si está bien —se queja Luke.

En ese momento, Brittany esboza un mohín con el labio inferior y otra lágrima le cae por una de las mejillas sonrojadas.

Inclino la cabeza hacia Luke.

—Escúchame. Como vuelva a ver a mi hija en el suelo ante ti, tendré que hablar muy en serio con alguien. Con tu madre. O con el alcalde. O con Bill Clinton. Y la próxima vez que gane Steve, cosa que hará, y te moleste, debes saber que la estoy entrenando como luchadora.

—¿En serio? —tartamudea el niño.

—¿En serio? —pregunta Lars con una ceja arqueada.

—Ajá —les confirmo.

—Vaya —susurra Luke.

—Sí, vaya. Ahora, vete a casa.

No me quedo para ver si lo hace. Giro sobre mis talones y cruzo la calle a grandes zancadas.

—¿Te importaría buscar a Emily por mí? —le pregunto a Lars.

Me ofrece un saludo militar y se aleja trotando, volviendo sobre sus pasos entre las balas de heno y el caos de calabazas del Festival de la Cosecha.

—¿De verdad me vas a enseñar a luchar, papá? —me susurra Brittany, sorbiéndose la nariz.

—Cuando puedas levantar cincuenta kilos, sí.

—Toma —celebra para sí.

Michelle nos sigue, cerrando y abriendo los puños mientras deja escapar el aire con pesadez por la nariz. Si pudiera escupir fuego,

estoy seguro de que ahora mismo vería las nubes de humo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Pestañea, como si hubiera salido de un trance. A continuación, agita las manos y asiente. El tintineo de un collar me informa de que su perro ahora camina, leal, a mi lado. Bueno, no a mi lado. Al de Brittany.

Nuestra pequeña pandilla continúa por la manzana hasta que llegamos a la puerta de la pastelería. La empujo y suelto un suspiro. Carol debe de haber cerrado ya. Llamo al cristal, rezando para que siga dentro, pero, tras un par de segundos, dado que Brittany continúa sorbiéndose la nariz entre mis brazos, pierdo la paciencia.

Me giro en el acto e intento buscar las llaves en el bolsillo, pero Brittany pesa demasiado. Me dispongo a dejarla en el suelo, y suelta un quejido lastimero.

—¿Puedes ponerte en pie, Britt?

Niega con fervor con la cabeza y gime:

—No.

Suspiro.

—Vale, bien, ¿puedes…?

—¿Qué necesitas? —interviene Michelle.

Pestañeo.

—Las llaves. Las tengo en el bolsillo.

Me sorprende respondiendo:

—No me importa cogerlas por ti.

Mi preciosa vecina, una mujer que parece poner los ojos en blanco ante cada uno de mis movimientos, se está ofreciendo a rebuscarme en el bolsillo. Echo la cabeza hacia atrás y pestañeo, mirando al cielo. El Altísimo está decidido a ponerme a prueba hoy.

—Bolsillo delantero izquierdo —le indico.

Reajustando a Brittany entre mis brazos, le doy más espacio a Michelle, cuyos zapatos repiquetean por la acera cuando se acerca. Huele a ámbar y clavos, como la otra noche. No, no es una *crème brûlée*. Quizá una tarta de café.

Con lentitud y delicadeza, Michelle mete la mano en mi bolsillo. Siseo cuando la frialdad de sus dedos se extiende por mi muslo.

—Tienes la mano congelada.

Se detiene.

—Perdona. ¿Mi ayuda te está resultando demasiado inconveniente?

Me muerdo el labio para reprimir una carcajada. «Es graciosa».

—Solo me preocupaba por tu flujo sanguíneo, eso es todo.

No veo su expresión, pero no responde. Michelle acerca los dedos a la tela interna para asegurarse de no rozarme de nuevo el muslo. Cada movimiento me vibra en las venas. No he tenido una mano…, bueno, así de cerca desde hace años. Intento pensar en otra cosa. En Dennis Rodman dándole una patada en las pelotas al cámara. En ese cerdito de *Toy Story*. *Candle in the Wind.*

Estoy casi en paz, pero, cuando Michelle por fin encuentra el llavero y tira de él, los bordes afilados de las llaves me rozan. Me aclaro la garganta y niego con la cabeza. Poniéndome a tono con mis propias llaves. Patético.

—¿Cuál? —pregunta.

—La de bronce con la mella en la parte superior —le informo con la voz ahogada.

Se precipita hacia la entrada, introduce la llave adecuada y gira la cerradura antes de empujar la puerta. Aprieto el interruptor con el

hombro para encender las luces principales y coloco a Brittany sobre el mostrador. La niña le da patadas al dejar las piernas colgando. Observo el corte de la parte trasera de la pantorrilla; es muy superficial, pero lo bastante escandaloso para asustar a una cría. No puedo culparla por llorar.

Me giro y me encuentro a Michelle en la esquina del local, con los brazos cruzados, observando el cuadro de las magdalenas en la pared. Me pregunto si ella también verá lo torcido que está. Sonrío para mí. Al menos, no lo ha dicho en voz alta y, por suerte, Carol no está aquí para darse cuenta.

—Voy a por el botiquín —anuncio—. ¿Te importa echarle un ojo?

—Claro que no.

Me dirijo a mi despacho, cojo el kit enterrado bajo una pila de papeleo y vuelvo. Al llegar, capto el final de una conversación.

—También sabe sentarse —comenta Michelle—. Prueba.

—Siéntate —susurra Brittany.

—Con más fuerza. «Rocket, siéntate».

—Rocket, siéntate —la imita Brittany y, ay, madre mía, el perro no tarda en dejarse caer en el suelo.

Estoy sonriendo cuando suena la campanilla sobre la puerta. Lars la mantiene abierta y Emily se agacha para pasar bajo su brazo, apresurándose por el umbral con los ojos del tamaño de un plato llano.

Suelta un grito ahogado y se cubre la boca con las manos.

—Ay, por Dios, papá, no te encontraba.

—¿Dónde estabas?

—Iba… Iba a volver enseguida, pero Josh…

«Sí, adiós a mi buen humor».

Incómodo, Lars retrocede con lentitud hasta salir por la puerta.

—Se suponía que ibas a vigilar a tu hermana —le digo a Emily—. ¿Y te has ido con ese chico?

Abro el botiquín y niego con la cabeza.

—Han sido dos segundos —tartamudea mi hija mayor.

Me agacho ante Brittany con un disco de algodón y antiséptico.

—No puedes dejar a tu hermana sola. —Inclino la botella sobre el algodón y se lo enseño a Brittany—. Pórtate como una niña mayor, ¿vale?

Asiente, aferrándose con más fuerza al mostrador a medida que presiono el algodón contra el corte. Gime. Lo peor de ser padre es curar heridas.

—Papá, lo siento —interviene Emily de nuevo.

—Em… —El teléfono empieza a sonar y juro que lo siento como unas uñas arañando una pizarra—. Ahora mismo no tengo tiempo. Solo… —El teléfono sigue sonando—. ¿Puedes cogerlo?

No se mueve.

Sé que se siente mal. Y, por supuesto, yo también fui adolescente en mi época. Solía escabullirme con la chica que me gustaba igual ella, y ese es el problema. Esa chica que me gustaba acabó siendo mi mujer durante catorce años. No voy a permitir que Emily cometa el mismo error que su madre y yo. Estoy seguro de que lo último que desea es acabar ligada de por vida al maldito Josh.

Michelle se acerca al teléfono en la pared.

—Yo me encargo. —Se lleva el auricular al oído—. Pastelería… local, dígame. ¿Qué necesita?

Le enseño una tirita en cada mano a Brittany.

—¿Unicornio o perro? —Muevo hacia delante y hacia atrás las

tiritas con los colores del arcoíris.

Brittany centra los ojos en Rocket antes de fijarlos en mí de nuevo.

—Perro.

Suspiro. Si voy a preocuparme con Emily y los chicos, tendré también que preocuparme por Brittany y los perros.

—Pues perro —confirmo, antes de acercar la tirita a la piel y tirar del plástico a cada lado para pegarla—. Y oye, la próxima vez que quieras jugar entre calabazas, avísame y veremos cómo hacerlo. Quizá incluso podamos meter dentro a tu hermana.

Con eso consigo que Brittany se eche a reír y Emily me dedique una ligera curva con una de las comisuras de la boca. Extiendo el brazo para coger la mano a mi hija mayor.

—No pasa nada, peque. Hablaremos luego, ¿vale?

—Vale —musita.

—Nada que no pueda resolver un buen concurso de gritos —la provoco.

—¿Puedo lanzarte una almohada a la cabeza?

—Solo si lo hago yo primero. Pondremos Metallica.

Emily sonríe.

—Guay.

—¿Cliff? —pregunta Michelle, cubriendo el altavoz con la mano—. Una mujer llamada Tracy quiere hablar contigo.

Casi al instante, me siento como si me cayera en la cabeza un cubo de agua fría.

—¡Mamá! —chilla Brittany, balanceando aún más los pies.

Me incorporo y me acerco al teléfono. Michelle me tiende el auricular y me roza los dedos con los suyos. Se me corta la

respiración un segundo. Tiene una mano muy suave comparada con la mía, llena de durezas. Pero todo el fuego desaparece cuando me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Cliff?

—Hola, Trace.

—He llamado a casa y no estabais.

«Nada de formalidades. Lo pillo».

—Estábamos en el Festival de la Cosecha —le explico. Luego, giro la esquina y musito—: Te has retrasado una semana. ¿Va todo bien?

—He estado ocupada —contesta. Luego, con un ligero titubeo, añade—: Gracias por preguntar.

Se produce un momento de silencio entre los dos, un momento que no existía hasta hace unos años. Después de mudarse de forma permanente lejos del pueblo, sus sentimientos hacia mí oscilan entre el enfado y la culpa.

—No hay problema —respondo con un suspiro.

—¿Puedo hablar con Britt?

—Claro. —Le tiendo el teléfono a la niña—. Oye, Britt Britt, ¿quieres hablar con mamá?

Se baja con facilidad del mostrador, como si el corte no existiera, «¡qué granuja!», y me arrebata el teléfono.

—Hola, mamá —saluda, elevándose sobre los talones y, después, sobre las puntas de los pies.

Emily se inclina sobre el mostrador con los brazos cruzados y deja escapar un profundo suspiro. Poso una mano en su hombro. Tracy siempre quiere hablar primero con Brittany. Emily se desprende de mi mano sacudiendo el cuerpo y se dirige a la cocina. A medio camino, le susurra a su hermana:

—Avísame cuando se digne a hablar conmigo.

Brittany arruga la nariz.

—¿Qué es «dengue»?

—No importa.

La niña me dedica una mirada confusa, pero le enseño los pulgares para tranquilizarla. Sonríe y vuelve a centrarse en la charla con Tracy.

Michelle está de pie en un rincón, con los brazos cruzados, y pasea los ojos por la vitrina vacía y la pizarra del menú sobre el mostrador. Por fin, le sostengo la mirada y arquea las cejas. Me siento mal de que esté aquí, soportando todo esto, por lo que le dedico una sonrisa torcida. Enarca una única ceja, inquisitiva. Con una carcajada, señalo la puerta con la barbilla. Con un acuerdo tácito, ambos nos encaminamos hacia el exterior. Lars no está por ninguna parte. Llamará después para preguntar si todo va bien. No le gusta interferir en asuntos familiares. Por otra parte, Michelle…

Tras apoyarme en la farola, me paso una mano por el pelo. Ninguno dice nada y casi agradezco este momento de silencio después de los últimos diez minutos. Casi.

—Gracias —digo al final— por ayudarnos. No tenías por qué hacerlo.

Se encoge de hombros.

—No me gusta ver que acosan y hacen daño a otros.

Una sonrisa se me extiende por el rostro cuando asiento. Dentro del local, Rocket se sitúa, tenso, junto a Brittany mientras esta se mece de un lado a otro, desprendiéndose del exceso de energía.

—Es un perro guardián bastante decente —observo.

Michelle suspira.

—Es un cabezota.

—Pero parece que está bien domesticado.

—Porque le gusta Brittany —responde, negando con la cabeza—. Solo le hacía caso a mi ex. Le vale cualquiera menos yo.

—¿A tu ex o al perro?

Suelta un bufido.

—A los dos.

—¿Cómo sabes que no le caes bien a Rocket? —cuestiono.

—Igual que sé que no es un perro antidroga.

Sonrío aún más cuando curva las comisuras de los labios carnosos. Chasqueo la lengua.

—Así que sabes bromear.

—A veces.

—¿Cuándo?

Comprueba el reloj.

—A las dos cada domingo.

Su sonrisa se amplía un poco más y no puedo evitar devolverle una radiante. Pero, entonces, la suya desaparece.

—¿La gente suele firmar el libro de visitas?

Perplejo, me paso una mano por el pelo de nuevo.

—Eh, claro, me imagino.

—Hum. —Centra los ojos en la distancia.

Dudo qué responder. Es la primera vez que me ha abierto la puerta una rendija, casi como si me hubiera dejado deslizar un pie por ella.

—¡Papá! —grita Brittany, de pie en el umbral de la pastelería—. Mamá quiere hablar contigo.

Paseo la mirada entre Michelle y la puerta abierta del local varias

veces antes de señalarla con el dedo.

—¿Hablamos luego?

—Claro.

—De nuevo, gracias.

Asiente y se da una palmada en el muslo mientras grita:

—Vamos, Rocket.

Y, como había predicho, el animal apenas la escucha. Repite las palabras y, tras una pausa, el perro por fin sale del establecimiento como un adolescente reacio. Quizá Michelle tenga razón.

Entro y cojo el teléfono que me tiende Brittany.

—Dime, Trace.

—¿No hablo con ella durante una semana y pasa esto?

Es gracioso; tanto Michelle como Tracy van directas al grano. La diferencia es que sus tonos son muy distintos, el de Tracy es de víbora, y el de Michelle, de culebra de agua que quiere paz. No puedo evitar soltar una carcajada.

—Cliff, no tiene gracia. Me ha contado que la ha empujado un chico.

—Me encargaré de patearle el culo. No te preocupes.

—Juro que si…

—Todo va bien por aquí. Lo prometo. Los niños se pelean. Es lo normal.

—Quizá… Quizá debería visitaros más a menudo.

Se me contrae el pecho. Cada vez que les ocurre algo peligroso a las niñas, duda sobre su decisión de marcharse. Y lo pillo, en serio. Pero su mudanza fue lo mejor para Tracy y para nosotros. Se había pasado toda la vida en Copper Run, atada a mí desde los dieciséis años, en los que superamos un embarazo adolescente que ninguno

podría haber predicho. Hace seis, insistió en que deberíamos probar a tener otro crío, que quizá un embarazo planeado sería diferente. Sin embargo, al final, cuando se volvió distante, cuando comenzamos a molestarla, cuando acabé durmiendo en el sofá noche tras noche, no me sorprendió que me entregara los papeles del divorcio.

Unos meses más tarde, quiso marcharse a la ciudad a iniciar su carrera profesional. Se planteó llevarse a las niñas, pero, después de convencerla de que ya estaban asentadas aquí, de que Copper Run era una buena comunidad, se fue. La animé para que lo hiciera. Yo tenía mi pastelería y ella debía perseguir su sueño también. Por desgracia, no necesité demasiado para convencerla.

—Lo estás haciendo bien, Trace —la tranquilizo.

—Ha dicho que Emily la ha dejado sola. Debería intentar al menos ser un buen modelo a seguir.

Aprieto los dientes cuando una chispa de enfado me traspasa.

—Lo es.

—No lo bastante bueno. Oye, si vuelve a ocurrir esto de nuevo, me gustaría que consideráramos…, no sé…, algo.

La repentina tensión en el pecho casi me queda sin aire.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Quizá Brittany pueda…, ya sabes…, quedarse conmigo.

Tracy hace este tipo de cosas a menudo. Se siente culpable y se plantea cambiar el acuerdo de la custodia. Me asusta cada vez que lo propone. Gana mucho dinero. Le resultaría demasiado fácil cambiar de idea.

Suelto una carcajada forzada.

—Trace…

—Aquí hay buenos colegios. Creo.

—Aquí también hay buenos colegios. Y ya están asentadas. A Brittany le gusta el pueblo.

—Que la críes ahí y le guste son dos aspectos totalmente distintos.

Sus palabras son como si me estuviera clavando un cuchillo en el pecho. Primero, se mudaron mis padres. Luego, los suyos. Después, Tracy. Algunas personas consideran que Copper Run es una prisión. No entiendo por qué.

Me muerdo el labio y asiento.

—Sí, bueno, pospongamos esa idea. Las clases acaban de empezar.

Suspira.

—Vale, pero… lo digo en serio —repite, aunque su tono refleja duda, como si no estuviera convencida—. Llamaré la semana que viene.

—Lo estoy deseando. —Quizá lo haya dicho con más sarcasmo del que debería porque Tracy no se despide; solo oigo un clic seguido del aburrido pitido continuo que me gime como respuesta. Con lentitud, dejo el auricular en su sitio.

Emily surge de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando un punto cualquiera de la pared.

—Ni siquiera ha pedido hablar conmigo —murmura.

Me da un vuelco el corazón, hundiéndose cada vez a mayor profundidad a medida que pasan los segundos.

—Va mal de tiempo, peque —logro decir—. Creo que está muy ocupada con el trabajo.

—Claro —murmura.

Le presiono con delicadeza el hombro.

—No te olvida.

Emily asiente. Luego, pasa a mi lado con prisa, coge a Brittany de la mano y vuelve al Festival de la Cosecha.

Me enfada la manera en la que Tracy trata a Emily. Intento con todas mis fuerzas protegerla del resentimiento de su madre. No es culpa de nuestra hija que no usáramos un preservativo cuando teníamos dieciséis años. Aunque es más que evidente quién es la favorita de su madre, y me sube la presión arterial por las nubes cada vez que lo demuestra.

En el fondo, Tracy no deseaba tener familia. Se vio obligada a adoptar ese papel y ser madre le resultó una carga. Yo mismo se lo parecí con mis chistes estúpidos y mis comentarios sarcásticos, una frase esclarecedora que dejó caer durante el divorcio y a la que llevo dándole vueltas durante años. Pero, aunque entiendo su motivación para marcharse, no puedo imaginarme desearlo de verdad.

Quiero tanto a mis hijas que duele. La idea de abandonarlas nunca se me pasaría por la mente. De igual manera, esa era la prerrogativa de Tracy, no la mía.

A través del escaparate de la pastelería, advierto que Michelle sale de la tienda de comestibles de la esquina, al otro lado de la calle, y desata la correa de Rocket de la farola. Tendré darle las gracias como se debe por ayudarme hoy, aunque no sé cómo.



Capítulo 6
MICHELLE

El libro de visitas ya no está vacío, aunque desearía que lo estuviese.

Copper Run es un pueblo idílico.

Las hojas secas y el acogedor festival de otoño han sido perfectos.

La nueva gestión no ha estado mal.

¿No ha estado mal? Retrocedo una página, donde todas las entradas alababan la experiencia en el *bed and breakfast* y acababan con algunas frases sobre la propietaria: el maravilloso desayuno de mi madre, su encantadora conversación, la sensación hogareña en general.

Trago saliva y cierro el libro mientras dejo escapar un suspiro y aprieto los párpados. He soportado otra semana de invitados que me ponían mala cara.

Tras preparar el desayuno esta mañana, he recibido una débil sonrisa por parte de la madre de una pequeña familia, un gesto condescendiente que significaba: «Por favor, déjanos solos», por lo

que he salido de la sala. Les he dado espacio. La semana pasada, seguí a mis invitados a todas partes y eso tampoco funcionó. Intento probar cosas distintas, pero ninguna parece ser la correcta. No pasa nada. Solo es otro grupo focal, como en publicidad. Otro problema que resolver.

Sin embargo, las soluciones no están sirviendo de nada. Siempre acaba funcionando alguna opción y que no lo esté haciendo me exaspera. Este tipo de cosas se me dan bien. Por algo soy jefa de publicidad.

—Ah, es precioso —canturrea una voz.

Alzo la vista. Lisa entra por la puerta como si estuviera en su casa, estudiando el vestíbulo, asombrada. George la sigue. Me tenso tras el mostrador. Después de marcharme en mitad de nuestra conversación en la tienda de comestibles, no esperaba volver a verlos.

—Vaya, hasta has lavado los paños. —Lisa coge uno de la mesa de la entrada y sonríe.

No sé si es una expresión genuina o si sus mejillas tienen un rubor excesivo a causa de los polvos de maquillaje.

—¿Cómo va todo? —se interesa George.

—Ah, y las flores —lo interrumpe Lisa con un grito ahogado—. ¡Y has traído nuevos periódicos! Siempre le decía a Birdie que necesitaba ponerse al día con ese tema, pero, ay, nunca le importaron las noticias. George, eso me recuerda que debemos comprar la prensa de la mañana.

—Podéis coger uno —digo.

La mujer se lleva una mano al corazón.

—Qué mona.

George arquea una ceja, volviendo a su «¿Va todo bien?».

—No ha habido ningún problema —contesto, contemplando el libro de visitas y dejándolo a un lado—. Se está dirigiendo solo.

Lisa olfatea el aire.

—¿Has estado haciendo las galletas de Birdie?

—Sí, están en el… —Apenas soy capaz de terminar la frase antes de que Lisa pase junto a mí, recorra el pasillo y entre en la cocina, ignorando la placa SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

George se aclara la garganta, al tiempo que centra los ojos en los míos. No sé qué me está queriendo decir, pero es suficiente para empujarme a seguir a Lisa. El crujido de los tablones de madera del suelo me indica que va detrás de mí.

Abro la puerta de la cocina y Lisa ya tiene una galleta en la boca.

—Solían encantarme.

Sin embargo, cuando la mastica, se le contorsiona la expresión. Abre mucho los ojos, arruga la nariz y aprieta los labios. Su «mmm» suena tan forzado que da vergüenza.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿No están buenas?

Coge una servilleta y escupe. «Ay, no».

—Querida —comienza, subiéndose las gafas por el puente de la nariz—, están malísimas. ¿Esto es lo que les das de comer a tus huéspedes?

Lo dice tan alto que cruzo la puerta de la cocina que conecta con el comedor y me aseguro de que no hay nadie allí. Una familia está desayunando. Y no han tocado las galletas. Con una mueca, cierro la puerta.

—Pero nadie se ha quejado hasta el momento —le susurro a Lisa.

—¿Están ahí tus huéspedes ahora mismo? —pregunta.

—Sí —contesto aún más bajo.

Lisa mira a un punto sobre mi hombro hacia la puerta del comedor.

—¿Y no estás desayunando con ellos?

—¿Se supone que debo hacerlo? —Pensaba que no era lo que querían. ¿Qué estoy pasando por alto?

—Ay, cariño.

El teléfono de la encimera de la cocina suena y, enseguida, lo cojo. Cualquier cosa con tal de huir de esta conversación.

—Bird & Breakfast. ¿En qué puedo ayudarle?

Lisa le tiende la galleta a George, quien niega con la cabeza, rechazándola.

«Ay, venga ya. No están tan malas».

—¡Hola, caracola! —La voz animada de mi hermana flota desde el auricular.

—Ey —suspiro.

La tensión que sentía en el pecho se atenúa. No me había dado cuenta de lo rígidos que tenía los hombros.

—Pensaba que ibas a llamarme.

Esbozo una sonrisa sombría.

—No me diste tu nuevo número.

—Ah, claro. —Se echa a reír—. ¿Cómo va todo?

—Bien. ¿Qué tal está papá? —Advierto que estoy cambiando de tema, pero lo último que quiero es hablar de lo mal que se me está dando encargarme de este sitio.

—Ahora ha pasado a verse de nuevo *Cheers* —me informa Sara.

—Una mejora con respecto a *M*A*S*H*, supongo.

—Para mí, al menos.

Mis ojos se encuentran con los de Lisa y señalo el teléfono. «Lo siento», articulo. Me hace un gesto con la mano como si dijera: «Céntrate en eso».

La puerta principal se abre con un chirrido en el pasillo. Lisa me enseña los pulgares.

—Yo me ocupo —dice.

—Espera…

Pero ya se está arrastrando fuera de la cocina, dejando la puerta abierta a sus espaldas. Gruño. Echo de menos que la gente me obedezca. George sigue a su mujer tras dedicarle una última mirada a esa galleta crujiente como si hubiera cometido un crimen de guerra.

«¿En serio?».

—¿Shells?

—Sí, sigo aquí. —Me acuclillo para sentarme en un taburete pequeño.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Todo bien. Los huéspedes son majos. El lugar está inmaculado. Mamá lo tenía en muy buen estado.

—¡Bien! Ah, ¿has conocido ya a Lisa y George?

—Sí. —Suelto un bufido—. No consigo librarme de ellos.

—Créeme, no debes hacerlo. Ayudaban a mamá todo el tiempo. Conocen cada detalle de ese sitio. ¿Y qué tal con el buenorro de tu vecino?

El estómago me da un vuelco. «Ah, ¿te refieres al vecino en cuyo bolsillo estuve rebuscando? ¿El de los muslos tonificados?».

Cojo un bolígrafo de la encimera de la cocina y empiezo a

garabatear en el papel en blanco destinado a apuntar los mensajes.

—Es…

—¡Lisa! —Una voz amistosa retumba en el vestíbulo. Conozco ese tono grave.

Me inclino hacia un lado en el taburete para tratar de vislumbrar el pasillo, pero no logro ver más allá del perchero lleno de chaquetas.

—Ah, ¡Cliff! —canturrea Lisa—. ¿Qué haces aquí?

Trago saliva. «Lo sabía».

—Shells, hazme caso —gime Sara.

—Perdona, no sé qué me has dicho.

—¿El tío bueno de tu vecino?

Vuelvo a tragar saliva.

—Tampoco logro librarme de él.

Sara suelta una carcajada.

—Me encanta ese pueblo. Todos son muy agradables.

«Demasiado», quiero contestar.

Seattle era estrepitoso a la par que tranquilo. Siempre había alguien a tu alrededor, sí, pero nadie se pasaba por tu casa sin avisar. Lo echo de menos. En lugar de eso, musito:

—En realidad, no hablamos mucho.

Me reclino de nuevo en el taburete y por fin capto un retazo de Cliff. Está apoyado en el mostrador, pasándose una mano por el pelo, aunque los mechones no dejan de caerle sobre la frente al instante. Tiene las muñecas muy… definidas. Su reloj con la pulsera de cuero que lleva en una de ellas no deja de subirle y bajarle por el brazo con cada movimiento y no entiendo por qué eso le añade un extra de atractivo.

«No, no es atractivo».

—He visto vuestro coche aquí y pensé que debía venir a disculparme —dice la voz distante de Cliff desde la recepción—. Sé que Emily salió demasiado pronto del trabajo… otra vez. —Niega con la cabeza.

Lisa hace un gesto con la mano.

—Ah, fue a ver a Josh, ¿no? Yo también fui adolescente.

Cliff suelta un bufido.

—Y yo. Por eso, con treinta y tres años, tengo una cría de dieciséis.

Cliff Burke tiene dos personalidades: el lugareño divertido con una sonrisa torcida y despreocupada; y el padre soltero, un hombre que ha llevado a su hija en brazos porque esta se había hecho un corte en la pierna. Un hombre que se muestra muy protector con las niñas. Estresado. Incómodo. Con los dientes apretados.

—Bueno —continúa—, esto es para vosotros.

No veo qué le tiende, pero Lisa lo halaga enseguida.

—Ay, ¡Cliff!

—Galletas de canela, ¿no?

Chasquea la lengua.

—Ah, sí, por favor. Son mis favoritas.

—¿Qué tal son los huéspedes? —me pregunta Sara al oído—. ¿Has conocido a alguno agradable?

Vuelvo a garabatear en la libreta.

—No, a ninguno. Los dejo a su bola.

—¿Qué? ¿Por qué? Es lo mejor de ese sitio. La gente viaja y cuenta historias increíbles.

—He intentado hablar con ellos, pero están de vacaciones —me

excuso—. No quiero molestarlos.

Desde el vestíbulo, oigo de nuevo a Lisa.

—Ah, deliciosas, como siempre. —Luego, baja la voz—. ¿Puedo sugerirte que enseñes a hornear a la chica de Birdie? Sus galletas…

—Horribles —escupe George, y no quiero ser mal pensada, pero diría que lo ha dicho más alto para que lo oiga.

«¡¿En serio?!».

—¿De verdad? —pregunta Cliff. Casi puedo imaginarme esa sonrisa torcida.

La voz de Sara me devuelve a nuestra conversación.

—Shells, no molestas a los huéspedes. Si quisieran irse solos de vacaciones, elegirían un motel a las afueras del pueblo. Les gusta toda la experiencia. Quieren hablar contigo.

—No, claro que no.

—Sí, claro que sí —responde con una carcajada—. De eso se trata. Papá me dijo el otro día que don Tío Bueno…

—No se llama así.

—Siempre llevaba algunos dulces horneados y hablaba también con los huéspedes. ¿Lo ha hecho desde que estás ahí? Quizá te sirva de ayuda.

Oigo las carcajadas distantes de Cliff, graves, de esas que nacen del pecho. Genuinas, como todo lo que hace.

—No —admito—. Es posible que le haya dicho de forma explícita que no me ayude.

Sara suelta un grito ahogado.

—¿Qué le dijiste?

—Que podía hacerlo sola. Eso es todo. —Al contarlo en voz alta, la culpa me recorre la piel, como si sintiera vergüenza ajena por mí

misma.

Me reclino otra vez en el taburete y capto un retazo de Cliff. La silla gime cuando me echo aún más hacia delante. Los brazos de Cliff descansan sobre el mostrador mientras se acerca a Lisa. Suelto un bufido. No me sorprende que esté invadiendo su espacio personal.

—Shells —escupe Sara—, escúchame.

—¿Qué?

—¡Haz amigos! —me suplica con una mezcla de gemido y risa—. Estarás ahí durante tres meses más. ¿No vas a hablar siquiera con los huéspedes? ¿No te sientes sola?

«Te mereces…». Ahuyento las palabras de Allen.

Miro a mi alrededor. La casa está limpia. He lavado la vajilla y el café está esperando a que se lo lleve a los huéspedes. He hecho incluso una ración extra de galletas, aunque supongo que ya da igual. Lo estoy haciendo todo bien. Y sea lo que sea lo que no está funcionando (¿las galletas, quizá?) necesita reajustarse. Como con el resto de los problemas, es prueba y error.

Miro a Rocket, con el hocico presionado contra la ventana trasera. Me pregunto si esperará que Brittany aparezca. Oigo el siseo de un susurro en el vestíbulo. Apoyo una bota en el suelo de linóleo y me reclino de nuevo en el taburete.

Observo a Cliff. El pelo moreno le cae, despeinado, sobre la oreja. La mandíbula suave y curva. Su sonrisa habitual, con el grueso labio inferior algo más torcido hacia un lado que el otro. Esa misma camisa gruesa de franela, como si estuviera a punto de talar un bosque entero o preservarlo.

Lisa se encorva ante Cliff para musitar algo. Aprieto las muelas.

¿Qué estarán diciendo? ¿Qué otra crítica posible pueden hacerle a mis estúpidas galletas demasiado duras?

—¿Shells? —pregunta Sara.

Doy un empujón extra, sujetándome sobre dos de las patas del taburete. Cliff pasea los ojos hasta mí, topándose con los míos en el proceso. El corazón me da un vuelco y, de repente, la puntera del zapato abandona el suelo.

«No, no, no».

Me caigo hacia atrás. El aire se me escapa de los pulmones. Aterrizo con fuerza en el suelo de la cocina. Sobre él repiquetea también el teléfono. Rocket sale despedido por el pasillo, arañando las baldosas con las uñas, como si fuera el coyote de los dibujos animados.

El taburete permanece roto a mi lado y, mientras analizo los daños, dolor en la lumbar y un latido acelerado que siento hasta en las yemas de los dedos, unas pisadas se apresuran hasta la cocina. Una mano me sujeta por el hueco del codo para ayudarme a ponerme en pie. Me levanto y de pronto me encuentro cara a cara con Cliff.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, sí.

Tras pasear los ojos por mi ropa, recorrerme las piernas y volver al punto de partida, con la misma mirada paternal que le dedicó a Brittany cuando se cayó, como si buscara algún moratón, por fin centra su pupila de nuevo en la mía.

No estoy acostumbrada a estar tan cerca de un hombre que no sea Allen. Noto el aliento de Cliff en los labios. Veo cada pequeña arruga alrededor de sus ojos y la cicatriz desvaída de la boca. Huele

a canela y vainilla, el perfume orgánico de un repostero trabajador.

Con lentitud, la marca junto a sus labios se intensifica. Noto calor en el pecho, una lava que borbotea hasta el cuello.

—¿Estabas espiándonos? —me provoca con un susurro que me eriza la piel de los brazos y el pecho.

—No estaba espiándoos —miento.

—Te noto a la defensiva.

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas.

—No soy yo el que se ha caído de un taburete.

El corazón se me acelera cuando curva una de las comisuras de los labios.

—¡¿Shells?! —El hilo de voz de Sara retumba desde el teléfono en el suelo de la cocina, lo que me provoca un sobresalto—. ¿Qué está pasando?

Advierto que Cliff sigue sujetándome del brazo, presionándome la manga sobre el codo con su áspero pulgar. Me aparto. Fija los ojos en los míos y él también deja caer la mano.

Me quito el polvo de la falda con toda la posible dignidad que me queda y me inclino para coger el teléfono.

—Un segundo, Sara.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Me he caído. No pasa nada. Un segundo —repito. Presiono el botón para silenciar el micrófono y dejo el auricular en la encimera.

—Por Dios, ¿te encuentras bien? —pregunta Lisa en el umbral, con una mano sobre la boca y una galleta de canela en la otra. George aparece tras ella con el ceño fruncido.

—Todo bien —contesto—. En serio.

—¿Seguro? —insiste Lisa.

Tensa, respondo un «sí» demasiado forzado.

Rocket gira la esquina antes de mirarme de arriba abajo. No sé si está comprobando que estoy bien o si se está asegurando de que no hay ningún ruido estrepitoso. Contempla a Cliff con cautela.

—¿Hoy te vas a portar bien conmigo? —le pregunta el hombre, quien se inclina y extiende la mano.

Rocket la olfatea un momento y se aleja.

—Supongo que no.

—Dame un segundo —digo, cogiendo el teléfono de nuevo.

Lisa y George desaparecen entre murmullos ininteligibles. Cliff los sigue, pero se queda en el umbral. Cuando me despido de él con la mano, suelta una carcajada. No sé qué pensar de eso.

Vuelvo a activar el micrófono del teléfono.

—Oye, Sara.

—Por Dios, ¿qué ha pasado?

—Me he caído, pero estoy bien.

—He oído otras voces.

Suspiro.

—Sí, mi vecino estaba aquí.

—Pensaba que no hablabas con él.

—Es imposible no hablar con él.

Se produce una pausa y juro que la oigo sonreír al otro lado de la línea.

—Bueno, entonces es el candidato perfecto para ser tu primer amigo.

Se me tensa el cuerpo.

—Sara…

Oigo cómo sorbe y posa el cuenco en una mesa. Con la boca

llena de lo que seguramente son cereales, dice:

—Por favor, intenta ser feliz ahí. Te envidio. Apuesto lo que sea a que las hojas están preciosas en esta época del año.

—Sí —admito—, lo están.

—Entonces, disfrútalas. Y acepta la ayuda que te ofrezcan. Deja de repelerlos a todos.

—¡Oye!

Se echa a reír.

—Hazlo por mí.

Dejo escapar un gruñido de frustración. Paseo por la cocina y observo a Cliff, dirigiéndose a la puerta principal.

—¿Quieres venir a cenar? —le pregunta Lisa antes de que haya salido—. Haremos suficiente pastel de carne para toda tu familia.

Como si sintiera que lo estoy mirando, Cliff desvía los ojos hasta los míos, lo que me provoca un calor intenso en el pecho y cuello. Inhala antes de girarse de nuevo hacia Lisa.

—No —responde. Luego, suelta un suspiro y una carcajada—, pero gracias. Debería volver antes de que la casa estalle. Emily está terminando un proyecto de ciencias en el que tiene que hacer un volcán.

George sonríe con una expresión mucho más agradable que cualquiera que me haya dedicado.

—Estaremos atentos entonces si oímos una explosión.

Cliff le da a Lisa un último abrazo y la puerta se cierra a sus espaldas.

—Prométeme que harás algún amigo —me suplica Sara al oído—. Habla con los huéspedes. Lo que sea. —Luego, traga saliva—. Si no lo haces por mí, hazlo al menos por mamá.

Suspiro y contemplo a Rocket, quien vuelve a tener el hocico pegado a la ventana, buscando a la niña por el patio de los vecinos.

—Sí —respondo—. Sí, lo intentaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.



Capítulo 7
MICHELLE

Mis zapatos chirrían sobre los adoquines de Bird & Breakfast en el patio frontal mientras abro y cierro los dedos. Por mucho que desee dar media vuelta y entrar de nuevo en el hotel, ya he retrasado esta conversación todo lo posible.

Las tres habitaciones del *bed and breakfast* están reservadas por primera vez desde que llegué. He tratado de sonreír más esta tarde, pensando: «Puedo hacerlo sin ayuda», pero mi primer intento de charla trivial no ha ido demasiado bien.

—Me encanta tu vestido. Lo buscaré luego —le he dicho a una mujer que estaba sacando la maleta del coche.

En retrospectiva, entiendo su expresión de indignación. Debe de haber pensado que estaba amenazando con robarle la ropa usada de su habitación. Tras alejarme, me he dado cabezazos contra la pared del pasillo.

Se me dan mal las conversaciones inútiles, pero conozco a una persona a la que no. Y es a ese vecino al que voy a convencer para que sea mi amigo.

«Dios, ayúdame».

Recorro el camino de entrada, repleto de hojas caídas, y me detengo ante la valla de Cliff Burke.

«Puedes hacerlo. Puedes ser maja con ese hombre sarcástico que vive en la casa de al lado».

Respiro hondo antes de echar un vistazo por la ventana abierta. Desde la cocina, se oye el repiqueteo de platos, unido al sonido del agua corriendo.

«Están ocupados. Seguro que acaban de cenar. Es un mal momento».

Me giro, pero Rocket me golpea la pantorrilla con el rabo.

«Shelly, no tengas miedo».

—No tengo miedo —respondo con un susurro.

«Eres una gallina».

—Muy bien, lo haré.

Abro la valla blanca de su propiedad. Rocket la cruza pisándome los talones, como si me estuviera guiando por ella. Se oye conmoción en la casa antes incluso de que ascienda por las escaleras del porche. Alguien sube a toda prisa los peldaños en el interior. El sonido amortiguado de una televisión da las noticias locales.

Levanto el puño y golpeo el llamador de la puerta dos veces. El ruido me recuerda al de incrustar unos clavos en un ataúd. El mío. Permanezco de pie en el porche, incómoda, durante un segundo o un minuto; no lo sé porque me he quedado atrapada en el tiempo, agonizante, hasta que la puerta por fin se abre.

Cuando Cliff me ve, arquea las cejas. Tiene un libro en una mano mientras pasea los ojos de mis labios a la camisa blanca metida por dentro de los vaqueros, el cinturón de cuero negro y las zapatillas

blancas. Luego, vuelve a mi cara. Una sonrisa torcida se extiende con lentitud por las comisuras de su boca, lo que me provoca una descarga de ansiedad. Siempre consigue que me sienta expuesta.

—Michelle, qué sorpresa.

Deja el libro en la mesita de la entrada y apoya el brazo y la cadera en el marco de la puerta. Lleva el jersey de punto remangado sobre los antebrazos. Parece muy casual. Despreocupado. Seguro.

Me aclaro la garganta y hago un gesto a mi lado.

—Rocket quería ver a Brittany —le explico.

Cliff pestañea y dirige los ojos al perro, cuyo rabo golpea con fuerza el porche. No lo he visto tan emocionado desde que nos mudamos. O de verdad le gusta Brittany o es un experto en manipulación dispuesto a aliarse conmigo. Seguro que lo primero. Nunca ha querido que formemos equipo.

Cliff suelta una carcajada.

—¿Estás aquí porque tu perro te ha dicho que quiere jugar con mi hija?

—Sí.

Tras estudiarnos de nuevo a los dos, Cliff por fin se gira y grita hacia el interior de la casa:

—¡Britt! Rocket ha venido a verte.

Se oye el golpeteo de unas pisadas al bajar las escaleras. Ojalá pudiera embotellar la expresión en la cara de Brittany cuando nos ve. Su sonrisa no podría ensancharse más. Se balancea sobre los dedos de los pies, casi vibrando de emoción con su camisón de puntos blancos y negros.

—Tienes diez minutos. Ya deberías estar en la cama —anuncia Cliff.

—¿De verdad, papá?

—De verdad, sí. Ten cuidado. No lo abraces. Ni lo asustes. Solo… lánzale un palo o algo así, ¿vale?

Brittany se dirige al patio tan rápido que casi se cae por las escaleras del porche. En cuanto pasa al lado de Rocket, este se marcha tras ella, persiguiéndola por la hierba.

Cliff se mete las manos en los bolsillos y observa la escena en silencio.

Me aferro a un pliegue en la parte exterior de los vaqueros y lo suelto antes de hablar con un hilo de voz.

—¿Te importa si hablamos, Cliff?

Arquea las cejas una vez más, sorprendido. Debo de estar dejándolo a cuadros. No lo culpo. Apenas me lo creo yo.

—Claro, Michelle. —Dice mi nombre entre risas, imitando mi formalidad.

Se sienta en el primer escalón del porche y me agacho para acompañarlo.

Inspiro hondo. Sonríe, expectante.

—¿Sí? —me anima.

—Necesito ayuda —escupo.

—Necesitas… ayuda. ¿Tú? —pregunta con lentitud.

—Sí. A ver, se me da bien dirigir el hotel. Soy muy buena en publicidad; de hecho, es a lo que me dedico, y las finanzas no son un problema. Sigo las instrucciones a la perfección en mi día a día y…

—Entonces ¿por qué necesitas ayuda?

Crispo las manos.

—Mi trato con los clientes al parecer no es… agradable.

Cliff suelta una carcajada. Me sobresalto y se me ruborizan las mejillas, aunque no sé si es por la vergüenza o la rabia. Quizá ambas.

—Bueno, no es tan gracioso —replico con una mueca de desdén.

—No, no. Perdona, perdona. —Mueve las manos mientras trata de reprimir la risa mordiéndose el labio inferior—. Eh… Bueno…

—Es obvio, ¿no?

—Que te lo estés planteando es casi encantador.

—Sé cuáles son mis puntos fuertes. Estoy dispuesta a aceptarlo cuando me equivoco.

Me mira como si no me creyera.

—Entonces ¿me estás pidiendo ayuda? ¿Para… qué? ¿Para convertirte en una persona hospitalaria?

—Sí —respondo.

—Muy bien…, eh…, bueno, no sé cómo…

Cierro los ojos con fuerza y dejo escapar con voz ahogada:

—Por favor.

—¿Qué has dicho?

—No me hagas repetirlo.

—Madre mía, pedir ayuda te cuesta horrores, ¿eh? —me provoca —. Muy bien. ¿Cómo puedo ayudarte con este… problema tuyo?

—Necesito ser —chasqueo la lengua— más acogedora, creo.

—¿Más acogedora? —reflexiona con una sonrisa.

—Hoy le he dicho sin querer a una mujer que quería robarle la ropa.

Una risa juvenil borbotea en su garganta y parte de la tensión me desaparece de los hombros.

Reprimo una carcajada.

—Ha sido horrible.

—Pero ¿cómo voy a ayudarte con eso?

—Parece que a la gente de por aquí le caes bien.

—Eso parece —musita, apoyando los antebrazos sobre las rodillas y entrelazando las manos. Ladea la cabeza hacia mí—, pero creo, y puedes contradecirme si me equivoco, que a ti te pongo de los nervios.

Suelto un bufido.

—Venga, apenas te conozco.

—Vamos, sé sincera.

—Eres… distinto a las personas con las que suelo hablar.

Se lleva una mano al pecho.

—Ay.

—Oye, has dicho…

—Bueno, digo muchas cosas —bromea.

Trato de reprimir la sonrisa que se me extiende por la cara, lo que consigue ampliar aún más la suya.

—Bueno… —Estira los brazos ante él—. No sé. Me estás pidiendo mucho.

—No te pido que lo hagas gratis —argumento—. Me tienes en la casa de al lado si necesitas cualquier cosa.

Entorna los ojos.

—Tengo la leve sospecha de que estás intentando hacerte amiga mía. —Cuando no respondo, dice—: Ajá. —Cliff se inclina hacia mí y nuestros hombros se rozan cuando susurra—: Claro que voy a ayudarte, Shelly.

—Solo Michelle —lo corrijo, alejándome de su roce—, si no te importa.

El problema no es que no me guste «Shelly», sino que así me llamaba Allen. Y también Rocket. Y mi madre. Y no lo conozco lo bastante bien como para ser Shells o «caracola», que es como me llaman Sara y mi padre.

—A decir verdad, ni siquiera me gustan los motes —admito.

—Muy bien. Solo Michelle —bromea—, pero debes llamarme Cliff, no Clifford.

—¿No eres ese perro rojo y grande?

Niega con la cabeza.

—Estoy harto de esa broma. Juro que el universo se está burlando de mí.

—¿Por qué?

Se señala la cicatriz del labio.

—De niño, me mordió un perro. Tres puntos y una fobia que me lleva acompañando toda la vida. Sin embargo, parece que les caigo bien. Creo que todos conspiran para hacerme sentir incómodo.

—¿Me estás diciendo que no es una monada? —pregunto, haciendo un gesto con la cabeza hacia Rocket, que tiene la lengua colgando entre los dientes.

—Propaganda perruna.

—¿Cómo?

—Eh… —reflexiona, inquieto—. No confío en ellos.

—Es verdad, Rocket es un manipulador.

—¿No se supone que es el mejor amigo del hombre?

—Sí, del hombre, no de la mujer.

Cliff entorna los ojos.

—Tienes una anécdota al respecto.

—Es complicado.

—¿Tu relación con el perro es complicada?

—¿No es complicada cualquier relación familiar?

—¿Lo consideras parte de tu familia? —replica Cliff.

—Casi. —«Es lo único que tengo».

Cliff me dedica una tenue sonrisa, tose y se remueve sobre el porche.

—Me parece justo.

—La hay. —Le dedico una mirada de soslayo y ya está sonriendo —. Una anécdota, quiero decir. Supongo.

—¿Vas a compartirla?

—No lo sé.

—Compartir esas cosas es lo normal si quieres que una amistad funcione.

Me muerdo el labio inferior y suspiro.

—Rocket era de mi ex, por lo que nuestra relación es, como mínimo, tumultuosa.

—¿Qué ocurrió? —pregunta—. Con…

—Allen —completo—. Encontró a otra más joven.

Esboza una mueca.

—Joder.

—La chica me llamó.

—Joder —repite.

—Dijo que no sabía que estaba casado y que yo merecía saberlo.

—¿Desearías que no hubiera sido así?

—No, fue lo mejor.

Sisea con brusquedad, dejando escapar un último:

—Joder.

Asiento. Luego, nos quedamos en silencio una vez más. El viento

agita los árboles y provoca un remolino de hojas marrones que flotan hasta el suelo. Al otro lado de la calle, unos críos recorren la acera en bicicleta. En los radios de la rueda trasera han colocado una carta, haciendo que parezca que conducen una ruidosa motocicleta.

—Bueno —articula al final Cliff—, si te hace sentir mejor, yo también formo parte del club de divorciados. Me lo vi venir durante años.

—No sé si eso duele más o menos.

—Yo tampoco —admite.

Trago saliva.

—Debe de ser duro. Con dos niñas. Y una pastelería.

—Carol termina la jornada sin mí la mayor parte de los días. —Advierto el sube y baja de su ancho pecho mientras mira un punto fijo. Me pregunto si desearía que no fuera así—. Y Emily tiene un trabajo después de clase. Forma parte de un programa que da empleo a estudiantes.

—¿Seguro que no se escabulle por ahí con ese chico?

—No —contesta con una carcajada—. Gracias por recordármelo. —Inclina la cabeza hacia un lado para observar cómo Rocket y Brittany, en camisón, retozan sobre un puñado de hojas. Suelta un suspiro de agotamiento—. A veces es difícil. Pero nos va bien, aunque nuestra vida sea un poco caótica.

Me sonríe y no sé si he visto una expresión más genuina en mi vida. Quizá en la cara de mi hermana, aunque nunca igual que esta. Lo pienso durante un segundo antes de incorporarme.

—Si vas a ayudarme, deja que te ayude yo.

Se echa a reír.

—¿Cómo?

—Me paso todo el día en el *bed and breakfast*. Puedo cuidar a Brittany después de clase. Aligerar la carga un poco si te quieres quedar hasta más tarde en la pastelería. —Estoy segura de que es lo que desea.

Se tensa, abriendo y cerrando la boca. Estaba en lo cierto.

—No, no podría pedirte algo así —se queja.

—No lo has hecho. Te lo he ofrecido yo.

—No quiero ser una carga —insiste.

—No lo serás —le aseguro con delicadeza.

Cliff no responde. No sabía que este hombre era capaz de quedarse sin palabras hasta ahora.

Suelta un suspiro y entrelaza los dedos.

—Sí, no sé…

—Puede sentarse en el salón y ver la televisión —digo—. Me aseguraré de que haga los deberes y juegue en el patio. Que se divierta como los demás niños.

Me mira de soslayo con una sonrisa de superioridad.

—Nunca has estado rodeada de niños, ¿no?

—Solo de mi hermana.

Suelta una carcajada.

—No sé. Puede. Birdie solía cuidarla, así que Britt ya sabe moverse por el hotel.

Se me contrae el pecho. A veces la gente de Copper Run suelta datos sobre mi madre, lo que siempre me resulta estremecedor. Pero son como preciados diamantes. Quiero recopilarlos todos.

—¿En serio? —pregunto.

—Sí, siempre estaba ahí cuando la necesitábamos. Era una buena

mujer. No tenía ni que pedírselo. —Sonríe para sí—. Aparecía sin más.

Nos quedamos en silencio durante un segundo, acompañados solo por el roce de las hojas sobre el cemento. A lo lejos se oyen las risas distantes de los niños. El gemido y el golpeteo de una pelota de baloncesto en movimiento.

—¿Qué planeas hacer aquí, Michelle?

Me tiro del pendiente y me acerco las rodillas al pecho.

—He venido para mantener el hotel en marcha —contesto, sincera—. Si logro llegar hasta diciembre sin que sufra ningún daño, habrá sido un éxito.

—¿Qué pasa en diciembre?

—Volveré a Seattle. A mi trabajo. A mi vida. Sara y mi padre se mudarán aquí y tomarán el relevo.

Se frota el pulgar con la nariz.

—¿Por qué a todas las mujeres les gusta la vida en la ciudad?

—*Friends* hace que parezca divertida —bromeo.

Tras eso me dedica una sonrisa enorme y se me crispan los dedos al verla.

—Ya sabes cómo ser… ¿Cómo lo has llamado? Ah, sí, acogedora. —Me da un golpe en el codo con el suyo—. Deberías bromear más, ser tú misma. Eres encantadora.

—¿Encantadora?

—A mí me lo pareces.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Ves? —señala—. Por ejemplo, tienes un ceño fruncido muy bonito.

—Qué gracioso.

Su sonrisa amable no desaparece.

—Ahora en serio: te ayudaré. Luego, podrás ir a coger taxis, tomar cafés o lo que sea que haga la gente de la ciudad.

—Sigues bromeando —observo.

Se encoge de hombros.

—No puedo evitarlo.

Niego con la cabeza.

—Seguro que a mi madre le encantaría saber que estoy pidiendo ayuda. Y que he destrozado su receta de galletas.

—¿En serio?

—Ya oíste a George. Eran, cito, «horribles».

Se echa a reír y, por primera vez en toda la noche, no responde con un comentario fuera de lugar. Parece sincero cuando añade:

—A Birdie le haría gracia.

—¿De verdad?

—Mucha. —Me dedica otra sonrisa—. ¿Quieres un consejo?

—Para eso estoy aquí, ¿no?

—Hazte amiga de Lisa y George. Haz amigos, en general.

—Odio a la gente.

Suelta otra carcajada.

—A ver, Lisa y George tienen buenas intenciones. Contesta si te dan un telefonazo de vez en cuando, ¿vale?

—No habrá problema. No me llama nadie más. Aparte de los huéspedes, claro. Y quizá mi hermana.

Me mira y, como antes, me desarma. Que pueda pasar de bromear a mantener una conversación profunda en un abrir y cerrar de ojos es un truco de magia que no entiendo.

Cliff suelta un suspiro exagerado y pregunta:

—¿No te llama nadie porque no quieren hacerlo o porque no quieres que lo hagan?

Dudo. Y, a continuación, confieso:

—Las dos cosas.

Asiente, comprensivo.

—Bueno, has venido al pueblo correcto. Copper Run es el lugar perfecto en el que desaparecer. —Suspira—. Deberíamos empezar de cero, creo.

—¿Qué quieres decir?

Me tiende la mano.

—Hola, soy Cliff.

Cautelosa, estiro la mía para aceptarla y me rodea los dedos con su enorme palma. Me presiona el índice en el interior de la muñeca y yo le rozo la piel áspera con el meñique.

—Encantada de conocerte. Soy Michelle.

Sigue estrechándome la mano.

—Soy el vecino de al lado —dice—. Tengo dos hijas. Son unas mocosas.

A mi pesar, me río.

—Tengo un perro. Él también es un poco… mocoso.

Y sigue estrechándome la mano.

Cliff sonríe y se le marca aún más la atractiva cicatriz junto a la boca.

—Este es el comienzo de una amistad muy rara.

Le devuelvo la sonrisa.

—Estoy de acuerdo.

—Y yo.

Octubre
de 1997





Capítulo 8
CLIFF

—¿Puedo jugar con Rocky después del cole?

—¿Desde cuándo tienes tanta confianza con él como para ponerle un apodo? —la provoco—. Y sí, le he dicho al conductor que te deje en la parada del bus, en lugar de en la pastelería. Asegúrate de acordarte, ¿vale?

Brittany apenas tiene tiempo de decir «vale» antes de subirse al autobús a toda prisa mientras su mochila se mece hacia delante y atrás. Las cremalleras de metal golpean el Tamagotchi, cuya salud ya no tiene ni una oportunidad desde que Rocket ha entrado en escena.

Me despido con la mano mientras el autobús se aleja entre gruñidos y quejidos hacia la escuela. De vuelta a casa, cojo el petate, lo meto en la furgoneta y cruzo los arbustos del jardín trasero hacia el aparcamiento de Bird & Breakfast.

A través del ventanal de la puerta trasera, veo a Michelle caminando como una loca de un lado a otro de la cocina; a la vez que presiona un botón de la cafetera, se limpia las manos en un pequeño delantal negro y se coloca unos guantes acolchados.

Abro la puerta trasera justo cuando está sacando una bandeja del horno.

La saludo con un:

—Buenos días.

Michelle chilla al oírme, agarra con torpeza la bandeja y la deja caer sobre la puerta abierta del horno.

Me cambia la expresión.

—Mierda.

Con un profundo siseo, Michelle retrocede hasta la encimera, con el pecho agitado, mientras mueve el brazo y crispa los dedos en un puño.

Cojo un paño de la encimera y rescato la bandeja caliente y abandonada. La coloco sobre los fuegos. Cuando le miro el brazo, la línea roja y brillante de una quemadura le adorna la piel sobre el interior del codo. Imito su siseo.

—¿Por qué no has llamado? —escupe, cerrando los ojos con fuerza.

—Lo siento. Ha sido la costumbre —contesto a toda prisa—. Vale, te has hecho una pequeña quemadura…

—¡¿Eso crees?!

—Se arregla con facilidad. —La sujeto por el antebrazo y la guío hasta el lavabo.

No se mira la quemadura, como si temiera que, al hacerlo, se volviese peor de lo que es en realidad. O tal vez sea a mí a quien no desea mirar para no quemarme con los ojos. Me entran ganas de echarme a reír ante la idea, pero solo se me escapa una carcajada.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunta, desdeñosa.

—Imaginaciones mías. —Abro el grifo.

—Entonces, guárdate tus imaginaciones para ti.

Esta vez, me echo a reír con ganas mientras coloco los dedos bajo el agua hasta que la noto caliente.

—Muy bien, mete el brazo debajo.

La guío hacia el grifo y deja escapar todo el aire cuando el agua le incide en la quemadura. Asiente, como si se estuviera dando ánimos.

—Ya está —digo, acariciándole el interior del brazo para calmarla —. Bien. Mantén el brazo debajo unos segundos.

—¿No debería estar fría?

—De pastelero a pastelera, créeme, es mejor caliente.

—Yo no soy pastelera —añade con voz ahogada.

—Lo estás haciendo genial —la animo, ignorando su dardo—. ¿Has preparado café?

Por fin, abre los ojos y los entorna.

—Sí… —Arrastra la palabra.

Cojo una taza agrietada del armario.

—Como si estuvieras en tu casa —comenta, sarcástica.

—Gracias. Llevo en la pastelería desde las cuatro de la mañana. Estoy molido.

Me observa mientras inclino la cafetera sobre la taza.

—¿Siempre eres tan… invasivo?

Me apoyo en el fregadero, al tiempo que me acerco la taza a los labios.

—Sí.

Observo la cocina. La encimera, por lo general llena de cartas, periódicos o un sinfín de tazas de café, está impecable. Me pregunto si la habrá limpiado con el trapo doblado que hay junto al fregadero.

El único desorden, si se puede llamar así, es una pulcra pila de papeles con agujeros en ambos márgenes. En la parte superior se intuye el logo de una agencia de publicidad. Me pregunto si será ahí don-de trabaja en Seattle.

—¿Qué haces aquí otra vez? —pregunta Michelle.

Me encojo de hombros, casual, dándole un sorbo al café.

—Quería recordarte lo de Brittany.

—Ah. —Niega con la cabeza, como si tratara de eliminar la brusquedad de su voz—. Claro, es hoy. Perdona.

—Por favor. —Desestimo la disculpa con la mano—. Si supieras la de veces que se han enfadado conmigo… La cuestión es que el autobús dejará a Brittany en la parada al final de la calle alrededor de las tres. Sabe cómo llegar hasta aquí, así que no hace falta que la esperes fuera, pero…

—La esperaré fuera —me interrumpe—. Si te sientes más cómodo así.

Hago una pausa, doy golpecitos con el pie y asiento.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces, vale, en realidad, me quedaría más tranquilo, sí. Si no te importa.

Asiente, contemplándose la quemadura.

—Para nada.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla.

—Perdona por asustarte. Y por el café supongo. —Me acomodo el pelo—. Estoy acostumbrado a entrar cuando me apetece. Birdie era… —Arquea las cejas y dejo escapar una carcajada de incomodidad—. ¿Sabes qué? —Levanto una mano en el aire—. Da

igual.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Te importa si pruebo una?

Pestañea.

—¿Qué?

Señalo con el pulgar las galletas desperdigadas por la bandeja que tengo detrás de mí.

—Las galletas —le aclaro—. ¿Te importa si pruebo una?

Durante unos segundos, me contempla, confusa. Sé que es un cambio brusco de conversación, pero lo último que necesita es que mencione constantemente a su madre, sobre todo después de haber causado un estropicio esta mañana.

Traga saliva y asiente.

—Claro. —Luego, añade—: No te quemes con la bandeja.

—Ja, qué graciosa. —Agito el dedo ante ella—. Eres divertida, Michelle.

—Es para calmar el dolor —bromea.

Me encanta cuando saca a relucir su sentido del humor. Cruzo la cocina hacia la bandeja abandonada. Las galletas están demasiado enteras, lo que, después de una caída como esa, seguro que significa que estarán duras como una piedra. Por no mencionar que el toque de avellana ha adquirido una tonalidad demasiado oscura y a la parte superior le falta el ápice de amarillo mantequilla que esperaba.

Michelle me observa mientras tomo una galleta y le doy un mordisco. Se rompe entre mis dientes. No tiene sabor. Se desmorona sobre mi lengua en pequeños trozos irregulares. Brittany podría hacer mejores galletas que estas. Esbozo una mueca.

—Ay, no te pongas así. —Michelle suspira—. ¿Tan malas están?

—Por Dios, tienes que hacer algo al respecto —le aconsejo.

—Lo estás exagerando.

Le tiendo lo que queda de la monstruosidad agrietada.

—¿Quieres probarla?

—No. —Se encorva sobre el fregadero, se dobla por la cintura y apoya la cabeza en el borde—. No —repite con un gemido—. Sé que están malas.

Me echo a reír.

—Nos vemos después del trabajo, Michelle. No te olvides del autobús.

Me enseña el pulgar, poco entusiasta, sin apartar los ojos del fregadero.

—A las tres en punto —repito.

Molesta, levanta aún más el pulgar. Suelto otra carca-jada.

—Me encanta que seamos amigos.

—No me obligues a enseñarte un dedo distinto, Cliff.



Capítulo 9
MICHELLE

A las dos y veinticinco estoy esperando fuera del hotel con Rocket a mi lado. A medida que pasan los días, la brisa se está volviendo más fría y, aunque solo estamos en la primera semana de octubre, el espíritu de Halloween ya ha alcanzado su máximo apogeo. Dos puertas más allá, durante el fin de semana apareció una red de telas de araña en el porche frontal. Y en la casa de al lado, unas lápidas enterradas en el jardín. Y los propietarios de ambas viviendas me saludaron al pasar.

A esta gente le encanta saludar. Estoy acostumbrada a que los extraños no me hablen a no ser que estemos compartiendo un café o haya sucedido una circunstancia especial, como que les haya cortado el paso en la carretera. Al parecer, en Copper Run todas las circunstancias son especiales.

—Da yuyu, ¿eh? —le comento a Rocket, señalando los fantasmas que se mecen desde las ramas de los árboles.

Suelta un bufido por la nariz. «Si una de esas cosas se mueve, me voy dentro, Shelly».

Un autobús escolar amarillo tuerce la esquina y se detiene ante

una alcantarilla en un extremo de la calle. Cuando la puerta se abre, un puñado de niños sale de él. Un crío se sube a un monopatín y se da impulso para avanzar por la acera. Dos niñas se ríen mientras leen una revista con la cara de Jonathan Taylor Thomas en la cubierta. Y, por fin, Brittany emerge con unos pantalones fucsia y una camiseta demasiado grande de las Spice Girls.

Enseguida se acerca corriendo a Rocket, que levanta la cabeza y mueve el rabo una y otra vez hasta que por fin la niña se abalanza hacia él y lo abraza, rodeándole el cuello.

—Hola, Brittany —saludo, pero está demasiado enterrada en el pelaje de Rocket como para percatarse. Le doy unas palmaditas en la espalda—. Vamos a tomar la merienda.

—¿Rocky puede entrar en casa? —pregunta.

—Claro, es un perro muy bueno.

Rocket me contempla como si dijera: «¿Desde cuándo?». Lo ignoro.

—Hoy llevas un peinado muy mono —le digo a Brittany, pasando los dedos por la cinta en zigzag que le recorre la cabeza.

—Ha sido cosa de Emily —confiesa—. Se le da muy bien hacer peinados.

—¿En serio? ¿Qué es lo que más te gusta que te haga?

—Me gustan mucho las trenzas y, eh… —Intenta encontrar las palabras, como suelen hacer los niños—. A veces, usa un aparato para hacerme ondas y eso.

—Suena muy bien.

—Sí —afirma, a la vez que levanta la barbilla, orgullosa.

Cuando llegamos a la cocina, aún no ha alejado la mano del lomo de Rocket y este no ha dejado de caminar a su lado, leal.

Abro el armario superior.

—He cogido algunas manzanas y mantequilla de cacahuete. ¿Qué te parece?

Brittany se sube a un taburete alto y balancea las piernas de delante hacia atrás.

—La señora Birdie solía tener galletas Oreo.

Me giro antes de apoyar la cadera en la encimera y descansar contra ella.

—¿Oreos? ¿En serio?

«¿Mi madre le daba Oreos?». «¿Estamos hablando de la misma mujer que decía que las cenas delante del televisor no eran lo bastante nutritivas?».

Brittany asiente. Se me suele dar bien pillar mentiras y está tan distraída acariciando a Rocket que estoy segura de que está diciendo la verdad.

—¿Qué más te dejaba hacer? —indago, cruzando los brazos.

Brittany mira hacia el techo, pensando. Luego, se encoge de hombros.

—Jugábamos fuera.

Pestañeo. Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—¿Nunca te obligaba a que hicieras los deberes?

Se echa a reír.

—No, papá se enfadaba mucho.

—Era divertida, ¿eh?

—Ajá. Papá dice que ahora está en un lugar mejor.

El estómago me da un vuelco y me obligo a sonreír.

—Así es. Pero, por desgracia, no tengo Oreos. —Brittany frunce el ceño, pero, antes de que comience a temblarle el labio inferior,

añado—: Primero jugaremos fuera una hora. Luego, tendrás que hacer los deberes.

Se arrastra por el asiento, se baja de un salto y abre de golpe la puerta trasera que da al jardín vallado.

Rocket me mira. «¿Desde cuándo no sigues las reglas?». Pongo los ojos en blanco.

—Cállate.

Cierro la puerta tras ella y busco en los armarios un descorazonador para la manzana, pero en lugar de eso me topo cara a cara con la alacena de las tazas. En la parte trasera, encuentro una blanca con múltiples huellas diminutas que cubren toda la superficie con un colorido caos. La giro y, escritas con pintura negra desvaída, descubro las palabras «Gracias, Birdie».

La dejo en la encimera y la contemplo, al tiempo que tamborileo con los dedos sobre la superficie. Mi madre participaba mucho en esta comunidad. No es que no estuviera presente en mi vida cuando era pequeña, pero era distinta. Se mostraba distante. Se pasaba mucho tiempo a solas en la cama. Era agradable, pero débil. Copper Run nunca vio esa parte de su personalidad. Quizá fuera mejor así.

Cuando nació Sara, la situación cambió. Mi madre salió de la cama. Más tarde mi padre me contó que había empezado a ir a una psicóloga. Trabajó duro para compensarme por mi infancia, pero nunca tuvimos la conexión que compartía con Sara. Yo siempre me he llevado mejor con mi padre.

Tras unos segundos, me recompongo y parto la manzana, contemplando la tabla de cortar sin verla. Intento no darle vueltas, pero noto cómo mi mente se acelera tanto como mi corazón. Ojalá pudiera verme ahora. Estoy dirigiendo su hotel. No me va mal en mi

puesto de trabajo en Seattle. La gente me escucha. Vendo sueños y los hago realidad. No, no solo me va bien, sino que estoy prosperando. Haré que su hotel también prospere.

«Querida Sara».

Deslizo el cuchillo por la manzana. Enseguida el dolor me relampaguea por el dedo. Chillo y me acerco la mano al pecho.

—Mierda —siseo cuando una gota de sangre me recorre el dedo —. Mierda, mierda.

Tras acercarme al fregadero, abro el agua fría para aliviar el dolor, pero justo antes de colocar la mano bajo el chorro me detengo. «Cliff dijo que debía estar caliente».

No sé si solo funciona con las quemaduras, pero dedico unos segundos a que la temperatura del agua aumente antes de meter el dedo debajo. El corte me escuece mientras unas espirales rojas se diluyen, tornándose rosas, al caer sobre la superficie de acero.

Quizá mi madre tenía razón al dejarle el *bed and breakfast* a Sara. O tal vez quien la tenía era Sara cuando me aconsejó que pidiera ayuda. Llevo aquí un mes y ya me he hecho daño en esta cocina tres veces.

Por lo general, suelo saber lo que hago. «¿Qué diablos me pasa?».

—¿Qué tal va todo por aquí?

La voz de Lisa me sobresalta. Casi me golpeo en la mano con el grifo. Está de pie en el umbral con sus diminutos ojos brillantes tras las gafas enormes. Los pasea hasta el corte antes de centrarlos en mi cara.

—Fatal —contesto, sincera.

Despacio, asiente. Aprieta los labios rojos, lo que le provoca unas

finas arrugas bajo la nariz.

—Vale, bien, ve a por una tirita. Yo me encargaré de la manzana.

Asiento, tensa.

—Gracias.

—De nada.

Vuelvo a mi habitación y rebusco en el botiquín de las medicinas que hay tras el espejo del baño. Al cerrarlo, me contemplo. Parezco la misma Michelle, con el pelo suave y ahuecado gracias al secador, las cejas arregladas a la perfección, mi perfilador de labios color malva favorito y una camiseta negra sobre unos vaqueros. La Michelle profesional pero accesible de siempre. La Michelle que lo tiene todo controlado.

Sin embargo, una quemadura me recorre el interior del brazo y me he hecho un corte en el dedo. Me siento agotada.

Me coloco la tirita sobre la herida y apago la luz del baño, sumiendo en las sombras las paredes de baldosines rosas una vez más. Cuando paso ante la ventana, advierto que hay alguien fuera. Emily deambula cerca de ella, con la mochila a la espalda, alejándose de su casa de la mano de un chico de su edad.

«¿Cuánto tiempo ha estado en casa? Las clases se han acabado hace una hora».

Se están riendo cuando los ojos de Emily se encuentran con los míos. Se queda inmóvil. El chico la imita. Los tres nos contemplamos como si fuéramos una extraña manada de ciervos asustados.

El chico parece haber surgido de la imagen de Kurt Cobain que decora la camiseta de Emily. Tiene el pelo rubio oscuro hasta los hombros, recogido tras una oreja que lleva perforada por un único aro. Sobre el labio superior advierto algunos vellos morenos y un

cúmulo de pequeños granos rojos le cubren la frente y las mejillas. Supongo que es el famoso Josh. Un Josh al que el padre de Emily no puede ni ver.

La chica arquea las cejas hacia el centro de la frente. Una súplica silenciosa.

Me planteo decir algo. Pero, al final, le doy la espalda a la ventana y me encamino por el pasillo sin mediar palabra. No sé lo que he visto, pero sin duda no es asunto mío.



Capítulo 10
CLIFF

—George, si me haces un pedido de catering más a última hora, voy a vetarte.

El anciano farfulla algo que se parece a una maldición mientras llevo la caja llena de hojaldres, bollos de canela con nueces pecanas y cruasanes de almendra por la acera hasta donde tiene aparcado el coche.

—Lo digo en serio —continúo—. Quizá incluso te mate. Asesinato en primer grado. Premeditado. Y lo mismo les digo al resto de miembros del club de bingo.

Me ignora mientras abre la puerta con la llave. Meto en el asiento del acompañante la caja.

—De nuevo, gracias, Cliff —gruñe.

Muevo la mano en el aire.

—Sí, sí, de nada.

—Mañana me perdonarás.

—No lo haré porque ya te he perdonado, vejestorio.

Me estoy haciendo el duro y lo sabe. Tras dedicarme un último saludo con la mano y una sonrisa de superioridad, se mete en el

coche, retrocede en la plaza con la seguridad que les encanta mostrar a los ancianos y recorre la calle de camino al centro comunitario para una partida vespertina de bingo.

—¿Por qué está todo tan desordenado? —pregunta Carol cuando regreso a la pastelería.

—George me ha vuelto a someter a un simulacro de incendio. He tenido que improvisar.

Cojo el delantal azul del gancho junto a la mesa de trabajo y me lo ato a la espalda. Mi delantal de confianza es viejo, con múltiples quemaduras y desgarrones recosidos. Pero las huellas de las manos de Emily cuando estaba en la guardería, dispersas por la parte delantera con pintura roja y blanca, aún se ven bajo los remiendos.

—Brittany no se ha bajado hoy del autobús —observa Carol.

—Lo sé. —Paso una bandeja de cruasanes a la izquierda de la superficie de acero para dejar espacio.

—Tampoco he visto a Emily.

—Estará en el trabajo. Llamaré a Lisa después.

Entorna los ojos.

—¿Qué haces?

—Repostería.

—¿Por qué?

—Porque es a lo que me dedico aquí.

—Vale —dice despacio—. Pero ¿no te preocupa saber dónde están tus hijas?

—No.

Carol niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza.

—No lo entiendo.

—Han sobrado algunos *cannoli*, si te apetecen.

—No cambies de tema. A ver, sí, me comeré uno, pero —mueve las manos— esa no es la cuestión. Estás aquí. Nunca te quedas después de las tres. Al menos, no desde que murió Birdie. Y las niñas tampoco están deambulando por la pastelería.

La campanilla sobre la puerta frontal tintinea, pero, antes de que alguno de los dos pueda dirigirse al mostrador, las pesadas pisadas se vuelven más ruidosas y Lars aparece en la cocina.

—Vaya, ¿por qué está todo hecho un desastre? —pregunta—. ¿No deberías haberte ido pronto?

Entorno los ojos.

—¿Qué haces aquí?

—Siempre cojo un dónut antes de abrir el local —dice.

—¿Todos los días?

—Últimamente, todos los días entre semana —interviene Carol con una mueca de desdén—. Es un gorrón.

Lars le guiña un ojo.

—Porque me lo permites.

Pasa ante ella para coger un dónut que ya está separado sobre una servilleta cuadrada. Me preguntaba qué hacía eso ahí.

—Bueno, ¿qué está pasando, Cliff?

Me aclaro la garganta.

—Michelle está cuidando de Brittany.

Carol suelta un grito ahogado y se lleva una mano al pecho.

—¿En serio?

—Tampoco es para tanto.

Una lenta sonrisa de superioridad se extiende por los labios de Lars.

—Te está volviendo loco, ¿eh?

Carol niega con la cabeza.

—Por Dios, ¿con qué la has chantajeado para que cuide de Britt?

Suelto una carcajada.

—No necesito chantajear a nadie. ¿Alguna vez os habéis parado a pensar que quizá tengo un carisma natural?

—No —dicen al unísono.

Chasqueo la lengua.

—Muy bien. Bueno, hay quien lo piensa.

—Lo sé y me molesta un montón —me provoca Lars antes de darle un bocado al dónut. Lleva siendo su dulce favorito desde que éramos críos. Sobre todo, el que solo lleva glaseado por encima. Es un chico sencillo.

Carol gruñe y se recuesta contra la pared.

—Te lo juro, Betty me pregunta todas las semanas si ya estás listo para volver al mercado. Dice que tiene una nieta o una prima lejana o algo así. No sé.

Se me contrae el estómago.

—Definitivamente no estoy preparado para nada de eso.

Me divorcié hace dos años y Copper Run lleva esperando a que dé el pistoletazo de salida desde entonces. No digo que no esté listo para tener alguna cita. Estoy dispuesto a muchas cosas. Solo hace falta ver mi reacción a que Michelle rebuscara en mi bolsillo el mes pasado. Lo que me preocupa es que no estoy seguro de que alguien quiera salir conmigo. Copper Run desea encontrarme a alguien, pero no saben lo que es pasarse la vida a mi lado. Tracy no se callaba a la hora de decirme cuándo la molestaba. No necesito que me lo repita nadie más.

Lars habla con la boca llena de dónut.

—¿Sabes qué? Necesitas echar un polvo. Has engendrado a dos crías, así que sabes cómo hacerlo.

—Qué asco —se queja Carol, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No me voy a acostar con nadie —musito.

—¿Por qué no? —pregunta Lars.

—Porque… no. —Niego con la cabeza.

—¿Porque solo te has acostado con Tracy?

Carol gruñe.

—¿Podemos dejar de hablar de la vida sexual de mi hermano, por favor?

Lars le dedica una sonrisa lobuna y le da otro mordisco al dónut.

—La cuestión es que sí —continúo—, Michelle se ofreció a cuidar de Britt. No la chantajeé con nada.

—¿Y por qué se ofreció? —pregunta Carol.

—Le voy a dar lecciones de hospitalidad.

—¿Por qué las necesita? —dice Lars con una carcajada—. ¿Michelle no es maja? A mí me pareció maja. Y guapa. —Sube y baja las cejas.

—Te has manchado el bigote de dónut —comenta Carol.

Le dedico una mirada.

—Michelle no es tu tipo. Se quedará aquí tres meses.

—Ah, paso.

Por alguna razón, el alivio me recorre el cuerpo. Supongo que porque sé que lo último que necesita Michelle es a Lars y su bigote lleno de migas.

—Claro que es maja —digo—. Pero… es maja tras una coraza. —Sonrío para mí—. Aun así, incluso los castillos tienen su encanto. Puedo ayudarla.

—La incordiaste hasta que cedió, es lo que estás diciendo, ¿no? —sentencia Carol.

Suelto un bufido como respuesta. Mi hermana hace un gesto con la cabeza hacia la mesa de trabajo, ahora cubierta de harina y agua, que se están convirtiendo en una sustancia pegajosa que acabará transformándose en una masa.

—¿Y qué es todo este lío?

Restos de canela salpican algunas partes de la superficie. Huelen un poco como Michelle, pero no del todo. Sin embargo, por algo tengo que empezar. El dulce favorito de Birdie eran los rollos de canela. Estoy decidido a conocer también el de Michelle. Es como un picor que necesito aliviar.

—Estoy haciendo rollos de canela —les explico.

—¿Para tu nueva amiga, Michelle? —me pica Lars.

Entorno los ojos.

—¿Por qué no dejas de tocarme las narices?

—Te vendría bien fumar —añade Carol.

—¿Cuándo decías que lo ibas a dejar? —contraataco.

Aprieta los labios.

—No te metas conmigo. Ahora mismo eres un desastre.

—Solo estoy haciendo rollos de canela. Tampoco es para tanto.

Entonces, Lars esboza una sonrisa de superioridad.

—No puedes relajarte ni un segundo al no saber qué tal estará yendo la situación con Britt, ¿eh?

Tiene razón. Lleva teniendo razón sobre casi todo desde que somos críos y lo odio. También tenía razón sobre Tracy (no paró de preguntarme el día de la boda si estaba seguro), pero es tan buen tipo que nunca me lo ha echado en cara.

—Estoy bien —replico—. Genial, incluso. Ahora tengo tiempo para hacer más cosas.

Carol suelta un jadeo.

—Ay, madre mía, te lo he pegado. Ahora tú también eres un caso perdido.

Dejo de amasar y apoyo los antebrazos en la mesa de trabajo.

—¿Eres siempre así de agradable por la tarde?

Carol sonríe.

—No, estoy así por ti.

—Bueno, acostumbraos a ver más esta cara por aquí a esta hora del día.

—¿Qué cara? —pregunta mi hermana—. ¿La de un caso perdido?

—Ya, no nos gusta —interviene Lars.

—No, ¿qué…? —Me pellizco la nariz—. ¡Es mi cara!

—No me gusta tu cara —se burla Carol.

—Una pena. Voy a recuperar mi vida. Hornearé más en la pastelería. Abriremos hasta más tarde. Ganaremos más dinero. Es lo mejor. Será como escribir en una hoja en blanco.

Carol chasquea la lengua.

—Estoy bastante segura de que las hojas de ahí fuera están muertas.

Se me desmorona la expresión. Se encoge de hombros, inocente, y saca un paquete de cigarrillos antes de dirigirse a la zona de ventas del local. Lars se lame los restos del glaseado de las yemas de los dedos y sonríe.

—Disfruta —canturrea antes de salir de la cocina y desaparecer por la puerta del local.

Observo a través de los enormes ventanales cómo se inclinan los

árboles bajo la brisa otoñal. Debajo, unas hojas retorcidas y muy muertas se acumulan en un pequeño montón.

—A mí me parece que representan un nuevo comienzo —gruño mientras lanzo a la cesta de la ropa sucia un trapo hecho una pelota como si fuera un jugador de baloncesto, no consigo encestar. El trapo se abre sobre el suelo de baldosas, como si se burlara de mí.



Dos horas más tarde, cruzo el patio frontal de Bird & Breakfast con una caja de rollos de canela que hacen equilibrismo sobre mi mano. Brittany está sentada en la hierba con dos tazas de té que ha posado en una zona de tierra. Rocket permanece sentado, estoico, ante ella mientras la niña le coloca una de las tazas entre las patas rígidas.

—¡Bebe! —le ordena.

No se mueve, pero agita el rabo.

—Britt, no creo que te entienda —digo, haciendo que se sobresalte.

—¡Papá! —chilla.

Me agacho, dejo la caja en la hierba y recibo a Brittany entre mis brazos.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunto.

—Rocket y yo estamos tomando un té.

Miro por encima de su hombro. El perro pestañea, impávido y aburrido.

—Qué… guay —añado—. ¿Qué tal las clases?

—Hemos hecho calabazas.

—¿Calabazas de verdad? —La miro boquiabierto—. No te creo.

—No, ¡de papel! —dice con una carcajada.

—Aaah —digo, fingiendo sorpresa—. ¿Y qué tal la tarde con la señorita Michelle?

—La señorita Shell me ha dado trozos de manzana y he podido hablar con una mujer de Michigan.

Paseo la mirada hasta el porche. Michelle está sentada en el balancín con las piernas aovilladas bajo su cuerpo. Sonrío. Siempre parece impecable.

—¡Qué emocionante! —le digo a Brittany—. Bueno, sigue jugando cinco minutos más. —Le doy una palmadita en el hombro—. Luego, cenaremos, ¿vale? —Estira las manos hacia la caja, pero la aparto con rapidez—. Los dulces son para después.

—Jooo. —Brittany esboza un puchero exagerado.

Le revuelvo el pelo.

—Sí, sí —me burlo de ella—. Papá es un asco.

Curva el labio inferior hacia fuera y reticente vuelve a servir un té invisible.

Camino sobre las hojas muertas, subo los escalones chirriantes hasta el porche y me dejo caer en el lado opuesto del balancín. Mi impulso hace que nos mezamos hacia atrás con fuerza antes de recuperar el equilibrio. Michelle contempla la caja que he colocado sobre el regazo.

—Te he traído algo —anuncio, abriéndola para revelar la hilera de rollos de canela, de los que aún gotea el glaseado con el que los he regado antes de salir de la pastelería.

—¿Son las sobras de hoy? —pregunta.

—Prueba uno.

Entorna los ojos y me echo a reír.

—Vamos. Prueba uno.

Coge uno de los rollos de canela de la caja, se lo acerca a los labios voluminosos y muerde. Quizá sea normal en un pastelero, pero me encanta ver cómo come dulces la gente. En concreto, me gusta el aspecto que tiene Michelle mientras se come uno de los míos. Cierra los ojos. Se le curvan las comisuras de los labios en una sonrisa. Y las delgadas cejas se le juntan en el centro de la frente.

—Está increíble —gime.

«Por Dios». El corazón se me acelera.

—Me encanta ese sonido —digo.

Abre los ojos de golpe y suelto una carcajada.

—Soy repostero. Vivimos del disfrute de los demás.

Sin embargo, justo después, vuelve a dejarlo en la caja.

«¿Eh?».

Sé que cuando un dulce pertenece a alguien, cuando lo atrapa de verdad, no puede dejarlo. Los rollos de canela no son sus favoritos. Entendido.

Me estudia durante un momento antes de preguntar:

—¿Por qué querías enseñármelos?

—Porque están buenos.

—Creído.

—Y —continúo, inclinándome hacia ella— porque son fáciles de hacer. Vas a empezar a hornearlos en lugar de las galletas.

Suelta una carcajada por la nariz.

—No sé hacer rollos de canela.

—No te preocupes, yo te enseñaré.

Niega con la cabeza.

—Ni siquiera hemos empezado con las lecciones sobre gente que acordamos.

—Lecciones sobre gente —repito—. Me gusta.

—¿Ahora también vamos a dar lecciones sobre repostería? —continúa sin prestarle atención a mi comentario—. Es demasiado, Cliff.

—Ser capaz de hornear un desayuno decente para los huéspedes va de la mano con las lecciones sobre gente. Créeme. Además, soy yo el que debe decidir qué es demasiado, ¿vale? —Antes de que pueda volver a protestar, señalo a Brittany con la barbilla—. ¿Qué tal ha ido esta misión?

—Bien, es muy buena niña.

—Me alegro.

—Le gusta mucho Rocket.

Asiento.

—Ya lo veo.

—Me sorprende que no te ponga más nervioso —observa Michelle—. Por lo de la cicatriz y el perro que te mordió. Por lo del trauma que sufres —concluye con una sonrisa traviesa.

—Solo porque viviera una mala experiencia con un animal no significa que Brittany vaya a pasar por lo mismo. Siempre he querido lo mejor para Emily y para ella. Por suerte, Brittany ya es mucho más valiente de lo que era yo a su edad.

—Antes ha intentado deslizarse por la barandilla —comenta—. Y le ha dado conversación a una mujer que seguramente solo quería leer el periódico en paz.

Se me escapa una carcajada.

—Hoy no te ha supuesto demasiado trabajo, ¿no?

—No, la mujer ha acabado adorándola —responde antes de añadir—: Y seré yo quien decida qué es demasiado.

Sonrío cuando arquea una ceja, provocadora.

—Qué graciosa. —Creo que la sutileza del humor de Michelle es lo que más me gusta.

Se lleva una mano al pendiente para hacerlo girar. Me pregunto si será un tic nervioso. Entonces, sobre el esmalte de uñas, advierto una pequeña tirita que le rodea el dedo.

—Vaya, ¿qué es eso? —Estiro el brazo y se lo acaricio.

Inspira hondo.

—Me he cortado al partir una manzana.

—Madre mía, te vas a acabar matando por accidente en esa cocina.

—Tampoco soy tan inútil.

Sonrío.

—Esto. —Le toco la tirita—. Y esto. —Paso el pulgar por la cicatriz rosada del interior de su brazo—: No corroboran tu versión.

Michelle pestañea cuando le recorro el brazo con los dedos. Tiene la espalda tan rígida como una tabla. Me sostiene la mirada y frunzo el ceño antes de soltar una carcajada.

—¿Va todo bien?

Entonces, advierto que la estoy tocando.

El repiqueteo de unos cordones sobre el cemento nos interrumpe, atrayendo mi atención hacia mi casa, a la vez que aparto la mano. Emily está subiendo por el camino de entrada. Lleva los cascos sobre las orejas y el discman entre los dedos.

—¡Em! —grito. Al principio no me mira, por lo que me rodeo la boca con las manos y digo—: ¡Emily!

Levanta la cabeza y se quita los cascos.

—¿Qué tal el colegio, peque?

—Bien —dice, al mismo tiempo que se mete el reproductor de CD y las manos en los bolsillos de la chaqueta vaquera.

Entorno los ojos porque esa respuesta tan corta me resulta demasiado familiar.

—¿Has vuelto a ir a ver a Josh al videoclub?

—No —salta a la defensiva—. Tenía que trabajar. Después de clase. Vengo directa de allí.

—No suena nada sospechoso, ¡qué va!

—Tenía que trabajar —repite, pero no deja de darle patadas a una hoja enrollada sobre sí misma en el suelo. Centra los ojos en Michelle y, después, en mí.

—Entonces, si miro en tu mochila, no encontraré ninguna película, ¿verdad?

—Sí, pero es de hace…, no sé, dos días.

—¿Qué película? —interviene Michelle.

Emily juguetea con un hilo suelto de la chaqueta.

—*Pesadilla en Elm Street.*

—Vas a tener pesadillas —le advierto.

—No.

—Que no la vea tu hermana. Bueno, ¿qué tal está Josh? —pregunto.

Pasea de nuevo los ojos hasta Michelle. Casi con nerviosismo. Luego, vuelve a fijarlos en mí.

—Bien.

—Entonces, sí que has estado hoy en el videoclub.

Suelta un gruñido.

—Por Dios, te vuelves insufrible cuando hablas de él.

—Estoy haciendo mi trabajo de padre —le informo, pero ya está abriendo de golpe la mosquitera de nuestra casa y cruzando con fuertes pisadas el umbral.

—Insufrible —la imito, dibujando unas comillas en el aire—. Va a bordar la selectividad con palabras como esa.

Michelle sigue con los ojos fijos en la puerta cerrada antes de girarse hacia mí.

—¿No te gusta Josh?

—No tengo muchas referencias sobre el chico, pero es un adolescente. Y piensa en cosas de adolescentes. —Suelto una carcajada entre dientes y le doy una patada al porche, haciendo que el balancín se meza hacia atrás—. Su madre y yo empezamos a salir con esa edad. Y, bueno, nadie nos dio educación sexual. Emily fue nuestra sorpresa.

—Y no quieres que se quede embarazada —advierte Michelle sin formularlo en tono de pregunta.

—Quiero que haga lo que desee —contesto—, pero que tome buenas decisiones. No cambiaría a Emily por nada en el mundo, pero la paternidad fue dura. Unos adolescentes intentando hacer de padres es duro. Éramos demasiado jóvenes. No quiero que las hormonas elijan por ella.

La puerta principal de la casa vuelve a chirriar y Emily aparece con el teléfono en la mano. Cubre con la otra el micrófono cuando grita:

—¡Brittany, es mamá!

Trago saliva. El vuelco en el corazón cada vez que llama mi ex no deja de oscurecerme los días buenos.

Brittany se pone en pie a toda prisa y cruza el patio tras despedirse de Rocket, no de Michelle ni de mí. Niego con la cabeza con una sonrisa, pero la mujer sigue mirando la puerta principal uno o dos segundos después de que se cierre.

A nuestras espaldas, la del hotel se abre y una huésped saca la cabeza por el umbral.

—Hola —saluda, mirando a Michelle, pero se centra en mí cuando esbozo una sonrisa cortés—. ¿Tenéis algún folleto sobre el Festival de la Cosecha?

—Acabó la semana pasada —responde Michelle a toda prisa. Breve. Directa al grano. No enfadada, sino de forma objetiva. Sin un ápice de sonrisa.

La mujer frunce el ceño y asiente.

—Ah, vale. Bueno, gracias.

Michelle también asiente. Luego, se gira hacia mí cuando la huésped vuelve a entrar en el hotel y la puerta se cierra a sus espaldas.

Pestañeo, reprimiendo una carcajada.

—¿Qué? —pregunta a la defensiva.

Me echo a reír.

—Me pasaré mañana a la hora de comer.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Confía en mí.

—¿Te estás autoinvitando?

—Más o menos. —Me levanto del banco y me estiro.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que arrancar con las lecciones sobre gente. —Me meto las manos en los bolsillos—. No me había dado cuenta de

lo mal que se te daba.

—Tampoco tan mal.

—Eso —digo, señalando a la puerta— ha ido de pena.

Se le cambia la cara.

—¿De verdad?

—Ay, Michelle, ha sido terrible.

—¿Qué he hecho? Le he dado la información que me estaba pidiendo.

Ladeo la cabeza y musito, provocador:

—Y ni siquiera sabes lo que has hecho mal.

Michelle aprieta los labios y frunce las comisuras de la boca.

—Vale —escupe—. Mañana a la hora de comer.

—¡Esa es mi chica!

Me dirijo hacia las escaleras, pero me detiene con un:

—¿Cliff?

—¿Sí?

—Eres insufrible.

Le dedico una sonrisa inmensa. No puedo evitarlo.

—Eso me han dicho.



Capítulo 11
MICHELLE

—Vale, con ellos. Los de ahí —me susurra Cliff.

—¿Por qué con ellos?

—Míralos —me musita al oído con un hilo de voz.

Cliff y yo estamos sentados en la parte superior de las escaleras, observando a través de los barrotes de la barandilla entre los que se ve el salón principal de Bird & Breakfast. Una pareja está sentada en el sofá floral y le da vueltas a un plano endeble de Copper Run y el área circundante de Vermont.

Cliff se inclina hacia mí y apoya un antebrazo en la rodilla antes de comentar:

—Necesitan ayuda.

—Tienen un mapa. No les pasa nada. No necesitan que los moleste.

En el trabajo, dejo que mis inferiores se busquen la vida por su cuenta a no ser que me pidan ayuda. De lo contrario, quizá pensarían que no confío en ellos. ¿Por qué en hostelería la situación iba a ser distinta?

Arquea las cejas.

—¿Lo dices en serio? —Extiende la mano—. Es evidente que necesitan consejo.

—No, se las están arreglando solos —insisto. Por supuesto, justo en ese momento la pareja gira el mapa noventa grados. Me estremezco—. Más o menos.

—Como su anfitriona, ¿no te encantaría ofrecerles algo de ayuda?

—Tampoco conozco demasiado el pueblo.

Suelta una carcajada.

—Entonces, resolveréis el rompecabezas juntos. Será divertido.

Pasear por el pueblo forma parte de la extensa lista de investigaciones que deseo llevar a cabo. Me encanta encontrar aquello que vuelve a algo tan cautivador que no puede ignorarse. Por eso se me da bien mi trabajo. Pero no lo digo en voz alta.

Suelto un bufido.

—Quedaré en ridículo.

—O te considerarán adorable.

—No lo soy.

—A mí sí me lo pareces.

—Ja, ja. —Suelto una falsa carcajada antes de centrar mi atención de nuevo en la pareja sin permitir que el halago se asiente entre los dos más de lo que lo ha hecho ya. Ahora están dando golpecitos en una zona del mapa—. ¿Ves? No necesitan mi ayuda.

—Sí, la necesitan —repite Cliff con una carcajada apenas contenida—. Vas a bajar ahí abajo, lo suficiente como para estar presente, pero sin agobiarlos.

—Entonces, ve tú a ayudarlos.

—No, tú.

—No.

—Sí —contraataca Cliff, burlón.

Los dos huéspedes giran la cabeza hacia las escaleras y Cliff y yo nos ponemos en pie a duras penas. Mis zapatos chocan con sus piernas y me coloca una mano en la espalda para estabilizarme, al tiempo que subimos las escaleras a toda prisa.

Llegamos al descansillo de la segunda planta y noto el rostro ardiendo.

—Qué vergüenza. —Me tiemblan las manos, por lo que estiro los dedos.

Cliff observa cómo jugueteo con ellas.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Segura?

Le dedico una mirada mordaz.

—No me gusta que se me den mal las cosas —le explico—. No recuerdo cuándo fue la última vez que me ocurrió.

Se echa a reír, a la vez que se pasa una mano por el pelo rebelde, que por alguna razón nunca parece aterrizar en el lugar adecuado para hacerlo sentir cómodo.

—Michelle, si quieres que te ayude, tienes que escucharme de vez en cuando.

—Me gustan las cosas de determinadas maneras.

La cicatriz junto a su boca se le marca aún más cuando curva las comisuras de los labios. Es la sonrisa engreída a la que me estoy acostumbrando este mediodía.

—Has sido tú quien me ha pedido que venga —me recuerda.

—Lo sé, lo sé.

Da un paso al frente y me posa sus enormes y pesadas manos en

los hombros. Siseo. Esa es la cuestión de Cliff, que toca a todos y siempre lo hace con calidez.

—¿Por qué crees que tengo una pastelería? —pregunta.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—Porque ninguna compañía te soportaría.

Sonríe.

—Porque me gusta ser mi propio jefe. Pero en ciertas ocasiones incluso yo necesito ayuda. Por eso contraté a Carol. Y… —me aprieta los hombros una vez antes de soltarme— sí, ser un empleado en cualquier sitio me parece una tortura.

—¿Alguna vez has tenido un trabajo en plantilla? —le pregunto, curiosa.

Se rasca la cabeza.

—En otra vida. Antes de la pastelería.

—¿Por qué lo dejaste?

Se encoge de hombros y solo dice:

—Libertad.

Aprieto los labios y se echa a reír.

—Además, se me da de lujo hacer dulces. Vale, pasemos a la siguiente prueba. Quizá ahora tengamos más suerte.

Gruño.

—Dios, a veces eres peor que Emily —comenta—. Lo sabes, ¿no?

—¿Me estás llamando niñata? —lo reto.

Pasea la mirada hasta mis zuecos negros y vuelve a centrarla en mis ojos.

—Quien se pica…

Esbozo una mueca.

—Qué gracioso eres.

Bajamos las escaleras. Dejo escapar un suspiro al ver que la pareja con el mapa se ha ido. Dado que ni ellos ni el resto de los huéspedes están a la vista, la casa está vacía por primera vez en toda la mañana.

Entramos en la cocina. Un fuerte olor a canela se escapa del horno.

—Mmm. —Cliff se frota las manos—. Pinta bien.

«Me alegro».

Esperaba que a Cliff le molestara que hubiera empezado sin él, pero, en lugar de eso, se ha echado a reír ante mi proactividad. No me está costando entender que a Cliff Burke le molestan muy pocas cosas. A diferencia de Allen, quien se habría rendido conmigo en cuanto hubiera hecho una locura así. Una parte de mí se pregunta si eso es lo que deseaba que ocurriera.

Estos son mis rollos de canela. Empecé a hornearlos anoche y, desde entonces, he hecho tres tandas que han salido fatal. Quería demostrar que puedo hacer lo mismo que Cliff. Tal vez no se me dé bien tratar con la gente, pero no necesito además lecciones de repostería. Y siento que esta bandeja va a ser suficiente para demostrárselo.

Cliff chilla al abrir el horno. Me pongo de puntillas para mirar por encima de su hombro y se me cae el ánimo al suelo. Los rollos han adoptado un tono marrón oscuro e incluso yo soy consciente de que son demasiado marrones.

Cliff abre mucho los ojos antes de girarse hacia mí.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—En la receta de mi madre ponía treinta y cinco minutos.

Suelta un bufido.

—No.

—Sé leer. La he mirado esta mañana.

—Ni de lejos —contraataca, atravesando la cocina hasta un cajón.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Ah, ¿en serio? ¿Y cómo lo sabes?

Sonríe.

—Porque se la escribí yo.

«Por supuesto que fue él quien le dio a mi madre esta receta».

Me muerdo la lengua para no decir ni una palabra más mientras la vergüenza se me desliza por la columna vertebral como un cubo de hielo.

Cliff coge los guantes para el horno del primer cajón que encuentra. Parece saber dónde está todo en esta cocina. Cuando está de espaldas a mí, deslizo un dedo hasta la sección correspondiente en el archivador negro de mi madre y vuelvo a leer la receta de los rollos de canela. Gruño. Cliff tenía razón. Se suponía que solo debían estar ahí dentro durante veinticinco minutos. Con la lengua contra la mejilla, miro hacia atrás. Cliff ya está sonriendo.

—¿Tenía razón? —pregunta.

—Tenías razón.

Su habitual sonrisa engreída se le extiende por el rostro y mira al techo, como si rezara al cielo.

—Me encanta cuando pasan estas cosas.

Se pone las manoplas, abre el horno y saca la bandeja, que coloca sobre un trapo en la encimera. Se quita los guantes, coge un tenedor de otro cajón que, por instinto, sabe que contiene los cubiertos y, sin preámbulos, corta un rollo antes de pinchar un trozo.

Cliff sopla y, despacio, le da un bocado. Veo cómo los extremos de metal desaparecen entre los labios y observo cómo el tenedor vuelve a surgir, recorriéndole el labio inferior. Su lengua asoma por una de las comisuras de la boca para atrapar una pizca perdida de canela. «¿Por qué parece hacerlo a cámara lenta?».

—Sabe fatal.

Pestañeo, volviendo al presente, y niego con la cabeza.

—¿Fatal?

—Fatal —repite—. Es el peor rollo de canela que he probado. Tíralos.

Abro y cierro la boca, tratando de encontrar las palabras, hasta que veo su sonrisa ladina y torcida. Aprieto los labios en una línea recta.

—Te estás quedando conmigo.

Se echa a reír.

—Han estado ahí dentro demasiado tiempo, por lo que están un poco tiesos, pero con buen sabor. —Sube y baja las cejas—. Sin embargo, aún tienes margen de mejora.

Cliff rebusca en una bolsa marrón de la tienda de comestibles que hay en el suelo y saca la harina. Rocket levanta la cabeza de la alfombra y olfatea el aire.

—¿Has traído más ingredientes? —le pregunto mientras, a continuación, extrae el azúcar. Suspiro—. Sabías que tendríamos que rehacerlos.

—Pensaba dejarte probar primero —expone con un guiño. Es un guiño tan casual que el corazón me da un vuelco.

No recuerdo la última vez que alguien me guiñó el ojo.

—Y sí —continúa Cliff, inclinándose hacia mí como si

estuviéramos compartiendo un secreto—. Tenía la sensación de que lo intentarías antes de que llegara, así que he traído material extra.

Dejo caer los hombros y echo la cabeza hacia atrás. Una grave carcajada retumba en su garganta cuando vuelve a introducir los brazos en la bolsa de nuevo. Emerge con dos sándwiches metidos en unas bolsas herméticas transparentes. Me los tiende, uno en cada mano.

—¿Jamón o pavo?

—¿También me has hecho la comida? —pregunto, casi con un quejido—. Cliff, por favor…

—No iba a autoinvitarme y luego pedirte que me hicieras un sándwich. Los he comprado en la bocatería de Betty. ¿Jamón o pavo?

—Cliff, ya me estás ayudando…

—¿Jamón o pavo, Michelle?

Tiendo una mano y suspiro.

—Pavo, entonces.

—Bien. El de jamón es mi favorito. —Aunque Cliff sonríe mientras lo dice, el brillo no le llega a los ojos y no se le marca tanto como debería la cicatriz junto a los labios.

Deja el sándwich a un lado. Me pregunto si estará mintiendo.

—También he traído —rebusca en la bolsa y saca una caja pequeña que, al abrirla revela un dulce azulado, esponjoso y cubierto de azúcar— un profiterol de arándanos.

—Ah, gracias.

—Pruébalo.

—¿Ahora?

—Sí.

Entorno los ojos.

—¿Es una manía rara de pastelero?

Se echa a reír.

—Pruébalo.

Lo saco de la caja, le dedico una mirada curiosa con una sonrisa que significa: «Vale, lo que tú digas» y le doy un bocado.

«Ay, Dios mío».

Me coloco la mano bajo la boca para atrapar cualquier miga que se pueda desprender. Está bueno, muy bueno, con una delgada capa crujiente, azucarada y dura, que encierra un interior suave y esponjoso. Los arándanos casi parecen estar frescos. Me pregunto si así es la vida de cualquier amigo de un repostero. Una oleada constante de comida increíblemente sabrosa.

—Está muy bueno —afirmo, pero, por extraño que parezca, Cliff no parece satisfecho.

En lugar de eso, deja escapar un suave suspiro mientras cruza la cocina para abrir otro cajón y saca un rollo de papel vegetal.

—¿Qué? —pregunto—. Está bueno.

—Pero no he dado en el clavo.

—¿De qué estás hablando?

—Es una manía rara de pastelero —responde con una sonrisa, burlándose de las palabras que he dicho antes. Señala con la barbilla un armario a mis espaldas—. ¿Te importa pasarme un bol?

Dejo en la caja el resto del profiterol y abro el armario, donde encuentro un puñado de boles apilados unos dentro de otros.

—¿Sabes dónde está todo? —pregunto.

Asiente.

—El año pasado estuve aquí más tiempo que en mi propia casa.

—No me puedo creer que te llevaras tan bien con mi madre.

—Era una buena mujer. Se portaba mejor con las niñas que su propia madre. —Suelta una carcajada—. Es gracioso cómo llegamos a ese punto.

Asiento, distante, pero mi mente se ha quedado atrapada, como un jersey enganchado en un alambre, revelando poco a poco recuerdos sobre mi madre. Nuestras complicaciones.

Pongo el bol en la encimera y, segundos después, empieza a batir el azúcar y la harina. Me explica los pasos para preparar el dulce mientras introduce en otro bol los ingredientes húmedos. Dice que utiliza leche entera porque es más densa y esta marca de levadura en concreto porque satisface más rápido mis necesidades.

Su secreto es añadir un poco más de mantequilla porque «bueno, es mantequilla», dice, encogiéndose de hombros.

Luego, Cliff se sube las mangas anchas de su jersey de punto y deja caer la masa sobre el papel vegetal cubierto de harina. Comienza a amasar la mezcla con las manos. La estira y la pliega, lanzando un rocío blanco sobre sus antebrazos contraídos. Descubro que se me está acelerando la respiración, por lo que trago saliva con dificultad y empiezo a dar golpecitos incesantes en la encimera a su lado. No sabía que la repostería era… *esto*. Unos brazos fuertes y unas manos diestras.

Cliff me mira y le sostengo la mirada. Sé que me estoy sobrepasando al contemplarlo con tanta intensidad, pero este hombre no puede enterarse de mi reacción al verle trabajar así.

—Birdie hablaba de vosotras —suelta—. Mucho.

Me da un vuelco el corazón.

—¿En serio?

—De ti y de Sara.

—Seguro que más de Sara. Es mucho más interesante.

—Hum —reflexiona, volviendo a centrarse en darle forma a la masa—. No, de las dos. Tú eras…

—¿La seria?

Se echa a reír.

—La responsable. A veces la preocupabas.

Me miro los pies e inspiro hondo. Sin embargo, mis ojos se deslizan hasta el archivador como si tuvieran voluntad propia. «Querida Sara». Cliff me contempla con las cejas unidas en el centro de la frente, como si pudiera oír las vueltas que estoy dando en mi cabeza.

—Todos aquí visteis una parte de mi madre que yo no conocía —confieso, a la vez que suelto todo el aire. Y un vistazo a la expresión atenta de Cliff me lleva a añadir—: O… no quería conocer. —Abro los labios, conmocionada por haber dicho algo así, y no tardo en volver a cerrarlos—. Solo… me gustaría ser sincera.

—¿Quieres hablar del tema?

—No.

—Me parece bien. —Se aclara la garganta—. ¿Sabes? Tu relación con Birdie me recuerda mucho a la de Emily con su madre.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Cuando Emily y Tracy se juntan, la situación se vuelve… convulsa, como mínimo. Parece que a ti te pasaba lo mismo con Birdie.

Trago saliva. No quiero abordar ese tema.

—Emily es una adolescente. Por supuesto que es convulsa.

—Es más que eso. Tracy deja muy claro que Emily no entraba en

sus planes. Que por su culpa nuestras vidas permanecerán unidas para siempre.

Me quedo boquiabierta.

—¿Y tú también lo crees?

—No, por Dios —escupe tan rápido que casi me sobresalto—. Emily fue una sorpresa. Y sí, ahora estoy conectado a Tracy en cierto sentido de por vida. Pero no es responsabilidad de Emily. Y es injusto que mi exmujer lo pague con ella. —Fija los ojos en la harina, a la vez que una sonrisa ladeada le curva la boca, como si las imágenes que se le están pasando ahora mismo por el cerebro lo tranquilizaran—. A pesar de todo a lo que la hemos sometido, Emily es una chica maravillosa. Siento que he pestañeado y, de repente, tiene opiniones e intereses. Me resulta extraño que ahora le gusten los chicos. Y no solo los chicos, sino los chicos con hormonas y bigotillo. —Niega con la cabeza y deja escapar una carcajada jadeante.

—¿Echas de menos que tenga la edad de Brittany? —pregunto.

—Sí y no. —Se encoge de hombros con una nueva sonrisa—. Va mejorando con cada fase que pasa. A veces es un poco borde, pero, por Dios, eso me encanta. Lo más probable es que mate a Josh como le haga daño. —Se echa a reír—. Si no lo pillo yo primero. —Se aclara la garganta—. Bueno, gracias.

—¿Por qué?

—Por escucharme.

—Hablas mucho. Es difícil no hacerlo.

Sonríe.

—Lo sé.

—Te muestras muy sincero a la hora de hablar de tu ex.

—No sirve de nada guardarlo para mí. ¿No te pasa lo mismo?

—No —admito.

—¿No?

—Solo porque no tengas nada de lo que avergonzarte sobre tu matrimonio no significa que en mi caso sea igual.

Tras apartar las manos de la masa, inclina la cabeza hacia un lado con una sonrisa. Siento que acabo de presentarle un desafío al que no se puede resistir.

—Cuéntame un único secreto, Michelle.

—¿Un secreto?

—Eso he dicho.

—No.

Me distraigo cogiendo el sándwich de pavo. Lo contempla antes de desviar la mirada a toda prisa. Cuando lo hace, lo cambio por el de jamón.

—¿No éramos amigos? —me provoca—. Yo te he hablado de Tracy. Cuéntame algo de ese tipo.

—De Allen —lo corrijo.

—Eso, del pringado.

—No es un pringado. Es… Bueno, en realidad es doctor. —Le dedico una mirada fulminante—. No es un pringado, para nada.

—Lo es —insiste Cliff, quien está volviendo a amasar la mezcla—. ¿Por qué si no iba a engañarte? Eres despampanante.

El corazón me da un vuelco cuando tartamudeo:

—¿Q…? ¿Qué?

—No es una opinión, es un hecho. Lo eres. Incluso cuando frunces el ceño.

Entonces, despacio, Cliff me observa con los ojos entornados,

paseándolos por mis labios hasta mi cintura. Noto el vello de punta presionarse contra la tela de mi camisa.

—Eres despampanante. Y él, un estúpido.

Chasqueo la lengua y asiento.

—Es… Bueno…, gracias.

—De nada.

Cambio el peso de un pie a otro, al tiempo que contemplo cómo mueve los brazos, con las pequeñas venas marcadas y…

—Has mencionado otra vida —digo.

—¿Cuándo?

—En el piso de arriba. Antes de la pastelería. ¿A qué te dedicabas?

—A ventas.

—No está mal —comento—. Yo trabajo en publicidad.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Me encanta.

Sonríe para sí.

—Bueno…, a mí no. Es lo que quería Tracy. —Asiente, con los ojos fijos en la pila de papeles en la encimera. Son los documentos que me ha mandado Mark por fax. El logo de la agencia de viajes Topsy's, nuestro mayor cliente en Washington se muestra en la primera página—. ¿Trabajas en tu puesto en Seattle, aunque estés aquí?

—No puedo evitarlo.

—¿Tanto te gusta? ¿Por qué?

—No lo sé… Es así y punto. Es difícil describirlo.

—Supongo que no voy a conseguir enterarme de ningún secreto interesante hoy, ¿eh? —se burla con una media sonrisa.

Cliff es tan sincero, tan él mismo…

—Muy bien —digo—. ¿Quieres un secreto?

—El mejor que tengas —me confirma.

—Odiaba… —Levanto la barbilla—. Odiaba que Allen roncara.

La culpa me recorre el cuerpo, como si no debiera hablar así de mi marido, mi exmarido.

Cliff abre la boca, soltando un grito ahogado, burlón.

—Vaya, tranquilízate un poco. Has empezado por todo lo alto. No puedo soportar ese nivel de crueldad.

Cliff se relaja, con una expresión provocadora y torcida. Entonces, esa pequeña parte, la que se sentía culpable por haber confesado una molestia tonta, se separa de mí y revolotea hasta el suelo. Porque mi respuesta no era tan seria y la pregunta de Cliff tampoco.

Ahogo una carcajada y doy un paso al frente para darle un empujón en el hombro.

—Oye, me has pedido un secreto y es lo que te he contado.

Observa el punto en el que lo he tocado y sonríe.

—Qué va.

—Para mí era importante.

Sus carcajadas absorben las mías antes de que sus ojos bajen hasta mis labios. Igual que con la falta de espacio personal, a Cliff tampoco parece importarle mantener la mirada fija en algo demasiado tiempo. No tarda en desaparecerme la sonrisa, convirtiéndose en un ceño fruncido defensivo.

Vuelve a subir los ojos hasta encontrarse con los míos.

—¿Ves? Tenía razón. Eres guapa hasta cuando frunces el ceño.

Pongo los ojos en blanco.

—Cállate, Cliff.

No obstante, ese sencillo momento con él me provoca una sonrisa que no logro ahuyentar de mi cara. Mira el sándwich que hay cerca de mí y luego el que le he cedido, que está en la encimera a su lado.

—¿Has cambiado de opinión? —pregunta.

—Era evidente que el de pavo es tu favorito.

—Pero dijiste que te apetecía —comenta—. Intentaba ser majo.

—Y yo también lo estoy intentando.

Intercambiamos una tenue sonrisa y vuelve a centrarse en amasar la mezcla. Cliff puede ser frustrante. Pero también me gusta. Más o menos. Un poco.



Capítulo 12
MICHELLE

—Las toallas del baño están en la cómoda y he dejado un archivador encima con algunas actividades para hacer en Copper Run. Ya se ha acabado el festival de otoño, pero hay decoraciones de Halloween por toda la ciudad. No puedes perderte la casa de un hombre llamado Winston, a dos manzanas de aquí, que se sienta en el porche todas las noches para ver cómo la gente admira sus decorados. Está muy orgulloso de ellos.

—Vaya, ¿y están bien?

«No tengo ni idea». Es la información que me ha dado Cliff, aunque no me ha dejado acercarme a la casa de Winston todavía. Dice que es un artista. Que hace murales por toda la ciudad, pero también decora su casa para celebrar cualquier festividad. La transforma en un cementerio encantado de tres dimensiones en Halloween y Cliff no quiere estropearme la sorpresa hasta que no lo acabe.

Sin embargo, la señorita Margaret y su única maleta no se quedarán el tiempo suficiente para verlo, por lo que esbozo una mueca divertida y contesto:

—Dan el miedo justo.

La mujer me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno —doy una palmada—, no te entretengo más. Siéntete como en casa. Y, por favor, avísame si puedo hacer algo más por ti. Es mi hora del almuerzo, pero volveré después de la una para preparar una nueva cafetera.

Adopta una expresión radiante.

—Gracias.

—No hay de qué.

Las palabras de Cliff me inundan los oídos. «Lo suficiente como para estar presente, pero sin agobiarlos».

Mientras permanece sentada en el extremo de la cama recién hecha, rematada con una carta de bienvenida en la almohada, de forma discreta dejo un caramelo salado envuelto en la cómoda. Lisa dice que los pequeños detalles son los gestos agradables que recordarán los huéspedes.

Bajo las escaleras hasta el vestíbulo y cojo el monedero de mi madre del gancho de la cocina. Con él, me llevo también la correa de Rocket. El repiqueteo que produce hace que el perro salga a toda prisa de mi habitación. Se la ato al collar antes de salir por la puerta principal, recorrer el camino empedrado y pararnos en el buzón, donde recojo el correo que me meto bajo el brazo para mirarlo después. Luego, nos dirigimos a la plaza de Copper Run.

Los datos que le he dado a la señorita Margaret son correctos. Durante las últimas dos semanas, parece haber pasado un tornado de adornos por Copper Run. Las telas de araña se extienden ante las puertas principales, los porches y las vallas. Las calabazas con sonrisas talladas similares a las del gato de Cheshire se alinean junto

a las verjas, y los esqueletos de plástico se arrastran por los patios cubiertos de hierba tras salir de burdas tumbas. Cada vez que pasamos junto a la casa que tiene unas sábanas colgadas para simular fantasmas que se mecen desde las ramas de los árboles, Rocket deja escapar un grave gruñido.

—No van a hacerte daño.

Bufa. «Mentirosa».

Llegamos a la plaza y me paso primero por la bocatería, sonriendo con toda la afabilidad posible a la propietaria, Betty, quien siempre insiste en que pruebe algún nuevo ingrediente.

—Sándwiches de pavo y pollo, como siempre —digo.

—Ah, deberías probar la nueva salsa secreta.

—No, gracias.

—Nunca sabrás lo que lleva, pero te prometo que está buena. —La extiende por el pan como si no me hubiera oído.

—Gracias, Betty.

—Lo que necesites, Shells.

A la gente en Copper Run le encanta llamarme como les apetece, aunque no creo que haya demostrado ni una vez que me guste el mote que han elegido. Sin embargo, la familiaridad y la dulce y suave sonrisa que me dedica Betty cuando me tiende la bolsa con los sándwiches hacen que no me tome tan mal el insulto.

En la plaza, unos espantapájaros permanecen tumbados, abandonados en la acera. Una araña gigante de fieltro está boca arriba al lado de una pila de cajas de cartón con etiquetas como «Luces», «Demonios» y… «¿Sangre falsa»?».

El amigo de Cliff, Lars, está al otro lado del parque, clavando estacas en el césped suave. Me dedica un saludo agradable con la

mano, igual que la florista, Sandra, quien sube los escalones de piedra con ramos de los colores del otoño entre los brazos.

Me estoy dando cuenta de que es difícil estar sola en este pueblo. Vivía una vida tranquila y productiva en Seattle. Aquí no hay nada que funcione así.

Cliff se encuentra en la parte superior de una alta escalera junto al cenador, decorando los postes con telas de araña. Tiene las mejillas sonrojadas del cansancio, a pesar de la brisa fresca que corre. Esbozo una pequeña sonrisa al ver a Cliff ruborizado.

—¿Te han obligado a participar en las decoraciones? —pregunto.

Me mira antes de desviar los ojos a la bolsa de sándwiches que tengo agarrada con tanta fuerza que los nudillos se me han puesto blancos. Le sujeto la escalera mientras él desciende, tambaleante.

—¿Ahora Betty te llama Shells? —pregunta.

—Sí —musito.

—¡Qué valor!

Frunzo los labios en una línea recta ante su sonrisa y luego rebusco en la bolsa.

—Pavo para ti —anuncio, tendiéndole el sándwich—. Betty ha insistido en echarle una nueva salsa que, según ella, está buena.

—Ay, no —gime.

Los dos nos sentamos en el banco dentro del cenador. Cliff a mi izquierda y un fantasma a medio hinchar a mi derecha.

—Por cierto, seguir tu manual parece estar funcionando —admito.

Arquea las cejas.

—Ah, ¿sí? ¿Ya has dado el discurso de…?

—Los jardines, las decoraciones y todo eso —concluyo por él.

—Genial. ¿Ves? —Mueve el sándwich en el aire porque este hombre es incapaz de no hablar con las manos—. Ya le vas pillando el truco.

—La gente sonríe más a menudo.

—Es fácil sonreír cuando estás cerca —comenta Cliff antes de dar un bocado.

Suele hacer ese tipo de cosas, ofrecer halagos de manera casual como si fueran caramelos de Halloween. Nunca sé cómo reaccionar y solía pensar que esa era su intención, la conmoción y el asombro. Pero ahora… Ahora Cliff dice cosas bonitas sin hacer ninguna pausa para ver la respuesta.

—Betty tenía razón —gruñe, haciendo un gesto con su bocadillo —. La salsa está buena. Pruébala.

Doy un mordisco y el rostro se me debe de contorsionar porque suelta una carcajada.

—¿Qué pasa?

Niego con la cabeza y esbozo una mueca, apenas capaz de hablar con voz ahogada:

—Creo que la salsa secreta es mostaza.

—¿No te gusta la mostaza?

Niego con la cabeza antes de tragarme el bocado, reticente. Cliff se echa a reír y le da un nuevo mordisco a su propio sándwich con un «mmm» exagerado.

Señalo a Rocket con el bocadillo.

—¿Lo quieres?

Incluso el perro, al olfatear la salsa amarilla que mancha el pan, gira la cabeza. «Qué asco».

—Estoy de acuerdo.

Cliff señala algo detrás de nosotros.

—Me han sobrado algunos cruasanes de esta mañana, por si quieres uno.

—Por favor.

—Bien, y si no te lo vas a comer… —Me arrebata el sándwich.

—Todo tuyo.

Me froto las manos para limpiarme las migas. Suspiro.

—¿Sí? —pregunta Cliff con una sonrisa.

—Bueno, sigue sin haber ninguna nota entusiasta en el libro de visitas.

—¿Esperabas que alguien lo considerara el Taj Majal?

—Quizá.

Entorna los ojos con una expresión de superioridad.

—Nunca fracasas, ¿no?

Me tenso y suelto un bufido.

—Claro que sí.

—¿Cuándo?

Ladeo la cabeza, un gesto que significa: «No dejas de decir tonterías», lo que ocurre a menudo cuando estoy con Cliff.

—Lleva su tiempo —añade, inclinándose hacia mí.

Casi me roza el hombro con los sándwiches que lleva en las manos cuando los agita en el aire. Alejo el pan y él se echa a reír.

—Algún día te llegará un huésped que apreciará todos esos cambios. No es algo que me preocupe, Michelle.

Se me curva una de las comisuras de los labios. Me gusta que diga mi nombre completo, sobre todo porque sé que lo hace de forma intencionada. Quizá Cliff se acerque demasiado o haga muchas preguntas personales que me pillan con la guardia baja,

pero sabe cómo conseguir que la gente se sienta comprendida. A veces, incluso, demasiado.

Es muy distinto a mí. Si yo soy el otoño, él es la primavera. No deja de sonreír y desprender calidez. Sus ojos azules son muy profundos, como el primer cielo despejado de la temporada. Le gusta posarlos sobre mi pelo oscuro, pasearlos por mis labios maquillados o detenerlos en el cárdigan cuando este me cae por el hombro.

Baja la mirada al taco de cartas que he dejado en el banco y suelta un grito ahogado.

—Michelle, ¿eso es una tarjeta de cumpleaños?

—¿Qué?

Cliff deja a un lado los sándwiches y sostiene en alto un sobre rosa.

—Está dirigido a ti y pone: «Feliz cumpleaños».

Ahí, en su mano, está la caligrafía elaborada de mi hermana con el garabato de una tarta debajo.

Me arde la cara cuando se la arranco de los dedos.

—No.

—Lo es. —Suelta una carcajada.

—No quiero hablar del tema.

—Yo sí.

—Odio mi cumpleaños. —Escondo la tarjeta bajo el resto de las cartas.

Abre la boca en mitad de una nueva carcajada, como si le hubiera sorprendido.

—¿Por qué?

—Se pierde entre otras festividades —confieso con amargura.

—Ay, pobrecita. ¿Cuándo es?

Aprieto los labios.

—A finales de este mes.

—¿En Halloween?

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido.

—Cliff…

—¿Es ese día?

Suspiro.

—Un poco antes.

—Bueno, tienes suerte porque me encantan los cumpleaños. Y las fiestas de cumpleaños aún más.

Abro mucho los ojos.

—Cliff, ni se te ocurra planear algo.

—Jamás. —Se lleva una mano al pecho—. ¿Quién te crees que soy?

—La persona más insistente del planeta.

Mueve la cabeza de un lado a otro, pero no se me pasa por alto la curva descendente, apenas perceptible, que ahora forman sus labios. Me pregunto si lo habré ofendido.

Señala hacia las arañas que están colgadas del techo del cenador.

—¿Qué tal han quedado?

Es la magia de Cliff. Sabe cuándo cambiar de tema, y lo hace sin previo aviso. A veces es desconcertante, pero en otros casos es lo que más me gusta de él. Lo que me lleva a preocuparme aún más haberlo molestado por algo que he dicho.

Estiro la mano hacia una de las arañas que cuelgan cerca de mi cabeza.

—Nada mal, la verdad.

Hace un gesto con la barbilla hacia Rocket.

—¿Tú qué opinas, Rocky?

El perro levanta el hocico. «¿Cómo te atreves a hablar conmigo?».

—Menuda actitud —se queja Cliff entre dientes.

—Es un gruñón, ¿verdad? —bromeo, sonriendo.

Nos terminamos el almuerzo y observo cómo Cliff vuelve al trabajo, remangándose la chaqueta de franela por los antebrazos para sacar más objetos de la caja de cartón abierta. El reloj se le mueve por la ancha muñeca con cada movimiento.

Asciende de nuevo por la escalera y me quedo de pie, apoyada en un lateral del cenador. La cara se me tiñe de un calor incandescente cuando sube cada peldaño. Le quedan muy bien los vaqueros.

—¡Cliff! —lo llama Carol, haciendo que me sobresalte. Esta recorre el camino hasta nosotros.

Su hermano se gira por la cintura y estiro la mano para estabilizar la escalera. Por fin, Carol me ve y me saluda.

—Ah, hola, Shells.

Cierro los ojos, frustrada por el mote, y Cliff suelta una risita.

—Bueno… —comienza Carol con lentitud—, no mates al mensajero.

Al instante, la sonrisa de Cliff se desvanece.

—¿Por qué? —Arrastra la palabra hasta casi adoptar el ritmo de las de su hermana.

Esta se estremece.

—Lisa me ha contado que Emily no ha ido hoy a trabajar.

—¿Que ha hecho qué? —Dos segundos después, Cliff ha bajado

de la escalera—. ¿Sabemos dónde está?

—No, pero… tengo un presentimiento… —Otra frase perdida en un abismo de silencio.

Cliff rechina los dientes. Luego, dirige los ojos hacia el otro extremo de la plaza, directamente al videoclub.

«Ay, no».

De repente, está abriéndose paso entre las balas de heno y las hileras de calabazas. Con los ojos como platos, intercambio una mirada con Carol y, después, con Lars, que nos mira desde el otro lado del parque. Entonces, corro tras él con Rocket a mi lado.

—Cliff, ¿adónde vas? —pregunto.

No me responde. Sé adónde va. Cualquiera en la ciudad lo sabría.

Gruño, frustrada.

—¡Cliff!

—Debo comprobarlo —gruñe.

—Lo más probable es que no esté ahí.

—Pero quizá sí.

Me apresuro al galope tras él, con Rocket trotando a mi lado, al otro extremo de la correa, y lo alcanzo antes de que cruce la carretera. Me coloca una mano en la par-te baja de la espalda y me guía hasta la acera contraria. Luego, abre la puerta del videoclub. La campanita suena tan fuerte que me pregunto si no la habrá arrancado de cuajo.

Enrollo la correa de Rocket alrededor de una farola y yo también entro. Al instante, suspiro. Recostada junto a la caja registradora, doblada por la cintura y con la barbilla apoyada en la mano, está Emily. Y, tecleando en el ordenador tras el mostrador está el mismo adolescente con granos que vi que se escabullía con ella hace dos

semanas, Josh.

«Maldita sea, Emily».

—¿Qué películas vas a alquilar hoy, Em? —pregunta Cliff—. *¿Rebelde sin causa? ¿Movida del 76?* Porque ahora mismo es lo que me está pareciendo esta situación. ¿O qué tal *Todo en un día*? Porque no tienes nada que envidiarle al protagonista, peque.

Emily se gira y cualquier rubor que le cubriera las mejillas mientras le ponía ojitos a Josh le desaparece de la piel.

—Papá…

—¿Ha explotado la oficina de correos? —pregunta Cliff.

—¿Q-qué? —tartamudea Emily.

—Bueno, es la única explicación que le encuentro a que estés aquí, en lugar de trabajando con Lisa. Aunque, dado que no he percibido ni una sola voluta de humo en toda la mañana, estoy un pelín confuso.

La única vez que lo he visto así de enfadado fue cuando descubrió a Brittany después de que el otro crío la empujara entre las calabazas en el Festival de la Cosecha. Pero incluso aquel enfado era una nimiedad en comparación con esto.

El rojo le tiñe las mejillas. Tiene la mandíbula curva más definida al tensar y destensar el músculo junto a los mola-res mientras rechina los dientes, cabreado. Sus antebrazos están tensos, cubiertos de venas marcadas bajo una capa de vello moreno. De repente, la escena me deja sin aliento.

—Ya he terminado de trabajar —farfulla Emily.

Se le da fatal mentir.

—¿Es la primera vez que te escaqueas de ayudar a Lisa? —pregunta—. ¿O estamos a punto de tener más conversaciones

incómodas de las que me gustaría?

Me quedo paralizada. Claro que no es la primera vez que Emily ha faltado al trabajo. La vi salir de casa a principios de mes. Yo lo sé. Ella sabe que lo sé. Emily desvía los ojos hacia los míos.

Josh da un paso hacia la puerta holandesa junto a la caja registradora con la mano extendida.

—Oye, tío. Soy…

Tenso, Cliff lo señala con un único dedo.

—Yo que tú no terminaría la frase, *tío*.

A su favor he de decir que Josh se calla y baja la mano. Luego, ninguno habla, todos miramos con cautela al padre que está a punto de perder los nervios en el centro del videoclub. Por alguna razón, que el único acompañamiento sean las notas agudas de Mariah Carey desde los altavoces del local empeora la situación.

Cliff se pasa una mano por el pelo, desordenándose los mechones castaños y haciendo que le caigan sobre la frente. Lo hace parecer un roquero, lo que provoca que me tense aún más, no creo que sea su intención, pero está demasiado frustrado como para importarle.

—Emily, vete a casa —dice—. Y llama a Lisa en cuanto llegues.

—Papá…

—Tienes que disculparte con ella. Y ya hablaremos luego.

—Pero…

—¿Quieres hablar ahora? Porque odiaría avergonzarte delante de… —Cliff chasquea los dedos—. ¿Cómo decías que te llamabas?

Esbozo un mohín con el labio inferior. Es obvio que sabe que es Josh. Aun así, el pobre adolescente abre la boca para contestar, pero la mezcla de gruñido y bufido de Emily lo acalla. Se coloca al hombro

una única correa de la mochila, donde los llaveros suenan, acompañados del golpeteo de los cordones de las zapatillas en la moqueta azul cuando se dirige a nosotros como si estuviera a punto de ir a la guerra.

—Por Dios, a veces eres un rollo —refunfuña entre dientes al esquivarnos y cruzar la puerta, zarandeando la campanilla casi con la misma fuerza que Cliff.

—Oye… —empieza a decir Josh.

Le lanzo una mirada fulminante porque ahora mismo está jugando con fuego. Por suerte, el chico es listo y cierra la boca de nuevo.

Abriendo y cerrando los puños, Cliff por fin se gira sobre sus talones y se dirige a la puerta. La campanilla vuelve a sonar. Josh y yo nos sostenemos la mirada.

—No sabía que se estaba escabullendo del trabajo —me suplica —. Me dijo que algunos días no tenía clase.

Tiene las cejas tan arqueadas que casi forman una sola.

Suspiro.

—Sabes que tiene clase cinco días a la semana, ¿no?

—Pero es lista. Pensaba que quizá la dejaban salir antes o algo. —Se encoge de hombros, casual, tan inocente que casi me provoca una sonrisa.

—Es lista, sí —concuerdo—. Pero no dejes que falte, ¿vale?

—Lo intentaré. —Vuelve a encoger un hombro, y por la manera en la que tuerce los labios hacia un lado sé que contradecir a Emily quizá sea un esfuerzo en vano.

Me dirijo a la puerta antes de observarlo de nuevo.

—Ah, ¿quieres un consejo? Quizá la próxima vez no deberías

presentarte al padre de tu novia con un «oye, tío».

El color le desaparece del rostro.

—He entrado en pánico. —Se pasa una mano por la cara—. Me odia.

Me obligo a sonreír, lo que hace que se le relajen ligeramente los hombros.

—Lo superará —le aseguro.

Me marcho de la tienda con el tintineo más tenue que ha experimentado hoy la campanilla de la puerta y encuentro a Cliff sentado en el bordillo. Me coloco a su lado. Tiene los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos en el aire, como un peso muerto.

—Se me olvidaba lo emocionante que es ser adolescente —musita—. No hay nada como saltarse las obligaciones cuando sabes que no deberías hacerlo —bromea, antes de soltar una risa forzada y esbozar una sonrisa apagada. Incluso ahora, con una rabia residual latiéndole en el pecho como un tambor firme, intenta mantenerse optimista. Cliff no deja de esforzarse.

—Todo va bien —lo tranquilizo—. Solo es una cría.

—Lo sé —articula, pasándose la mano por la cara—. Lo sé. Es muy buena niña. Me da la impresión de que nunca nos hemos peleado hasta que este chico ha entrado en escena.

—Creo que es un puente que muchos padres deben cruzar.

—Me preocupa. Es demasiado lista como para hacer estas cosas.

—También está hasta arriba de hormonas.

Arquea una ceja.

—¿Y crees que no lo sé?

Sé que no iba dirigido a mí; sin embargo, el tono grave y lo

divertido de la situación son suficientes para que desvíe la mirada y empiece a dar golpecitos con los zapatos en la calzada.

—Además —susurro—, sabes cómo se llama.

—¿Quién? ¿James?

Le doy un codazo en las costillas que le provoca otra carcajada.

—Es Josh. Eres un peligro. Pero también eres buen padre.

Arquea las cejas. «¿Está sorprendido?».

—Lo eres —repito. Luego, de forma discreta, miro el reloj—. Tengo que volver. ¿Quieres que me pase por tu casa esta tarde y hable con ella?

—No, no tienes que hacerlo.

—Pero quiero —insisto.

Cliff asiente para sí, en silencio. Luego, me coloca una mano en la rodilla. Me quedo paralizada. No se corta a la hora de tocar. Su roce siempre es delicado, nunca refleja codicia, deseo o ninguna implicación más. Pero nunca me ha tocado aquí. La calidez de su enorme palma y sus dedos largos se extiende por toda mi rodilla y parte del muslo. Irradia oleadas de fuego por mi cuerpo. Tan rápido como la ha posado la retira; no obstante, me ha dejado sin respiración.

Me sonríe, un gesto débil y agotado por las complicaciones del día.

—Gracias, Michelle.

—Sí —afirmo a toda prisa—. No hay problema.

Sé que me he ruborizado. Y que se me ha acelerado el corazón. Me pongo en pie, desato la correa de Rocket de la farola y me la envuelvo en la muñeca. Camino a toda prisa por la acera.

—¿Adiós? —me grita Cliff con una carcajada ronca.

—¡Adiós! —contesto.

El cosquilleo que siento en la rodilla no me abandona en todo el viaje de vuelta. Incluso Rocket me mira, como si dijera: «Vas andando muy raro, Shelly».

—Cállate —espeto.

Estoy ruborizada. Ruborizada por culpa de Cliff.

Sé que a él le gusta el contacto físico. Un pequeño roce en la rodilla no significa nada. Le he visto rodear a Lisa con el brazo sin razón aparente, o chocar los cinco con Lars por algo tan simple como un halago a un cruasán. Una palmadita en la espalda es su saludo habitual. Pero lo más probable es que haya pasado un año desde la última vez que sentí la mano de un hombre tan cerca del muslo. Y casi siete desde la última vez que me tocó cualquier otro hombre que no fuera mi marido. «Exmarido».

Cliff es sarcástico, descarado, engreído y… atractivo. Pongo los ojos en blanco y gruño ante mi propia confesión.

Es obvio. Por supuesto. Estaría ciega si no lo viera. Tiene el encanto de los pasteleros. Con los hombros anchos, perfectos para arrastrar pesados sacos de harina; los antebrazos gruesos, fuertes de tanto amasar; y la sonrisa de un hombre acostumbrado a persuadir a los demás para que prueben sus delicias cubiertas de glaseado.

Cliff es atractivo cuando se pasa una mano por el pelo. Es atractivo cuando suelta un bufido de frustración al defender a sus hijas. Es atractivo cuando sonríe y cuando esboza esa media sonrisa de superioridad. También cuando se le marca esa pequeña cicatriz cerca de los labios.

Sin embargo, Cliff no es para nada mi tipo. Hace dos meses vivía

en una casa de ladrillos rojizos y me vestía para tener citas en restaurantes con manteles blancos. Esa soy yo. No soy de las mujeres que se tumban en una cama con una colcha y se pone cualquier cosa para ir a cenar a la mezcla de pizzería y cafetería, una monstruosidad para la que aún no he recibido explicación.

Irrumpo en el *bed and breakfast* sin aliento, apretando los dientes, y me apresuro a soltar a Rocket, como si pudiera huir de estos pensamientos intrusivos sobre Cliff. Aunque la presencia de Emily en el suelo de la cocina es suficiente para arrancármelos de raíz.

Tiene las rodillas contra el pecho. Apoya los pies sobre las puntas de las Converse sucias y rotas. El pelo rubio le cae como una cortina doble ante la cara.

—No me has vendido —anuncia—. ¿Por qué?

Cruzo los brazos, tratando de aplacar la respiración acelerada por el paseo hasta aquí.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Trago saliva.

—No me pareció que fuera asunto mío.

—Pero eres amiga de mi padre —expone.

Me muerdo el labio inferior. «Amiga». Cliff Burke es mi amigo. Mi amigo divertido. No mi amigo atractivo.

—Ya —concuerdo—. Pero sé lo que significa ser adolescente. Y, lo creas o no, tu padre también.

—No, no lo pilla —gruñe—. Ni él ni Carol ni mi madre.

—¿Tu madre tampoco?

Emily suelta una carcajada.

—Ah, sí, seguro que lo pilla a las mil maravillas.

Casi me siento insultada por ese sarcasmo exagerado. Formo una línea recta con los labios y ella deja escapar un suspiro.

—Da igual.

—¿Es complicado? —pregunto.

—Totalmente.

—¿Sabes? —Me giro y quito los posos del café y el filtro a la cafetera—. Yo también tenía una relación complicada con mi madre.

—¿Con Birdie? Sí, claro.

—Es verdad.

Emily suelta un bufido.

—Mataría por tener una madre como Birdie. —Apoya la barbilla en las rodillas—. Dios, tú tampoco lo pillas.

—Puede —acepto—. Nadie sabe lo que te pasa, excepto tú.

Entorna los ojos al mirarme. Yo, simplemente, me encojo de hombros.

—Pero no eres la primera adolescente que tiene problemas con sus padres. Eso te lo puedo asegurar.

Pestañea.

—Josh es un buen chico —musita, más para ella misma que para mí.

Enciendo la cafetera y me apoyo en la encimera. Después, cruzo los brazos sobre el pecho.

—No tiene mala pinta —digo. Luego, inclino la cabeza a un lado —. Un poco tonto. —Con eso me gano un pequeño bufido que parece una carcajada—. Pero no está mal.

Intercambiamos una suave sonrisa.

—Me gusta mucho —confiesa en un susurro.

—Entonces, házselo ver a tu padre —la animo.

—No nos toma en serio.

—Se lo toma más en serio de lo que crees.

—No quiere que acabemos como mi madre y él. Pero no me voy a quedar embarazada. No soy tan estúpida.

«Zasca».

—No juzgues a tus padres con tanta crueldad —respondo—. El amor te empuja a hacer locuras.

—¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez te has enamorado?

—Sí —contesto, pero la agitación en mi estómago quiere contradecirme.

Los sentimientos de mi amor de cuento de repente me parecen apagados y poco naturales. Por más que lo intente, no logro recordar el fuego que me abrasaba al ver a Allen. Ambos nos mostramos demasiado serios en todo momento. Éramos dos personas cabezotas que encontraron su pieza del rompecabezas.

No logro evocar la pasión, al menos no la clase de obsesión abrumadora que nubla el juicio y te mantiene en vela toda la noche. Tampoco recuerdo si me sentía como Emily, con una necesidad desesperada de verlo en cada momento del día. No recuerdo la última vez que noté un revoloteo en el estómago, como cuando Cliff me ha puesto la mano en la rodilla.

Por Dios, no me gusta Cliff. Es demasiado… Es demasiado…

—¿Sacas buenas notas? —indago, cogiendo unas tazas de la alacena.

—Voy de lujo en todo —argumenta Emily contra sus piernas.

—¿Y vas al día? ¿No has entregado ningún trabajo tarde ni nada de ese estilo?

Acerca aún más las rodillas a su cuerpo y, con desconfianza, farfulla:

—Sí, voy al día.

—Entonces, hablaré con tu padre sobre Josh y tú.

Emily se endereza con los ojos muy abiertos, como un muelle que acaba de saltar.

—¿En serio?

—Deja de escabullirte, ¿vale? Ve al trabajo después del instituto. Y no te saltes ninguna clase. No quiero mentir a tu padre.

«Excepto acerca de lo atractivo que me parece».

Emily sonríe y veo pequeños indicios de Cliff en el brillo de sus ojos azules. Desprenden una chispa de esperanza, como los de su padre.

—Lo juro —dice—. No volveré a escaquearme.

—O a saltarte las clases o el trabajo.

—O a saltarme nada de eso —me confirma.

Separo la jarra de la cafetera y cruzo la cocina antes de abrir la puerta al comedor de una patada. Apoyo el hombro en ella y hago un gesto con el codo hacia la encimera.

—Coge las tazas, ¿quieres? Si vas a quedarte, tendrás que trabajar.



Capítulo 13
CLIFF

Camino por toda la casa, recorriendo el pasillo, con el teléfono en la mano. Dejo los dedos a escasos milímetros de los números, pero no los presiono. Me da miedo hacer esta llamada.

Paso junto a la habitación de Emily. La puerta está cerrada, como ha estado toda la tarde, con un trozo de papel de rayas pegado, torcido, en ella. Está repleto de letras mayúsculas escritas con un rotulador negro, una mezcla de versos bonitos y llenos de rabia. Lo más probable es que la letra de la canción me esté pidiendo, de manera discreta e implícita, que me largue.

Bajo las escaleras. Carol está sentada en el sofá del salón. Brittany tiene la cabeza apoyada en su hombro con un pijama de todos los colores del arcoíris y el pelo húmedo por la ducha. Están viendo a dos adultos darse puñetazos de mentira en un cuadrilátero, igual que todos los lunes por la noche.

Me siento en la mesa de madera en la cocina y le doy vueltas, ausente, a los volantes del mantel antes de levantarme de nuevo. Inhalo. Exhalo. Por fin, marco el número de Tracy.

Suena una vez. Dos.

—¿Hola?

—Trace, buenas.

—¿Cliff? —Ya parece cansada—. ¿Hay algún problema?

Me rasco la coronilla.

—No solo te llamo cuando hay problemas.

—Sí, sí lo haces.

—Ya. Bueno… —Me aclaro la garganta y me meto una mano en el bolsillo antes de dirigirme hacia el fregadero una y otra vez. Por último, empiezo a juguetear con el grifo—. Quería contarte algunas novedades.

—Sobre lo que ha hecho Emily esta vez, supongo. —No es una pregunta.

Se me parte el alma ante la insinuación. Ya me ha enfadado y apenas llevamos un minuto hablando.

—Bueno —suelto una carcajada forzada—, no ha matado a nadie ni ha saltado de un rascacielos.

—Entonces ¿por qué me llamas? ¿Necesita algo Brittany?

Sus palabras siempre son como el golpe de una goma elástica en el estómago. Me escuecen allí donde aterrizan, además de dejarme un moratón a su paso.

—No —digo, arrastrando la palabra—, pero tu primogénita tiene novio.

La exhalación al otro lado de la línea me silba en el oído.

—¿Estás de broma?

—Ojalá, pero… —Le doy una patada a la alfombra. Luego, la vuelvo a colocar, me muerdo el labio y miro al techo. No puedo quedarme quieto—. Se ha saltado las clases para verlo.

—Cliff, no lo dices en serio, ¿verdad?

—Oye, es cabezota —replico con una carcajada—. Como sus padres.

Tracy suspira y es una respiración enfatizada por un gruñido. Nunca sé si lo que digo está bien o si estoy consiguiendo que se cabree menos, aunque supongo que, por su reacción, estoy inclinando la balanza hacia el lado contrario.

Suspira de nuevo.

—Si no vamos con cuidado, acabaremos teniendo entre manos un embarazo adolescente.

—Emily es lista.

—Bueno, eso espero. ¿Algo más?

—No, he pensado que querrías saberlo por mí, en lugar de por Brittany. Esa cría lo cuenta todo —comento entre risas.

—Sí, gracias. —Suspira—. Ese chico no se va a acercar a Brittany, ¿verdad?

Se me escapa una risa que ella no me devuelve. Noto cómo el calor me asciende por el cuello y las mejillas. Bajo la voz y me acerco a la ventana.

—Emily no es una delincuente. Lo sabes, ¿no? Es una cría. Y ese chaval es solo un adolescente. Trabaja en el videoclub. A Brittany no le pasará nada.

—Me preocupa Emily —admite—. No teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo.

—Las hemos criado bien. A las dos —insisto.

—Lo siento. Sí. Pero… —gruñe.

Ahora mismo la chica que conocí en el pasado, la alegre animadora rubia con una sonrisa radiante que, atrevida, ponía los ojos en blanco, parece estar muy lejos de aquí. Sí, Tracy no iba a

quedarse anclada en esa versión para siempre. Se convirtió en una mujer. Protectora con sus hijas, fuerte y valiente. Pero, por Dios, eso solo consiguió que la quisiera más. Como padres, nos pasamos muchas noches sin dormir, fuimos a eventos de la escuela y discutimos sobre la manera de criarlas. Vale, tuvimos alguna pelea que otra, pero ¿qué pareja no la tiene?

Entonces, todo se puso patas arriba a la vez. La idea del hogar perfecto, la familia perfecta, la vida perfecta. Nuestro matrimonio no lo era, pero estábamos juntos. Me encantaba la pareja que formábamos. La quería.

—Emily ha traído las notas —digo—. Ha sacado sobresaliente en todo.

—¿En serio?

—Se le da mejor que a ti y que a mí, ¿eh? —respondo con una carcajada.

Desdeñosa, se sorbe la nariz. De lejos, oigo el repiqueteo de pulseras. Siempre se ponía un montón de ellas antes de salir. Debe de estar arreglándose. Miro el reloj: las nueve de la noche.

—¿Ese crío sigue molestando a Brittany? —pregunta.

—Lo he enterrado a dos metros bajo tierra, así que…

—Clifford.

—He llamado a sus padres. Han castigado a Luke de por vida. Los niños hacen tonterías. Cosas que pasan.

Unas llaves chocan en segundo plano.

—¿Adónde vas tan tarde? —pregunto.

—Tengo una cena de trabajo en Chelsea.

—Chelsea parece divertida —bromeo.

—Es un sitio, Cliff.

Articulo un «lo sé» silencioso porque decirlo en voz alta no merece la pena.

—Bueno, parece divertido —repito—. Pásalo bien.

Suelta un bufido.

—Bien, vale, no hace falta que lo digas con ese tono enfadado.

—No… —Cierro los ojos—. No estoy enfadado, Trace.

Tracy no me responde y, cuanto más tiempo pasa sin hablar, más me doy cuenta de que está desafiándome. Quiere que rompa el silencio. Pero ¿qué más hay que decir? ¿Qué puedo contestar sin que se lo tome mal?

Miro por la ventana de la cocina hacia Bird & Breakfast. Al otro lado del jardín en sombras, sobre la valla blanca, está la habitación de Michelle. Me pregunto si ella también se peleará así con su ex. La idea de que —pongo los ojos en blanco— Allen le hable mal hace que se me crispen los dedos. No me gusta.

Michelle se esconde tras una coraza. Una muy gruesa. Y no sé cuándo la construyó, si fue por lo de Birdie o por su ex, pero la ha aislado de todos. Sin embargo, la ha vuelto más fuerte. Segura. Y me gusta esa actitud que parece decir: «Que os den».

No obstante, también es divertida. Agradable. Amable, incluso. Más generosa de lo que deja entrever o de lo que probablemente quiera que piensen los demás. No deseo eliminar su coraza porque sería sinónimo de destruir su fuerza, aunque mataría por echar un vistazo tras ella.

Pestañeo con los ojos fijos en el cuarto a oscuras cuando, de repente, se encienden las luces. Tras la cortina blanca traslúcida se delinea una silueta. La de Michelle.

Es una sombra que flota con delicadeza por la habitación. Alza los

brazos y se quita del pelo la goma con sus pequeños dedos. Los gruesos mechones caen en cascada sobre sus hombros. Ella se mece de un lado a otro mientras se pasa los dedos por el cabello, masajeándose para aliviar el estrés del día.

Michelle lleva mucho tiempo estresada. Por Dios, lleva estresada desde que llegó a Copper Run. Estoy seguro de que mi presencia no ayuda. Ni un poquito. Irrumpí en su casa, la obligué a comer conmigo y entré en el videoclub como un cavernícola, dispuesto a retorcerle el pescuezo a un adolescente mientras ella trataba de detenerme. Solo cuando Michelle se ha ido corriendo sin siquiera despedirse me he dado cuenta de lo dominante que me he mostrado.

Sin embargo, por egoísta que parezca, ha sido agradable pasar el rato con ella estos días. Me he sentido más feliz. Como si no tuviera que forzar tanto la sonrisa de siempre. Se ha convertido en un juego ver con cuánta frecuencia logro hacer que se ría. Michelle nunca suelta una carcajada por pena, por lo que, cuando me regala una, sé que es genuina. Sé que he abierto una grieta en su coraza.

Enciende la lámpara antes de apagar la luz del techo. Ahora es un borrón parcial bajo el tenue brillo anaranjado, la figura de una cintura estrecha y unas piernas largas. Trago saliva. Ya me había dado cuenta de su longitud, pero solo ahora que la estoy mirando advierto la extensión completa de esas piernas esbeltas.

Michelle se mueve por la sala, haciendo cosas indistinguibles. Quizá haya cogido un libro. O esté apartando los cojines. O esté echando hacia atrás las sábanas. Pero, entonces, unas manos en sombra se colocan en la cintura y empiezan a subir la tela de la camiseta, cada vez más…

Me giro sobre los talones y me alejo de la ventana. «Mierda». No soy de esa clase de tíos. No voy a espiar a mi vecina de esa manera.

—¿Cliff? —insiste Tracy.

Me sobresalto, presionando con fuerza el teléfono entre los dedos. Me había olvidado de que estábamos hablando, pero la voz de mi ex es como un cubo de agua fría sobre la cabeza.

—Perdona. ¿Sí?

—Te he preguntado si tenías que contarme algo más. Me tengo que ir, de verdad.

—Sí, no, claro —digo a toda prisa mientras me paso una mano por el pelo—. Tiene sentido.

Se produce una pausa incómoda antes de volver a hablar:

—¿Estás bien? Te noto raro.

Suelto una carcajada.

—Soy raro.

Tracy responde con un «ajá», conforme, como sabía que haría. Le encanta que disfrace la autocrítica con humor.

—Hablaré mañana con las niñas —sentencia.

No paso por alto el mensaje implícito: «No me llames hasta entonces».

Asiento para mí.

—Sí, hablamos mañana, Trace.

Ni siquiera se despide, pero no me importa. Dejo el auricular antes de oír el insoportable pitido continuo y regreso a la ventana. La habitación de Michelle vuelve a estar a oscuras. Bien. De todas maneras, no debería haber estado mirándola.



Capítulo 14
MICHELLE

Una semana antes de Halloween, espero a Brittany en la parada del autobús tras saludar a los padres que veo cada día, a quienes les encanta decirme hola. Unos segundos después, la pequeña me acribilla con ideas sobre disfraces como si lanzara confeti por un cañón. Tras la tercera frase usando la primera persona del plural, le pregunto quién espera que haga estas creaciones expertas.

—Tú —responde.

Me echo a reír.

—¿Perdona?

—Birdie me hizo el disfraz de Halloween el año pasado. Suele hacerlo Emily, pero me gustó más el de Birdie.

Una punzada en el pecho.

—¿De verdad?

No sabía que, además de gestionar el *bed and breakfast*, debía ocuparme de todas las responsabilidades locales de mi madre. Aun así, dos horas después, Brittany, de alguna manera, me ha convencido para que me siente en el suelo del salón y haga jirones unas sábanas negras mientras, a través del equipo de música,

escuchamos a los Backstreet Boys.

Emily entra con la mochila colgada de un hombro y Cliff la sigue con un puñado de cartas en una mano y una caja con el logo de la pastelería Burke's en la otra. Abre mucho los ojos al mirar la tela extendida por el suelo y los trozos recortados, junto con cuerdas, divididos en montones.

—Quedará mejor de lo que parece —le aseguro.

—¿Sabes coser? —pregunta Cliff.

—No.

—Bueno, entonces…

—Estoy esforzándome al máximo.

Emily, quien por fin sale de su estado de conmoción, suelta una carcajada.

—Está de puta madre, Michelle.

Cliff le da un codazo.

—Emily, venga. Controla esa boca. Estamos en su puesto de trabajo.

Sonrío a la adolescente, quien se encoge de hombros con un descarado:

—Ups.

—¿Acaso sabes qué es? —pregunto.

—No tengo ni idea —admite Emily.

—Señorita Shell, ¿puedo tomar la merienda? —interviene Brittany, tumbada en el suelo, moviendo los pies y garabateando con una cera un cuadrilátero de boxeo bastante decente sobre un papel.

Asiento.

—Las Oreos están en el armario superior.

—¡Toma! —chilla.

—Em… —empieza a decir Cliff.

—Yo me encargo —dice Emily, cruzando la puerta de la cocina.

A lo lejos, oigo que las dos hermanas se pelean por el sabor que quieren antes de abandonar la discusión para jugar con Rocket. Me recuerdan a Sara y a mí. ¿Qué es una relación de hermanas sino un vínculo tumultuoso acompañado de un perdón inmediato?

Miro las sábanas destruidas en el suelo y, después, a Cliff. De forma casual, se ha dejado caer en el sillón floral junto al fuego. Es la clase de hombre que se relaja de verdad en cualquier silla, como si se estuviera acomodando para pasarse allí horas, aunque solo vaya a estar sentado cinco minutos. Abre un segundo los muslos antes de apoyar un tobillo sobre la rodilla contraria y sonreír con la caja sobre el regazo y las cartas encima.

Aunque Cliff es, en cierto sentido, engreído, creo que juzgué mal su arrogancia el primer día. La sonrisa perezosa y torcida. Las cejas arqueadas. Las arrugas de alegría alrededor de los ojos. La confianza natural.

Allen era presuntuoso. Cliff no necesita serlo. Extiende la mano con los sobres.

—¿Correo?

—Es un crimen federal coger las cartas de otra persona.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

—No.

Acepto el puñado de sobres y encojo las piernas bajo mi cuerpo sobre el adornado cojín del suelo.

Le lanzo un rápido vistazo a la caja blanca de dulces.

—¿Eso también es para mí? —cuestiono.

Ensancha aún más la sonrisa.

—Pues sí, lo es.

—¿Más manías raras de pastelero?

—Por supuesto. —Se inclina hacia mí para tendérmela.

Abro la caja y en el interior encuentro un trozo cuadra-do de varias capas de hojaldre y un único tenedor de plástico descansando al lado. Huele a miel. Arqueo una ceja.

—Supongo que quieres que lo pruebe, ¿no?

—Si eres tan amable.

Deslizo el tenedor por el hojaldre y tomo un pequeño bocado.

«Dios, se le da genial».

Lo noto pegajoso y dulce sobre la boca con un sabor casi almendrado. El ligero hojaldre se deshace entre mis labios y, cuando me lo trago, me deja un suave regusto a canela.

—Está delicioso —confirmo, poniendo la caja en el suelo.

Sin embargo, Cliff parece decepcionado, como siempre que como algo que ha horneado él.

—¿Qué es?

—*Baklava* —contesta, como si no le impresionara ni un ápice. Se reclina en la silla con la barbilla apoyada en la mano. Le dedica una mirada intensa a la caja—. Demasiado dulce, ¿no crees? —pregunta.

—Me parece que todo lo que haces está increíble.

—Hum. —Es lo único que contesta. Da golpecitos con el dedo en el reposabrazos. Luego, por fin se centra en mí—. Ah, me gusta el jersey que llevas hoy. Te resalta los ojos.

Me ruborizo a la vez que suelto una carcajada. A este hombre le encanta desarmarme con halagos, lo sé porque la sonrisa siempre le llega a las pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Me tiro de las mangas, que de repente noto demasiado apretadas sobre la piel.

—¿Sabes? Estaba pensando… —continúa.

—Ay, no —lo interrumpo con una risa burbujeante, al tiempo que trato de salir de la espiral de pensamientos sobre su sonrisa en la que me encuentro.

Esboza otra, esta vez de superioridad. Me muerdo el labio inferior para reprimir una nueva carcajada.

—Vale, ¿qué estabas pensando, Cliff?

—¿Y si me compro una cámara?

—¿Una videocámara?

—O quizá una desechable.

—¿Por qué? —pregunto, abriendo un sobre con el dedo y dejándolo en un montón separado para las facturas.

—Qué organizada —observa, asombrado.

—Termina la conversación anterior.

—Ah, sí. —Se remueve en el sitio y se apoya en el codo—. Bueno, apenas tengo vídeos caseros de Emily cuando tenía la edad de Brittany. Quiero crear nuevos recuerdos. No se me da bien.

—Ay, qué mono.

—En esa época, no podíamos permitirnos una cámara, pero ahora sí.

—Hazlo.

Clasifico las cartas una a una, colocándolas en el montón de facturas o en el de publicidad.

—Vale, digamos que me compro una cámara —continúa—. ¿Y si no la uso?

—Entonces, lo harán las niñas.

Aprieta los dientes.

—Bueno, en ese caso, acabaría con un montón de fotos de Josh,

¿verdad?

Me estudia, como si esperara que me echara a reír, pero me encojo de hombros. Abre mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Ya no vamos a seguir burlándonos de ese crío?

—Puede…

Cliff suelta un grito ahogado.

—Emily te ha convencido. Eres una espía doble. Te ha comprado.

Presiono la lengua contra la mejilla para contener una carcajada.

—¿Sabes? Quizá deberíamos darle una oportunidad. Dejarle que venga a casa a cenar o algo así. ¿No confías en ella?

Inspira hondo y suelta un suspiro.

—Sí.

—Al menos, pasa una tarde con él.

Cliff suelta un gemido durante un segundo. Luego, asiente.

—Vale, pero tú también tendrás que soportarlo.

—No me arrastres contigo —me quejo con una sonrisa temblorosa cuando paso a la siguiente carta.

—Oh, claro que te voy a arrastrar conmigo —me provoca—. Vas a acompañarme, Michelle.

Se me corta la respiración cuando me encuentro con un sobre con caligrafía elegante. Muy elegante, aunque apenas entendible. La clase de letra cursiva ilegible de la que solo es capaz un doctor. El corazón me da un vuelco.

—¿Michelle? —pregunta Cliff.

—Perdona… —Niego con la cabeza antes de cerrar y abrir los ojos. Pero la caligrafía elaborada no ha desaparecido—. Otra tarjeta de cumpleaños.

Cliff frunce el ceño y, por alguna razón inexplicable, cuando

tiende la mano, le coloco la carta en la palma. Estoy actuando en piloto automático y, al parecer, mi modo por defecto es confiar en Cliff.

Introduce uno de sus largos dedos por un lado del sobre y lo desliza para abrirlo, rasgando el papel antes de sacar la tarjeta. La contempla durante un segundo. Luego, la abre. La ilustración aparece ante mí. Es un perro que salta sobre una tarta con las velas encendidas.

«Es-perro que pases un muy buen cumpleaños».

Cliff, con la mandíbula apretada, gira la tarjeta para que yo también pueda ver el interior. Hay un mensaje genérico impreso que reza: «¡Feliz cumpleaños!» y lo único que aparece escrito a mano es la firma. Solo logro entender una «a» que me resulta muy familiar.

No voy a recibir nada más de mi exmarido por mi trigésimo cumpleaños. Simplemente una firma ininteligible, igual a la que he visto en todos sus documentos como doctor.

Desvío la mirada. Si hay algo que le guste en especial son las tarjetas.

—Su secretaria tiene un calendario con los cumpleaños y los aniversarios —musito—. Y siempre envía tarjetas firmadas con antelación a los pacientes. Debe de haber contratado a alguien nuevo. Supongo que no me ha sacado de la lista.

No me puedo creer que hayamos llegado a este punto. Una tarjeta impersonal que seguramente habrá comprado en un bazar mientras estaba en la fila sin saber que me iba a llegar. Me siento humillada. Y enfadada.

Me sorbo la nariz para ahuyentar el ardor tras los ojos.

—Eh, oye. —Se desliza del sillón al suelo. Se deja caer a mis

espaldas con una pierna extendida y la rodilla de la otra doblada al lado de mi muslo—. ¿Estás bien?

—Sí —susurro—. Sí, estoy bien.

Aunque no es verdad. Me tiemblan las manos. Me las mira y, con lentitud y delicadeza, me coge una de ellas. No es un gesto íntimo. No entrelaza los dedos con los míos. Solo me las sostiene entre las palmas. Y, aun así, se me para el corazón. Lo vuelve a hacer cuando miro la tarjeta de cumpleaños olvidada.

—Habla conmigo —insiste.

—Es tan frustrante que… —Exhalo.

—Respira.

Trago saliva.

—Que ahora solo merezca una estúpida tarjeta impersonal. Todo este tiempo… no ha significado… nada.

Cliff no me pide que especifique qué quiero decir con ese «todo», lo que le agradezco porque ni yo sé a qué me refiero. «Todo» podría ser nuestro matrimonio. Nuestra vida. Yo.

No significo nada para él. Entro en una nueva década sin el hombre con el que he pasado la mayor parte de la anterior. Y parece que ha sido… en vano.

La puerta de la cocina que da al comedor se abre y Emily se detiene cuando nos ve a los dos sentados en el suelo, cogidos de las manos. Brittany irrumpe tras ella, pero Emily le coloca una mano en la cara y la empuja hacia la cocina de nuevo.

El amortiguado «¿qué estás…?» de Brittany se ve acallado por el chirrido de sus zapatillas sobre la madera. Emily la acompaña.

—Quiero otra Oreo, Britt Britt. Como no te quites de en medio, te quedas sin ella.

—¡Emily! —gime la niña.

—Apártate o leo tu diario.

—Está cerrado con un candado.

—Es de plástico.

Envueltas en la cacofonía de la discusión, las dos chicas desaparecen en la cocina. Cliff no separa las manos de las mías.

—Oye —susurra.

Levanto la mirada. Me tiene preparada una sonrisa, una que le crea delicadas arrugas alrededor de los ojos.

—Nunca he conocido a ese tipo ni nada parecido, pero… tu ex es un capullo. Lo sabes, ¿no?

Logro escupir una pequeña carcajada, al tiempo que centro los ojos en la tarjeta.

—Es… Sí, lo es.

—Te mereces más que una tarjeta de cumpleaños de alguien con quien has estado casada años —me asegura.

—Cinco años —puntualizo.

—Cinco años —repite.

—He desperdiciado mi veintena con él. Y ahora va y… pasa página, como si no hubiera ocurrido nada. —Me golpeo la mano con la tarjeta—. ¿Tan difícil es asegurarse de que no estoy en la lista de destinatarios?

—Es muy fácil.

—No puedo creer que tenga que empezar de cero. Tengo treinta años. Ningún chico va a querer estar con una mujer de treinta.

Cliff sonríe.

—A mí me encantan las mujeres de treinta.

Chasqueo la lengua y me tiro de un mechón de pelo.

—¿Sabes que el otro día me vi una cana por primera vez?

—Únete al club. —Se carcajea—. Yo tengo un montón. —Se pasa un dedo por el pelo y levanta el mechón más largo para revelar la sien, donde advierto un rocío de canas.

Suelto un grito ahogado.

—¿Cómo es posible que nunca me haya dado cuenta?

—Es mi alijo secreto.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Sabes? Te queda bien.

—¿Me queda bien?

—Los hombres no tenéis que preocuparos por envejecer. Mejoráis con la edad. Mientras que a las mujeres se nos considera arpías y solteronas.

—Muy buen disfraz para Halloween, en mi opinión.

Lo fulmino con la mirada y me dedica una suave sonrisa.

—Bueno, te contaré un secreto. A los hombres nos gustan las mujeres. Punto. Con más de treinta o con cuarenta. Joder, incluso con sesenta. Bajas, altas, morenas, rubias… Da igual. Nos gustan todas, aunque sobre todo las de más de treinta.

Suelto un bufido y ensancha la sonrisa, inclinándose hacia mí.

—Y sobre todo las canosas.

Al tenerlo tan cerca, me palpitan las terminaciones nerviosas de los dedos. Huelo la vainilla y la canela de la pastelería. Y un ápice de algo más… ¿Cítricos?

—Que no te oiga Lisa —bromeo con la voz un poco temblorosa—. Por lo de las canas.

—Ah, ya le gustaría —se pavonea, arrastrando las palabras, sin abandonar la sonrisa.

Desvío la vista mientras jugueteo con la tarjeta sobre el regazo, pero nuestras pupilas se encuentran en el aire. Como hacen siempre. Pasea los ojos azules por los míos. El mundo se empequeñece a nuestro alrededor hasta que solo quedamos nosotros.

—Te prometo que tu situación mejorará —susurra.

—A los hombres no les gustan las mujeres como yo —confieso, cohibida.

—¿Como tú?

«Sin sentido del humor, demasiado serias, obsesionadas con el trabajo».

—No sé —musito.

Me dedica una sonrisa traviesa y perversa.

—Creo que, en el fondo, los hombres buscan a mujeres como tú —gruñe, acercándose aún más—. Y los que no son unos cobardes.

Trago saliva y el estallido de la «c» de su última palabra me acelera tanto el corazón que apenas puedo respirar.

—Deja que te ayude esta tarde.

—¿Qué? —pregunto, pestañeando.

De repente, todos los sonidos a nuestro alrededor se hacen palpables. El murmullo de una televisión en la distancia. La charla de las niñas en la cocina. El quejido de la madera bajo unos pies en el piso superior.

—En el hotel —me aclara Cliff.

—¿Por qué?

—Porque necesitas descansar —contesta, encogiéndose de hombros—. Puedo comprobar las reservas o hacer las camas. Birdie solía tener una lista…

—¿Sabes dónde está todo por aquí?

Mueve la cabeza de un lado a otro. Luego, se le curvan los labios con una sonrisa perezosa.

—Sí, así que deja que te ayude.

Asiento.

—Vale.

Cliff se pone en pie y me tiende la mano. Tira de mí y me levanto a duras penas antes de apoyarle las palmas sobre el pecho. Lo tiene más fuerte de lo que esperaba. Más amplio. Doy un paso atrás, confusa por ese roce tan repentino. No parece darse cuenta. O quizá finge no hacerlo.

Se dobla por la cintura y coge la tarjeta del suelo para dármela.

—¿La quieres?

Trago saliva.

—Sí.

Espero que muestre una expresión de decepción al verme ceder ante la nostalgia, pero me entrega la tarjeta sin juzgarme.

—¿Te apetece venir a cenar esta noche? —me pregunta.

—Eh… En realidad, tengo cosas que hacer para un proyecto del trabajo.

—¿De Seattle?

Asiento y me dedica una sonrisa casi lastimera.

—Adicta al trabajo —me provoca—. Aunque me ocupe de una cosa, siempre encuentras algo que hacer.

Me da un vuelco el estómago y respondo:

—Sí.

Estira los brazos y ejerce una pequeña presión en mis hombros, lo que me envía un riachuelo de chispas por el pecho una vez más.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer.

—Gracias, Cliff.

—Lo que necesites —sentencia. Entonces, cuando aparta la mano, deseo que vuelva a tocarme.



A última hora de la tarde, estoy tumbada en la cama hasta que el sol del crepúsculo se filtra a través de las cortinas traslúcidas, dejando la habitación sumida en una neblina con apagados tonos de bronce, oro y un brillo blanco tan radiante que tengo que cerrar los ojos hasta que desaparece en el horizonte.

Me paso toda la noche mirando los documentos, pero los papeles se fusionan entre sí hasta que lo único que cobra nitidez en la habitación es la tarjeta de cumpleaños de Allen apoyada en la mesilla. Me dejo caer en la cama y contemplo el techo. Ahora la oscuridad es demasiado densa como para ver nada. El sol cada vez se acuesta antes. No me molesto en encender la lámpara.

La ventana de la cocina de los Burke está abierta, como siempre. Brittany gime por algo relacionado con la cena antes de echarse a reír por otra cosa. Carol grita desde el otro extremo de la casa y recibe una respuesta igual de ruidosa de Emily y una risa áspera de Cliff.

Cierro los ojos, pero no puedo dormir, así que permanezco tumbada en la oscuridad, oyendo cómo Rocket ronca, perezoso, y las hojas se rozan entre sí debido a una ráfaga de viento.

Cliff me ha invitado a cenar y lo he rechazado. «¿Y si nunca vuelve a invitarme?».

Por primera vez desde hace casi un mes, me siento sola. Sola con la descorazonadora tarjeta de cumpleaños. Lloraría si no estuviera tan enfadada, si la sangre no me surgiera del corazón como la lava y me salpicara el estómago con gotas sibilantes de desdén. Lo hace con tanta fuerza en mis oídos que oigo cómo cae cada una de ellas. Plin.

Plin.

Plin.

¡Plin!

Abro los ojos de golpe.

¡Plin!

Me levanto de la cama y miro por la ventana. Me sobresalto cuando advierto la silueta de Cliff en la ventana de la cocina. Me saluda y le devuelvo el gesto. Con la otra mano, lanza algo contra mi ventana. Me estremezco cuando golpea el cristal con otro plin.

Tras arrastrarme por el colchón, percibo seis enormes cerezas en la hierba bajo el alféizar de la ventana. Al otro lado de los dos patios, en su cocina, Cliff agita un dedo para pedirme que vaya a visitarlo. El movimiento tira de mí, empujándome hacia delante, como si tuviera un hilo que atara su dedo con mi cuerpo.

Sin embargo, cuando advierte que sigo prácticamente inmóvil, articula un «por favor». Reprimo una enorme sonrisa y le enseño el índice para indicarle que estaré ahí dentro de un minuto. Desaparece de la ventana antes de que pueda arrepentirme de la decisión. Me pongo las pantuflas y me enfundo un jersey ancho sobre el vestido.

Rocket levanta la cabeza de su cama. «¿Adónde te escabulles?».

—A la casa de al lado —musito.

«Pensaba que no te gustaba».

Dudo.

—Somos amigos.

Rocket suelta un gruñido somnoliento y apoya la cabeza en el cojín.

Recorro el pasillo y abro la puerta trasera de la cocina antes de cruzar los arbustos, entrar en el patio de Cliff y subir los tres escalones hasta la puerta trasera de su cocina. La mosquitera se abre antes de que pueda llamar y me recibe el cuerpo de Cliff en el umbral, bloqueándome la entrada.

Sujeta en alto una corbata de seda y la estira.

—Gírate.

Me va a provocar un infarto un día de estos.

Suelto una carcajada incómoda.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—¿Qué me vas a hacer?

Baja la corbata y ladea la cabeza.

—¿Puedes fiarte de mí por una vez?

—No me estás provocando demasiada confianza ahora mismo, Cliff.

Con suavidad, pone en alto de nuevo la tela y se la pasa por los dedos, como si quisiera mostrarme que no me va a hacer daño. La corbata está deshilachada en algunos puntos, con las costuras levantadas y llenas de bolas. Distante, la reconozco. La llevaba en el funeral. Pertenece a un Cliff más serio y desconocido, al hombre de ventas, no a mi Cliff pastelero.

—¿Te fías de mí? —insiste.

—No. —«Sí».

Suelta una carcajada.

—Gírate. Deja que te tape los ojos.

Doy media vuelta sobre los talones y observo el patio trasero a oscuras. Lo último que veo antes de que me coloque la tela sobre los ojos son las luces anaranjadas de Halloween de la casa al otro lado de la valla.

Noto los dedos de Cliff sobre las mejillas mientras me ata la seda suave en la nuca. Percibo cómo su aliento me cosquillea el vello en el cuello. El silbido del tejido me acaricia las orejas. Me pasa la mano por el pelo, como si estuviera arreglando los mechones que me ha desordenado en el proceso.

—Muy bien —susurra—. Ahora vamos a ir a mi habitación.

El corazón se me sube a la garganta.

—Cliff —le advierto en voz alta.

—Shhh, las niñas están dormidas —me regaña con una nueva carcajada.

Luego, me rodea el antebrazo con la palma para tirar del hueco de mi codo. Nos dirigimos a la casa y, con delicadeza, cierra la puerta de la cocina a nuestras espaldas. Me tambaleo mientras me guía por el pasillo. En ocasiones, tira de mí para acercarme o ayudarme a girar una esquina, colocándome una mano en la parte baja de la espalda.

—¿No podrías haberme tapado los ojos y ya? —musito.

—Hubieras podido mirar entre mis dedos y estropear la sorpresa, así que no.

—Ah, es una sorpresa —comento.

—¿Por qué si no te iba a colocar una venda en los ojos, Michelle?

El «se me ocurren varias razones» retumba en mi cabeza y las

mejillas se me incendian al instante. Entiende lo que quiere decir mi silencio con una risa ronca y grave.

—Qué traviesa. Pero no somos de esa clase de amigos.

Sin embargo, es curioso que el corazón se me encoja por su rechazo inmediato. Trago saliva.

—No estaba pensando nada de eso.

—Claro que no —susurra Cliff.

Choco con una pared. Se echa a reír, pero el sonido suena amortiguado enseguida, como si se hubiera cubierto la boca con la mano.

—Luego me riñes a mí por montar escándalo —digo.

—Shhh —me provoca.

No puedo evitar sonreír. Giramos una nueva esquina y entro en lo que siento que es un espacio más pequeño que huele a Acción de Gracias. Una puerta se cierra con un clic detrás de mí. Cliff me coloca las manos en los brazos.

—Vale, quédate aquí —susurra.

Cuando me suelta, de repente, noto el frío que hace en la habitación. Distante, las pisadas de Cliff chirrían sobre el suelo de madera. No me gusta estar aquí de pie. Me empiezan a temblar los puños, aunque pronto unas manos cálidas me los envuelven.

—Vale, ¡qué mujer tan nerviosa! —musita—. ¿Preparada?

Ahogo una carcajada.

—Vas a sacar una motosierra, ¿no?

Se echa a reír.

—No, la guardaré para el truco o trato de la semana que viene.

Introduce los dedos en mi pelo y me abre el nudo de la corbata en la nuca. Inhalo y capto de nuevo ese toque cítrico. Por lo general,

huele a vainilla y canela, como buen pastelero. Pero, debajo de ese aroma, ahora percibo algo más. Un perfume que solo pertenece a Cliff. Una persona bajo ese pastelero carismático que quiere presentar ante los demás. Me pregunto si mucha gente se acercará lo suficiente a él para percibirlo.

La corbata se me desliza por los párpados y luego por las mejillas hasta desaparecer.

—Abre los ojos.

Pestañeo varias veces, asimilando la habitación de Cliff. La luz del techo está apagada y es el brillo anaranjado de una pequeña lámpara en una esquina la que ilumina el cuarto y crea sombras sobre el papel de pared de color crema. Tiene fotos de sus hijas y él enmarcadas y colgadas por toda la estancia. Unas estanterías bajas cubren las paredes, algunas con varias pilas de libros en lo alto, novelas de misterio y obras de Stephen King. Un escritorio reposa en la esquina con un flexo, notas garabateadas en papel amarillo y un televisor cuadrado. Desde la mesilla de noche, un despertador marrón parpadea con los números en rojo. Son casi las once y media. La cama ocupa la mayor parte de la habitación y, colocado de forma precaria sobre una tabla de cortar de madera, hay un pastel de pollo con tres velas encendidas en el centro. Una gota de cera está cayendo con lentitud por uno de los laterales.

—Feliz cumpleaños —anuncia Cliff—. Dijiste que no te gustaban las grandes celebraciones. Y es imposible que hayas cenado esta noche. Además —coge el mando a distancia de la televisión—, he mirado el teletexto y estás a tiempo de ver *Saturday Night Live*.

Abro y cierro la boca.

—Cliff…

—He oído que Chris Farley es el presentador.

Una risa burbujea por mi interior hasta liberarse.

—Cliff, has…

—¿Acertado? —concluye por mí, regando de un ápice de inseguridad la palabra—. ¿Lo he hecho bien?

—Lo has hecho bien —concuerdo, pero ese «bien» se acerca mucho a «perfecto» y me da la impresión de que lo sabe. Me llevo una mano al pendiente y empiezo a darle vueltas—. Es…, eh… No lo has hecho por la tarjeta, ¿verdad?

Se le tensa el rostro.

—Llevo planeándolo desde que me contaste que era tu cumpleaños. —Cliff arquea las cejas—. Alex solo me ha servido para quedar mejor al hacerlo.

—Se llama Allen —lo corrijo.

—Lo sé —se burla, y una sonrisa traviesa le baila por el rostro.

Me río otra vez, a la vez que digiero las velas titilantes de cumpleaños y el baile de las sombras.

—Eres de otro mundo, Clifford Burke.

Se echa a reír.

—Ya me imagino qué mundo es ese. —Inhala y deja escapar el aire—. Muy bien, bueno…

Se dirige a la puerta, como si fuera a marcharse. Estiro una mano antes de reflexionar y poso los dedos en el dorso de la suya. Abre mucho los ojos, desviándolos hasta nuestras manos antes de sostenerme la mirada. Entreabre los labios, sorprendido. Se le hincha el pecho, como si estuviera conteniendo la respiración, y pasea los iris azules por los míos. No digo nada durante un momento porque nunca lo había visto adoptar esa expresión. No sabía que era

posible pillar a Cliff con la guardia baja de esa manera.

—No te vayas —le pido.

—Suponía que querrías pasar algo de tiempo a solas fuera del hotel.

—Pero no vas a abandonarme el día de mi cumpleaños, ¿no?

Pestañea, baja la mirada a mi mano y da la vuelta a la suya para apretarme los dedos con fuerza.

—Supongo que sería un poco injusto —admite.

—Mucho.

Una sonrisa le cosquillea en las comisuras de la boca. Me suelta la mano y coge el pastel de carne de la cama.

—Es en el canal tres —me indica.

Me arrastro por el colchón hasta apoyarme en el cabecero. Tras quitarme las pantuflas, estiro los pies y agito los dedos bajo los calcetines de color negro azabache.

Mientras voy cambiando de canal, Cliff corta dos porciones —una para cada uno— y las coloca en platos. Se inclina sobre el colchón para pasarme la mía.

Con su plato en la mano, Cliff se sienta en el lado opuesto y se remueve sobre el suave edredón marrón hasta colocarse a mi lado. Él también estira las piernas, aunque sus calcetines negros acaban mucho más allá de mis pies. Los dos movemos los dedos.

Y juntos, con nuestros platos llenos de pastel de pollo, cenamos con unos tenedores diminutos, envueltos en la tenue luz de la lámpara y el brillo frío de la televisión.



Capítulo 15
CLIFF

—Cojín.

—Cojín. —Michelle me lanza el cojín de una de las habitaciones de huéspedes del hotel, como le he pedido, pero me golpea justo en la cara. Se cubre la boca para reprimir una carcajada—. Pensaba que estabas mirando.

Lo recojo y se lo lanzo de vuelta. Le aterriza con suavidad sobre el rostro, pero suelta un grito ahogado.

—Clifford Burke… —Michelle agarra el cojín del suelo y me golpea con él.

Pongo las manos en alto mientras me río y trato de protegerme de un segundo ataque. Esboza un mohín, curvando el labio inferior, al mismo tiempo que trata de no reírse. Sin embargo, cuando se lo arrebato y lo sujeto sobre su cabeza, se cubre el pecho con los brazos y deja escapar el aire. Me inclino hacia ella.

—No puedes enfadarte conmigo.

—No es verdad —dice, quitándome el cojín de las manos y colocándolo junto a los tres que ya adornan la cama. Me dedica una sonrisa burlona—. Siempre estoy enfadada contigo.

—*Touché.*

Todas las fundas rosas del colchón tienen volantes o encaje. Tengo la sensación de que estamos en una de las habitaciones de Lisa con demasiadas muñecas. La lluvia en el exterior aporta un extra de inquietud al ambiente.

—¿Quién querría algo así en su luna de miel? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta—. Puaj.

—¿Estás diciéndole «puaj» a mi suite para recién casados? —se ofende Michelle.

—Se lo estoy diciendo a la suite para recién casados de Birdie.

Michelle me golpea con la cadera al salir por la puerta y apaga la luz a sus espaldas.

—La colcha rosa aparece incluida en el *pack* de la luna de miel, así que es lo que les voy a ofrecer.

—No sé si celebrar la luna de miel en Halloween es guay o raro —comento tras reflexionar.

—Raro —responde Michelle justo antes de que yo diga:

—Guay.

Arquea una ceja. Descendemos juntos las escaleras y aceleramos en los últimos peldaños. Ella aterriza primero en la planta principal.

—Tres a dos —declara.

—Ya, bueno, la última vez saltaste. Eso no vale.

—Qué mal perdedor.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa mientras giramos la esquina hacia el salón. Un grito agudo que hiela la sangre surge del televisor y Michelle se lleva una mano al pecho.

—¡¿En serio?! —gruñe tras soltar un denso suspiro. Después, mira a Emily y a Josh formando una línea recta con los labios. Están

sentados en el sofá, a medio metro de distancia uno de otro, como les ha indicado un servidor—. ¿Una película de terror a plena luz del día?

—Has dicho que hoy no vendría ningún huésped nuevo —se excusa Emily, encogiéndose de hombros, inocente.

Me echo a reír.

—Pensaba que ibais a ver *Menuda calabaza, Charlie Brown* o como sea.

—No se llama así —interviene Michelle.

—Josh no tenía ninguna copia en el videoclub —responde Emily —, así que hemos cogido *Scream*.

—Al menos, hace honor a su nombre —murmura Michelle.

—Papá, esta te encantaría.

—Ya la he visto.

—¿Cuándo? ¿La viste sin mí?

—Cuando estabas con tu madre el año pasado.

Emily gruñe algo entre dientes.

—Lo siento, peque.

Michelle cruza ante la televisión de camino a la cocina y Emily se remueve en el asiento.

—Ah, espera, Michelle. Mira, mira, mira.

La aludida se gira. Me coloco ante la televisión tras ella y, por supuesto, me gano un:

—Papá, aparta.

—Qué mal genio, por Dios —comento con una carcajada, situándome junto a Michelle en el umbral del comedor.

Finjo que estoy mirando la pantalla, pero, de reojo, estudio a Michelle. Ya he visto esta película. Un asesino con una máscara y un

cuchillo persigue a unos adolescentes. Pero, a medida que pasan los segundos, la expresión de Michelle cambia poco a poco. Entreabre los labios, arruga la nariz y unas diminutas líneas se le marcan entre las cejas.

—Ay, Dios, cuánta violencia.

—No, no, la puerta del garaje está a punto de…

—Toma —dice Josh, haciendo que ahora sea yo quien arrugue la nariz.

No me entusiasmaba demasiado dejar que Josh entrara en mi vida, pero, por alguna razón, hace feliz a Emily. Nunca la he visto más emocionada que al decirle que podían tener una cita, siempre y cuando fuera en casa y todos estuviéramos en ella. Tendré que lidiar por el momento con don Bollo Relleno de Higo.

Rocket está tumbado en el sofá a su lado, con el hocico escondido bajo un cojín, como si estuviera tapándose los ojos ante la brutalidad de la película de terror.

Michelle le da una palmadita en las patas traseras.

—Rocket, ¿estás bien?

El perro mueve el rabo contra el sofá como respuesta.

—Papá, ¿puedes encender la luz? —pregunta Emily, señalando el interruptor junto a la cocina.

Lo enciendo justo cuando Michelle acaricia a Rocket y musita:

—Buen chico.

Alzo la cabeza, sorprendido, y ella sonríe, desviando la mirada del perro a mí.

—Tú no, Cliff.

Emily suelta una risita.

—No lo pongáis muy alto —les pido, abriéndole la puerta de la

cocina a Michelle. Esta se agacha bajo mi brazo para pasar—. Y las manos donde Rocket pueda verlas en todo momento —añado, señalando a los dos adolescentes antes de hacerle un gesto al animal, que sigue con el hocico enterrado entre los cojines.

No está haciendo su trabajo.

—Oye, y si viene tu hermana, lo quitáis enseguida, ¿vale?

—Vale, ¡adiós! —La última palabra es demasiado apremiante, pero me despido de ellos con un gesto y me uno a Michelle en la cocina.

Cruza la otra puerta que conduce al vestíbulo. Lo hace a menudo, da vueltas por la casa para comprobar que lo que ya ha hecho está en orden.

En la entrada, recoloca las flores recién cortadas. Dispersos en torno al jarrón están los folletos sobre la fiesta de Halloween anual en la plaza de Copper Run. Es apta para niños y ni de lejos tan aterradora como el laberinto encantado que crea Winston en su jardín cada año, pero a Brittany le dan miedo las dos actividades, por lo que nos dedicaremos a pasear entre las casas por la acera.

La puerta principal está abierta y deja escapar el siseo de la tranquila lluvia vespertina. El agua fluye por los canalones sobre el porche y los niños en el exterior montan en bicicleta, provocando salpicaduras al cruzar los charcos. Brittany está en la fiesta de cumpleaños de una amiga en el callejón sin salida y seguro que vuelve cubierta de barro.

Apoyo los antebrazos en el mostrador, observando los documentos ordenados con pulcritud y las tres cajas con las llaves de cada habitación. Estiro la mano para tocar el timbre de la recepción, pero Michelle me la aparta antes de que pueda hacerlo.

Me mira con los ojos entornados y sonríe.

—Muy bien. Bueno, tengo que volver antes de que Carol me mate —anuncio—, pero ¿qué vas a hacer esta noche?

—No lo sé. ¿Qué voy a hacer, Cliff?

Suelto una carcajada.

—¿A qué te refieres?

Michelle inclina la cabeza hacia un lado.

—Eres mi organizador de eventos particular.

—¿Desde cuándo? —pregunto entre risas.

—Haces planes y yo me presento. Y, si no, siempre pareces encontrar la manera de llegar hasta mí. Bueno, ¿qué toca hoy?

—Emily va a hacer espaguetis para cenar. ¿Quieres venir?

—Sí, don planificador de eventos —me provoca, lo que me genera un sentimiento que no logro explicar.

Me echo a reír y añado:

—¿Tan malo es? ¿Te molesta que siempre esté agobiándote con planes?

Se encoge de hombros.

—Me mantienes ocupada.

—Bueno, bien. —Cambio el peso de un pie a otro—. Pero no es…, no sé, ¿excesivo?

—¿Estás de broma? —pregunta, esforzándose por sostenerme la mirada, aunque sigue con la cabeza baja sobre los documentos—. Es muy excesivo.

Me muerdo el labio inferior y trato de sonreír.

—Claro.

Se vuelve a encoger de hombros y sigue escribiendo.

—Pero, como yo nunca doy lo suficiente, no pasa nada. Nos

equilibramos.

Jamás he conocido a nadie tan directo y a la vez tan involuntariamente agradable. Así es Michelle.

—Sí que das lo suficiente —le aseguro con una sonrisa.

Curva una de las comisuras de los labios, pero no hace ningún comentario sobre el halago. Lo dejo pasar. Estoy demasiado ocupado observando cómo deja los documentos a un lado, mete los sobres en las cajas con las llaves y desplaza el libro de visitas. Coloca el bolígrafo en una taza que tiene pequeñas huellas alrededor de las palabras «Gracias, Birdie».

Sonrío al verla y toco algunos bolígrafos para hacerlos girar por el borde.

—Me acuerdo de esto.

Pestañea.

—¿En serio?

—Sí.

Como no vuelve a centrarse en el trabajo, me incorporo. Michelle no suele querer hablar de su madre, pero últimamente se muestra mucho más abierta. Va recogiendo pequeñas migas como si tal vez fueran a guiarla a algún lugar. No estoy seguro de adónde, pero soltaré por el camino todas las que necesite.

—Sí —repito—. El año pasado organizó una fiesta de Acción de Gracias. Después, animamos a todos los niños del vecindario a que le hicieran esta taza. Le encantó.

Michelle la contempla mientras se lleva la mano a la esfera de su pendiente para juguetear con ella. Tal vez está planteándose responder de alguna manera, pero permanece en silencio.

—Bueno —hablo, dando un golpe en el mostrador—, te dejo con

tus cosas.

—Ajá —asiente, antes de abrir el libro de visitas—. Gracias.

—Lo que necesites.

Casi estoy en la puerta cuando un grito repentino me detiene. Me giro sobre los talones. Michelle está de pie ante la recepción, tapándose la boca con las manos. Tiene las cejas arqueadas casi a la altura de la raíz del pelo y respira con dificultad. Se me para el corazón.

—¿Qué? —insisto, acercándome a ella—. ¿Qué ha pasado?

—Me han puesto mi primera buena reseña —anuncia—. Me han… Cliff, ¡mira! —Deja escapar una carcajada, tendiéndome el libro de visitas y tratando de colocarlo ante mi cara.

Se lo arrebato.

—No me digas.

—Léela.

Me aclaro la garganta y obedezco:

—Es, de lejos, el mejor *bed and breakfast* de Vermont o incluso de toda Nueva Inglaterra. Michelle es un encanto y es la compañía perfecta mientras se disfruta de un desayuno ya de por sí excelente.

Michelle mueve las manos.

—¡Continúa!

Leo la siguiente línea en silencio antes de echarme a reír y obedecer:

—Los rollos de canela de cada mañana están divinos.

—Di-vi-nos —repite Michelle, enfatizando cada sílaba con un ademán de la mano.

—Divinos —repito, dejando a un lado el libro.

—¡Divinos! —chilla, rodeando el mostrador y lanzándose a mis

brazos.

El impacto me corta la respiración. Me rodea el cuello con los brazos. Poso las manos en su cintura y le aprieto los costados mientras inhalo su suave aroma a azúcar caramelizado. Su pelo desprende un toque de romero (¡romero!) y los suaves mechones caen sobre mi nariz.

Da un par de saltos entre mis brazos antes de apartarse. Reticente, dejo que se aleje y observo con una amplia sonrisa cómo se gira para volver a leer la reseña del libro de visitas. Está preciosa así, tan emocionada y totalmente sobrepasada. No sé qué mentiras se contará a sí misma. Es imposible que lo que ofrezca no sea suficiente.

Suena el teléfono que hay en el mostrador y me apresuro a rodearlo para cogerlo.

—Cliff, ¡no! —exclama entre risas.

Extiendo el brazo para mantenerla alejada de mí tras colocarme el auricular entre la oreja y el hombro.

—Gracias por llamar a Bird & Breakfast, donde los rollos de canela de cada mañana están divinos. Al habla Clifford. ¿En qué puedo ayudarle?

—Cliff —gime Michelle entre carcajadas, brincando a mi lado para intentar arrebatarme el teléfono.

No dejo de alejarme de su alcance, pero, cuanto más me aparto, más se acerca hasta que me presiona el pecho contra el torso y las costillas y yo le coloco un brazo alrededor de la cintura. Entonces…, siseo entre dientes y le devuelvo a toda prisa el teléfono. Me dedica una sonrisa radiante, quizá ajena a lo que ha ocurrido, ¿quién sabe?, y contesta a la llamada. Estoy sin aliento.

Camino sin rumbo fijo para salir de la recepción mientras me paso una mano por el pelo que no deja de caerme sobre la frente, y al mismo tiempo observo cómo la lluvia gotea desde el borde del porche frontal. Me trago el latido desbocado de mi corazón, me palpita en la garganta. Después, más estabilizado por fin, me giro para ver cómo Michelle asiente al teléfono, con el extremo del bolígrafo entre los dientes. El brillo de la lamparita del mostrador se le refleja en las mejillas rosadas, dibujando una sombra sobre sus ojos, a través de los que me mira con una sonrisa.

El mundo tiembla. De repente, siento que me voy a hundir en el suelo hasta aterrizar en el centro del planeta.

«Dios, es impresionante».

Le hace una pregunta tras otra a la persona que hay al otro lado de la línea, y yo podría pasarme todo el día observando sus labios voluminosos. Son carnosos. Oscuros. Se abren ligeramente para revelar el resquicio de unos dientes blancos y rectos.

«¿Cómo diablos he conseguido el privilegio de ver esta versión de ella?».

Michelle es una mujer astuta. Poderosa. La clase de chica que se contonea por las calles de la ciudad, llevando en la mano una gruesa agenda repleta de eventos sofisticados que tienen lugar entre los dos y los cinco meses siguientes, como mínimo. Mientras que mis únicos planes cada noche incluyen a mis dos hijas y mi hermana. Quizá alguna copa con Lars o una sesión de bingo con George si me invita el anciano.

Somos muy diferentes. Michelle lleva cinturones elegantes, camisas a medida y tiene cincuenta modelos distintos de zapatos de diseñador. Yo llevo deportivas y camisas de franela, y la mitad de las

veces tengo una mancha de harina o azúcar en algún punto de mi piel.

Sin embargo…, me gusta. El estómago se me contrae, formando un tenso nudo. Me gusta Michelle.

Me siento atraído por ella, lo que no es nuevo, pero este afecto que me acelera el corazón… es raro, aunque, a la vez, conocido de una manera extraña. Es algo que no he sentido desde que tenía dieciséis años. Michelle es divertida cuando quiere y a veces cuando no lo intenta. Es preciosa. Y agradable. Y, sobre todo, no teme avisarme si me estoy comportando como un imbécil.

Trago saliva de forma audible antes de desviar los ojos de ella.

Me estoy pillando por mi amiga inalcanzable. Quizá, en otro mundo, podría funcionar. No sé en qué mundo, pero en este está claro que no, ya que yo soy un tornado andante y ella es preciosa, está fuera de mi alcance y se marcha en dos meses.

Michelle levanta la mirada y sonríe mientras permanezco en el umbral. Hace un gesto con la mano y vocaliza en silencio: «Sal de aquí».

Me echo a reír.

«Sí, necesito salir de aquí cagando leches».



Me apresuro de vuelta a la pastelería, donde se ha formado una pequeña cola que rodea el escaparate pintado de calabazas y un mural de Drácula con los rasgos de un dibujo animado.

—Lo siento, lo siento —me disculpo, poniendo las manos en alto.

Carol me dedica la mayor mirada asesina que he visto jamás.

—¡Cliff! ¿Tienes alguna magdalena ahí dentro? —pregunta Sandra, con los brazos llenos de flores, hojeando el interior de la cocina cuando entro en ella. Debe de haber hecho una parada en *boxes* antes de entregar otro pedido.

—¿Para ti? Por supuesto —contesto.

Alguien más se frota las manos, expectante. Estas personas son buitres, lo juro.

Me pongo a trabajar enseguida, horneando la segunda tanda del día de todos los productos. La comida que he preparado esta mañana a las cuatro ya ha quedado reducida a migajas, por lo que saco todo el material que tenía preparado en la nevera y lo introduzco en el horno, un dulce tras otro.

Cuando se acaba el momento de estrés tras la comida, incluido algún extra al que ha invitado la casa por la espera, por fin meto una pequeña ración de hojaldres recién elaborados en el horno. Contienen un relleno de mermelada donde he mezclado frambuesa y romero. Hacía tiempo que no los cocinaba, ya que no son los favoritos de los habitantes del pueblo. Pero quizá a alguien le gusten esta vez. A Michelle, por ejemplo.

Carol al fin se reúne conmigo en la cocina, donde apoya la cadera contra la mesa de trabajo.

—¿Dónde has estado al mediodía? —pregunta.

—En el hotel.

—¿Con Michelle otra vez?

Me echo a reír.

—Sí —respondo con lentitud.

—¿Y qué habéis hecho?

—¿A qué viene este interrogatorio?

—A nada —contesta, pero lo hace con un falso tono indiferente que quiere decir: «Sí, es obvio que hay una razón».

No logro ocultar el calor que me sube por el cuello.

—Es mi amiga, ya lo sabes.

—¿Tu amiga?

Suelto un bufido.

—Sí.

—Es la primera amiga que tienes.

—Lars es mi amigo.

—Una amiga chica, sin bigote ni una obsesión por la pizza y los dónuts.

Ladeo la cabeza y apoyo las manos en el borde de la mesa curva de trabajo.

—¿Tienes algo que decir al respecto, Carol?

Se inclina y suelta la bomba:

—¡Vamos! No es solo una amiga. Es muy guapa.

Me da un vuelco el corazón.

—Bueno, claro que es guapa, pero sí —susurro, sarcástico—, solo es mi amiga.

Carol aprieta los dientes.

—¿Qué problema hay si te gusta?

—Me gusta.

—Sabes a qué me refiero. —Aprieta los labios—. ¿Sigues enganchado a Tracy?

—No —espeto, dejando escapar todo el aire. Luego, niego con la cabeza y suspiro al notar cómo la angustia me recorre por dentro—. Dios, no.

—Bien —contesta alguien, pero no es Carol.

Lars gira la esquina, ya vestido con la camisa blanca cerrada hasta el cuello y la corbata roja con el patrón de pequeñas pizzas que decora la tela.

—Lars, ¿no trabajas nunca? —lo reto.

Se encoge de hombros.

—La pizzería abre tarde. Y soy el dueño. Puedo entrar cuando me plazca. —Mira a Carol—. ¿Y mi dónut?

Mi hermana le tiende una servilleta con el dónut cubierto de glaseado que le tenía guardado, como todas las tardes. Pero sigue con los ojos fijos en mí.

—¿Estamos hablando de Trace? —insiste Lars—. ¿O de Michelle?

—No —digo.

Al mismo tiempo que Carol contesta:

—Sí.

—Oye, déjalo —le pido, apremiante.

—No, porque hacía años que no te veía así de feliz y quiero saber por qué finges que no significa nada.

—Ah, sí, todos lo notamos —confirma Lars, expulsando un puñado de migas entre los labios.

Me paso una mano por la cara.

—¿Hay algo de lo que no esté al tanto?

—Hablamos de ti a todas horas —me asegura Lars—. El otro día Betty y yo dijimos que, si queríamos encontrar a Michelle, bastaba con buscar a Cliff. Los dos estáis siempre en el mismo sitio.

Carol abre mucho los ojos, como si dijera: «¿Lo ves?».

—Somos amigos —repito. Parezco un disco rayado y ha llegado un punto en el que me molesta hasta a mí.

Carol cruza los brazos.

—No, me niego a seguirte el rollo.

—¿Qué rollo?

—El del Clifford desgraciado.

Lars suelta una carcajada tan repentina que se atraganta con el trozo de dónut.

—Lo digo en serio —asevera Carol, dándole golpecitos en la espalda a mi mejor amigo—. Te pasaste años llorando por Tracy. Y era horrible…

—Oye, es la madre de mis hijas.

—¿Y? —replica mi hermana—. También es tu exmujer, la que nadie soportaba.

Trago saliva, notando una presión en el pecho.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos —gruñe mi hermana—. La aguantábamos porque era Trace, pero, por Dios, todos sabíamos que no te merecía. Vimos cómo ocurría. Yo estuve en primera fila y odié cada segundo de la relación. Pero eres mi hermano y decías que eras feliz, por lo que te apoyé.

—Pero es cierto, tío, todos lo sabíamos —insiste Lars, dándose un puñetazo en el pecho antes de toser otra vez.

Carol suspira.

—Entiendo el panorama al que te enfrentabas, pero tuviste que esforzarte como si la vida te fuera en ello para intentar que les cayera bien a los demás. Eras su único punto positivo.

—Carol, no vamos a…

—No, voy a darte el discurso y, por una vez en tu vida, te vas a callar, hermano mayor.

Lo dice con un hilo de voz. Un hilo de voz mortal en mitad de una

cocina ruidosa, sumida en el sonido de los Smashing Pumpkins en la radio y la tos ocasional de Lars, quien pasea la mirada de uno a otro.

—Eh…, voy a… Debería irme…

Carol sigue adelante.

—Te merecías algo mejor. Y Michelle es impresionante. La clase de mujer que Tracy quería ser. Sin embargo, la diferencia está en que a ella sí que le gustas por ser quien eres.

Suelto un bufido.

—En ninguna realidad, Michelle se fijaría en mí.

Lars tose.

—Gilipolleces —brama, a la vez que se lleva el puño a la boca.

—¿Necesitas agua? —le ofrezco.

Carol gruñe.

—Es fácil que le gustes a la gente, Cliff. Tracy era estúpida y te hizo pensar que no era así. Si hubiera podido darle una paliza por eso, lo habría hecho.

A continuación, se produce otro momento de silencio, en el que Lars hace una bola con una servilleta y se limpia los labios.

—Bueno, supongo que debería irme a dirigir el restaurante. No ha sido una pausa relajante. Para nada.

—Siento haberme acalorado —se disculpa Carol, aunque no está hablando con Lars. Arquea una ceja, mirándome—. Pero no lamento ni una palabra de las que he dicho.

En ese momento, el horno emite un pitido, avisándonos de que los dulces con aroma a romero ya están listos. Carol desvía los ojos hasta su puerta.

—¿Hojaldres? ¿Para quién?

Me acaricio el interior de la mejilla con la lengua, incapaz de

contestar. Entonces, de inmediato, mi hermana sonríe.

—Solo una amiga, los cojones —espeta.



Capítulo 16
MICHELLE

El hotel está a rebosar. Dado que faltan dos días para Halloween, es normal que este sea el destino de los turistas, no únicamente de la pareja de la luna de miel, sino también de otras dos familias. Solo hay tres habitaciones para huéspedes en toda la casa y no podíamos acoger a ninguna persona más.

—Vale, ya he preparado el colchón hinchable —le digo a la mujer que parece agotada—. Y le he puesto las sábanas de los Power Rangers, así que es obvio quién va a dormir ahí. —Señalo con la cabeza a los gemelos que recorren el salón con una figura de acción en la mano—. Tú te quedarás con la cama principal.

Suelta un suspiro.

—Eres un ángel, Birdie.

Un escalofrío me recorre los brazos cuando me estrecha la mano.

—Ah. —Me quedo paralizada—. En realidad, Birdie es mi madre. Soy Michelle.

La mujer se pasa una mano por la mejilla, tirándose de la piel alrededor del ojo.

—Ay, Dios, lo siento mucho. Hace días que no duermo bien.

—No te preocupes —respondo, soltando una carcajada forzada.

Era inevitable que alguien cometiera ese error porque aún no hemos actualizado los letreros y la información sobre los dueños. Quizá sea bueno que haya ocurrido a finales de mes, cuando ya llevo aquí el tiempo suficiente como para que no me afecte. Aunque no aligera la presión en el pecho.

El teléfono suena en la cocina, así que cruzo la puerta a toda prisa. Emily y Brittany están sentadas en la barra de desayuno con un montón de papeles dispersos a su alrededor. La pequeña colorea un dibujo mientras la mayor hace los deberes. Tropiezo con la cama de Rocket, por lo que llego a trompicones al teléfono. Emily levanta la mirada. Unas ojeras oscuras le enmarcan los ojos.

—¿Estás bien? —le pregunto, a la vez que el teléfono emite su berrido ensordecedor a mi lado.

—Sí.

—¿Em?

Curva los hombros.

—Josh no me ha llamado hoy.

—Ah, lo… —El teléfono vuelve a sonar y suelto un gruñido—. Un segundo. —Descuelgo el auricular de la base—. Gracias por llamar a Bird & Breakfast. Soy…

—¡Shells!

La voz de mi hermana hace que el corazón se me suba a la garganta, me invade de inmediato la culpa. No recuerdo la última vez que hablamos.

—Sara —digo con un suspiro. Es curioso cómo las distracciones en el hotel han conseguido que me olvide de todo lo demás.

—¿Te pillo en mal momento? —pregunta.

—No, no, es el momento perfecto —miento.

Emily deja el bolígrafo en la mesa y arquea una ceja, juzgándome. Yo arqueo las dos como respuesta.

—Tengo la casa hasta los topes —me corrijo—. Ya sabes, por Halloween.

—Ah, guay.

Oigo cómo un sofá de cuero gime al otro lado de la línea. Se está acomodando, lo que significa que, si me descuido, nos pasaremos una hora al teléfono. En otro momento, no sería un problema, ya que llevamos una o dos semanas sin hablar, pero me duele la espalda y el arco de la planta de los pies me está pidiendo a gritos un descanso tras pasarme el día corriendo de aquí para allá por la casa.

—Sí, estamos hasta arriba, Sara —le cuento.

Emily abre mucho los ojos. Cubro el micrófono con la mano y susurro:

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana?

—¿Con quién hablas? —se interesa Sara.

Me toqueteo el pendiente y cierro los ojos con fuerza.

—Lo siento, con la hija de Cliff.

—¿El Tío Bueno?

—¿También es de Seattle? —pregunta Emily.

—Sí —les contesto a las dos.

—Aaah, Shells, así que piensas que está bueno, ¿no?

—Sara, no… —Pero no concluyo la frase porque, vaya, no es un puente que esté deseando cruzar exactamente.

Mi hermana suelta un grito ahogado ante mi silencio.

—Ay, no me lo creo.

—¿Puedo preguntarle por qué los chicos dan asco? —canturrea Emily con el ceño fruncido.

—Eso me lo puedes preguntar a mí —replico.

Sara se echa a reír.

—¿Preguntarte qué? ¿Si crees que está bueno?

—Sara —la advierto de nuevo—, solo es un amigo.

Ahora es Emily la que suelta un grito ahogado.

—¿Estáis hablando de mi padre?

La señalo con el dedo.

—Dame un segundo.

—¿Yo? —pregunta Sara.

—No, tú no.

—¿Yo no? —dice Emily.

—Deja de complicarme la vida.

Sara se echa a reír.

—¿Yo?

—¡No!

Me reclino contra la pared justo en el momento en el que se abre la puerta de la cocina. Uno de los gemelos de la huésped irrumpe por ella en busca de un aperitivo.

Por suerte, Emily se pone en pie, me enseña los pulgares y en silencio lo guía hacia el salón mientras le pregunta:

—¿Dónde está tu mamá?

Al otro lado de la puerta, el zumbido ininteligible de las conversaciones continúa, pero suena lo bastante amortiguado como para que pueda respirar hondo.

—Lo siento —le digo a Sara, dejando escapar todo el aire—. Aquí

la situación es un poco caótica.

—Sin embargo, parece que te va bien.

—Supongo. Al menos, este sitio sigue adelante.

Emily saca la cabeza por el umbral.

—¿Puedes preguntarle…?

—¡Em! —replico con una carcajada—. ¡Dame un segundo!

Emily sonríe al saber que se está pasando. Desaparece al otro lado de la puerta.

—Esa adolescente me va a matar —le susurro a Sara antes de soltar un suspiro y echar la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared. Mi hermana se queda callada al otro lado de la línea hasta el punto de que debo preguntar—. ¿Estás ahí?

—Pareces feliz, Shells.

Dejo escapar una carcajada forzada.

—¿Sí? Porque me siento estresada.

—Te gusta estar ocupada y ese tipo de cosas. Y parece que has conseguido hacer amigos.

—Sí, ¿quién no querría tener una amiga de dieciséis años? —ironizo.

—No, pero has dicho que su padre era tu amigo.

Deslizo el colgante por la cadena del collar.

—Ah, bueno…, porque lo es.

—Estoy deseando conocerlo.

—¿Vais a venir al pueblo?

—Sí, papá ha estado hablando del tema.

Me quedo paralizada en el acto. Me humedezco el labio inferior y junto los zapatos, que emiten un gemido. No he preguntado por mi padre ni una vez. He desaparecido en Copper Run, como pretendía.

Sin embargo, ahora me he perdido en el bosque, demasiado centrada en conseguir que el hotel prospere, adaptarme al pueblo y sacar adelante mi trabajo, como me ocurre siempre.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Mejor. Ya no ve series. Ahora da paseos.

Suspiro.

—Qué bien.

—Es genial —coincide Sara—. Por eso, estaba pensando que podemos ir a verte durante las vacaciones de Acción de Gracias.

—Me encantaría.

—Así podría conocer al tío bueno de tu vecino.

Me echo a reír, pero las carcajadas no tardan en apagarse.

—¿Sabes qué? Lo más probable es que te lleves muy bien con él. Es divertido. Creo que le gustan las rubias. —No sé por qué se me ha escapado eso de la boca. Ha ocurrido muy rápido, como un revoltijo de palabras con el que hubiera tropezado.

Cliff es amigo mío. No ha tenido ninguna cita desde que se divorció hace dos años. Mi hermana es como un rayo de sol en un frasco. Necesita un ápice de esa luz solar.

—¿En serio? —cuestiona Sara—. ¿No hay nada entre vosotros?

Se me encoge el pecho.

—No. En serio, no hay nada.

—A ver, si es mono —comenta con una risita—, no me negaría.

—Se lo preguntaré, entonces.

Nunca he hecho de celestina entre un amigo y mi hermana. Nunca he tenido en mi vida a un amigo disponible para considerarlo. Quizá por eso me arda el estómago. Por mi falta de habilidades como casamentera. No quiero que le hagan daño a mi hermana y

tampoco que Cliff salga mal parado.

La puerta de la cocina se vuelve a abrir y Carol asoma la cabeza por el umbral.

—Por Dios, cuánto ruido hay ahí fuera —comenta, a la vez que saca el paquete de tabaco del bolsillo.

—¿Dónde está Cliff? —pregunto.

—En la pastelería —dice y, al abrir la cajetilla, frunce el ceño—. Hemos cerrado antes de tiempo. Ha recibido muchos pedidos de última hora para fiestas de Halloween.

Sonrío.

—No puede evitarlo.

—No. —Carol tira el paquete vacío a la basura y se sienta en la mesa con Brittany—. Pero estoy aquí para relevarte como canguro.

La puerta se abre una vez más y, en esta ocasión, es la madre de los dos niños.

—Lo siento mucho. ¿Cómo te llamabas? No eras Birdie, sino…

—Michelle.

—Lo siento mucho, Michelle. ¿Las toallas están en la habitación?

—Sí…

—Yo me encargo —me asegura Carol, quien cruza el umbral antes de que pueda negarme.

—Te llamaré en un par de días —me informa Sara a través del teléfono.

Pestañeo, volviendo a nuestra conversación.

—No, espera…

—Sí, estás ocupada. Voy a colgar. No te enfades. Te quiero.

Asiento, aunque no puede verme. Un muelle tenso en mi pecho está a punto de saltar por el calor que me cosquillea el cuerpo hasta

las yemas de los dedos.

—Te quiero —respondo y, justo cuando estoy pronunciando las palabras, oigo el pitido de fin de la llamada.

Cuelgo el teléfono en el momento exacto en el que Carol entra con Lisa y Emily pisándole los talones. La anciana me toca el hombro, observándome con esos ojos que parecen diminutas canicas tras las gafas de pasta gruesa.

—¿Cómo ha ido el día?

—Una locura —confieso.

—¿Familias grandes?

—Familias grandes —repito. Me ruge el estómago y me coloco una mano en él—. Aj, creo que se me ha olvida-do comer.

Carol pasea los ojos de mi estómago a mí y, después, a Lisa. Las dos intercambian un asentimiento, cómplices.

—Sal de aquí —me exige la anciana.

Arqueo una ceja.

—¿Qué?

—Vete —interviene Carol—. Cómprale un sándwich a Betty o algo.

Suelto un bufido.

—No puedo marcharme.

—Claro que puedes —insiste—. No vuelvas a aparecer por esta casa hasta dentro de una hora. Nos encargaremos de esto. Emily nos ayudará.

La adolescente se queda boquiabierta.

—Esperad, ¿me toca trabajar? ¿Y si llama Josh?

Carol le da un codazo y asiente.

—Vete, Michelle. O te echo a patadas. ¿Qué te parece esto? Me

vas a ayudar porque… —rebusca en el bolsillo y saca un billete de cinco dólares— me vas a comprar otro paquete. ¿Ves? Eres útil.

Lisa se sorbe la nariz.

—Carol, cariño, es un hábito horrible.

Arqueo una ceja.

—Yo tampoco lo apoyo.

—Os parecéis a Cliff —se queja, sombría, pero vuelve a agitar los cinco dólares ante mi cara—. Vamos, vete ya.



Mis pies saben adónde ir antes que yo. Diez minutos después de abandonar el hotel, estoy llamando al cristal de la puerta cerrada de la pastelería Burke's.

Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero y estudio la plaza mientras espero. El parque está preparado para el truco o trato de este viernes. Una valla negra de hierro forjado recorre la acera con calabazas clavadas en los barrotes y unos esqueletos de plástico están recostados en mecedoras dentro del cenador. Los fantasmas de papel maché se deslizan entre las ramas de los árboles, chocando con las escasas hojas amarronadas y doradas.

Halloween en Seattle y en Copper Run no podría ser más diferente. En lugar de las bocinas de los coches, se oye el susurro de la brisa. No hay ninguna fiesta aterradora secreta a la que solo se puede acceder con invitación, sino que todo el pueblo participa en la celebración, que se remata con jardines temáticos y negocios cuyos escaparates están cubiertos de brujas o Frankensteins del suelo al

techo. No estoy acostumbrada a sentir el espíritu festivo de esta manera.

La puerta de cristal de la pastelería se abre con un tintineo. Cliff se apoya en el marco. Su pelo está revuelto. Su color habitual de hojas otoñales ahora presenta un rocío de motas de azúcar en polvo, supongo que procedente del mismo incidente que le ha manchado la mano que tiene apoyada en la jamba. En el delantal advierto restos de lo que creo que es naranja y glaseado blanco. Debajo, solo lleva una camiseta blanca. Me parece que nunca lo he visto sin una camisa de manga larga. En algún punto tras él, una radio emite a todo volumen una canción de rock alternativo de la lista Billboard Hot 100 que he oído a menudo, pero cuyo nombre nunca recuerdo.

A Cliff se le marca la cicatriz al lado de la boca y una media sonrisa se le desliza por los labios.

—¡Qué agradable sorpresa!

Me cuelo bajo su brazo y entro en el local.

—Tu hermana me ha echado.

Cliff se ríe, cierra la puerta a nuestras espaldas y bloquea el cerrojo. Las luces del techo del vestíbulo de la pastelería están apagadas. Solo los rayos de los fluorescentes se derraman desde la trastienda. El lugar huele de maravilla, a vainilla, canela y tartas. A Cliff.

—¿Qué has hecho esta vez? —me acusa.

—Mi trabajo.

—Ah, ¿no sabes que Carol odia a la gente que trabaja?

Me sigue hasta la cocina, pero el panorama que me recibe me detiene. Es un desastre desorganizado. La mesa de trabajo de acero está a rebosar de mangas pasteleras olvidadas con glaseado, moldes

para galletas usados, una explosión de azúcar y una bandeja de magdalenas de cuya mullida cima sale humo.

—¿Impresionada por mi desorden? —se burla Cliff—. Si Carol pudiera echarme de la pastelería, me echaría, te lo garantizo.

—¿Por qué no puede?

Se inclina hacia mí y añade:

—Porque nadie hornea como yo.

Su sonrisa engreída le curva las comisuras de la boca cuando pasa a mi lado y me roza la espalda con el pecho musculoso. Me tenso. Su habilidad para decir las cosas de manera directa y desprender esa confianza son puro talento.

—Parece que estás ocupado —comento.

—No solo lo parece —responde—, lo estoy.

—¿En qué puedo ayudar?

—Adicta al trabajo —se burla justo cuando pita el horno. Lo señala con la barbilla—. ¿Quieres sacarlo?

Obedezco. Advierto que me está observando, inclinado sobre la mesa con los brazos cruzados mientras me recorre los hombros de arriba abajo con los ojos.

—Me gusta que lleves el pelo así.

—Ah, eh —tartamudeo—. Hum, ¿recogido?

—Sí, te queda bien.

—Es mi pelo de siempre.

—Eso y la manera en la que estás sacando la bandeja del horno —añade—. Tienes un don natural. Al menos, no te estás quemando.

—Hasta donde tú sabes.

Ausente, señala una repisa en la que puedo dejar la bandeja, a la vez que él se aleja de la mesa de trabajo para acercarse a mí. Estira

el brazo para colocarme la mano sobre el hombro y me acaricia la suave quemadura sobre el hueco del codo con el pulgar, por lo que se me eriza la piel de todo el cuerpo mientras trago saliva.

—Ya casi no se nota —observa.

—La tendré roja un tiempo, ¿no? —pregunto.

—Quizá siempre. Es una cicatriz de guerra. Todos tenemos alguna.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú? ¿El pastelero profesional?

—¿Profesional? Por favor.

Se sube la manga corta de la camiseta y extiende los brazos para mostrarme la parte inferior. Nunca me había dado cuenta de las imperfecciones desvaídas que le cubren la piel. Siempre tenía los brazos escondidos bajo jerséis o camisas de franela parcialmente remangadas, pero ahora veo una o dos líneas en la parte superior, allí donde se le curvan unos bíceps tonificados que tampoco había visto. Incluso veo una cicatriz casi invisible cerca del hombro musculoso.

—Vaya, sí que pertenezco al club de pasteleros —bromeo.

Suelta una mezcla de bufido y carcajada.

—Te conseguiré la tarjeta de membresía. Es comestible.

Sonrío y pongo los ojos en blanco. Cliff se baja las mangas y toma una nueva hoja de papel vegetal antes de echarle harina encima y coger lo que sea que acaba de amasar para extenderlo de nuevo. Observo cómo presiona y acaricia la masa con las manos. Gira las muñecas al estirar el brazo hacia una de las mangas pasteleras abandonadas. Es gracioso cómo la energía caótica de Cliff parece adoptar una precisión láser ante la mesa de trabajo.

—¿Sí? —pregunta Cliff.

Me sobresalto.

—¿Qué?

—Piensas muy alto. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

—Tú.

—Ah. —Me dedica una sonrisa de superioridad cómplice—. Por cierto, ¿ves esa cajita de ahí? Tengo una nueva manía rara de pastelero para ti.

Sonrío. Empiezo a esperar con ansias su siguiente manía rara de pastelero.

Abro la caja. Dentro hay un hojaldre con forma de diamante, doblado en el centro sobre una fina capa de lo que parece mermelada. Tiene una lluvia de azúcar en polvo por encima. Se ve delicioso. Cliff no necesita pedirme que lo pruebe, ya me he metido la mitad en la boca.

Un bocado es suficiente para desbancar a cualquier comida que exista en el paraíso. Inhalo y exhalo.

—Cliff…

—¿Está bueno? —pregunta.

—Una de tus mejores creaciones.

Vuelvo a dejar el dulce en la caja, haciendo que suspire. Me limpio los labios con una servilleta.

—Parece que nunca estás satisfecho.

—Porque no lo estoy —admite, indiferente—. Bueno, ¿qué tal te ha ido el día?

—¿Vas a cambiar de tema así sin más?

—Exacto. ¿Un día movidito?

Sé que no hay manera de reconducirlo una vez que Cliff está

decidido. Por eso, solo asiento y le sigo el rollo.

—Sí, me ha llamado mi hermana.

—¿Malas noticias?

—No, va a venir con mi padre en Acción de Gracias.

—¡Paulie! —exclama Cliff a la nada—. Echo de menos a ese hombre.

«Paulie. Birdie».

Cierro los ojos. Por Dios, esa mujer me llamó por el nombre de mi madre. ¿Por qué me ha resultado tan… raro?

La canción de la radio cambia a otra balada rock bastante popular. Cruzo uno de los botines sobre el otro y sigo viendo cómo le da vueltas a la masa. Suspiro.

Cliff suelta una risa inesperada y entorna los ojos.

—Entonces ¿no quieres hablar de lo que te inquieta?

Alzo la cabeza.

—¿Hum? No.

Junta los labios y los abre, emitiendo un «plop».

—Me parece bien.

—¿Ya está?

Ejerce presión con la palma de la mano en la masa y se encoge de hombros.

—Bueno, si prefieres guardártelo para ti, es asunto tuyo, no mío.

Abro la boca. A continuación, la cierro, intentando asimilar esta nueva lógica. Es muy distinta a la insistencia de Allen. Ahora, cuando le digo a Cliff que no me apetece, deja que siga viviendo de una manera que me hace sentir tranquila. No sé cómo tomarme esa clase de comprensión. Por irónico que parezca, hace que quiera hablar más. Quizá eso es lo que desea Cliff. A lo mejor es psicología

inversa. Aunque algo me dice que no es así.

—En realidad, sí —rectifico—. Quiero hablar de lo que me mantiene inquieta.

Cliff deja de trabajar y da una palmada, provocando una nube de harina. Sonríe.

—Tienes toda mi atención, Michelle.

Giro la cabeza hacia un lado, inhalo y hablo.

—Hoy una mujer me ha llamado Birdie.

Se le cambia la cara.

—Vaya.

—No pasa nada.

—¿Cómo te ha hecho sentir?

Me encojo de hombros.

—Creo que ha hecho que recuerde que estoy dirigiendo su hotel.

—¿Eso es malo? —quiere saber.

—No —admito—. Me he estado encargando de todo como una autómata. Me he olvidado de que existe un mundo más allá de este. He estado tan… —estudio con los ojos sus antebrazos, la manera en la que se le marcan al estar doblados sobre el amplio pecho, antes de desviarlos— distraída. —Rápido, añado—: Ha sido raro que alguien hablara de ella de nuevo.

Aunque desvío la mirada hacia cualquier lugar posible, abriendo y cerrando los dedos sobre los codos, la de Cliff sigue fija en mí.

—Ojalá supiera más sobre su vida aquí —continúo—. Me gustaría tener más recuerdos de ella de los que tengo. O fotos.

—No se lo cuentes a Brittany. —Suelta un bufido—. Ya le he comentado la idea de comprar una cámara.

—Ahora no para de hablar de eso, ¿no?

—A todas horas —se queja—. Bueno, ¿qué quieres saber sobre Birdie?

La pregunta me descoloca. Me siento como si me hubiera escabullido de una conversación seria, pero me estuvieran arrastrando de vuelta a ella.

Dudo antes de preguntar:

—¿Era agradable?

—Mucho.

—¿Cuidaba de Brittany?

—Como si fuera su nieta.

Sonrío.

—Solía encantarme verla pasar tiempo con Sara.

—Ah, ¿sí?

—Sí —susurro. Apoyo la cadera en la pared a mi lado—. Corrían juntas por el jardín a todas horas. Mi madre siempre tenía rosales, incluso en la casa en la que crecimos. Sara arrancaba las flores y eso la enfurecía. Pero era un enfado fingido, ¿sabes? Nadie puede enfadarse con Sara —admito con una sonrisa.

—¿Y dónde estabas tú? —indaga Cliff.

Levanto los ojos hasta los suyos.

—¿A qué te refieres?

—Mientras ellas jugaban en el jardín con las rosas, ¿dónde estabas?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Dentro. Leyendo, quizá.

—¿No querías salir?

Se me endurece el rostro y trago saliva.

—Nunca me sentí bienvenida.

—No parece algo que haría Birdie.

—Era complicado. Cuando era pequeña, se pasó triste mucho tiempo. Pero, cuando llegó Sara, todo pareció tener sentido de nuevo en su vida. Fue el soplo de aire fresco que necesitaba nuestra familia. No puedo explicarlo.

—Me gusta cómo hablas de tu hermana —comenta.

—Es mi persona favorita en el mundo —admito.

Una sonrisa suave se le extiende por los labios, lo que me provoca un cosquilleo cálido por el cuerpo, que repta por mi cuello hasta mis mejillas.

—Bueno, ya basta de hablar de mis sentimientos —me apresuro a decir.

Asiente.

—Me parece bien.

—Te toca —lo animo, estirando un botín—. Tú tienes suficientes sentimientos por los dos.

Suelta una carcajada.

—¿Sí?

—Ah, por supuesto. Seguro que te vale cualquier excusa para llorar.

—Puede —concuerda—. Veamos… ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? —repite—. Eh, no sé. Parece que la pastelería ha explotado. Emily tiene novio. Brittany no deja de decirme que quiere ser luchadora. Podría decirse que estoy un poco más estresado de lo habitual. Y Trace está… —Hace una pausa—. No sé, preocupada, supongo. Lo típico de las madres.

Deslizo el colgante por el collar, dándole vueltas, mientras pienso

qué contestar. Nunca sé cómo reaccionar cuando habla de Tracy. Estuvieron juntos tanto tiempo que cualquier cosa que diga me parece inapropiada. ¿Cómo se van a comparar cinco años de matrimonio con catorce?

—Es buena persona —continúa—. La situación es —suspira— complicada. —Cliff me dedica una tenue sonrisa—. Pero, oye —suelta una carcajada—, no puedo quejarme. Soy un pesado.

Esbozo un mohín.

—No lo eres.

Me dedica una mirada que me lleva a encogerme de hombros.

—A ver, sí, pero… es esa pesadez la que te convierte en quien eres. Creo que le gusta a la mayoría.

Deja escapar un grave suspiro.

—Mira, llevo toda la vida escuchando lo abrumador que es estar conmigo. No necesitas regalarme los oídos.

—Bueno, si tú eres un pesado, entonces yo también lo soy —replico—. Difícil de contentar. Beligerante. Brusca. Según mi ex, aburrida. —Suelto un bufido.

—Para empezar, nunca vuelvas a decir eso de ti misma —me pide con aspereza, señalándome con un dedo—. En segundo lugar, cambia esas palabras por otras. Sofisticada. Con una opinión firme. E intimidante para las personas que no saben cómo comportarse con las mujeres fuertes. Eso es lo que más me gusta de ti.

Pongo los ojos en blanco.

—Soy muy cerrada.

—Te abres ante las personas que te caen bien.

—No me cae bien nadie.

—Sí, yo. Te gusto.

Se me para el corazón y esbozo una sonrisa.

—A veces —lo provoco.

—A veces es mejor que nunca.

La canción cambia en la radio de nuevo. Esta vez la reconozco. No es difícil ubicar el suave canturreo murmurado de Eddie Vedder. Me balanceo a su ritmo, pero me quedo inmóvil al instante cuando advierto que Cliff me está contemplando con las comisuras de la boca curvadas hacia arriba.

—¿Qué?

—¿Quieres bailar? —pregunta.

—¿Qué? *¿Pearl Jam?*

El resto de la sonrisa de Cliff se extiende por su rostro.

—Sí.

Suelto un bufido.

—No vamos a bailar pegados al ritmo de *Pearl Jam*.

—Ah, sí, claro que sí.

Despacio, se acerca hasta donde estoy. Me rodea el codo con los dedos para que abra los brazos cruzados, me coge de la mano y me coloca la otra en la parte baja de la espalda. Contengo el aliento cuando tira de mí para acercarme y baja la mejilla hasta rozar la mía. Entonces, nos mecemos.

Al final, él da un paso al frente y yo retrocedo. Luego, se desplaza a un lado y lo sigo. Me está guiando y odio que me guíen. Sin embargo, con Cliff, no parece que esté tomando el control. Se mueve conmigo, a la par. Es un baile para el que se necesitan dos, no uno con un poder abrumador.

—Recuerdo la primera vez que oí esta canción —murmura, y su cálido aliento me cosquillea la oreja antes de bajarme por el cuello

—. Estaba de camino al médico con Emily. Tenía una tos como un trueno. La pobre se sentía fatal y me encontraba al límite. No había dormido desde hacía días. Pero, cuando la pusieron en la radio, fue como si de repente hubiera dejado de tener tos. No sé cómo explicarlo. Dice que recuerda también esa noche. O quizá he contado la historia tantas veces que ha acabado creyendo que era real.

—Me gusta esa historia —susurro.

—Hum. Es una canción maravillosa, pero esa clase de recuerdo debería estar relacionado con…, no sé…, otra cosa que no fuera Eddie Vedder.

Suelto una risita.

—¿Quieres saber un secreto?

—¿Un secreto de Michelle? ¡Por fin!

—En realidad, me encanta esta canción. —Su risa me roza el cuello y continúo—: Y Allen la odiaba.

—¿Cómo es posible que alguien la odie?

—Es gracioso. Nos conocimos cuando yo tenía veintitrés años y, fuera lo que fuese, si me gustaba a mí, era demasiado joven para él, demasiado infantil.

—¿Tú? ¿Infantil?

—Y no me hagas hablar de *La chica de rosa*. También la odiaba.

—¿Cuántos años tenía este tío?

—Allen me lleva veinte años. —Cliff se queda en silencio, y una pequeña parte de mi ser se siente avergonzada—. Creo que me gustaba que fuera… un adulto, ¿sabes? Que no tuviera que encargarme de él como hacía con mi madre o mi hermana. Pensé que quizá cuidaría de mí. —Suelto una carcajada jadeante—. Qué

tontería, ¿no?

Cliff me aprieta contra sí.

—Para nada. Mereces que cuiden de ti, Michelle.

Me deleito con sus palabras.

—Y la mujer que me llamó… no debía de tener más de veintidós. Quizá no le gustó que me estuviera haciendo mayor. No sé.

Cliff se echa a reír de nuevo, pero no parece que se esté burlando de mí. El sonido retumba en mi interior, sobre mis hombros y a lo largo de mi columna vertebral, donde descansa su mano, como si estuviera mimando mis terminaciones nerviosas. Protegiéndolas.

—No… No me sorprendí cuando me enteré de que me había engañado —admito—. A decir verdad, ni siquiera lo echo tanto de menos. Lo que me falta es… el ruido. Cuando se está sola, hay demasiado silencio.

Cliff me coloca el pulgar y el índice en la barbilla para girarme la cara hacia él.

—Pasará —dice.

Entreabro los labios para susurrar un ahogado:

—Eso espero.

—Cuéntame otro secreto —murmura, y la petición me vibra en la oreja.

—Tengo demasiados —confieso—. No sé por dónde empezar.

—Aceptaré todos los que me entregues.

—Quiero saber más de ti.

Se echa a reír.

—¿Tu secreto es que quieres conocerme?

—¿Por qué no funcionó lo tuyo con Tracy?

De repente, Cliff se queda callado. Me estremezco y el rostro me arde. Me río con un resoplido.

—¿Lo ves? Soy demasiado brusca.

Me suelta de la mano, pero, en lugar de alejarse, me levanta los codos para colocarme los brazos sobre sus hombros. Me acerca a su pecho.

—No digas eso —me pide.

Entrelazo las manos tras su cuello y lo único que se me ocurre decir es «vale» porque el temblor en su tono parece reflejar indignación, como si le molestara que la palabra hubiera salido de mi boca.

—Lo que ocurrió fue que un día Tracy decidió que no quería seguir aquí —comienza—. Así de sencillo. Dijo que llevaba mucho tiempo pensándolo, antes incluso de que tuviéramos a Brittany.

—¿Cuántos años tenía cuando os separasteis?

—Tres —contesta—. Me sorprendió cuando dijo que quería intentar tener otro hijo, sobre todo porque Emily ya se estaba haciendo lo bastante mayor como para poder hacer más cosas, para disfrutar un poco más de la libertad que no habíamos tenido como padres adolescentes. Sin embargo, Trace dijo que quería probar con un niño que fuera buscado. ¿Y quién era yo para negarme? Me encantaba ser padre. Pero, después de que naciera Brittany, fue como si siguiera sin encontrar lo que fuera que estaba buscando. Luego, un buen día se sentó conmigo y dijo que ya no le gustaba. No habló de amor, lo recuerdo con claridad. No le gustaba. Le pregunté que desde cuándo y dijo que quizá nunca le había gustado.

Noto una punzada en el corazón. Desasosiego. «¿Quién le dice algo así a otra persona? ¿Quién le dice algo así a Cliff?».

—Lo siento mucho —musito.

Deja escapar una carcajada sarcástica.

—No fuiste tú quien lo dijo. Sé que siempre estoy de broma. Que soy irónico y no me suelo tomar nada en serio. Es normal que no le guste a la gente.

Las palabras no parecen pertenecerle. Son las de Tracy. Las semillas de esas ideas se plantaron hace años y han tenido tiempo de florecer, y ahora han echado raíces en su interior.

—Es muy raro que no le gustes a alguien, Cliff —le aseguro—. Lo digo en serio. No me gusta la mayoría de la gente, pero tenías razón, tú sí. Por eso, no te disculpes por ninguna de tus bromas. Las disfruto.

Suelta un bufido.

—No te ablandes conmigo.

—Vale, no alabaré tus bromas nunca más, siempre y cuando sigas haciéndolas.

Se echa a reír.

—Trato hecho.

Dejo caer la cabeza sobre su hombro. Me acuna la nuca y me masajea la piel bajo el pelo. Con calidez. Con delicadeza.

—No me puedo creer que estemos bailando esta estúpida canción —añado con un suspiro.

—No me puedo creer que te haya convencido para que lo hagas.

Me río con suavidad y él me imita. Me abraza con más fuerza y entierro la cabeza en la curva de su cuello. Percibo su olor a vainilla y canela, pero también ese perfume cítrico exclusivo de Cliff, el secreto que esconde tras su coraza.

Me acaricia la espalda. Sé que me está tocando por costumbre.

Es su manera de ser, sin importar quien sea la otra persona. No obstante, una parte de mí quiere que me toque porque soy yo.

Levanto la cabeza unos milímetros y él apoya la mejilla en la mía.

—Deberías volver al trabajo —susurro.

—Debería —concuerda con un murmullo.

—Gracias por los secretos.

—Gracias por la compañía.

Me echo hacia atrás, pero no bajo los brazos de su cuello. Desliza las manos hasta mi cintura y empieza a dibujarme un círculo con los pulgares en las costillas. Con el índice, me abro paso por su pelo hasta rozarle la nuca. Desvía los ojos hasta mis labios antes de centrarlos de nuevo en los míos. Que me mire así siempre consigue ponerme nerviosa. El corazón me late a un ritmo errático y, con el pecho presionado contra el suyo, noto su pulso acelerado.

Me oigo tragar saliva. Veo cada pincelada brillante en sus ojos azules, cada suave mota de avellana en sus iris. Siento que, con ellos, ve las profundidades de mi ser, me agita por dentro y me ancla los pies al suelo. El corazón se me sube a la garganta y quizá… Quizá…

Alguien llama con fuerza a la puerta de la pastelería. Me sobresalto, pero Cliff no se mueve. Frena el movimiento de la mano sobre mi cintura. Pasea los ojos por los míos, no estoy segura de qué está buscando.

Un puño vuelve a golpear el cristal. Pestañeo y me alejo de sus brazos.

—A lo mejor deberías…

—Sí —me interrumpe, pasándose una mano por el pelo, antes de salir de la cocina.

La campanilla sobre la puerta tintinea cuando Cliff la abre de golpe.

—Señor Burke…

—Josh —anuncia Cliff.

Me acerco al vestíbulo de la pastelería, observando cómo el color desaparece del rostro al chico mientras pasa los ojos de uno a otro.

—¡Qué alegría verte! —continúa Cliff, irónico, con los dientes apretados—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No sabía si Emily estaba aquí. No se ha pasado a verme como suele hacer siempre.

—Está en el hotel —intervengo, por alguna razón sin aliento—. Ha estado esperando que la llames.

—Mierda, lo sabía —gime—. Mi madre ha estado acaparando el teléfono. Se ha apuntado a no sé qué sorteo de la radio.

—Una pena —ironiza Cliff, aunque parece tan desconectado de la conversación como yo.

Estoy perdida en lo que acaba de ocurrir. Fuera lo que fuese eso. Si es que ha sido algo. Estábamos bailando y, un minuto después, me encuentro de los nervios. Nunca he sentido esto estando con Cliff.

—Iré a buscarla al hotel —comenta Josh.

—La puerta principal está abierta —le digo.

—Gracias. Ah, ¿señor Burke?

Cliff cierra los ojos con fuerza.

—¿Sí, Josh?

—¿Puedo…? ¿Puede decirme cuál es el postre favorito de su hija? He pensado… No sé… Me gustaría averiguar cómo hacerlo o algo así.

Cliff deja caer los hombros y asiente.

—Los buñuelos de manzana —susurra.

—Buñuelos de manzana, buñuelos de manzana… —repite Josh.

—Te daré la receta.

—Gracias, tío. Quiero decir, señor…

—Llámame Cliff.

Juro que la sonrisa del chico se vuelve tan amplia y llena de vida que podría iluminar todo Copper Run.

—Gracias, Cliff. Eh, os veo luego.

La puerta de la pastelería se cierra y Cliff se gira sobre las botas, emitiendo un chirrido. Se mete las manos en los bolsillos, a la vez que sus ojos me recorren el pelo, aterrizan en mis labios y vuelven al punto inicial. Me está asimilando y, aunque siempre me ha contemplado así, con una mirada que ve lo que escondo en mi interior, nunca me he sentido más expuesta que ahora.

Me sonrojo y siento calor en todas partes. No en las mejillas o el pecho, sino en el estómago y más abajo. Esto se está volviendo peligroso.

—Debo volver —anuncio de golpe—. Seguro que Lisa y Carol estarán agobiadas. —Rebusco en el bolsillo y sostengo en alto el billete de cinco dólares de su hermana—. Me ha dado dinero para que le compre un paquete de tabaco.

Traga saliva y se obliga a soltar una carcajada, centrando la vista en sus zapatos en lugar de en mí.

—Ah, bueno, no lo hagas.

—No planeaba hacerlo —respondo. Lo coloco en el mostrador—. Diré que lo he perdido.

Sonríe.

—Se lo meteré en el bolso mañana sin que se entere.

—Gracias.

Paso a su lado sin mediar palabra y empujo la puerta. A mis espaldas, desliza el cerrojo.

No quiero girarme. No quiero saber si me está observando mientras me alejo. No quiero ver su posible sonrisa sutil elevarse por las comisuras de su boca. No necesito sentir cómo se me acelera aún más el corazón. Y, definitivamente, no necesito confirmar mi secreto más reciente.

Me gusta Cliff Burke. En el sentido de «gustar gustar», como diría Emily.

Me gusta su humor sarcástico y su vida desordenada y complicada. Me gusta que necesite tocar a los demás tanto como necesita el oxígeno. Me gusta que diga lo que quiere, que luche por conseguirlo y no se disculpe. Me gusta que, a pesar de todo, siga siendo mi amigo.

Me gusta Cliff Burke. Pero sé que a ese chico encantador que tiene a todo este pequeño pueblo comiendo de su mano nunca le gustaría una mujer tan arisca como yo.



Capítulo 17
CLIFF

Halloween es la festividad más importante de Copper Run. Sí, también nos encanta la Navidad, con los copos de nieve cayendo desde las ramas desnudas y los puestos de chocolate caliente; pero, si quieres que el pueblo se emocione de verdad, coloca algunos esqueletos malhumorados en los jardines y pon *Monster Mash* a tope. Si vives aquí, se espera que celebres las películas de demonios y asesinos como el buen ciudadano que eres y siempre, siempre, debes disfrazarte.

Me miro entre los adhesivos que ha pegado Emily en el espejo de cuerpo entero y suspiro.

—¿Recuerdas cuando solías vestirme de fantasma? —digo—. ¿O de Batman? ¿Por qué no puedo volver a ser Batman?

—Porque ahora está de moda Ghostface —aclara mi hija, indiferente.

Emily lleva eligiéndome el disfraz, o haciéndolo, desde que era pequeña. Y este año ha optado por el más popular de la temporada debido al exitoso estreno de *Scream* el año pasado.

Estiro el brazo. La tela negra cae y cuelga, formando una enorme

manga abierta que revela el puño de la camisa de franela roja que llevo debajo. Solo se intuye un centímetro de piel entre eso y los guantes negros.

Emily se inclina para darse una capa más de esmalte negro en las uñas de los pies.

—Era el último que quedaba en el centro comercial, papá. Tienes que ponértelo sí o sí.

Cojo la máscara blanca de su tocador y me la coloco sobre la cara. A través de la suave rejilla negra puedo ver una enorme boca abierta y las cuencas caídas que me devuelven la mirada.

Me la quito.

—Voy a asustar a tu hermana.

—Ya se la he enseñado. Le he dicho que es de una vieja serie para niños —argumenta Emily—. Cree que es gracioso.

—Em, eso ha sido muy irresponsable por tu parte. —Me recoloco la túnica negra sobre los hombros—. Pero también una genialidad. Estás *descastigada*.

Levanta la cabeza.

—Espera, ¡pero si no estaba castigada!

—Lo estaba planteando.

Me coloco la capucha larguirucha y me pongo de nuevo la máscara. Es difícil respirar por culpa del plástico y la rejilla.

Cuando chasqueo la lengua, Emily se echa a reír.

—Confía en mí, vas a ser el más guay de los que van a salir esta noche.

—Ya lo soy.

—Ya quisieras. No te vendría mal serlo un poco más.

—No intento impresionar a nadie.

—¿Ni siquiera a Michelle? —me provoca.

Se me corta la respiración de una forma tan brusca que casi empiezo a toser. Me quito la máscara y toqueteo, nervioso, el guante negro antes de estirarlo sobre la muñeca.

—Ya le intimida lo guay que soy —bromeo—. ¿Por qué voy a hacerle pasar un mal rato?

Emily se sopla las uñas.

—No, no eres ni de lejos lo bastante guay para Michelle.

—¿Qué más da?

Me dedica esa expresión boquiabierta que suele ir acompañada de un «es obvio». En lugar de eso, suspira, se coloca las orejas de gato y se levanta del borde de la cama.

—Ay, papá —añade por fin, con otro suspiro lastimero.

—Estoy planteándome castigarte de nuevo.

—¡Papá! —Brittany irrumpe en la habitación con una funda de almohada de unicornios apretada entre los dedos—. ¡Mira!

La contemplo y me quedo perplejo. Sin dudarlo, Emily se echa a reír.

Mi hija lleva una calva postiza. No está siquiera bien colocada, o quizá ha tirado demasiado de ella. En la parte superior se le ha formado un bulto, parece una seta que ha crecido demasiado. Los mechones de pelo le sobresalen de la parte inferior. Garabateada bajo la nariz y barbilla se ha pintado una barba morena. Lleva unos vaqueros y un vestido negro que reconozco a duras penas como las sábanas que estaban en el suelo de Bird & Breakfast la semana pasada.

—¡Vaya! —jadeo—. ¿Has visto a Brittany? Porque creo —bajo la voz hasta adoptar un tono gutural— que Steve Austin acaba de

entrar en la habitación.

Flexiono los brazos, me agacho y me la coloco al hombro. Brittany suelta agudas carcajadas incontrolables mientras corro hasta la cama de Emily y la lanzo sobre el colchón.

—Espera, papá, Steve siempre gana. —Brittany esboza un mohín o, al menos, lo haría si no se estuviera riendo con tanta fuerza.

—Ah, claro. —Me golpeo la frente con la mano—. Fallo mío. —Me dejo caer en la cama y me quedo quieto mientras Brittany me presiona los hombros.

Emily da varios golpes en las sábanas.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! Y Steve Austin es el ganador.

Brittany levanta los brazos en señal de victoria.

La cojo de nuevo y la balanceo por el aire mientras Emily y yo coreamos:

—¡Campeón invicto! ¡Campeón invicto!

—Ah, espera. —Brittany se retuerce entre mis brazos hasta que la dejo en el suelo. Sale a toda prisa por la puerta—. Se me ha olvidado una cosa. —Su voz es un eco distante al alejarse por el pasillo hasta su habitación.

Me miro de nuevo en el espejo y descubro que Emily ya me está contemplando. Me sobresalto.

—¿Qué?

—Podría hablar con Michelle si quisieras —se ofrece.

El corazón vuelve a darme un vuelco.

—Eso también puedo hacerlo yo.

—Sí, pero ¿qué te parece…?

Brittany regresa a la habitación. Se oye un clic, seguido de un fogonazo de luz. El negro me oscurece la visión. Después, veo

diminutos puntos como burbujas. Me froto los ojos y pestañeo hasta que la habitación se vuelve nítida de nuevo. Entonces, veo la cámara amarilla desechable entre las pequeñas manos de mi hija.

Me echo a reír.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la ha dado la señorita Shell.

Si el corazón se me vuelve a instalar en la garganta una vez más esta noche, juro que me desmayo. No sé la última vez que me sentí tan desorientado. Es inquietante que me pillen con la guardia baja con la mera mención de una sola persona, la persona por la que no debería ponerme nervioso.

—Qué maja —digo—. ¿Le diste las gracias?

—Ah. —Brittany baja la cámara—. No.

Le doy una palmadita en la espalda.

—Asegúrate de dárselas cuando la veamos. Bueno, es hora de hacer truco o trato, antes de que haya demasiada gente en la calle.

El teléfono malva de Emily suena sobre su tocador y lo coge al instante.

Gruño.

—Em…

—Un segundo —gimotea.

—Date prisa —le ordeno—. Nos tenemos que ir.

Pero no creo que me haya oído sobre su embobado:

—Hola, Josh.

Cojo la máscara de Ghostface y empujo a Brittany con ella, a la vez que le susurro:

—Le damos cinco minutos. Luego, la asustamos.

Mi hija pequeña se echa a reír, conforme. Bajamos las escaleras

hacia el salón. La puerta principal se abre, dando paso a una música escandalosa, gritos y risas infantiles procedentes de la acera, por donde pasan los críos vestidos de fantasmas, momias y demonios. Carol cruza el umbral con una peluca negra y un gorro puntiagudo antes de dar un portazo. El ajetreo del truco o trato vuelve a llegarnos amortiguado.

—¿Vas de bruja otra vez? —pregunto.

—Es el único disfraz que tengo —replica esta, dejándose caer en el sofá y pulsando un botón del mando a distancia—. He estado a punto de atropellar a unos críos de camino. —Hace *zapping* antes de parar en una conocida película de asesinos—. Esta nunca la he visto. —Se remueve entre los cojines.

Cojo a Brittany por los hombros y la giro hacia la cocina.

—¿Qué es eso? —pregunta, oteando entre mis piernas la televisión, donde un hombre levanta una sierra eléctrica encendida.

—Algo nada apropiado para los ojos de una niña —digo, empujándola hacia la otra sala y cubriéndole las orejas con las manos.

La puerta trasera se abre en cuanto nuestros pies pisan las baldosas. Rocket irrumpe en casa y no tarda en dar vueltas alrededor de Brittany como un loco. Michelle permanece de pie en el umbral, colocándose un mechón de pelo tras la oreja, antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

—¿Ya no llamas como una persona educada? —la provoco mientras trato de meterme las manos en los bolsillos, pero se me deslizan por la delgada tela de la túnica, lo que consigue incomodarme.

«Por Dios, ¿desde cuándo me siento incómodo con Michelle?». Y

no es porque lleve un vestido muy mono (no se ha disfrazado y pretendo meterme con ella por eso) o porque esté más despampanante de lo habitual (imposible), sino porque está aquí y es ella.

No sé qué habría ocurrido si Josh no se hubiese pasa-do por la pastelería hace unos días. La parte racional de mi cerebro sabe que lo más probable es que ella hubiera vuelto al hotel y yo hubiera seguido horneando. Pero otra parte de mí se pregunta si habríamos cruzado una línea invisible.

Michelle, la urbanita confiada, y yo, un pastelero cualquiera de un pueblo pequeño. Ahora mismo, es mi amiga más íntima y… estoy sobrepasando los límites.

Me estaba mirando con los ojos entornados, rodeados de sus oscuras pestañas y con una intensidad que nunca había visto. Yo tenía las manos escondidas en su pelo. Y ella, los labios entreabiertos. Su aliento cálido se entremezclaba con el mío. El corazón me palpitaba con fuerza. Entonces, apareció Josh.

He ideado al menos cinco maneras distintas de matarlo desde entonces.

—Debería haberme disfrazado —expone Michelle, formando una fina línea con los labios.

—Sin duda —concuerdo con una sonrisa—. Pero me gusta. Es casual. Te queda bien.

—¿No te has disfrazado? —le pregunta Brittany a Michelle, y se le entristece la expresión.

—No quería eclipsar tu maravilloso disfraz —responde esta, agachándose y ocultándole los mechones rebeldes bajo la descuidada calva postiza.

Se me contrae el pecho. Se porta genial con Brittany.

—¿Eres demasiado guay para disfrazarte? —pregunto, burlón.

Michelle me da un golpecito en el hombro.

—No lo bastante guay.

Los dos nos reímos, pero sus ojos no abandonan los míos y juro que inhalamos a la vez porque creo que ambos entendemos lo que acaba de ocurrir. Michelle nunca me toca de forma juguetona.

—¿De quién vas? —pregunta.

Tiendo un brazo.

—Ghostface. Un placer conocerte.

Se muerde el labio inferior al estrecharme la mano. La mía, cubierta por el guante, envuelve la suya.

—Michelle —responde.

Sigue estrechándome la mano.

—Bueno, Michelle, te guiaré por Copper Run esta noche de Halloween.

Sigue estrechándome la mano.

—Muchas gracias, señor Ghostface.

Y sigue estrechándome la mano.

Nuestros dedos se aferran entre sí. Entonces, dejo caer el brazo.

—Bueno, vámonos. —Ejerzo una ligera presión en el hombro de Brittany—. ¿Preparada?

—Sí —canturrea mi hija, quien levanta la cámara y me saca otra fotografía.

Pestañeo por las estrellas que flotan ante mis ojos.

—Britt, ten cuidado con eso —le pido, apresurándome a coger el teléfono de la cocina. Me llevo el auricular a la oreja y oigo la voz de Josh, que está diciendo algo sobre que el batería de R.E.M. ha

dejado la banda.

Me acerco el micrófono a los labios todo lo posible y canalizo por él mi mejor imitación de Ghostface cuando gruño:

—¿Te gustan las películas de miedo?

En la planta superior, Emily grita y Josh suelta un chillido aún más agudo por el teléfono.

—Ma-madre mía —tartamudea Josh al otro lado de la línea.

—No hagas eso, papá —se queja Emily.

—Tú te has encargado del disfraz, Em. Y yo tengo el poder de imitar la voz. Cuelga el teléfono.

—Lo que tú digas —gime a través de un suspiro aterrado—. Eres un aguafiestas.

—Os vais a ver dentro de dos segundos.

—Sí-sí, señor Burke.

Emily gruñe.

—Josh, dijo que podías llamarlo… —Pero no oigo el final de la frase porque dejo el auricular en la base para que se despidan a solas.

Doy una palmada.

—¡Que empiece el espectáculo!

Miro a Michelle, que se detiene y dirige la vista a mis labios. El corazón vuelve a hacer ese movimiento horrible, dando un brinco como si fuera un pez fuera del agua. Me aclaro la garganta y desvía los ojos hasta los míos.

—¿Preparada? —pregunto con una carcajada, tratando de que mis palabras no demuestren el temblor que me provoca.

—Preparada siempre y cuando tú lo estés —responde a toda prisa. Luego, pasa a mi lado hasta el salón, al tiempo que desliza el

colgante de su madre por la cadena con el pulgar y el índice. Lo hace cada vez que se pone nerviosa. «¿Está nerviosa?».

Emily baja a toda velocidad la escalera con una funda de almohada vacía flotando sobre su cabeza.

—Vamos a por caramelos.

—¡Sí! —grita Brittany con la voz más grave y parecida a la de un luchador que puede poner una niña de seis años.

Abro la puerta principal. Brittany es la primera en salir, seguida por Emily, quien se agacha para pasar bajo mi brazo corriendo. Muevo la barbilla para indicarle a Michelle que pase. Sin mirarme, hace lo mismo que Emily. Me roza con el pelo la tela que cuelga de las mangas de mi túnica, lo que añade electricidad estática a algunos de sus mechones sueltos. Por instinto, me río y se los recoloco.

Juro que vuelve a mirarme los labios. Luego, sonríe, como si tratara de ocultar lo obvio que ha sido, antes de girarse y recorrer la acera tras mis hijas.

—¡Divertíos haciendo truco o trato! —me grita Carol—. Y no pases demasiado miedo.

Trago saliva.

—Claro.

Sin embargo, creo que esta noche hay algo que me da más miedo que los fantasmas.



Capítulo 18
MICHELLE

Los niños corriendo, los grupos de preadolescentes y los padres que hablan tras ellos sin disfraz o con uno a juego han invadido las calles. Solo la familia Burke tiene un repertorio caótico formado por el villano de una película de terror, un luchador indiscreto y un gato.

—Nunca había visto a un pueblo tan emocionado por una festividad —comento.

Cliff sonríe.

—Nos tomamos Halloween muy en serio. Lars está organizando una competición en la plaza. Si te comes una pizza entera en forma de fantasma, conseguirás porciones gratis durante un año.

—¿Y me has privado de algo así? —pregunto con un grito ahogado.

—¿Crees que podrías ganar?

—Puede.

—Me gustaría verte probar. Ah, vamos por aquí —señala, colocándome una mano en la parte baja de la espalda para guiarme por otra calle distinta a la que habíamos elegido en un primer momento.

Me siento perdida ante tantos estímulos y me he sobresaltado dos veces después de que un grupo de adolescentes pasara con una motosierra falsa. Y, aun así, no es nada comparado con la vibración que me inunda el pecho cuando Cliff me toca.

Ante nosotros, Josh y Emily van cogidos de la mano. La cola de gato de la chica se mece a su lado, junto al rabo de perro hecho de cartón del chico. La adolescente le da un empujón con el hombro que él le devuelve.

—Gracias por aconsejarme que le diera una oportunidad —se sincera Cliff—. No es el peor chico que podría haber elegido.

Suelto un bufido.

—¿Es un halago para Josh?

—No es un insulto.

—Estás madurando, Cliff.

Pone los ojos en blanco.

—Creo que tener otra adolescente conseguiría que tuviera un ataque al corazón antes de tiempo.

—Lamento romperte la ilusión, pero… —Señalo a Brittany, quien corre por la acera con su funda de almohada semillena por una pequeña colección de dulces.

A su lado está Luke, el chico que al parecer odia a Steve Austin, vestido como Undertaker. Le propone echar una carrera hasta la siguiente casa y ambos comienzan a correr, remolcando a Rocket, cuya correa está atada a la muñeca de Brittany.

—Estoy condenado —se lamenta Cliff con una sonrisa.

Me muerdo el labio inferior mientas la contemplo. No puedo evitarlo. Me gusta esa pequeña cicatriz junto a su boca y el conjunto de arrugas alrededor de sus ojos.

Trato de recordar la última vez que me sentí tan ansiosa. Me encontraba tan nerviosa en mi primera cita con Allen que apenas pude comer. Pero, durante los últimos cinco años, con una comunicación cada vez menor, las veces que llegó tarde a casa del hospital y su preferencia por el cuarto de invitados para no despertarme antes de adoptarlo como residencia habitual sin ninguna razón…, el único nerviosismo que he sentido ha sido malo.

«¿Estas mariposas que noto con Cliff son malas?».

«¿Son mariposas o son polillas?».

«¿En qué mundo se ha hecho posible que yo sienta mariposas?».

Las noto en este, en el que estamos caminando por calles ajetreadas, donde los que gritan truco o trato ignoran las aceras y los coches deben abrirse paso entre la multitud a la velocidad de un caracol. Siento mariposas por este pastelero de un pueblo pequeño escondido en Vermont. Por este hombre, un amigo, a quien nunca habría conocido en ninguna otra vida excepto en esta; con un divorcio y sin una madre para sus hijas. Pero no estoy segura de que quiera estar en ningún otro sitio ahora mismo y eso es lo que más me asusta.

—Papá, ¡a Rocket también le han dado caramelos! —exclama Brittany, quien trota hasta nosotros con la funda de almohada abierta. La inclina para mostrarnos una pequeña galleta para perro entre los caramelos.

—Vaya, me alegro por él —dice Cliff, mirando a Rocket, cuya cola da golpes con la fuerza de un trueno.

No lo he visto tan feliz desde que llegamos a Copper Run. Ya somos dos.

—¡Otra casa! —chilla Brittany, quien se vuelve a alejar, corriendo

hacia una vivienda de la que surgen gruñidos demoníacos y que cuenta con una máquina que produce niebla.

Cliff se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—De forma discreta, mira a tu izquierda.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral ante su proximidad, pero obedezco. En un patio cercano, Betty y Lisa se mecen de delante hacia atrás. Cada una lleva una petaca de color naranja fosforito con unas etiquetas negras pegadas a cada lado para simular la sonrisa de una calabaza.

Suelto un grito ahogado.

—¿Están bebiendo?

—No somos responsables de nuestras acciones en Halloween —comenta con una sonrisa.

—No me puedo creer que mi madre viviera aquí. Es tan… diferente.

Cliff deja escapar todo el aire y se echa a reír.

—Ah, sí. Lisa y ella se lo pasaban de lujo juntas.

—¿En serio?

—Nunca he visto a Birdie y a Lisa disfrutar más que el año pasado en la casa encantada.

Me echo a reír.

—Vaya.

—¿Te he contado la historia de cuando tropezó con una tumba?

—No —jadeo.

—¿Sabes qué es lo mejor? Que no era siquiera Halloween.

Vuelvo a reírme con una alegría que me resulta extraña. Pero está ahí, desprendiéndose a través de un dique derruido. Me llevo una mano a la boca para evitar que las carcajadas suenen

demasiado fuertes. Cliff me sonríe, casi como si no quisiera ver nada más, solo a mí.

Un fogonazo de luz cruza la oscuridad y ahuyento las estrellas ante mis ojos con un pestañeo.

—Ay, por Dios.

—Britt, nos tienes que avisar —se queja Cliff con una carcajada, frotándose los ojos y negando con la cabeza, conmocionado.

Brittany se echa a reír, apretando entre los dedos la cámara que le he regalado. Se aleja corriendo y otro fogonazo cruza la calle sin previo aviso.

—Va a dejar ciego a alguien si no lo ha hecho ya —dice.

—O lo reducirá con una llave.

—¿Se la has comprado?

—¿La cámara? —pregunto.

—Sí.

—Ajá. Iba a necesitarla esta noche.

Sonríe.

—Gracias.

—¿Quién iba a decirle que no a Steve Austin, Cliff?

—Yo también habría cedido.

Ante nosotros, Emily se da media vuelta, nos mira, se muerde el labio inferior y se gira para susurrarle algo al oído a Josh. Me desaparece la sonrisa y me tenso al sentir que ha leído demasiado entre líneas cuando advierto que el brazo de Cliff está muy cerca del mío y que el espacio entre nosotros es mínimo comparado con el que separa a los demás que caminan a nuestro lado.

—Odio cuando los adolescentes susurran —musita Cliff—. Siento que me están acosando.

—¿Alguna vez te han acosado? —pregunto.

—Claro que sí. Era el payaso de la clase. Pero todo lo que decían ya me lo había dicho yo a mí mismo. Ah, es-pera. —Me pasa a toda prisa un brazo por los hombros y me dirige hacia la izquierda—. Tienes que ver la casa de Winston.

Al final de la calle, una fila de personas se arrastra hacia una muralla erguida y envolvente. La niebla cubre el terreno mientras desaparecen con cautela por la cortina negra. En el interior hacen eco los gritos y las motosierras, casi tan estrepitosos como el sonido de demonios gimiendo que emiten los altavoces de la casa a nuestro lado.

—¿Un laberinto encantado?

—Un laberinto encantado —confirma Cliff.

—¿Estoy preparada para entrar? —pregunto con una mueca.

—Supongo que no, pero, lo estés o no, vamos a hacerlo.

—¿En serio?

—Confía en mí —dice—. Soy el organizador de eventos, ¿recuerdas?

—Confío en ti —sentencio.

La frase flota un momento entre los dos y, cuando me giro hacia Cliff, pasea los ojos por los míos con una profunda exhalación.

—Prometo que la espera merecerá la pena. —El estómago me da un vuelco cuando se gira y grita—: Oye, Em, ¿puedes cuidar de Rocket y de Brittany un segundo?

Emily, al final de la calle, con la pesada funda de almohada llena de caramelos, desvía la mirada de uno a otro con una leve sonrisa demasiado parecida a la mueca traviesa de su padre. Entorno los ojos, consiguiendo que la ensanche aún más.

—¡Claro! —le responde a Cliff a voz en grito—. Pasadlo bien.

Un guante cálido se desliza por mi mano y, cuando vuelvo a mirar a Cliff, se ha puesto la máscara blanca. Me sobresalto y suelto un chillido que le provoca una carcajada grave, amortiguada por el disfraz. Después, me guía con delicadeza de la mano por la calle en dirección al laberinto encantado. Gira los dedos sobre los míos para entrelazarlos y deja caer las manos entre los dos. Un estremecimiento me cosquillea por la espalda y empiezo a temblar.

—Eres más asustadiza de lo que pensaba —señala cuando nos unimos a la cola. Se inclina hacia mi oído y susurra—: ¿La firme Michelle tiene miedo?

Lo triste es que, cuando trago saliva y miento: «Por supuesto que no», no estoy segura de si me refiero al túnel frente a nosotros o a nuestras manos unidas. Estoy aterrada.

La mujer de Winston está en la entrada y contonea las caderas de un lado a otro al ritmo de una melodía alegre que surge del radiocasete que hay junto a ella; estoy convencida de que intenta acallar los gritos desgarradores del interior.

—¿Preparada? —me pregunta con una sonrisa mientras agita los brazos, bailando el twist.

Alzo la barbilla con un desafiante:

—Lo estoy.

Cliff se echa a reír.

—Esa es mi chica.

Le aprieto la mano y él tensa la suya cuando nos colamos bajo las pesadas cortinas, hechas con manteles negros, antes de entrar en el laberinto encantado.

La hierba cruje bajo nuestras botas. Con lentitud, avanzamos por

el estrecho pasillo. La luz de las farolas trata de abrirse camino por los paneles negros de la muralla improvisada, pero el sendero ante nosotros está envuelto en la oscuridad. Se oye un grito. Me detengo y el pecho duro de Cliff se encuentra con mi espalda. Se echa a reír.

—Podemos volver si quieres —dice.

—Nunca.

—Bien, porque eso te convertiría en una perdedora.

—Cállate —siseo con un susurro.

Suelta una carcajada, me coloca una mano en el hombro y me lo acaricia para tranquilizarme, pero solo logra ponerme más de los nervios. Sobre todo, cuando me desliza la mano con lentitud por el brazo y la muñeca antes de volver a entrelazar nuestros dedos.

Giramos y un payaso enmascarado salta en nuestra dirección. Grito, pero me echo a reír enseguida cuando Cliff también lo hace.

—Ah, ¿estás asustado, Clifford? —lo provoco con una sonrisa.

—Lo que tú digas —replica.

Un esqueleto cae desde la red del techo.

—¡Winston! —grito.

Cliff se echa a reír detrás de mí y juro que oigo la carca-jada de un niño al otro lado de las paredes oscurecidas. Debe de ser la familia de Winston, pasándoselo en grande.

—Sigue andando —me pide Cliff, acariciándome la columna vertebral con el pulgar.

Despacio, abre por completo la mano y la extiende por mi espalda, enredándose en los pliegues de mi vestido. Camino con mayor lentitud, paralizada bajo su roce.

—Sigue andando —repite, y el murmullo grave me roza la nuca.

El cuerpo me arde. Reticente, avanzo unos pasos.

Otro giro revela un hombre con una máscara de cuero. El de después va de hombre lobo. Luego, de demonio. Pero cada vez me sobresalto menos. Quizá esté insensibilizada. O tal vez estoy demasiado centrada en el hombre a mis espaldas, que me ha posado los dedos en la cintura.

Noto su pecho contra mí. Su aliento en el pelo. Nunca me había fijado en lo alto que era Cliff hasta ahora, ya que se yergue sobre mí como un escudo. Con cautela, estiro la mano y la entrelazo con la suya. Me delinea lentos círculos por la muñeca.

Este hombre, este hombre encantador, está muy cerca. De mí. ¿Por qué de mí?

El laberinto desemboca en un lado de la casa de Winston. Un hombre se abalanza contra nosotros con una motosierra sobre la cabeza. Cliff y yo nos precipitamos hacia la salida mientras nuestras carcajadas sincronizadas hacen eco en la noche.

Corremos por el jardín cubierto de césped hasta que llegamos a un callejón sin salida. A la derecha, las hojas amontonadas a cada lado de un camino llevan a la acera del vecindario. A la izquierda, hay una alta hilera de arbustos, envuelta en falsas telas de araña, con un pequeño hueco en el centro para pasar entre ellos.

Ante esta encrucijada, mis pies frenan. Odio que lo hagan. Odio que esté planteándome qué ocurriría si giramos a la izquierda. Si me quedara a solas con Cliff, escondidos entre los arbustos. «¿Qué pasaría? ¿Quiero que pase algo?».

Me giro y me encuentro con una máscara blanca que me devuelve la mirada. Grito tan fuerte que Cliff se echa a reír y me tapa la boca con la mano.

—Se me había olvidado lo de tu estúpida máscara —aclaro, y las

palabras se me escapan en parte amortiguadas por su mano enguantada.

Sin embargo, poco a poco, nuestra risa decae y, de repente, estamos los dos ahí de pie, inmóviles y juntos, con su palma contra mis labios. Se me forma un nudo en el estómago.

Entonces, tomo la decisión. No sé cuándo lo ha determinado mi mente, pero ya estoy dirigiéndome a los arbustos. Cliff me sigue. Ando hacia atrás, y él, hacia delante. Paso a paso, con el corazón acelerado, desaparezco junto a Cliff entre los arbustos. Nos encaminamos por una vía tranquila, solitaria, lejos del resto del mundo.

Al otro lado, la gravilla cubierta de zarzas está sumida en la oscuridad bajo nuestros pies. Mi espalda choca con la valla de la casa de Winston. Las farolas distantes y la decoración titilan entre los arbustos, que dejan pasar apenas un ápice de luz. Cliff se sube la máscara. Sus ojos se ocultan bajo las sombras de la larga máscara blanca, pero los noto fijos en mí.

Aparta la mano de mi boca y me acaricia la mejilla con los nudillos. Después, me recorre el cuello con los dedos y los posa en mi hombro, desde donde me roza la clavícula con el pulgar al tiempo que los dos respiramos temblorosos.

El aire a nuestro alrededor se vuelve más denso. La brisa otoñal que llevaba toda la noche sin soplar agita de repente las ramas. Una única hoja se engancha en la capucha de Cliff. Estiro la mano para cogerla e inspira con brusquedad cuando le rozo la mejilla con el brazo.

Se inclina hacia mí y apoya una mano en la pared junto a mi cabeza, atrapándome contra el revestimiento de los paneles. Con la

otra mano me deja un cosquilleo fantasma en el brazo al recorrerme la tela del vestido con el dorso de los dedos enguantados. Un escalofrío me atraviesa la piel a pesar de las capas de ropa que hay entre los dos. Estoy intentando respirar con normalidad, pero empiezo a hiperventilar.

Tengo ganas de besarlo. Tengo tantas ganas de besar a Cliff que duele. Sin embargo, él se muestra precavido. Muy precavido. Me pregunto si se deberá a que no lo tiene claro. No lo culpo.

—No hagas nada de lo que creas que puedes arrepentirte.

Niega con la cabeza sin dudarlo.

—De esto no me arrepentiría.

Me coloca las manos en la base del cuello, que me recorre con los dedos. Dejo escapar un jadeo ahogado.

—¿Tú sí?

No sé qué contestar. El corazón se me va a salir del pecho. ¿Qué significaría esto para los dos? ¿Está buscando un rollo otoñal? ¿Y yo? ¿O es algo más? Es mi amigo. Mi mejor amigo. Nunca he tenido un mejor amigo, aparte de mi hermana.

En mitad de mi silencio dilatado, Cliff por fin suelta una suave carcajada. Baja la mano que había posado junto a mi cabeza y se aparta. El corazón me palpita con fuerza ante la pérdida de su calidez. La ansiedad me recorre el cuerpo cuando da un paso atrás.

Se baja la máscara y ladea la cabeza.

—¿Cuál es tu película de terror preferida? —me provoca, adoptando un timbre siniestro y áspero bajo la máscara mientras cita la película a la que pertenece su disfraz.

Cliff se echa a reír y lo imito. Será mejor que rompa la tensión.

—Vamos, Michelle. —Ahora utiliza su voz. Oigo la sonrisa en sus

palabras—. Volvamos.

Y en ese momento, justo en ese momento, sé que necesito besarlo. Porque, a pesar de que Cliff se esté arriesgando, sabe dar marcha atrás cuando cree que estoy incómoda. Porque es esa clase de amigo. Porque es esa clase de hombre.

No sé a qué llevará nuestro beso. No sé si nos importará que me marche en dos meses. Quizá no sigamos en contacto. O sí. Quizá nos riamos de esto. Entre tanta incertidumbre, hay una cosa clara: no tengo ninguna duda sobre Cliff. Es sarcástico, ruidoso y abierto, no reservado como Allen. Cliff es más hombre que cualquiera de los supuestos tíos altruistas y agradables, según sus propias palabras, con los que he salido. Es más hombre de lo que nunca lo fue mi exmarido.

Cliff se gira para marcharse, pero estiro la mano y lo cojo del codo. Se tensa antes de dar media vuelta para mirarme. Su máscara, no, Cliff, me provoca un miedo repentino que me palpita en el corazón; aun así, tiro de su brazo para que vuelva. Las hojas crujen bajo sus botas cuando se vuelve a acercar a mí. Esta vez, se aproxima más. Hasta que nuestros pechos se fusionan.

Cuelo el pulgar por la parte inferior de la máscara para levantársela hasta verle por fin esos ojos azul cielo bajo la luz de la luna. Arquea las cejas. Noto cómo su corazón late contra el mío.

—Yo tampoco me voy a arrepentir —susurro.

Cliff parpadea y pasea los ojos por los míos.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—No.

Cliff me delinea con lentitud la mandíbula con los dedos. Siento la

tela rugosa de su guante, que se me engancha en el pelo al acunarme la nuca. Cierro los ojos cuando me presiona los labios en la frente y los deja ahí durante un segundo, antes de regalarme un nuevo beso en la sien. En la mejilla. En la mandíbula. Cliff actúa con lentitud, saboreando cada parte de mi ser que le estoy permitiendo tocar.

Se retira. Al abrir los ojos, descubro sus labios a menos de tres centímetros de los míos. La calidez de su aliento me inunda.

—Michelle —susurra, inclinando la cabeza hacia un lado—, no podemos.

Un cuchillo se clava en el estómago.

—Ah. —Es todo que consigo contestar.

Se echa a reír enseguida.

—Ahora mismo no, quiero decir. —Luego, se acerca aún más y me dedica una sonrisa traviesa—. No quiero empezar algo que no puedo terminar.

—Ah —repito, pero esta vez se me encienden las mejillas.

Deja escapar un suspiro antes de colocarme un mechón tras la oreja.

—Creo que hacer ciertas… cosas… entre los arbustos de Winston no es lo más acertado. Nunca superaríamos esa vergüenza.

—Claro —concuerdo, negando con la cabeza—. Tiene sentido.

Cliff me contempla con una sonrisa solemne. Se la devuelvo, pero mi corazón no frena su ritmo frenético. La energía me vibra en todo el cuerpo y, a medida que pasan los segundos, noto cómo su sonrisa desaparece. Las arrugas alrededor de sus ojos se desvanecen. Sus labios se convierten en una línea recta. Al final, suspira.

—A la mierda.

Cliff introduce los dedos en mi pelo, me acuna la nuca y presiona sus labios contra los míos. Se me corta la respiración. Me tambaleo, pero me estabiliza posando la otra mano en mi cintura. La llama en mi pecho asciende hasta la garganta. Se convierte en un incendio. Cliff es un incendio. Paseo los dedos por su túnica y agarro la tela para atraerlo contra mí. Y, cuando funde su pecho musculoso contra el mío, me derrito.

Abrimos la boca en sincronía. Se me escapa un gemido vergonzoso. Pero el sonido lo provoca de tal manera que suelta un gruñido como respuesta. Nunca he oído tanta desesperación salir de la garganta de Cliff. Nunca me he imaginado que desearía con tanta desesperación volver a oírlo.

Le muerdo el labio inferior y su lengua se cuela en mi boca. Tiro de su capucha y la máscara cae a la gravilla. Se presiona contra mí hasta que tengo la espalda pegada a la valla. Contonea la cadera contra la mía y me quedo sin aliento.

El deseo nos empuja a acariciarnos el cuello, la mandíbula, el pelo. Siento su latido a través de la muñeca que me ha posado en la mejilla. Lo más probable es que note mi corazón a través de la mano que le he colocado en la base del cuello. Exhalo contra sus labios.

Pero, entonces, nuestro fervor se convierte en algo más tranquilo. Más dulce. Más delicado. Me acaricia la mejilla con el pulgar. Suelto las manos del disfraz y él dibuja un sendero con las suyas desde mi cintura hasta mis costillas y vuelta a empezar. Los besos comienzan a ser más lentos.

Por fin, me regala lo que parece el último beso y se aparta. Sin embargo, cuando me inclino contra él, acepta todo lo que le ofrezco, presionando los labios contra los míos una y otra vez hasta que las

pausas entre uno y otro se hacen cada vez más largas. No es suficiente. Podría pasarme la eternidad besándolo.

Por fin nos separamos y, al abrir los ojos, los dos nos echamos a reír. Nos reímos para ahuyentar nuestro nerviosismo. Nos reímos cuando advertimos que tengo el pelo revuelto, y él, las mejillas ruborizadas.

Estiro la mano para seguir el rastro de la pequeña cicatriz sobre su labio y la profunda marca junto a su boca. Al pasar ante esta, vuelve a soltar una carcajada y me besa la yema de cada dedo.

Me siento segura. Contenta por primera vez desde quién sabe cuándo. Hasta que, a lo lejos, alguien grita:

—¡Cliff! ¿Dónde está Cliff?

Otra persona chilla:

—Id a buscar a Cliff.

Pero lo único que hace que Cliff se aparte con brusquedad es un desgarrador:

—¡Papá!

De inmediato, echamos a correr.



Capítulo 19
CLIFF

Con Michelle de la mano, me abro paso entre las ramas puntiagudas de los arbustos y corro por el jardín cubierto de hojas en busca de mi hija. El corazón me palpita con tanta fuerza que late contra la mano de Michelle.

Hace un segundo estaba en la gloria, sujetando a esta preciosa mujer por la cintura. Y ahora… Ahora… estoy aterrado.

No tardamos mucho en encontrar la fuente de los gritos. Un grupo de gente forma un círculo en torno a una alcantarilla. George me ve y me dedica un saludo solemne. La multitud se divide cuando penetro en ella y Michelle deja caer la mano porque solo hay espacio suficiente para que pase yo. En el cemento, Brittany se sostiene la rodilla entre sollozos. El estómago me da un vuelco.

Quizá sea igual que cuando la encontré entre las calabazas. A lo mejor solo se ha caído.

En una rodilla advierto algunos arañazos, pero respecto a otra… no ha tenido tanta suerte. Tiene un corte de bastante profundidad. El corazón se me sube a la garganta cuando me acuclillo a su lado.

—Oye, Britt. —Le acuno las mejillas con las manos—. Cuéntame

qué ha pasado.

Los mocos se le deslizan sobre el labio superior y, como no deja de sorber por la nariz, no es capaz de pronunciar bien las palabras. Son un revoltijo de «eh», «él» y «miedo». Con un único dedo, señala a Rocket.

El perro se escabulle junto a Emily, rozando el suelo con el cuerpo, gimiendo con el rabo entre las piernas. Mi hija mayor lo sujeta por la correa.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Uno de los fantasmas del jardín asustó a Rocket —explica—. Cuando Brittany ha tratado de acariciarlo, ha entrado en pánico y ha intentado huir. Como lo tenía sujeto por la correa, la ha arrastrado con él.

Mi primer instinto es enfadarme con Rocket. Sin embargo, en cuanto el combustible en mis venas se consume, me siento triste. Me siento triste porque Brittany lo está mirando como si la hubiera traicionado.

Mi hija pequeña se sorbe la nariz y se ahoga con otro estallido de lágrimas. Intenta limpiárselas con el dorso de la mano, ahí también tiene la marca áspera de la carretera, ya que debe de haber frenado con ella la caída. Se la aparto y le limpio las lágrimas con los pulgares.

Michelle (¡Michelle!) le quita a Emily la cadena de la mano. Rocket se esconde entre sus piernas, apoya la barriga en el suelo y sigue gimiendo. Michelle se agacha para acariciarle el pelaje, pero el perro solo se tensa aún más y deja escapar un pequeño gruñido de advertencia. Está asustado. Entonces, advierto que el pequeño Clifford al que mordió un perro no es el mismo hombre que está

contemplando al animal.

Sé que no ha sido culpa de Rocket. Es Halloween y cualquier mascota se sentiría incómoda rodeada de esqueletos, demonios y diablos. Aun así, no me gusta que mi hija sea un daño colateral o que lo esté pagando también con Michelle. Es un animal. Esperar que sea razonable es ridículo, pero la irritación guía todos mis movimientos. Cada momento que paso observándolo, más enfadado me siento.

Brittany se remueve en el sitio. Está abrumada por las lágrimas. Le miro la rodilla. Se le ha rasgado la piel y el corte es tan profundo que lo más probable es que no sirva con una simple tirita. Me pregunto si necesitará puntos. No logro ralentizar el latido de mi corazón.

Tenemos que irnos.

Le paso un brazo por la espalda y otro tras las rodillas para acunar a Brittany contra mí.

—Nos vamos a urgencias —anuncio—. Emily, quédate aquí. Cuéntale a Carol lo que ha ocurrido.

Su expresión preocupada sigue mis pisadas.

—¿Estás seguro de que no necesitas…?

—Tenemos que irnos ya, peque —digo—. No nos va a pasar nada.

—Puedo ayudar, papá.

Brittany vuelve a echarse a llorar.

—Em, ahora no, ¿vale? Lo siento.

Aprieta la mandíbula. Josh le acaricia la espalda con una mano, pero mi hija frunce el ceño y sacude el hombro para apartarse de él.

—Deja que vaya contigo —insiste.

—No puedo ocuparme de dos cosas a la vez ahora mismo, peque.

Se queda paralizada.

—¿Cosas? ¿Soy una cosa?

El estómago me da un vuelco. Cierro los ojos con fuerza.

—No es…

—Lo que tú digas —escupe.

Aprieta los puños antes de alejarse con largas zancadas.

—¡Emily! —Estoy mareado, mis pensamientos no dejan de dar vueltas mientras busco la manera de arreglarlo todo a la vez. Pero es demasiado y tengo a una cría de seis años llorando en mis brazos.

Me detengo junto a Michelle. No sé qué decir. Ojalá pudiera confesarle que todo lo que ha ocurrido esta noche ha sido nuevo para mí, que ha sido la primera vez en casi veinte años que me he sentido vivo.

Me pregunto si se arrepentirá. Si verme aquí, con mi hija pequeña en brazos, será demasiado. Y, si lo es, no hay nada que pueda hacer porque mis niñas son el centro de mi mundo.

«¿Se lo estará replanteando Michelle? ¿La habré presionado demasiado?».

No tengo tiempo para centrarme en esas preguntas. En mi mente no dejan de acumularse el resto de las preocupaciones sobre mis hijas.

«¿Cuánto tiempo tardaré en llegar al coche?».

«¿Habrá mucho tráfico para salir del pueblo por ser Halloween?».

«¿Cuántos puntos necesitará Brittany?».

«¿Qué le he dicho a Emily?».

—Hablaré con Emily —me asegura Michelle, como si me leyera la

mente.

Quiero abrazarla. Quiero contarle que me conoce más que cualquiera desde hace años. Quiero tocarla de todas las maneras posibles hasta que le quede claro que lo que he dicho en la casa de Winston iba en serio. No me arrepiento de haberla besado y odio que nuestra noche haya acabado así.

Pero un simple «gracias» es lo único que logro musitar antes de trotar hasta mi casa en busca de la furgoneta. La última pregunta en mi mente hace que me piten los oídos por la ansiedad. La pregunta que desearía no tener en la cabeza justo después de haber arrinconado a Michelle contra una pared y saboreado sus labios. Una persona que desearía que no hubiera interrumpido todo lo que estaba sintiendo mientras besaba a otra mujer por primera vez.

Tampoco es que necesite saberlo.

Tampoco es que necesite su aprobación.

Pero llevo a nuestra hija en brazos y sé que esta llama-da no es la que desearía recibir en Halloween. De hecho, es la última llamada que quiero hacer. Y la última pregunta en la que quiero pensar ahora mismo es: «¿Qué diablos le cuento a Tracy?».



Capítulo 20
MICHELLE

—Em…

—No quiero hablar con nadie.

—Emily —suspiro.

—Déjame en paz.

Nuestro pequeño grupo se abre paso a trompicones por la casa tras ella. A Josh, con su cola de perro torcida que rebota a su lado, y a mí, con Rocket en brazos, se nos une Carol, que se ha levantado del sofá. Se le cae el bol naranja lleno de chucherías y se derrama por la alfombra.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Muchas cosas —respondo tensa.

Demasiadas.

No consigo asimilar la noche. La casa del terror. El corte de Brittany. Emily. Cliff.

¡Cliff!

Sus manos en mi cintura. Sus labios tersos, desesperados. El latido irregular de mi corazón, a un ritmo tan superior al habitual que temo que explote. Y ahora esto. Estoy persiguiendo a su hija

por la casa, subiendo a toda prisa las escaleras antes de que la adolescente me cierre la puerta en la cara.

Josh, Carol y yo alzamos la cabeza al unísono. Intercambiamos una mirada. Carol tiene los ojos muy abiertos. Josh, una expresión casi aterrada. Y yo abrazo con firmeza a Rocket contra el pecho. Cuando se remueve, lo dejo en el suelo, donde se tumba sobre el estómago entre mis piernas.

—Brittany se ha caído —le explico a Carol, recogiéndome el pelo para hacerme una coleta. Necesito apartármelo de la nuca pegajosa, cubierta de una atracción chisporroteante y el sudor de la carrera tras Emily por la calle.

—¿Dónde está? —pregunta Carol.

—Cliff se la ha llevado a urgencias.

—Ay, madre mía, ¿se encuentra bien?

—Lo más probable es que necesite puntos —expongo, las palabras han surgido antes de haber podido reprimirlas.

Necesitará puntos.

He arrastrado a Cliff hacia los arbustos de la parte trasera de la casa de Winston para liarme con él mientras mi perro arrastraba a su hija de seis años por el cemento. Observo a Rocket, que no me devuelve la mirada. Tiene el hocico enterrado entre las patas.

Tras un mes entero tomando rutas alternativas por el vecindario para evitar a esos fantasmas, debería haber tenido cuidado antes de dejarlo solo. Debería haber cuidado de él. De la hija de Cliff.

He impedido que Cliff estuviera pendiente de sus hijas. Me he comportado como una egoísta, exigiendo más, más y más, como hago siempre. Más para mí.

Esto me supera como un maremoto y, presionándome contra la

pared, cierro los ojos con fuerza.

—¿Se encuentra bien, señorita Michelle? —se preocupa Josh.

Lo contemplo y me acaricio la mejilla con la lengua. Asiento en silencio. Luego, me incorporo y golpeo la puerta de Emily con los nudillos.

—Oye, abre, Em.

—¡No! —exclama con brusquedad.

Josh frunce los labios y avanza con pequeñas zancadas.

—Cariño…

—No me vengas con «cariños», Joshua.

Se estremece, igual que yo.

Vuelvo a llamar.

—Emily…

—No. —Esta vez, su protesta se torna trémula.

—Le prometí a tu padre que hablaría contigo.

Carol pasa a mi lado y da un golpe en la puerta con la palma de la mano.

—Oye, Em…

—Cállate, Carol.

Su tía retrocede y asiente para sí, a la vez que comenta:

—Sí, era de esperar.

Ya veo cómo se toca los bolsillos en busca de un cigarro. Dejo escapar un bufido y aprieto los dientes antes de golpear la puerta con el puño.

—Emily, pienso hablar contigo te pongas como te pongas. ¿Prefieres hacerlo delante de todos o a solas?

Se produce una pausa incómoda, seguida del chirrido del colchón. Después, se escucha el clic de un cerrojo al abrirse. La

puerta cede una rendija y el corazón me da un vuelco. Debido a las lágrimas, se le han corrido por las mejillas los bigotes de gato que se había dibujado. Tiene los ojos rojos. Y todo a su alrededor ha adoptado un toque rosado e hinchado.

Suavizo mi tono.

—¿Puedo pasar?

Se sorbe la nariz, desvía la mirada y me abre la puerta.

—Vas a entrar de todas formas.

Me encojo de hombros porque, bueno, no se equivoca. Les sostengo la mirada a Josh y a Carol. El chico se apoya en la pared. Las orejas de perro hechas de cartón, atadas con una cinta, le caen encima del pelo largo. Carol cruza los brazos sobre el pecho y asiente, solemne. Rocket permanece tumbado en el suelo con el hocico entre las patas.

Cruzo el umbral y, de inmediato, Emily da un portazo a mis espaldas. Miro a mi alrededor. Nunca había estado en la habitación de Emily. Es un álbum de recortes de las fases de cualquier chica. Las paredes están pintadas de color rosa claro. Hay peluches esparcidos por el suelo y la cama sin hacer. El techo está cubierto de estrellas que brillan en la oscuridad, junto con un póster de una cara sonriente amarilla y otro de Leonardo DiCaprio en *Romeo + Julieta*. Unas notas garabateadas en pósits cubren la pared, entretejidas con páginas arrancadas del libreto de algún álbum musical. Las estanterías, llenas con los libros de *Pesadillas* y *El club de las canguro*, flanquean el marco de la puerta.

Emily se sorbe la nariz.

—¿Qué quería mi padre que me dijeras? —pregunta. Su voz rezuma desdén.

—No me dijo que te dijera nada, fui yo quien se ofreció a ver cómo estabas.

—Bueno, aquí estoy. Viva —se burla con una mueca de desprecio —. ¿Feliz?

—No pagues tu enfado conmigo —replico, ladeando la cabeza y cruzando los brazos—. Cuéntame qué te pasa.

—No lo entenderías.

—Haz que lo entienda.

Suelta un bufido tan gutural que me pregunto si se habrá hecho daño.

—No me ha elegido. Otra vez. Me ha apartado. Otra vez. Mi padre no ha confiado en mí. Otra vez.

—Tu padre confía en ti, pero estaba abrumado.

Me contempla.

—Brittany es más importante.

Oigo las mismas palabras saliendo de mis labios cuando tenía su edad. El gemido enfadado que le escupía a mi padre a la cara mientras observaba a mi madre con Sara en el exterior, tumbadas en la hierba mientras yo estaba de mal humor en mi habitación.

«Querida Sara».

Sin embargo, no era culpa de Sara. Sé que tampoco lo era de mi madre, pero, aun así, escocía.

—Brittany es más pequeña —digo—. No puede ir conduciendo por sí sola hasta el hospital.

Emily pestañea.

—Ya lo sé, mamá —replica con retintín.

Se me tensa el cuerpo. Me he quedado sin palabras y, en mitad del silencio, Emily levanta la mirada, rebosante de preocupación, con

las cejas arqueadas.

—Lo siento —susurra.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada.

—No quiero seguir siendo el segundo plato —confiesa—. Estoy harta.

Me da un vuelco el estómago. He acaparado a Cliff. ¿Para qué? ¿Para marcharme dentro de dos meses? ¿Para acabar con el equilibrio precario de esta familia?

Me siento a su lado en la cama.

—Tu padre no tiene predilección por ninguna, ¿vale?

—Pero mi madre sí —espeta.

—Tu padre no —insisto—. No es de esa clase de hombres.

Se sorbe la nariz y pestañea, mirándome a través de los ojos anegados de lágrimas. Entonces, de repente, esconde la cara en mi vestido. Me quedo paralizada. No sé qué hacer. Nadie me ha abrazado así nunca, excepto mi hermana. Levanto los brazos en el aire y, despacio, la rodeo por la espalda para estrecharla contra mí.

La puerta se abre y, cuando Carol saca la cabeza por ella, Emily deja caer los brazos. Espero que vuelva a gritarle, pero, con un mohín, le dedica un asentimiento silencioso a su tía. Carol cruza el umbral y su sobrina se levanta para lanzarse contra su pecho.

La cabeza me da vueltas mientras la hija de Cliff llora, abrazada a su tía. Me trago el nudo de la garganta. Me siento como una intrusa ahora mismo. Quiero irme.

Esto es lo que necesita Emily, lo que necesitan las hijas de Cliff. Tengo una vida para la que me he esforzado en Seattle. Una buena vida que me encanta. ¿Qué hago aquí, ocupando el papel de madre

de estas niñas? Es una irresponsabilidad. Es egoísta por mi parte porque sé que me voy a ir.

—Tu padre no es mala persona —musita Carol—. Lo prometo.

Emily se sorbe la nariz y asiente en silencio contra ella.

Copper Run es un momento fugaz en mi vida, pero, para la familia Burke, es real. Estoy disfrutando de una felicidad temporal en el hotel. No puedo distraer a Cliff de lo que importa de verdad. No he tenido muchos amigos íntimos en mi vida, pero me imagino que la amistad no es así.



Capítulo 21

CLIFF

El viaje de vuelta a casa desde urgencias me parece más largo que el de ida. Brittany se ha quedado frita en el asiento del acompañante con una enorme tirita que le cubre la rodilla y los puntos que le han dado en ella. Tres, para ser más exactos. Un número que no olvidaré en un futuro cercano.

—Tres puntos —ha repetido Tracy al teléfono.

En ese momento, notaba el corazón en la garganta. Desearía haber tenido tiempo para tranquilizarme, pero no estaba seguro de cuánto estaríamos en la sala de espera y ya había echado un centavo, así que una bronca al precio de un centavo sería mi castigo hasta que la llamada se cortara de manera inevitable.

—Me gustaría que pasaran Acción de Gracias conmigo este año —ha dicho.

Casi me he desmayado en el sitio.

—¿Qué? Ya vas a venir en Navidad.

—Quiero que vengan.

—Trace —he susurrado, pellizcándome la nariz, al tiempo que trataba de hacerle entrar en razón—. No lo dirás en serio.

—Clifford, creo… Creo que lo necesito.

La notaba nerviosa. Asustada. Incómoda con todo. Y lo he entendido, pero me he sentido como si alguien tirara de la alfombra bajo mis pies.

—A ver, estás dejando que juegue con un perro cualquiera sin vigilarla.

—El perro no le hizo nada. Se asustó.

—¿Y dónde estaba Emily?

—Allí —le he asegurado—. Nadie podría haber hecho nada.

—Podrías no haber permitido que nuestra hija se hiciera amiga de un animal.

En ese momento, he apoyado la cabeza en la fría cabina.

—Trace, por favor, no te las lleves en Acción de Gracias. —Mi propia súplica me ha parecido desagradable, pero las palabras ya habían surgido de entre mis labios—. Es su celebración favorita. Siempre organizamos una gran cena con todo el vecindario.

—Pero pueden ver el desfile de Acción de Gracias de Macy's en persona. ¿No les encantaría?

Claro que a Brittany le encantaría verlo. Incluso Emily disfrutaría del espectáculo. Pero eso significaría no pasar ese día conmigo. No quiero que se vayan en esas fechas.

—Sí, pero… —Aunque no me he sentido tan desesperado en mi vida, no he encontrado ni un solo argumento que no fuera egoísta.

—Quiero pasar ese festivo con ellas —ha sentenciado Tracy—. ¿Crees que no pienso todos los días en mis niñas?

No. Pero no podía decírselo, por eso he respondido: «Sí, tiene sentido», «Sí, les encantará ver el desfile» y «Siempre y cuando vuelvan al día siguiente», ante lo que no he encontrado ninguna

resistencia.

Ahora, miro a Brittany, que tiene la cabeza caída sobre el cinturón y los labios entreabiertos mientras deja escapar suaves ronquidos, como los de un cachorro.

«¿Cómo diablos voy a contarles a las niñas que no van a pasar Acción de Gracias conmigo?».

La furgoneta traquetea al pasar junto al cartel de bienvenida de Copper Run, bajo el puente cubierto, a través de la plaza y por el par de manzanas hasta llegar a nuestra casa. La luz del porche de Bird & Breakfast está bañada por un brillo naranja y dorado que ilumina a Michelle y Carol en el balancín.

Me tiembla el pie contra el pedal. No he estado a más de una o dos manzanas de Michelle desde hace un mes y, después de lo que ha ocurrido esta noche entre nosotros, no puedo evitar sentirme incómodo por la distancia. No sé qué dice eso de mí, pero seguro que no es bueno.

Giro en el camino de entrada, le desabrocho el cinturón a Brittany y la llevo en brazos hasta su cuarto. Solo gime un poco cuando le quito los zapatos antes de meterla en la cama. Se abraza a su unicornio de peluche y se aovilla bajo la manta sin abrir ni un ojo.

Paso junto a la habitación de Emily. Tiene la puerta cerrada y la luz apagada. Llamo con suavidad, pero no recibo respuesta. La casa desprende una tranquilidad poco habitual, sobre todo en comparación con el ruido que había en la calle hace apenas unas horas. Me incomoda.

Bajo las escaleras. Una nota junto al teléfono me informa de que Lars ha llamado, igual que George, Betty y Sandra. Supongo que ahora mismo todo el pueblo está enterado ya del incidente.

Abro la puerta trasera y dejo que la mosquitera se cierre a mis espaldas. Las hojas crujen bajo mis botas, que repiquetean sobre los adoquines que me llevan al jardín de Michelle. Tanto esta como Carol interrumpen su charla. Sé que debería decir algo, pero las cejas arqueadas, llenas de preocupación, y los labios entreabiertos de Michelle me distraen demasiado.

En algún instante de este último mes, nos hemos vuelto inseparables. No sé en qué momento ha ocurrido. Es como cuando las hojas verdes y rebosantes de vida, de repente, caen al suelo con apagados tonos marrones y naranjas. Las estaciones de nuestra relación han cambiado sin mi consentimiento. Ahora no sé en qué nos convierte eso. Nos hemos besado, pero ¿qué significa?

Puedo imaginar el olor a romero de su pelo y el sabor a canela de sus labios y deseo revivir esos besos una y otra vez. Se va en dos meses, ¡dos meses!, lo que, en cierto sentido, estropea todo lo demás.

Un plan a largo plazo parece imposible dado que a Michelle le espera un trabajo al otro lado del país. Me resultaría demasiado optimista. Irresponsable. Le encanta Seattle. No pienso mantener anclada a ninguna otra persona a Copper Run. No puedo.

—¿Y bien? —insiste Carol—. ¿Cómo está Brittany?

—Bien. Tres puntos. —Las dos palabras retumban de nuevo en mi cabeza como un gong.

Michelle suspira.

—Pobre.

Me paso una mano por el pelo.

—Sí, se ha pasado todo el camino de vuelta durmiendo.

Carol se clava los dientes en el labio inferior y suelta una risita.

—¿Sabes que sigues disfrazado?

Estudio la larga túnica negra que se me aferra al pecho y se arremolina sobre mis botas, flotando sobre los escalones del porche.

—No —respondo, soltando una carcajada al imaginarme la pinta que debo de haber tenido mientras irrumpía en la sala de urgencias con mi hija disfrazada con una calva postiza y yo vestido como el asesino más aterrador de 1997. Al menos, no llevaba la máscara. Michelle la tiró al suelo mientras…

Trago saliva.

—Emily se partirá de risa cuando se lo cuente.

Michelle y Carol intercambian una mirada. Me apoyo en la barandilla y cruzo los brazos.

—¿Qué tal está? —pregunto—. ¿Se encuentra bien?

Las dos mujeres se estremecen. En otras circunstancias, me echaría a reír por lo similares que son sus expresiones.

—¿Tan mal? —digo.

—Siente que la has ignorado —me explica Carol—. Ya sabes lo sensible que está con ese tema.

Gruño y me paso los dedos por el pelo de nuevo. Todo me hace sentir incómodo. La túnica suelta. La soledad de mi hija mayor. La terrible verdad que les tendré que contar a las chicas mañana, que solo empeorará la situación. Y luego el recuerdo de mi beso con Michelle, que cuelga sobre mi cabeza como un hacha.

Carol se da una palmada en las rodillas.

—Bueno, debería irme. Ya he tenido bastantes dulces y dramas. —Se pone en pie, se despide de Michelle y a mí me aprieta el hombro—. Te veo a primera hora de la mañana, Cliff.

Le doy un golpecito sobre la mano.

—Sí, nos vemos.

Carol cruza el patio, sube por nuestro camino de entrada, enciende su chatarra de coche y recorre las pocas manzanas que nos separan de su casa, dejándonos a Michelle y a mí a solas en el porche.

Paso una de mis botas por una tabla del suelo y me aclaro la garganta.

—Oye…

—He…

—No, tú primero —la animo. Me subo a la barandilla y me inclino hacia ella con las manos unidas entre mis rodillas.

Michelle se incorpora, cruza una pierna sobre otra y deja las manos con delicadeza sobre su regazo. Siempre tan guapa y serena.

Exhala.

—Lo siento.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué no? —dice—. Perdona por haberte mantenido alejado de tus hijas…

—Yo elegí…

—Perdona que Rocket haya asustado a Brittany…

—Tenía miedo…

—Perdona por besarte.

La superposición de palabras se detiene en ese momento.

—¿Lamentas que nos hayamos besado? —pregunto.

—Lo he estado pensando —comienza y, por primera vez, no me sostiene la mirada.

—Y yo.

—Solo voy a estar en Copper Run dos meses más. —Retuerce la

falda entre los dedos—. Tengo una vida en Seattle y tú aquí, en Vermont.

—Cierto…

—Me gustas, Cliff. —Suelta una carcajada, incrédula.

La imito.

—Y tú a mí, Michelle.

—Pero…

—Pero solo somos amigos —concluyo por ella.

—Sí, eres mi amigo —me confirma.

No sé si me siento aliviado o no. Está pensando lo mismo que yo porque, por supuesto, estamos en el mismo punto. Aun así, no puedo evitar que me dé un vuelco el corazón al oír la realidad en voz alta.

Me bajo de la barandilla de un salto y me siento a su lado en el balancín, lo que hace que las cadenas del asiento giman.

—Lo más probable es que solo seamos dos divorciados supercachondos. —Pone los ojos en blanco con una sonrisa—. Y no quiero estropear los buenos recuerdos que hemos creado por un rollo pasajero.

Me echo a reír. No se equivoca. Al menos, en lo último. Y sí, quizá tampoco en lo primero. Me encantaría hundir las manos en su pelo y besarla de nuevo. Me encantaría colar mis dedos bajo su falda, pero también me apetece reír a su lado.

Lo último que deseo es perderla durante los dos meses que la tendré junto a mí. Debo olvidarme del beso si eso significa conservar nuestra amistad. Necesito mantenerla conmigo mientras pueda.

—Tienes razón —respondo—. De todas formas, solo fue un beso, ¿no?

Estira el brazo para retorcerse el pendiente.

—Claro. —Parece triste—. Todo esto es complicado.

—Oye —digo, y le acuno el rostro entre las palmas de mis manos.

Se queda paralizada bajo mi roce.

—Estoy de acuerdo contigo, ¿vale?

Me sorprende, y me llena de calidez, que incline la cabeza hacia un lado para apoyar la mejilla contra mis dedos.

—Me gustas, Cliff. Necesitas que alguien te lo diga.

Solo con eso consigue que sonría.

—Gracias por contármelo.

—Te lo diré todas las veces que necesites.

Se me escapa una grave carcajada.

—Te tomo la palabra.

Pone los ojos en blanco.

—Te mereces volver ahí fuera, ¿sabes? —susurra.

—Eso he oído.

Trago saliva, le acaricio la mejilla con el pulgar y la beso en la frente, cerrando los ojos. El corazón me palpita con fuerza en el pecho cuando lo alargo unos segundos. Su aliento me cosquillea en el cuello. Luego, despacio, me retiro hasta poder sostenerle la mirada.

—¿Amigos? —pregunto.

Veo cómo traga saliva.

—Amigos.

Una ligera brisa de Halloween sopla a nuestro alrededor, lo que me provoca un escalofrío por la columna vertebral. Porque, aunque esté aquí y todo vaya bien, sé que un fragmento de mi corazón, el que me ha robado con tanta facilidad, se está desprendiendo como

una hoja que volara por el viento.

—Bueno. —Rompo el silencio—. Ya está, entonces.

Le coloco una mano en la rodilla y ejerzo un poco de presión como haría normalmente para tranquilizarla. Aunque ahora el gesto me parece distinto. Inapropiado.

—Debería irme a la cama —dice, removiéndose en el banco—. Es tarde.

Asiento y finjo un bostezo, sé que voy a pasarme despierto toda la noche.

—Y yo —concuerdo.

—Gracias —añade—. Ha sido una noche divertida.

«Divertida».

—Hago lo que puedo —la provoco.

Tiene razón. Ha sido divertido. Y punto. Dos amigos solitarios y divorciados divirtiéndose.

Noviembre
de 1997





Capítulo 22
MICHELLE

Brittany ya no viene a casa. Los días que, en el pasado, estaban llenos de risas infantiles ahora solo cuentan con la apagada monotonía del zumbido de la televisión que muestra algún partido diurno.

Rocket se tumba en la puerta trasera a esperarla todos los días sobre las tres, como si fuera a bajar del autobús del colegio en cualquier momento. Le he dicho varias veces que no va a ocurrir, pero no creo que me escuche. O, al menos, finge no hacerlo.

El tiempo ventoso de octubre se ha visto reemplazado por el frío penetrante de noviembre. Cada vez llueve más, arrancando las últimas hojas de los árboles, que flotan hasta posarse en montones húmedos en el jardín. Ya no crujen bajo mis botas y son imposibles de rastrillar.

Cada vez contactan menos conmigo desde la oficina en Seattle, lo que me tiene de los nervios. He enviado por fax algunos informes e ideas, pero no he recibido respuesta. No estoy lo bastante desesperada como para llamar, por lo que me centro en la publicidad del hotel. Es algo con lo que distraerme, que me hace sentir como

en casa de nuevo.

Todas las tardes, le doy sorbos al café, envuelta en un jersey y una manta, rodeada de papeleo. Observo cómo Cliff aparca en el camino de entrada con Brittany y a diario me pregunto si vendrá corriendo, pero, en cuanto ve que Rocket está tumbado a mi lado, con la correa atada a un barrote de la barandilla del porche, se apresura a entrar en casa.

Cliff viene a visitarme casi todas las noches cuando las niñas se duermen. Se deja caer en el balancín con un suspiro y me arrebata los documentos.

—Ya has acabado por hoy —anuncia, y se lo concedo.

—¿Alguna novedad sobre Brittany? —pregunto.

—Rocket sigue siendo su enemigo número uno.

Me agacho para acariciarlo.

—Lo siento, chaval.

El perro esquiva mi mano y se aleja todo lo que se lo permite la correa. Luego, se deja caer en el suelo. No está feliz con nadie.

Los huéspedes de Bird & Breakfast a veces se nos unen en el porche y les ofrecemos un relato detallado de la maravillosa fiesta de Halloween (excepto del laberinto encantado, ya que ambos fingimos que no ocurrió).

Me alegra que estemos de acuerdo en pasar página. Mi relación con Cliff significa más que cualquier otra cosa en Copper Run, una frase que nunca pensé que se me pasaría por la mente hace semanas. Lo echaré de menos. Echaré de menos a toda la familia Burke.

Pero ese problema se lo dejo a mi yo de 1998. No a la actual, sentada al lado de su estúpido flechazo; algo de lo que sin duda me

reiré en el futuro porque lo único que puedo tener con Cliff es una amistad platónica. Una en la que sonrío ante su risa grave y sus preciosas arrugas junto a los ojos. Una en la que me imagino acariciándole con los dedos la pequeña cicatriz sobre el labio.

Las noches llenas de risas son muy distintas a mis tardes sobrias. Emily se deja caer en el sofá del salón casi todos los días después del trabajo, hace *zapping* y acaba viendo algún vídeo musical llamativo y dinámico en la MTV.

Hoy ocurre lo mismo. Emily está reclinada en el sofá, con una mejilla apoyada en la mano y una camisa roja de franela demasiado grande sobre un top corto, mirando la televisión. La lluvia marca un ritmo suave contra las ventanas, haciendo que la escena sea mucho más deprimente.

—¿Sigues enfadada con tu padre? —pregunto, apoyándome en el marco de madera con los brazos cruzados.

—Sí —musita.

—Ha pasado una semana.

—¿Y?

—Tu hermana lo ha superado. Y le han dado puntos.

—A ella no la mandaron a tomar por culo.

Desvío los ojos hacia la huésped solitaria situada en el banco lleno de cojines en el alféizar de la ventana. Observa el patio lluvioso y no parece importarle la presencia de una chica maleducada y aletargada en el sofá.

—Número uno —le susurro a Emily—: nada de usar ese lenguaje cerca de los clientes, por favor.

Se estremece.

—Lo siento.

—Número dos: Cliff no dijo nada de eso y lo sabes.

Emily gruñe.

—Lo dijo sin decirlo. Es igual que mi madre. Y ahora me va a mandar también lejos en Acción de Gracias. Él tampoco me soporta. Soy la pelota que no dejan de pasarse de uno a otro.

Me reiría si no me entristeciera tanto. Cliff me ha contado que Brittany está encantada con irse a Nueva York por Acción de Gracias, pero Emily… no tanto. Y lo está convirtiendo en un problema de todos.

—No es cierto —contraataco—. Tu madre quiere verte en Acción de Gracias.

Pone los ojos en blanco de manera tan exagerada que por un momento me preocupa que se le queden así.

—Sé leer entre líneas —declara.

La mujer del banco acolchado cerca de la ventana levanta la mano como si estuviera en clase.

Sonrío.

—Hola, Marge. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Puedo tomarme un café de media tarde?

—Claro. Ahora preparo uno. Y también haré pronto algunas galletas, si te apetecen.

Marge asiente, satisfecha. Luego, sigue mirando por la ventana. Es una de mis huéspedes más tranquilas. Aunque hace muchas preguntas, prefiero sus peticiones antes que las de las familias demasiado ruidosas.

De camino a la cocina, me detengo delante de Emily, colocándome en su línea de visión ante el televisor. Ladea la cabeza para intentar mirar detrás de mí.

—Tu padre no lo hizo adrede —digo de nuevo—. Fue un Halloween complicado.

Se endereza entre los chirridos del sofá. Entonces, me coloco las manos en las caderas.

—Si sigues lamentándote, no dejaré que conozcas a mi hermana.

Con eso consigo atraer su atención.

—¿Qué? —pregunta, incorporándose a duras penas—. ¿La hermana guay que estudia arte en California?

Casi me lo tomo como un insulto, pero mi hermana es la hermana guay, sí. Es alegre y maravillosa. Encandilará a todas las personas del pueblo mucho antes que yo. Aún no he hablado con el hombre corpulento que dirige la tienda de tecnología y creo que es demasiado raro empezar a hacerlo ahora.

—Sí —respondo—. Pero, si vas a estar enfurruñada todo el rato —la señalo con el dedo—, me veré obligada a decirle que siempre te portas así, que eres una aburrida y un poco desagradable…

—¡Estoy sonriendo! ¿Ves? Estoy sonriendo. —Una sonrisa enorme y exagerada, toda llena de dientes, se extiende por el rostro de Emily—. Tengo muchas cosas que preguntarle. ¿Cómo es California? ¿Es tan perfecto como parece?

Me llevo las manos a la boca para reprimir una carca-jada.

—Vale, ves demasiada televisión.

—Pareceré feliz —asegura, sonriendo de oreja a oreja de nuevo.

Suelto un bufido.

—Voy a hacer galletas.

—Guárdame alguna.

Entro en la cocina. Rebusco en los armarios antes de darme cuenta de que me he quedado sin pepitas de chocolate. Suspiro,

pero lo cierto es que no me molesta tener que darme una vuelta por la plaza.

«¿Para qué hacer galletas cuando soy amiga del pastelero local?».

Vuelvo al salón y cojo el monedero de mi madre de la pared. Rocket se gira desde su puesto de centinela cerca de la ventana, siempre en busca de su compañera de juegos perdida.

—Ahora vuelvo —le digo a Emily—. ¿Te importaría preparar el café por mí?

—Pensaba que ibas a hacer galletas.

—Me he quedado sin pepitas de chocolate.

Asiente con lentitud.

—¿Vas a ver a mi padre?

—Hace las mejores galletas del mundo, ¿verdad?

—Bueno.

Cambia la expresión, como si visitar a Cliff fuera una traición. No le señalo que lleva puesta su camisa de franela.

—Ahora vuelvo —anuncio—. Y veré si puede añadir también al pedido una magdalena.

—Un buñuelo de manzana —me corrige Emily.

La miro de reojo y sonrío.

—Un buñuelo de manzana.

Rocket se pone en pie y se detiene ante la puerta, a la espera de que le ponga la correa.

—Llueve demasiado.

Resopla. «No me importa».

Lleva de mal humor desde Halloween, más de lo habitual. Está deseoso de salir de casa. Quizá nos venga bien a los dos

marcharnos. No se sentirá alicaído por culpa de Brittany y yo no me sentiré desesperada por aprovechar cada momento con el encantador pastelero local.

Es patético. Egoísta.

Dentro de dos meses, Rocket y yo podremos volver a nuestra versión cómoda y menos confusa de la felicidad.



Capítulo 23
CLIFF

—Brittany, bájate de ahí. Lo siento, George.

El anciano desestima mi comentario con la mano y una sonrisa. Brittany mece las piernas de delante hacia atrás sobre el mostrador. Golpea con los talones el cartel que tiene colgado debajo.

—Britt Britt, vuelve a la cocina. —Le doy un golpecito en la espalda para indicarle que se baje—. Seguro que a la tía Carol le encantará oír un relato detallado de la pelea de Steve de anoche.

Brittany forma una enorme «o» con los labios antes de bajar de un salto y correr a la cocina. Suspiro y me paso una mano por el pelo.

—¿No se quedaba en el hotel después de clase? —pregunta George.

Apoyo las manos en el mostrador.

—¿Vas a querer los dónuts o no?

—Sí.

—Bien, entonces, no hagas preguntas, por favor.

—¿Es por Halloween?

—George… —le advierto, enfadado.

Pone las manos en alto.

—Te los llevaré al coche en un segundo.

Farfulla su conformidad. Luego, al salir por la puerta, la campanilla tintinea.

Vuelvo a la cocina y me encuentro a mi hermana asintiendo con los ojos muy abiertos mientras Brittany le cuenta el combate de lucha más reciente.

—¿En serio? Vaya —responde Carol, fingiendo interés.

Apoyo la cadera al lado de Brittany, sentada en la mesa de trabajo.

—También hizo esto que…

—¿No tienes deberes? —intervengo.

Se interrumpe en mitad de la frase y asiente.

—Ajá.

—Perfecto. Ve a mi despacho, empiézalos y, después, cerraré la puerta y tiraré la llave.

—¡Papá! —exclama entre risas.

—Vamos. Hoy no paras quieta —digo, colando las manos bajo sus axilas para levantarla—. ¿Te han dado crack en clase?

—Picapica —responde mientras la llevo apoyada en la cadera.

—Parecido —musito, abriendo la puerta del despacho de una patada.

Mi escritorio está hecho un desastre. Los papeles, que, debo admitir, nunca han estado demasiado organizados, caen por el borde del escritorio y flotan hasta el suelo debido a la ráfaga de aire de la puerta abierta. Los comprobantes de pago de los pedidos sobresalen de la fiambrera donde los tengo y algunos de los números mecanografiados se han emborronado por alguna mancha de

glaseado. Nada está donde debería. He estado distraído, como mínimo.

De forma brusca, paso el brazo por el escritorio para amontonarlo todo a un lado. Uno o dos bolígrafos repiquetean sobre el suelo.

—¿Te has traído la mochila? —pregunto.

—¡Sí! —Brittany señala una esquina.

Da vueltas en la silla de oficina mientras la abro, saco el archivador y lo coloco en el escritorio. Luego, agarro el respaldo de la silla para detenerla.

—Los lápices están aquí. —Le acerco una taza llena de lápices y bolígrafos—. Las botellas de agua están detrás de ti. La máquina de café está en ese rincón. Sé que no puedes vivir sin ella.

Se echa a reír.

—No bebo café.

La beso en la frente.

—Vendré a verte dentro de una hora, ¿vale? El reloj está ahí, por si quieres controlar el tiempo. —Señalo el reloj de pared, que emite un tictac lo bastante fuerte como para que parezca un metrónomo en mi abarrotado cerebro.

—Entendido —responde, cogiendo un lápiz de la taza.

Me dirijo a la puerta, pero grita:

—¡Papá!

—¿Sí?

—No vas a cerrarla con llave, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

—Claro que no.

Tras cerrar la puerta a mis espaldas, me arrastro hasta la cocina con un suspiro. Tras Halloween, la semana ha sido larga. Brittany no

se acerca al hotel por miedo a Rocket, por lo que ahora se queda en la pastelería después de las clases. Emily casi no me habla. Y hemos ocultado bajo la alfombra todo lo que ocurrió entre Michelle y yo. Una maravilla.

«No». La voz de Emily vuelve a rondarme la cabeza.

La otra noche, volví a soñar con Halloween. Durante un momento fugaz, sentí que estaba ahí, recorriendo con las manos la espalda de Michelle, las costillas, la mejilla. Pero me desperté, y lo único que pude ver fue el ventilador de techo dando vueltas.

No logro desprenderme de su sabor. Me he dado cuenta de que todo lo que he intentado hornearle no es nada comparado con la realidad. No es canela, es miel en todo momento, y necesito volver a probarla.

—Lamento que hayas perdido a tu canguro gratis —comenta Carol.

Me paso una mano por el pelo, pero no sirve de nada para mantenerlo apartado de los ojos.

—No podemos evitar que a Brittany le dé miedo Rocket —respondo con un suspiro—. Es comprensible, pero que hubiera menos caos en la pastelería sería agradable.

La campana sobre la puerta vuelve a tintinear.

—Dame un minuto, George —grito.

Corro a guardar los dónuts que se están enfriando en la rejilla. Carol pasa a mi lado.

—Ya lo tranquilizo yo.

—Gracias. —Suelto una carcajada y le doy una palmada en el hombro.

Pero, cuando estoy pasando los dónuts de la bandeja a la caja,

Carol vuelve.

—Es Michelle —anuncia—. Quiere tres tartas de melocotón.

Solo su nombre logra subirme el corazón a la garganta.

—¿Tres? —Una carcajada borbotea en mi interior—. Es peor que George.

Giro la esquina hacia la parte principal del local. Fuera está lloviendo, las gotas golpean la acera y salpican los escaparates. Sin embargo, en el centro del vestíbulo, está la única mujer que podría conseguir que un día lluvioso me pareciera la mitad de malo. Quizá sea porque es una nube de tormenta aún mayor, lo cual adoro. A sus pies, Rocket está sentado, moviendo la nariz, sin duda olfateando los últimos cruasanes del día que estoy terminando de hacer en el horno.

—¿Tres tartas de melocotón? —le pregunto a Michelle—. ¿En serio?

Encoge un único hombro.

—No, solo galletas. Y un buñuelo de manzana.

—¿Querías captar mi atención?

—Sí.

—Supongo que el buñuelo de manzana es para Emily, ¿no?

—Se te da demasiado bien.

—Conozco a mi hija.

Rebusco entre las hojas de pedidos mientras emito un clic tras otro con el bolígrafo. Lo estoy agarrando con torpeza porque no puedo evitar sentirme de los nervios. Nos va bien siendo amigos, pero cada vez que está cerca noto cómo se me contrae el pecho. Olvidar el sabor de sus labios no es algo que pueda hacer de la noche a la mañana… o tras siete días.

—Entonces ¿el viejo Paulie va a venir al pueblo? —pregunto, obligándome a darle conversación.

No me gustan los silencios largos que se forman entre nosotros y, cuando les añado una sonrisa, me da la impresión de que el gesto es poco natural.

—El viejo Paulie —susurra Michelle con una mueca divertida—. Sí, mi padre y mi hermana llegarán la semana que viene.

—¿Tienes ganas?

—Sí —suspira—. Parece que mi padre está mucho mejor. Y mi hermana está emocionada por venir. Le encanta viajar, sea adonde sea. Es una hippy de corazón.

—Deberíamos comprarle una autocaravana.

—A Sara le encantaría.

Me echo a reír.

—Bueno, estoy deseando conocerla. Si es la mitad de directa que tú, habré aprendido muchas cosas sobre mí mismo antes de que se acabe el mes.

—No, Sara es más maja que yo —dice—. Un encanto. Agradable. Generosa.

—Igual que tú. Has renunciado a mucho para estar aquí en su lugar —observo.

De repente, se queda callada y pestañea, como si nunca se hubiera planteado el sacrificio. Claro que no.

—Bueno —recalcula—, para mí ella es lo más importante del mundo.

La manera en la que se le ponen los ojos vidriosos al decirlo hace que se me curven las comisuras de los labios. Su sonrisa es una mezcla de admiración y alegría. Siento que estoy viendo algo que no

debería.

Rocket olfatea el asiento cerca de la puerta, pero permanece de pie, firme, a su lado. Siempre parece una estatua.

Michelle me pilla mirándolo.

—Rocket la echa de menos —comenta.

—¿Sí?

No lo culpo por lo de Halloween. Es un perro, al fin y al cabo. El mejor amigo del hombre…, más que el mejor amigo de una niña.

Abro la vitrina y saco una galleta. Parto un trozo y rodeo el mostrador. Rocket me observa con una mirada cautelosa cuando me agacho y se lo tiendo. Tras olfatearlo, se acerca, paseando los ojos con desconfianza de la comida a mí antes de comérselo de mi mano.

Me tenso, más de lo que debería un hombre adulto, pero, cuando le doy un golpecito en la cabeza y se apoya en mis dedos, me doy cuenta de que no es tan malo como pensaba.

—La espera junto a la puerta trasera todos los días —continúa Michelle.

—¿Igual que tú me esperas en el porche frontal? —pregunto.

Suelta un bufido, boquiabierta, pero acaba esbozando una sonrisa nerviosa.

—No es verdad.

—Oye, puedes admitirlo. No se me subirá a la cabeza. Y estoy seguro de que me bajarías los humos si ocurriera.

—Eres un plasta.

—¿Ves? —le indico.

Se desliza el colgante por la delicada cadena mientras reprime una carcajada. Yo me levanto y vuelvo tras el mostrador.

—Entonces ¿cómo puedo ayudarte con la visita de tu familia al

pueblo?

—No lo sé —contesta—. ¿Cómo puedo ayudarte a que Brittany se sienta cómoda con Rocket de nuevo?

—Ah, ninguno de los dos tiene respuestas. —Sonrío.

—¿Alguna novedad? —pregunta Michelle.

—Ninguna.

Entonces, justo cuando me estoy dedicando a apuntar su pedido con una sonrisa permanente en el rostro gracias a nuestra charla, Michelle dice:

—Lo dije en Halloween y lo pienso de verdad. De-deberías volver al mercado.

Clavo el bolígrafo en la hoja.

No desvío los ojos del papel mientras trato de preguntar con un tono casual:

—¿A qué mercado?

—Al de las citas.

—¿Debería? —añado, tenso.

—Deberías —me confirma—. Han pasado dos años. Te mereces una segunda oportunidad para ser feliz.

Suelto una débil carcajada.

—Sí, puede. No sé. —Me froto la nuca, aún sin poder mirarla—. No he salido con nadie que no fuera Tracy. ¿Qué clase de conversación se tiene mientras se cena? «¿Pollo para ti? Entonces, cerdo para mí. No está mal. Pero el vino no te lo puedo recomendar. Sabe fatal».

—¿Vas a hablar en verso todo el rato o solo ha sido un arrebato?

—Ahora lo estás haciendo tú también. ¿Ves? Es contagioso.

Se ríe.

—En serio. Consigue una cita, a ver qué pasa. Sé tú mismo.

—Porque eso me funcionó a las mil maravillas la primera vez.

Por fin la miro. Tiene las cejas arqueadas en el centro de la frente.

—Quiero que seas feliz, Cliff.

No quiero tener ninguna cita con nadie. Y no se debe a que esté nervioso, sino a que deseo salir con la nube de tormenta que tengo frente a mí. Deseo lo inalcanzable. El problema es que no puedo negarme a ninguna de sus peticiones.

—Vale, volveré al mercado —cedo.

Sonríe.

—Tendré la antena conectada. A Lisa le entran sofocos cuando te ve.

—No me van las mujeres casadas —replico, burlón, poniendo los ojos en blanco. Aunque no logro aplacar la presión en el pecho.

Dos meses.

Se va dentro de dos meses.

A mi espalda, unas diminutas pisadas hacen eco desde la cocina. Brittany estudia a Rocket desde detrás del mostrador. Cuando el perro por fin la ve, la niña vuelve a esconder la cabeza.

—Tardará un tiempo —le digo al animal.

Por desgracia, tiempo es lo que nos falta a los dos.



Capítulo 24
MICHELLE

El paraguas de mi hermana se abre como una flor, rosa y precioso, a juego con su enorme sonrisa.

—¡Hola, caracola! —Sara echa a correr. Ignora el camino de acceso o el sendero de adoquines y opta por cruzar el jardín embarrado, levantando trozos de césped con las botas de agua.

—Espera, ¡sal de la hierba! —exclamo sobre el sonido rítmico de la lluvia.

Sara no me escucha, o le da igual, porque sigue corriendo, se cuela bajo el toldo del porche y echa a un lado el paraguas abierto antes de abrazarme con tanta fuerza que me estruja los huesos.

—Ah, te he echado de menos —dice con un suspiro.

Es más baja que yo, metro sesenta en comparación con mi metro ochenta, de ahí que se acurruque contra mí y entierre la cara en mi pecho como si fuera la madriguera de un conejo.

—Para —gruño entre carcajadas de agotamiento.

—No sabía que ese era el «hola» habitual —interviene Cliff, reclinado a cierta distancia con las manos en los bolsillos—. Llevo meses saludándote mal.

Le doy un codazo y se le escapa un quejido con una sonrisa.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunto a mi hermana.

—Terrible —se queja esta—. Nuestro coche de alquiler estaba a punto de quedarse tirado. Me he pasado la última hora aterrada.

—A veces creo que lo hacen a propósito —comenta Cliff—. Como si fuera un juego de supervivencia. A ver quién logra abrirse paso en la selva. O en la carretera.

Sara desvía con lentitud los ojos hacia mi vecino, pero no tardan en oscurecerse. Me tenso, siguiendo la mirada hasta él. Cliff tiene el mismo aspecto de siempre. Lleva su camisa de franela habitual bajo un jersey de punto. Sus botas son de color marrón, toscas, con pequeñas marcas de la pastelería. Sara arquea una ceja, curiosa, mientras lo estudia, desde su sonrisa hasta las muñecas definidas que se intuyen dentro de los bolsillos del pantalón. Pensaba que solo yo me había fijado en sus muñecas.

Mi hermana le tiende la mano.

—Hola. Sara.

Desvergonzada, se muerde el labio inferior antes de dedicarle una sonrisa radiante en la que se le marcan los hoyuelos. Cliff se saca la mano del bolsillo y se la estrecha. Sara observa su mano grande, llena de venas.

—Cliff. Soy el vecino de al lado.

—Eso he oído.

—¿En serio? —Sin retirar la mano, Cliff pasea los ojos hasta mí con una sonrisa torcida y la vuelve a centrar en ella.

Y siguen estrechándose la mano.

No se sueltan. Es parecido a nuestros apretones. Se me forma un nudo en la garganta.

—Bueno, me alegra conocerte por fin —le dice Cliff.

Y siguen estrechándose la mano.

Sara sonríe, agita una vez más el brazo y le revela los hoyuelos en todo su esplendor. Adorable.

—El placer es mío.

Quien haya dicho que hoy haría un frío día de lluvia mentía porque, de repente, noto una oleada de calor. Me aclaro la garganta y bajo los escalones del porche sin paraguas.

—Voy a ver a papá.

—¿Necesitas ayuda? —grita Cliff detrás de mí.

—No hace falta.

Utilizo los brazos para protegerme de la lluvia hasta que llego al coche de alquiler. Tiro una vez del manillar. Dos. La puerta se abre al fin. Me cuelo dentro, sobre el cuero marrón chirriante, y la cierro a mi paso.

Mi padre, sentado en el asiento del conductor, deja escapar un lento suspiro. Los demás sonidos solo son las chispeantes gotas de lluvia en el capó y el suave murmullo de Bob Dylan en la radio.

—Hola, papá.

Sonríe, pero el gesto no le llega a los ojos.

—Hola, caracola.

Mi padre tiene mejor aspecto que hace unos meses. Ha ganado algo de peso y se ha lavado los pocos pelos que le quedan en la calva. Pero no ha perdido esa mirada distante y apagada. Sigo sus ojos hasta el coche aparcado en el extremo del aparcamiento. El coche de mi madre, cubierto de hojas mojadas.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto para cambiar de tema, aunque no lo hayamos tratado en voz alta.

—Bien, un poco lluvioso.

—¿Todo el camino?

—La última mitad.

—Ha venido Cliff —comento—. Tiene ganas de verte. Se quedará a cenar, con sus hijas y Carol.

—Ah, Cliff —suspira, mirándome al fin con una media sonrisa—. ¡Qué personaje! Pero es buen chico.

—Le he dicho lo mismo. A ver, le dije a Rocket que era un buen chico y él pensó… —Sonrío y muevo las manos en el aire—. ¿Sabes qué? Da igual.

Me siento estúpida por contar mis historias sobre este pueblo, sobre todo las que tienen que ver con Cliff, que no parecen tan divertidas una vez pasado el momento.

El poco tiempo que mi padre ha dedicado a pensar en algo alegre se ve reemplazado con lentitud por la melancolía cuando advierte la estatua del querubín cerca del porche, con alas diminutas, gruesos tobillos y una sonrisa traviesa.

—A tu madre le encantaba —comenta—. ¿Sabías que se llama Stu?

—No, Cliff lo llama Robbie Robusto. —Uno de nuestros muchos chistes privados.

Mi padre suelta una carcajada. No desprende demasiado entusiasmo, pero es lo máximo que voy a conseguir. Suspira. Le coloco una mano en el antebrazo.

—¿Te encuentras bien al estar aquí? —pregunto.

Me da golpecitos en la rodilla.

—No querría estar en ningún otro sitio en Acción de Gracias.

—Seguro que Lisa y George estarán encantados de tenerte en el

pueblo.

—¿Qué tal están?

—Tan cotillas como siempre —digo con una suave sonrisa—, pero bien.

—¿Y el hotel? —se interesa, y su tono se torna preocupado—. ¿Cómo va?

—Genial —contesto con confianza—. De hecho, he horneado unos rollos de canela. Están recién hechos. Me han dicho que están divinos.

Mi padre asiente.

—Bien, Shells. Bien.

—Vamos dentro, ¿vale?

Sin embargo, antes de que pueda salir del coche, mi padre estira el brazo para detenerme. Paso los ojos de sus dedos en mi antebrazo a su cara.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Me gusta que vuelvas a sonreír.

El corazón me da un vuelco y dejo escapar una carcajada ahogada.

—Bueno, es difícil no hacerlo cuando Sara y tú estáis aquí.

—No es por mí —me asegura, dedicándome una mirada intensa —. Te ha picado el gusanillo de este pueblo. Lo noto.

Por alguna razón, se me forma un nudo en la garganta.

—Venga —respondo con una suave sonrisa—. Vamos dentro.



Esta noche, el comedor de Bird & Breakfast está más lleno que

nunca. En un extremo de la larga mesa estamos Emily, mi padre, George y yo. Frente a nosotros, Sara, Cliff, Carol y Lisa. En la cabecera, lo más lejos posible de Rocket, tumbado a mis pies, se sienta Brittany, quien pasa de incorporarse orgullosa en la silla a removerse con cautela mientras observa con desconfianza al perro.

—Este estofado está buenísimo —recalca Cliff, levantando el tenedor lleno—. Muy rico, Michelle.

Objetivamente no está bueno. Emily me ha ayudado a hacer el asado a primera hora de la tarde. Se ha quedado seco, pero Cliff no deja de halagarlo en voz alta, casi como si quisiera crear una cacofonía de asentimientos procedente del resto de la mesa.

Parto un trozo y me inclino para permitir que Rocket lo olfatee. El perro gira la cabeza.

«No me envenenes, Shelly».

Siempre puedo contar con la sinceridad de Rocket. Pero, cuando Cliff se estira bajo la mesa con un pedazo de pan, Rocket se acerca y se lo arrebata de los dedos. Desde Halloween, Cliff parece caerle un poco mejor.

«¿Ves? Le gusta», vocaliza Cliff sin emitir ruido antes de dedicarme un guiño.

El aire se me atasca en la garganta y comienzo a toser, por lo que me abalanzo hacia el agua para frenar el ataque. Emily me da golpecitos en la espalda, al mismo tiempo que el corazón se me acelera con tanta fuerza en el pecho que me preocupa que estalle. Ese guiño debería ser ilegal.

—Bueno —dice Cliff tras apartar el plato y juntar las yemas de los dedos de las dos manos—, ¿qué tal en California, Paulie? ¿Has tomado mucho el sol?

Mi padre sonríe.

—Allí hace buen tiempo todos los días. —Su respuesta es apresurada y tan seca que no da lugar a continuar con la conversación. Se bebe la copa de vino y George le da unas palmaditas en el brazo.

—Genial —añade Cliff despacio, con una sonrisa forzada.

Me mira con los ojos muy abiertos, como si dijera: «¿Y ahora qué?». Me aclaro la garganta.

—Sara, ¿qué tal van las clases? Emily se muere por oírte hablar de ellas.

Emily suelta una carcajada nerviosa.

—Tampoco me muero por oírlo.

Intenta parecer guay. Curvo los labios y Cliff niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco con una sonrisa.

—Te he visto, papá —se queja Emily con una mueca.

—No has visto nada —contraataca él.

Sara se inclina hacia Emily.

—La escuela de arte te encantaría. Tenemos que pasarnos la noche dibujando para cumplir las fechas de entrega. Y nos despertamos pronto para oír las críticas.

Emily arruga la nariz.

—No parece nada divertido.

Cliff me mira y siento cómo se tensa el hilo entre los dos. Es una cuerda que nos conecta a ambos, a través de la que intercambiamos una mirada cómplice que no advierte nadie más.

—No hay nada mejor que una sesión nocturna, aunque todos estén cansados por la mañana. Siempre suele haber alguien en el estudio, así que la energía creativa no para de vibrar. Y a veces

metemos bebidas a escondidas.

Emily se incorpora.

—Ahí quería yo llegar. ¿Me pasáis el vino, por favor?

—Em —dice Cliff—, tienes dieciséis años.

—Tienes dieciséis años —repite Brittany con una risita, queriendo formar parte de la discusión.

—Tampoco me queda tanto para cumplir veintiuno —refunfuña la mayor.

—Cinco años —la contradice Cliff—. Hace cinco años, tenías once.

Carol le da un sorbo a su copa.

—Sí, pero no te está pidiendo beber con once.

Cliff pone las manos en alto.

—Vale, me estáis complicando la vida porque sí.

—Papá, ¿puedo beber? —pregunta Brittany.

—¿Veis lo que os digo? —farfulla.

Emily levanta el índice y el pulgar para colocarse una «l» de «lerdo» en la frente.

Yo dejo el tenedor en la mesa.

—Muy bien, alejemos la conversación del club de la comedia de los Burke.

—¡Oye! —exclama Cliff con una carcajada antes de coger un trozo de brócoli y lanzármelo al plato.

—Solo digo la verdad.

Sara pasea la mirada de uno a otro y pestañea ante el rápido intercambio de palabras. Luego, se echa a reír.

—Si llego a saber lo que me estaba perdiendo, habría venido antes —comenta, inclinándose hacia Cliff para darle un suave empujón en el hombro.

Como Cliff no puede dejar de ser Cliff, le sonríe y se lo devuelve. Algo me recorre la columna vertebral. Desvío los ojos y me meto un nuevo trozo del horrible estofado en la boca.

—¿Te apetece ocuparte del hotel? —pregunta Cliff.

Sara se endereza y asiente.

—¡Sí! Claro. Ya tengo algunas ideas para los cuadros del vestíbulo principal.

—¿En serio? —se interesa Cliff—. ¿Grandes planes de renovación?

Sara se encoge de hombros, más para sí que para él.

—No, lo más probable es que pinte durante los fines de semana.

—Seguro que a los huéspedes les encantan tus cuadros por toda la casa —la animo.

Sara adopta una expresión radiante y le da un nuevo sorbo al vino.

—Sí, quizá.

Durante la cena, hablamos de las decoraciones de Copper Run por Acción de Gracias. Mi padre menciona que van a repetir los viejos adornos preferidos de los lugareños y que la plaza se ha llenado de banderines naranjas y marrones, cuernos de la abundancia y una cartulina bajo el cenador con pavos hechos con las manos de los niños de la escuela del pueblo. Cliff anuncia, orgulloso, que el de Brittany es el del centro en la primera fila, ante lo que Emily gruñe, tapándose la boca con el tenedor.

Le doy un codazo y me devuelve una mirada de soslayo.

Sara nos deleita con relatos sobre la escuela de arte y Cliff no deja de insertar sus comentarios ingeniosos habituales. Sara se echa a reír con cada uno de ellos y le toca el antebrazo al hacerlo. Rechino las muelas. Creo que Cliff es divertido, pero tienes que

pillarle el gusto. Sara no ha tenido tiempo de llegar a ese punto aún. O quizá fui yo quien no lo entendió cuando nos conocimos. A lo mejor lo juzgué con demasiada aspereza.

Trago saliva, incómoda, y me ofrezco a recoger los platos, la mayoría llenos de una comida que la gente ya ha fingido disfrutar durante suficiente tiempo. Entro en la cocina. Rocket me sigue, se aovilla en la cama para perros y entierra el hocico bajo el cojín.

Suspiro.

—¿Estás molesto porque Britt no te saluda? —le susurro.

Exhala a través de la nariz.

—Lo siento.

La puerta se abre y entra Sara, tambaleante, con la copa de vino en la mano.

—¿Tienes otra botella? —pregunta, moviendo la copa entre risas.

Mi hermana tiene una pinta muy mona cuando está achispada. Sus mejillas sonrosadas y su sonrisa flanqueada por hoyuelos son la personificación del champán. Chispeante, dulce, siempre perfecto para eventos divertidos.

—Nunca te he visto beber tanto —comento con una sonrisa.

—Tú deberías beber más.

—No me gusta tomar alcohol —respondo. La realidad es que no me gusta perder el control de mi propio cuerpo.

—Es un gusto que he adquirido en la escuela de arte.

—¿Cómo tienes tiempo para pintar? —pregunto.

—No seas tan aburrida. —Esboza un mohín—. ¿Tenemos más vino?

Me estiro hacia el armario y rebusco más allá de la hilera de libros de cocina desgastados y usados, así como las falsas

enredaderas colgantes; entre la colección de botellas de vino de mi madre. Cojo una.

—Vaya, menudo alijo tenía mamá —se sorprende Sara.

—Me quedé tan sorprendida como tú.

Levanta la copa vacía.

—Por mamá. Le encantaría saber que estamos aquí juntas.

Sara me da un abrazo lateral. Huele a frambuesas y chicle de fresa. De cerca, veo que se ha echado purpurina en las mejillas. No había visto a Sara en esta cocina nunca. El papel floral de las paredes va a juego con su top de color pastel. Encaja bien.

—Quizá el espíritu de mamá esté aquí —dice.

Se me tensa el estómago.

—No creo en fantasmas.

—¡Qué aguafiestas! —me provoca Sara.

Sonrío, clavo el sacacorchos en el tapón y tiro.

—Por cierto —dice, apartándose de mí y señalándome con el dedo—, tenías razón.

—¿En qué?

Pasea los ojos hasta la puerta cerrada y se inclina hacia mí.

—Cliff es muy mono.

El estómago me da un vuelco justo cuando el corcho sale con un «pop».

—Sí —concuerdo a toda prisa—. Sí, es… guapo, creo.

Dejo el tapón al lado del vino y estiro la mano hacia su copa. A punto está de dejar caer el tallo entre mis dedos. Lo cojo con las dos manos y Sara reprime una carcajada.

Comienzo a servirle el vino mientras con falsa timidez dice:

—Entonces…

—¿Entonces qué?

Estira su pequeña y preciosa bota en mi dirección.

—¿Hay algo ahí?

—¿Dónde?

—Entre Cliff y tú. Sé que dijiste que no, pero parece que algo ha cambiado.

La botella de vino tintinea contra la copa entre mis manos temblorosas.

—¿Entre nosotros? No. Ah, no, no, para nada.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

—A veces te mira… de forma extraña.

—Es un chico raro —bromeo, y al instante me siento mal por el insulto. Una cosa es llamarlo raro a la cara y otra hacerlo a sus espaldas.

—Hum… —Chasquea la lengua, pensativa—. Entonces, no sé… ¿Crees que podrías hacer de celestina entre los dos?

Siento que el corazón se me detiene, vuelve a latir y da un salto olímpico hasta mi garganta. Sigo vertiendo el vino en la copa, pero se me tensan los dedos alrededor del cuello de la botella. Juro que oigo la presión sanguínea en mis oídos.

—¿No eres un poco joven para él? —pregunto.

Suelta otro bufido, aunque no estoy segura de si se debe al desdén o a que ha tomado demasiado vino.

—Qué va. He salido con hombres más mayores.

—¿De verdad? —cuestiono con los ojos muy abiertos.

Sonríe y se coloca el índice frente a sus labios carnosos con un «shhh».

—¿De qué edad? —pregunto.

—No lo sé. De cuarenta y tantos.

—¡Sara!

Se echa a reír.

—No se lo cuentes a papá.

—Podría ser uno de sus amigos.

—Lo que tú digas —dice Sara, dándome un empujón en el brazo —. Bueno, a Cliff le gustan las rubias, ¿no?

—¿Sí?

—Me lo dijiste tú. —Sara se echa a reír—. Ay, madre, Shells, ¿estás tratando de emborracharme?

Advierto que he llenado la copa hasta casi el borde.

—Perdona. —Me he distraído—. Bueno, ¿cuándo dije que le gustaban rubias?

Despacio, le tiendo la copa y el vino se acerca de forma precaria al borde.

—Ah, ¿a Cliff? Claro, sí, al teléfono. Dijiste que os llevabais bien, pero que las rubias eran su tipo. Gracias a Dios porque es muy mono.

Eso dije, ¿no? Pero fue antes de Halloween, antes de… Bueno, nada, supongo. Según Cliff y yo, no ocurrió nada ni volverá a ocurrir. Además, está bien. Es como debería ser.

—¿Crees que podrías hablarle de mí? —insiste Sara—. Porfi, porfi, porfi.

Sara y Cliff. Cliff y Sara. Mi hermana y mi vecino encantador. Mi mejor amigo y mi hermana.

Sara entorna los ojos.

—A menos… que te guste a ti —añade, dejando la copa y

poniendo las manos en alto—. No quiero pisar tu territorio.

Me doy cuenta demasiado tarde de que he fruncido el ceño.

—No —respondo a toda prisa, dejo escapar el aire y niego con la cabeza mientras me sirvo otra copa—. Dios, no. No, es Cliff. Es… No.

Entrecierra los ojos de nuevo.

—Pero parece que os lleváis muy bien.

Dejo la botella en la encimera con un golpe firme.

—En realidad, me llevo mejor con sus hijas —miento.

—Hum. Bueno, ¿crees que podrías…? —Se interrumpe mientras se muerde el labio inferior y golpea la puntera de mi zapato con el suyo.

Debería conseguir que se liaran. Tiene sentido. No voy a salir con Cliff, así que ¿por qué iba a arrebatarles esa posible felicidad? Al fin y al cabo, Sara será su vecina después de Año Nuevo y yo no. Si funciona, entonces mis dos personas favoritas serían felices.

Ella es un encanto. Cliff se merece tener a un encanto al lado después de todo por lo que ha pasado.

Vuelvo a colocar el corcho en la botella, que emite un chirrido.

—Si te gusta de verdad, le hablaré de ti.

Suelta un grito ahogado y da un par de brincos hacia mí.

—¿En serio?

—Claro.

Sara me agarra de las manos.

—Gracias. ¡Gracias, gracias!

Me obligo a sonreír y la empujo hacia el comedor. Coge la copa y, traviesa, atrapa la botella de vino antes de desaparecer por la puerta.

En cuanto se marcha de la cocina, me dejo caer contra la

encimera. Desde el suelo, oigo un ladrido grave. Inclino la cabeza sobre el hombro para fulminar a Rocket con la mirada.

—¿Sí? —pregunto.

Pestañea con lentitud, pasea los ojos hasta la puerta y vuelve a centrarlos en mí.

«¿De verdad quieres que esté con Tipo Divertido?».

—Tampoco es tan divertido —farfullo.

«Me ha hecho reír una o dos veces».

—Ah, ¿qué sabrás tú del humor? —bufo. Luego, le doy un sorbo a mi copa y cruzo la puerta de vuelta al comedor.



Capítulo 25
MICHELLE

Cuando me cuelo en la casa de Cliff, son casi las diez. He metido en la cama a mi hermana con su enorme borrachera. Mi padre ha visto el telediario nocturno hasta que al final se ha arrastrado hasta la habitación libre del hotel. He lavado los platos, observando cómo se explotaban las burbujas, mientras mi mente funcionaba a pleno rendimiento. He intentado revisar el presupuesto, pero no he conseguido centrarme. No me ha llegado ningún fax del trabajo. Siento que camino a ciegas en muchos ámbitos.

Tras apagar todas las luces, me he puesto las pantuflas, he cogido la correa de Rocket y me he abierto paso entre los arbustos que separan mi casa y la de Cliff. Me encuentra en los rosales.

—¿Michelle? —pregunta Cliff con su conocida carcajada.

—Ey —susurro—. ¿Estás despierto?

Se sumerge en la maleza hasta que me coge del codo y tira de mí.

—Es obvio —contesta—. ¿Qué haces?

—Venía a hablar contigo. —Lo miro durante un segundo—. Espera, ¿qué hacías aquí fuera?

A estas horas está muy diferente. Bajo el brillo de la luz de su porche, tiene el pelo más revuelto. Lleva un pantalón de pijama a cuadros y una camiseta holgada y desvaída de los Chicago Bulls. Tiene sombras bajo los ojos, pero, encima, unas gafas redondas de montura metálica.

Me muerdo el labio inferior para reprimir una carcajada.

—¿Llevas gafas?

Se las quita, las estudia y se las vuelve a poner.

—¿Sí?

—Ja, ja.

Esboza una sonrisa.

—Mi visión es un horror.

—No lo sabía.

—No necesitabas saber que era imperfecto —me provoca.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué haces despierto?

Se encoge de hombros.

—No podía dormir. ¿Y tú?

—Venía a buscarte. ¿Quieres ir a dar un paseo? —le propongo.

Examina mis pantuflas azules, ahora cubiertas de barro, y suelta una carcajada.

—Claro, iré a dar un paseo contigo.

Me rodea la cintura con el brazo y me guía por el camino de entrada hasta la acera. Rocket camina detrás de nosotros, recorriendo la calle al tiempo que olfatea cada planta moviendo la nariz.

—Dime la verdad. ¿Qué tal ha ido la cena? —pregunto.

—Ha sido…

—¿Terrible? Terrible, ¿verdad?

—¿Terrible? —repite, sorprendido y burlón—. No, para nada.

Le doy un empujón con el hombro y se echa a reír.

—Ah, cuidado con esa rama. Por Dios, vas a hacerte daño. —Tira de mí hacia el jardín y él se coloca en el exterior de la acera—. Se te da peor que cocinar incluso.

—Dijiste que estaba mejorando —lo contraataco, más alto de lo que debería en un vecindario dormido.

Me cubre la boca con la mano mientras suelta una suave carcajada que acompaña con un «shhh». La última vez que me tapó la boca así fue en Halloween y llevaba los guantes puestos. Nunca he sentido su piel desnuda sobre los labios. Sus manos desprenden calor. Son ásperas, de trabajador. Tan grandes que me cubren ambos extremos de la mandíbula. Me duele el pecho.

La aparta y por fin siento que soy capaz de respirar.

—Tus dulces no están mal —aclara con voz baja y ronca en un intento por hacer tan poco ruido como los grillos y el viento apenas audible—. Pero ¿el asado? —Estira la mano y la gira de un lado a otro—. Cuestionable.

—¡Qué poca vergüenza!

—Soy sincero. —Entorna los ojos—. Creía que valorabas la sinceridad.

—Así es.

Le da una patada a una piedra solitaria y levanta los ojos al cielo. La oscuridad es casi total. Las farolas se extienden hasta donde alcanza la vista e iluminan cada tramo de calle con borrosos círculos dorados de luz. Cuando pasamos debajo, dibujan una miríada de contrastes en su rostro. Pómulos altos. Las pequeñas arrugas junto a

sus ojos cuando sonríe. La marca al lado de sus labios. Seguimos andando y de nuevo nos envuelve la oscuridad.

—Es raro, ¿no? —dice.

—¿Qué?

—Tener aquí a tu hermana. Seguro que es como ver la luz al final del túnel o algo así. Supongo que estarás deseando volver.

Trago saliva.

—Sí, un poco. —Me río—. Quiero volver a mi despacho en un lugar privilegiado. Echo de menos correr por las mañanas, el café del local al final de la calle y los ruidos de la ciudad.

—¿Sigues sin poder dormir?

—No. Y, por Dios —añado con frustración—, quiero saber qué diablos está pasando con mi cliente porque estoy segura de que Mark la está liando.

—Maldito Mark —contesta Cliff con una sonrisa.

Suspiro.

—Lo echo todo de menos, pero… sabía lo que hacía al venir aquí.

—¿Qué hacías exactamente?

Me encojo de hombros.

—No puedes pedir una excedencia tan larga como la mía y esperar volver al mismo trabajo que tenías al irte. Pero hice lo que tenía que hacer y lo haré cuando regrese.

—Seguro que lo disfrutarás al máximo también, ¿eh?

—Claro que sí. Será difícil, pero siempre me han gustado los retos.

—Lo sé.

Cliff se ríe mientras arrastra las zapatillas por el suelo. Echaré de menos su inseguridad ocasional, los eventos en la plaza e incluso el

jardín de Winston, ahora decorado con un enorme pavo, de pie en el centro. Pero estas sensaciones pasarán, como ocurre con todo, como ocurre con las estaciones.

—Entonces…, eh…, ¿de qué querías hablar? —pregunta Cliff en mitad del silencio.

Me quedo paralizada.

—Ah, iba a… —De repente, esta conversación parece más apropiada. Al fin y al cabo, me voy a ir, ¿no?—. Iba a hablarte de mi hermana.

—¿Qué le pasa?

—Cree que eres mono —expongo, casual, a la vez que me deslizo el colgante por la delgada cadena.

—Qué maja —responde tan rápido que los dos nos echamos a reír antes de que las carcajadas se desvanezcan en el silencio una vez más.

—Y… Eh… —Ladeo la cabeza y frunzo los labios. Estoy tirando tan fuerte del collar que se me está clavando en el cuello—. Bueno, le prometí que os organizaría una cita.

Cliff ralentiza los pasos de manera tan evidente que casi parece detenerse antes de volver a acelerar. La oscuridad es tan densa que no veo su expresión.

Al final, musita:

—¿Por qué?

—Creo que te vendría bien.

—Ah.

Despacio, volvemos a cruzar un círculo de luz y observo su rostro cuando se torna más nítido. Ninguna arruga. Ninguna sonrisa a la vista.

—Ya hablamos de que volverías al mercado —me apresuro a explicar—. Esta sería la oportunidad perfecta. Te conozco. Y conozco a mi hermana. Seríais muy felices juntos.

Suelta un bufido.

—¿Esa es la receta para una buena cita?

—Puede. Eres pastelero, ¿no?

Se le escapa una suave carcajada. Sus zapatillas gimen sobre el cemento mientras permanece unos segundos en la oscuridad antes de pasar bajo una nueva farola. Me detengo unos pasos por delante de él sin soltar el colgante en ningún momento.

Lo escucho suspirar.

—¿Por qué no dejas de presionarme con lo de salir al mercado, Michelle?

Entreabro los labios mientras lo pienso, pero no encuentro las palabras adecuadas. Lo que empieza como una pausa en la conversación se convierte en un silencio extraño y Cliff no lo está cubriendo como suele hacer. Quiere una respuesta.

—Porque te mereces ser feliz —susurro al final.

Se mete las manos en los bolsillos. Pasea un pie por el suelo. El silencio se vuelve tan abrumador que añado:

—Es tu tipo.

Cliff sisea entre dientes y, despacio, comienza a avanzar hacia mí. Un paso. Otro. Me quedo sin respiración cuando se acerca, bloqueándome el rayo de luz. Por fin lo veo de nuevo. Tiene las cejas arqueadas y, de repente, su pecho está a centímetros del mío.

—Ajá —murmura mientras posa sus ojos azules en los míos—. ¿Y cuál es mi tipo, Michelle?

Me enderezo.

—Rubias. Alegres.

Se acaricia el interior de la mejilla con la lengua. Parece molesto, lo que consigue que yerga aún más la espalda. Nunca se ha mostrado así conmigo y no sé qué hacer.

—Sí —dice con lentitud—. Sí, supongo que tienes razón. Rubias. Alegres. Estás describiendo a la perfección a la mujer de la que me divorcié.

Sus palabras desprenden desdén. Es como recibir un disparo en el pecho, que me traspasa el corazón tan rápido que no lo veo venir.

—¿Estás enfadado conmigo? —suelto con brusquedad.

Cliff exhala, liberando parte de la tensión en los hombros, como si acabara de darse cuenta de lo incómodo que se encontraba. Se pasa los dedos por el pelo y deja que los mechones le vuelvan a caer en el mismo sitio.

—No creo que sea buena idea. Apenas la conozco.

—Esa es la gracia de una cita, ¿no?

Se le marca un músculo en la mandíbula cuando desvía la mirada hacia un lado.

—No lo sé, Michelle.

—¿No quieres pasar página por fin? —insisto.

Pestañea, contemplándome. Leyendo entre líneas.

—Me lo pensaré —susurra.

—Bien.

—Bien.

Rocket tira de la cadena y camina hacia delante como si quisiera huir de esta conversación tanto como yo.

Seguimos con el paseo y Cliff solo tarda media manzana en desprenderse de su tensión antes de que la conversación vuelva a

su cauce normal. Nos reímos y fingimos que nunca le he hecho la propuesta. Pero cada una de sus palabras transmite una suave aspereza, una brusca sequedad.

No abordo esta actitud porque no merece la pena. Sé lo que he hecho y no sirve de nada empezar una discusión que acabaré perdiendo.



Capítulo 26
CLIFF

No quiero tener una cita con la hermana de Michelle. No es que Sara no me parezca mona. Es muy guapa. «Animada» quizá sería la mejor descripción. Podría recorrerle la sonrisa con hoyuelos con el pulgar y sus ojos azules harían que cualquier hombre con dos dedos de frente, o incluso sin ninguno, se obsesionara con ella.

Por desgracia, he desarrollado una atracción muy molesta por las morenas agridulces y controladoras. No puedo decirle que no a Michelle. Y por eso estoy a cinco minutos de recoger a la hermana de esta mujer y tener una cita con ella.

—Te reservaré una mesa —me dice Lars al teléfono.

Gruño.

—Tampoco le des muchas vueltas.

—Pero es importante.

—En realidad, no.

—Colocaré unas flores.

—Lars.

Oigo el pitido final de la llamada antes de que pueda seguir negándome. Suspiro. Hemos decidido cenar en la pizzería de Lars,

en la plaza. Es inevitable, todo Copper Run lo verá, cotilleará y se pasará de tres a cinco días lectivos haciendo preguntas.

Debería haberlo esperado, pero, cuando le pedí una cita a Sara, solo podía pensar: «Si hace feliz a Michelle…».

Me enfundo mi mejor jersey, unos pantalones chinos y una americana. Me miro en el espejo, me paso una mano por el pelo y me lo revuelvo.

—Por Dios —musito, pasándome los dedos por él una y otra vez antes de detenerme porque La Caída™ no mejorará a menos que me haga un corte de pelo diferente.

Solo he estado en dos primeras citas en toda mi vida. En la primera tenía dieciséis años. Mis padres nos llevaron a Tracy y a mí al cine. Pagué las palomitas con el dinero que me dieron por mi cumpleaños. Y, luego, un par de semanas más tarde concebimos a Emily.

La segunda cita fue un mes después de firmar los papeles del divorcio. Carol me dijo que había pasión ahí fuera y necesitaba encontrarla. Miré los anuncios y llamé a una mujer que decía que le encantaban los niños. Conduje hasta Burlington demasiado pronto y me di cuenta en la recepción del restaurante de que no había hecho la reserva. Fuimos a una bocatería al final de la calle y hablamos de nuestros trabajos y futuros (quería tener tres «hijos propios» o «quizá cinco»). Luego, decidimos que no tomaríamos postre. Ni yo la volví a llamar ni ella me llamó a mí.

Bajo las escaleras hasta el salón. Emily y Carol están sentadas delante de la televisión, viendo alguna comedia romántica con Meg Ryan. Es guapa, pero no me van mucho las rubias. No.

—Volveré pronto.

No espero que me miren. Emily me sigue haciendo el vacío y, de repente, se está refugiando en su tía, pero las dos se giran a la vez.

—Vaya —susurra mi hija—. ¿Adónde vas esta noche, papá?

La sorpresa de Carol es parecida, pero con un grito ahogado exagerado.

—¿Una cita romántica?

Me ajusto los gemelos de la manga.

—En realidad, sí.

Emily se queda boquiabierta.

—No me digas. ¿En serio?

—Sí.

—Nunca has tenido una cita —observa Emily.

—Sí, una vez. Más o menos.

Un segundo después, una sonrisa gélida se extiende por los labios de mi hija.

—Ah, ya veo. —Le tiende la mano a Carol—. Suelta la pasta.

Mi hermana rebusca en el bolsillo.

—Tenías razón.

Entorno los ojos y los paseo entre ambas.

—¿Qué está pasando aquí?

—Lo sabía —dice Emily con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto.

—Que Michelle y tú os habíais enrollado.

Siento que me han lanzado a la cara un cubo de hielo, no de agua, porque esta dolería menos.

—Emily. Burke.

Se sobresalta y me pregunto si mi tono habrá sido más brusco de lo que pretendía, aunque me parece que es lo que deseaba mi

presión sanguínea.

—Aj —gruñe, poniendo los ojos en blanco—. Quería decir que estabais saliendo.

—La cita no es con Michelle.

—¿Qué? —se sorprende Carol.

—Shhh, Brittany está dormida —susurro.

—¿Qué quieres decir con que no es con Michelle? —sisea Carol.

—¿Con quién tienes una cita? —la secunda Emily.

—Con Sara.

—i¿Con la hermana de Michelle?! —preguntan al unísono.

—¡Shhh! Sí.

Carol arruga la nariz antes de mirar mi conjunto de arriba abajo.

—Dios, cámbiate los zapatos, entonces.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me encantan las botas marrones.

—Son un clásico de Cliff —dice—. Y los clásicos de Cliff se le muestran a la otra persona tras varias citas.

—Pero no me habrías dicho nada si la cita hubiera sido con Michelle, ¿no?

Carol se encoge de hombros.

—Bueno, sí, ya te conoce y le gusta cómo eres.

Contengo el aliento mientras los tres asimilamos la frase de Carol, seguida por un silencio incómodo. No me hace gracia.

Emily presiona los labios.

—No van a juego con la chaqueta, papá. Necesitas causar una buena primera impresión.

Doy una palmada y las señalo.

—No os he pedido vuestra opinión, pero gracias igualmente.

Estoy a punto de llegar a la puerta trasera cuando Carol grita:

—Cámbiate los zapatos si quieres gustarle.

Dudo un segundo en el umbral. Luego, cierro la puerta a mis espaldas, aún con las botas marrones.



Llamo a la puerta de Bird & Breakfast. Niego con la cabeza y me muerdo la mejilla. Me siento avergonzado.

«¿Cuándo fue la última vez que llamé a alguna puerta de Copper Run?».

Estoy inquieto, como si estuviera pasando algo por alto. A lo mejor se me ha olvidado apagar los fuegos. O me he dejado el monedero. Me estoy palpando los bolsillos para asegurarme de que lo he traído cuando la puerta se abre de golpe. No sé por qué esperaba ver a Michelle, supongo que por costumbre, pero es el rostro alegre de Sara quien contesta.

—Hola —saluda.

—Ah, ey. —Es raro. Soy raro.

Sara va vestida de una manera muy distinta a la mía. Parezco un hombre viejo y pasado de moda por culpa de la chaqueta deportiva. Ella va mona. Demasiado mona. Demasiado joven. Se parece mucho a una versión animada de mi propia hija, lo que me provoca un escalofrío.

Lleva el pelo recogido en múltiples trenzas complejas, convertidas en una especie de corona de espinas. No entiendo cómo funciona. Alrededor del cuello se ha puesto una de esas gargantillas trenzadas que tiene Emily y entre la camisa y la falda hay espacio suficiente para mostrar el ombligo. ¡Y yo voy con chinos!

Antes de que pueda hablar, dice:

—Deja que coja rápidamente el bolso.

Sara se precipita escaleras arriba. Debe de alojarse en una de las habitaciones de invitados. Me quedo de pie en el umbral. Nunca he reprimido las ganas de entrar de manera casual en Bird & Breakfast, pero de repente me parece inapropiado, ya que estoy en mitad de una cita. Es como entrar en casa de sus padres.

Por eso, me apoyo en el marco para intentar vislumbrar a…

«Ahí está».

Michelle está sentada en el salón con las piernas dobladas bajo su cuerpo en el sofá. Tiene un cuaderno abierto en el regazo. Está trabajando. Sonrío. «Típico de ella».

En una mano sujeta un bolígrafo y en la otra una taza humeante. Conociéndola, lo más probable es que la haya llenado de café.

Dejo escapar un suave silbido. Alza la cabeza y se inclina hacia delante para mirar tras la esquina.

—Hola, soy Cliff. Encantada de conocerla, señora Cadell.

Estiro una mano. Con una sonrisa traviesa, Michelle me imita. Nos la estrechamos por el aire, a seis metros de distancia.

—Llámame Michelle. Encantada de conocerte, Cliff.

Agito el brazo.

—Tienes una casa muy bonita.

Y sigo estrechándole la mano.

—Gracias —responde.

Y sigo estrechándole la mano.

Señalo su café con la barbilla.

—Te vas a quedar despierta hasta medianoche, ¿no?

—Podría tomarme una copa e irme a la cama segundos después

—me asegura.

Curvo las comisuras de los labios.

—Sé que es así.

Michelle esboza una media sonrisa. Entonces, deja de mover la mano. Dejo caer también la mía. Se reclina para esconderse de nuevo de mi vista. Me desaparece la sonrisa.

Sara se apresura escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos, la mano en la barandilla, con anillos en casi todos los dedos con los que acaricia la superficie. Se frota un labio contra otro y en ellos se intuye un brillo rosado.

—Estoy lista. —dice, ajustándose el bolso sobre el hombro—. ¿Qué opinas? —Da una vuelta.

Esbozo una sonrisa.

—Estás muy guapa.

—Gracias. —Aletea las pestañas de una manera tan exagerada que me provoca una carcajada.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —pregunto, señalando a mis espaldas con el pulgar.

—Claro. —Se encoge de hombros como si dijera: «Sí, lo que quieras. Me parece perfecto».

Le coloco una mano en la parte baja de la espalda y la guío por la puerta.

—No llegaré muy tarde, Shells —grita Sara.

Sin embargo, antes de seguirla por la puerta, me giro para mirar hacia el salón. Michelle nos observa tras la esquina. Cuando nuestras miradas se encuentran, se escabulle.



—Dos, Lars.

Tiene los ojos tan abiertos que veo la parte blanca alrededor de sus iris. Suspiro. Sé lo que parece. Yo, Clifford Burke, el divorciado célibe del pueblo, tengo una cita. No una cita cualquiera, además, sino con alguien como Sara. Joven. Mona.

—Dos —repite Lars.

—Dos —le confirmo, formando una línea con los labios y arqueando las cejas.

Lars coge dos cartas a toda prisa, al mismo tiempo que reprime una sonrisa. Mientras nos guía hasta nuestra mesa con un mantel de cuadros blancos y rojos, veo que Betty está cenando con Sandra. Luke está sentado frente a sus padres. Todos nos miran. Mañana saldré en las noticias, si no hablan de mí en los próximos cinco minutos.

Retiro la silla, que chirría sobre la madera, para Sara y vuelvo a colocarla en su sitio cuando se sienta. Ocupo la de enfrente. Lars juguetea con los pulgares.

—¿Eres nuestro camarero? —pregunto.

—Claro.

—Pero eres el propietario del local.

—Soy un ejemplo a seguir. ¿Vino?

Le lanzo una mirada inquisitiva.

«Ni siquiera sirven vino aquí».

—Estamos bien, Lars. Dos botellas de agua, de momento.

—Claro —concuerda, paseando los ojos de uno a otro. No se mueve.

—¿Lars?

Se sobresalta.

—Sí, ahora vuelvo.

Mi amigo se aleja a toda prisa, pero, cuando se coloca detrás de Sara, fuera de su vista, me enseña los pulgares. Pongo los ojos en blanco y cojo la carta.

—¿Qué tienen aquí? —pregunta Sara.

—Pizza —contesto—. Queso. Carnes. Verduras. Café.

—¿Café?

Sonrío.

—Es una mezcla de pizzería y cafetería. Créeme, nadie entiende cómo piensa Lars.

—Ah, ¿y no tienen pasta? —pregunta, esperanzada.

—No, eso tendría demasiado sentido.

Se echa a reír.

—Pizza, entonces. ¿Alguna recomendación?

—La de «Amantes de la carne». Podría pasarme la vida comiendo solo eso y jamás me cansaría.

Miramos la carta en silencio un momento. El sonido estrepitoso y ensordecedor de las relucientes máquinas de ar-cade en una esquina batalla contra Third Eye Blind, que suena desde el altavoz.

Observo a Sara. Es guapa. Alegre. Y definitivamente que esté teniendo una cita conmigo está fuera de lugar.

—¿Y qué tal la pizza hamburguesa? —cuestiona. Luego, musita —: Madre mía, ¿por qué siento que a Michelle le encantaría?

Noto cómo se me curvan los labios en una sonrisa.

—Qué va, odia la mostaza.

Sara eleva los ojos hasta los míos, pestañea y sonríe.

—Voy a optar por la de «Amantes de la carne» —anuncia, y deja en la mesa la carta con cuidado.

—Buena idea.

—He oído que es la mejor.

Me echo a reír. Es dulce. Le pegaría ser un colorido *macaron*.

—Entonces —comienzo al bajar también la carta— la escuela de arte, ¿eh? Suena muy bien.

—¡Sí! —De inmediato, le cambia la expresión. Es como si un rayo de luz le atravesara el alma ante la mención del arte—. Mi sueño es abrir mi propio estudio, algo con obras que cambien todos los meses, ¿sabes?

—Parece ambicioso.

—¿Qué puedo decir? Vengo de una familia ambiciosa.

Suelto un bufido.

—Tienes razón. Michelle no se separa del trabajo ni aunque lo intente.

—Debo admitir que es un poco más ambiciosa que yo.

Trato de no parecer demasiado interesado cuando pregunto:

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno… —Inclina la cabeza hacia un lado—. Se mudó a la ciudad con veintipocos, lo que yo nunca habría hecho, pero ella… lo hizo, ¿sabes? Encontró un trabajo. Siguió escalando. ¿Te ha contado que fue la primera mujer en conseguir un puesto de ejecutiva en su compañía?

Sonrío.

—¿De verdad?

—Sí. Y ahora, por Dios. —Abre mucho los ojos y niega con la cabeza—. Se ha ocupado del *bed and breakfast* con tanta facilidad… —Deja escapar un suspiro—. Es mi superheroína. No puedo ni imaginarme lo mucho que habrá descubierto sobre este sitio en tan

poco tiempo.

—Aprende rápido —señalo, a la vez que una carcajada me cosquillea la garganta—. Mucho.

Sara exhala, temblorosa.

—Hay tanto que aprender.

La contemplo mientras crea un agujero en la madera de la mesa con los ojos.

—Oye, seguro que lo harás genial.

—Sí. —Se remueve en el asiento y agita la mano en el aire, despreocupada—. Ah, bueno, ya basta de hablar de mí. ¿Y tú? ¿Cómo conseguiste ser pastelero?

—Eh… —Doy unos golpecitos en la mesa con los nudillos—. Ha sido mi sueño desde siempre. La asignatura de Economía doméstica en el instituto me encantó. Y se quedó libre un local a una manzana de aquí justo después de mi divorcio. Supongo que ves la vida de manera distinta cuando todo lo que pensabas que era real de repente deja de serlo. Te aferras con más ganas a cualquier sueño tonto.

Sara pestañea y asiente despacio, como si estuviera asimilando mis palabras.

—Me encanta —dice—. A ver, no lo del divorcio y que no funcionara, pero sí que te arriesgaras y consiguieras hacer realidad tu sueño.

La manera en la que la gente que no se ha divorciado habla del tema siempre es rara. «Que no funcionara» es simplificarlo demasiado. Aun así, esbozo una suave son-risa.

—¿Cuántos años tienes? —suelta de repente.

—Treinta y tres.

—Veinticuatro —contraataca.

—Uf —gruño. Luego, niego con la cabeza y me presiono la mejilla con la lengua antes de dejar escapar una carcajada dubitativa.

Sonríe.

—¿Demasiado joven?

No conozco una manera agradable de decir: «Sí, porque tienes menos de diez años más que mi hija». En lugar de eso, inclino la cabeza hacia un lado.

—Tengo que hacerte una pregunta, Sara.

—Vale —contesta, emocionada.

—¿Por qué no sales con nadie en la universidad?

—¿Este es tu lado paternal haciendo su aparición?

Me echo a reír.

—Puede.

Sara endereza la espalda.

—No me interesan los chicos de allí. Solo les gusta surfear, fumar y escuchar música sin sentido. Y…, no sé…, no son mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo? —pregunto.

—Padres más mayores.

Una carcajada burbujea en mi interior. Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos.

—Rebosas confianza, eso debo concedértelo.

Sara sonríe, contoneando los hombros, mientras se recoloca en el asiento.

—Gracias.

—Michelle habla maravillas de ti. Me alegra ver que estás a la altura de la imagen que me había hecho.

Pestañea.

—Espera, ¿qué? ¿En serio?

—Sí, eres su persona favorita en el mundo entero.

Se remueve aún más en la silla.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, como un rayo de sol… —contesto despacio. Luego, me echo a reír—. ¿Por qué? Pareces sentirte extraña al oírlo.

—Así es.

—Ay, venga. Haría cualquier cosa por ti. No hay más que verlo.

—¿Ver qué?

—Se ha ocupado del hotel. No sacrificaría su trabajo por ninguna otra persona.

—¿Te ha…? A ver, es… —Niega con la cabeza—. Sí, claro. Supongo que no suele hablar de sus emociones. Conmigo no.

No logro reprimir una sonrisa.

—Cuando lo hace, casi parece un premio, ¿verdad?

Sara abre la boca y, luego, la cierra, pero Lars vuelve a la mesa antes de que pueda contestar. Hacemos el pedido y, cuando se marcha, pasea la mirada de uno a otro, curva los labios como si aquello fuera un secreto y se precipita hacia la parte trasera del local.

—¡No seas tan siniestro, Lars! —le grito.

Sara desvía los ojos de los míos a la puerta por la que ha escapado.

—¿Qué has querido decir con eso?

Me inclino sobre la mesa.

—Bueno, para que lo sepas —le susurro—, antes de que se acabe la tarde, todo el pueblo se habrá enterado de nuestra cita.

—¿De verdad?

—De verdad. Son buitres, todos ellos. —Miro a mi alrededor y descubro a algunas personas con los ojos fijos en nosotros. Saludo a Betty hasta que la vergüenza la empuja a centrarse en su trozo de pizza.

Sara se muerde el labio.

—Bueno, deberíamos darles algo sobre lo que hablar.

Arqueo las cejas, pero el corazón se me acelera al instante.

—Eh, quizá —respondo.

—Ya se me ocurrirá algo; no te preocupes —asegura Sara.

—¿Algo como qué?

—Algo de lo que hablarán —responde con un guiño travieso.

Solo logro soltar una carcajada divertida.

—Madre mía, sois muy distintas.

—¿Quiénes?

—Michelle y tú.

—Ah, sí, mi madre también lo solía decir —confiesa—. Las dos caras de una moneda. La luna y el sol. La rubia y la morena. La sagitario y la escorpio.

Me echo a reír.

—Nunca he entendido lo de los signos del zodiaco.

—Sí, bueno, los escorpios son muy intensos, como Michelle.

—Sin duda —concuerdo—. Tardé una eternidad en que me dedicara una reacción que no fuera el odio. Pero, eh… —Me inclino hacia ella como si estuviera compartiendo una teoría conspirativa—. Estoy bastante seguro de que me sigue odiando.

Sara suelta una carcajada, pero no tarda en apagarse. Frunce los labios.

—Bueno, Michelle siempre dice lo que piensa —replica.

Sonrío.

—Es lo que más me gusta de ella.

Sara me sostiene la mirada durante un momento incómodo antes de inclinarse en la mesa, apoyarse en los codos y entrelazar los dedos ante sí.

—Tengo que hacerte una pregunta, Clifford —dice, imitándome.

Me echo a reír y me llevo el vaso a la boca.

—Dispara.

—¿Sabes que estás enamorado de mi hermana?

Escupo el agua, que se derrama sobre la mesa. Cojo una servilleta y limpio el mantel.

—Sí —añade tras humedecerse los labios—. Me lo imaginaba.

—No es… —Me río a pesar de mi nerviosismo creciente—. Somos amigos.

Sara entorna los ojos.

—Te cuenta cosas que ni siquiera me dice a mí.

—Vale, somos amigos íntimos —me corrijo.

—Ella también está enamorada de ti, ¿verdad?

—No, para nada.

Juguetea con la servilleta y el tenedor.

—¿Te apetecía venir a la cita? —Sara me contempla con ojos entornados.

El corazón me da un vuelco. Suelto un suspiro.

—Eres muy maja.

—¿Pero?

—Michelle quería que volviera al mercado y te quiere mucho, por lo que tenía sentido. De verdad, cuenta maravillas sobre ti y es cierto, eres encantadora. Pero… hace mucho tiempo que no tengo

una cita. Así que no, no me apetecía. Aunque te juro que no tiene nada que ver contigo.

Sara sonríe.

—Bueno, bien, porque soy encantadora y me alegra que Michelle tenga un amigo como tú.

Asiento.

—Significa mucho para mí. Y se va en dos meses, así que… —Pestañeo un segundo—: Me alegra haberme hecho amigo suyo en tan poco tiempo. Eso es todo. —Me encojo de hombros—. Es especial.

Sara se queda boquiabierta.

—Ay, madre mía, estás pilladísimo por ella.

Niego con la cabeza y lo acompaño con una carcajada incómoda.

—No es verdad.

—Es una locura. Dijo que no había nada entre vosotros.

El corazón me da un vuelco.

—Ah… Ah, ¿sí?

—Sí, a ver… —Sara pestañea y se lleva las manos a la cabeza, como si estuviera tratando de comprender demasiadas cosas a la vez—. Por Dios, incluso bromeó sobre el tema.

«Bromeó».

Me aclaro la garganta.

—¿De verdad? —De repente, la silla se vuelve muy incómoda. Muy dura. Me remuevo en el asiento y chasqueo la lengua—. Vaya.

Sara abre mucho los ojos.

—Ah, no quería…

—No, no pasa nada —digo tras forzar una carcajada—. Sí. —Inhalo y exhalo—. Bueno, como has dicho, no dice nada que no

piense de verdad.

—Es… A ver, es difícil saber lo que opina en realidad —contesta.

—Lo sé —concuerdo—. Sí, es verdad.

Por supuesto, en ese momento exacto Lars se acerca con dos pizzas que hacen equilibrios sobre sus manos. Las posa en la mesa y vuelve a sonreírnos.

—¿Puedo traeros algo más? —pregunta—. ¿Una vela?

Niego con la cabeza.

—Estamos bien, Lars.

Y, por primera vez, mi querida pizza «Amantes de la carne» me sabe a mierda. A una mierda enorme.



Capítulo 27
MICHELLE

El café se quedó frío hace horas. Miro el reloj. Son poco más de las diez, por lo que no puedo recalentármelo o me pasaré la noche en vela. Aunque creo que permaneceré despierta igualmente, teniendo en cuenta lo rápido que me va la cabeza.

Rocket gruñe al otro lado del sofá. Advierto que estoy dando golpecitos con el pie cuando los cojines rebotan contra su cabeza.

«Shelly, cálmate».

Aprieto con más fuerza los dedos contra la taza.

—Lo siento.

«¿Te estás disculpando conmigo?».

—Sé disculparme —contraataco antes de dar un sorbo, molesta, y arrugar la nariz. El café sigue frío.

Llevo horas con la misma postura en el sofá, reviviendo cada segundo hasta que Sara y Cliff se han marchado para tener su cita. No me gustaba el aspecto que tenía Cliff cuando se ha ido. Sí, estaba muy guapo con la americana (no sabía que podía arreglarse para algo que no fuera un funeral), pero no me ha gustado su murmullo de admiración cuando le ha dicho a Sara que estaba muy

guapa.

Mi hermana es preciosa, por lo que debe de estar ciego si cree que «muy guapa» está a su altura. Aun así, me remuevo incómoda sobre el cojín cuando recuerdo su halago. No debo olvidar que Cliff es solo un hombre y que, además, es muy majo. Es normal que se haya fijado en la apariencia de Sara, igual que es normal que la haya alabado. Pero… también le ha tocado la parte baja de la espalda. Sé que Cliff toca a todo el mundo, que, si no apoya la mano en alguien durante un corto periodo de tiempo, podría marchitarse y morir, pero no sabía que sentiría una punzada tan profunda en el corazón al verlo.

Oigo pasos en el porche. Rocket levanta la cabeza. Lo mando callar y deja escapar un gemido de irritación muy típico de él.

«Ni siquiera he ladrado, Shelly».

No consigo descifrar los susurros que se intuyen tras la puerta principal, más allá de una o dos carcajadas. Se lo están pasando bien. ¿Estarán tonteando, a punto de darse un beso de buenas noches? ¿Cliff estará empujándola contra la pared de la casa, como hizo conmigo en Halloween?

Me levanto del sofá y cruzo la puerta de la cocina justo cuando Sara gira la llave en la entrada y entra. Me quedo paralizada y, durante un par de segundos, se crea un silencio incómodo, solo interrumpido por el tictac del reloj de la cocina y el golpeteo de las patas de Rocket sobre el linóleo.

—¿Michelle? —susurra Sara—. ¿Estás despierta?

Casual, dejo la taza de café, me aclaro la garganta y susurro:

—Sí. Buenas. Estoy en la cocina. Debía ponerme al día con el trabajo y he perdido la noción del tiempo.

La puerta de la cocina se abre. Advierto que su recogido sigue intacto y que no se le ha corrido el brillo rosado de los labios.

—¿Qué tal ha ido? —me intereso, dándole vueltas a la taza sobre la encimera vacía.

Centra los ojos en ella y pregunta con un toque de desconfianza:

—¿Debías ponerte al día con el trabajo?

Yo también contemplo la encimera, en la que no hay ni un documento.

—Sí —miento.

Entorna los ojos.

—¿Me estabas esperando?

Pruebo a soltar una carcajada casual.

—No, claro que no. Eres adulta…

—Y también he salido con tu amigo. —Se sienta ante la barra de desayuno y sube las piernas para cruzarlas sobre la silla.

—Ah, sí, ¿qué tal todo?

Se clava los dientes en el labio inferior y me contempla de arriba abajo. Atenta. Con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes? Ha ido muy bien —comenta con una sonrisa de satisfacción, a la vez que se hunde aún más en el asiento—. En plan… —cierra los ojos y suspira— muy muy bien.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Ah, ¿sí? —pregunto con voz temblorosa antes de darle otro sorbo al café frío y esbozar una mueca—. Genial.

—No ha sido solo genial —insiste—, sino espectacular. Bueno… —Mira al suelo y deja escapar un grave suspiro; luego, posa sus ojos sobre los míos—. Besa de maravilla.

Sin mi consentimiento, mi culo aterriza en la silla ante ella. El

golpe en las entrañas ha sido más duro de lo que pensaba. Se me nubla la visión.

—Ah… Ah, ¿sí? —pregunto con un hilo de voz, apenas capto mis propias palabras.

—Sí —continúa Sara con una sonrisa. Después, pestañea con los ojos fijos en el techo, como si le estuviera dando las gracias a Dios por una noche así—. Intentamos esperar a salir del restaurante, pero no pudo contenerse. Cliff no es el caballero que piensas.

Las paredes se cierran sobre mí.

—Genial —musito.

Todo a nuestro alrededor desaparece de mi vista y solo puedo fijarme en Sara, aunque juro que oigo la risa alegre y distante de Cliff en la casa de al lado, la carcajada de un hombre que ha tenido una cita increíble. Es lo que quería, ¿no?

Me obligo a sonreír, pero necesito tumbarme. Es culpa mía. Le dije que saliera con ella. Y ahora acabarán juntos y…

De repente, Sara desliza el bolso por la mesa. Patina hasta el extremo opuesto y me golpea el brazo antes de caer al suelo. Me estremezco.

—¿A qué diablos ha venido…?

—Por Dios, estoy muy enfadada contigo —sisea.

—¿Conmigo?

—¡Te gusta!

Pestañeo.

—¿De qué estás ha…?

—No hemos hecho nada —gime, y levanta una mano en el aire, derrotada—. Te he mentido porque necesitaba ver cómo te retorcías de celos durante una milésima de segundo. —Se inclina, con los

antebrazos sobre la mesa—. Shells, se ha pasado toda la noche hablando de ti. Toda. La. Noche.

—No me lo puedo creer —susurro, incrédula.

—Sí, así es.

—Entonces ¿no os habéis besado?

—¿Estás de broma? —pregunta con una carcajada—. Ni siquiera me miró el escote, que, todo hay que decirlo, me queda espectacular. Me he echado purpurina en estas chicas.

Reprimo una carcajada.

—¿No te miró las tetas brillantes?

—No —replica con voz monótona antes de golpearme el brazo—. Le gustas a Cliff, Shells. ¿Qué estás haciendo?

—No entiendo la pregunta.

—¿Qué? ¿Estás? ¿Haciendo? —repita, enfatizando cada palabra —. Ese hombre saltaría por un puente si se lo pidieras, pero, ups, ya ha saltado y ahora está en el agua, esperando a que le digas qué hacer a continuación.

Suelto una mezcla de bufido y risa.

—Sara…

—Está bueno, es majo y divertido. Me abrió la puerta. Me oyó cotorrear sobre la escuela de arte y prestó atención de verdad. Los chicos no suelen hacer esas cosas. Créeme.

—Sara…

—Hazme un favor —escupe.

—¿Qué?

—Echa un polvo.

Pestañeo y enderezo la espalda.

—¿De qué estás hablando?

Desliza los brazos por la encimera y me coge de las manos.

—Sé feliz con ese hombre estúpido y maravilloso que vive en la casa de al lado y está obsesionadísimo contigo.

«¿Cliff está obsesionado conmigo?». La idea me parece ridícula. Le gusto. Al menos, le gusté en cierto momento. Pero eso es todo. Un amor platónico. Nada más. Aun así, el nudo del estómago se tensa aún más y siento que me estoy mintiendo a mí misma.

Sara chasquea los dedos ante mi cara.

—Deja de pensar —dice, molesta—. Cuéntame lo que se te pasa por la mente. En voz alta.

—No pienso hacer eso.

—Ah, pero a Cliff se lo cuentas todo, ¿no?

Pongo los ojos en blanco.

—No le cuento…

—Sí, me he enterado de lo que piensas de mí a través de él.

Alejo los antebrazos de sus manos y los cruzo sobre el pecho. Después, me reclino en la silla.

—¿De qué estás hablando?

—Nunca me dices lo mucho que me quieres.

Me tenso.

—Lo hago a todas horas —replico sin aliento.

—Tres palabras no son nada comparado con lo que me ha contado. Dijo que piensas que soy… ¿un rayo de sol? Algo que no creía siquiera que pudieras pensar. —Arrastra la silla para acercarla a la mía—. Incluso dijo que soy tu persona favorita en el mundo, aunque —chasquea la lengua— ahora tendré que competir con Cliff.

Me echo a reír y niego con la cabeza.

—También dijo que… Bueno… ¿Cómo has conseguido venir aquí?

Me refiero a quedarte en el hotel. En el trabajo te lo han permitido, ¿no?

Trago saliva.

—Claro que sí.

—No has… tenido que pagar un precio demasiado alto ni nada por el estilo, ¿verdad? —No logro encontrar las palabras lo bastante rápido antes de que Sara encorve los hombros—. ¿Por qué lo hiciste?

—Tienes que graduarte. Era lo que necesitaba mamá.

—Y tú tienes una vida por la que has trabajado duro.

—Pero eres más importante para mí que todo eso.

Sara niega con la cabeza y arquea las cejas.

—Te mereces ser feliz. Habla con Cliff.

—No funcionaría —contesto.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar?

Estiro el brazo y le doy vueltas al pendiente.

—Vivimos en extremos opuestos del país.

—¿Y?

—Me acabo de divorciar.

—¿Y? —repite, enfatizando aún más la pregunta.

—No es del tipo de chicos con el que suelo salir.

—Porque casarte con un doctor pijo te ha funcionado muy bien, ¿no?

Le dedico una mirada de advertencia y suelta un gruñido.

—Qué difícil lo pones todo. Lo que tú digas. —Sara mueve las manos en el aire—. Haz lo que quieras. Es tu vida. ¿Qué sabré yo?

—Sabes un montón.

—Sí, sé que es horrible ser guapa y lista —replica con una sonrisa

burlona.

Nos quedamos en silencio, acompañadas solo por el zumbido de la nevera y el repiqueteo de mis uñas sobre la encimera.

—No sé —susurro.

—¿Qué?

—Nada. He… —Me aclaro la garganta—. Cliff apareció en mi vida y no me dejaba tranquila. Al principio, lo odiaba. Era… muy frustrante. Pero no me obliga a ser alguien que no soy.

—Entonces, te gusta —concluye.

—Sí.

—¿Y? —Dibuja un círculo en el aire con la mano, como si me animara a continuar.

La contemplo de soslayo y exhalo.

—Sí, significa mucho para mí, si es lo que estás insinuando.

—Dios, te cuesta hasta decirlo en voz alta, ¿verdad? Admite que sientes algo por él, Shells.

No puedo. Porque confesar que estoy pillada por Cliff, no solo pensarlo, pondrá sobre la mesa cartas que no podré ocultar. Además, ¿qué ganaría con eso?

—Bueno, si sirve de algo —continúa Sara—, creo que os vendría bien estar juntos.

—Es muy dulce por tu parte que pienses eso.

—Lo digo en serio.

Una tenue sonrisa me cosquillea en los labios.

—Gracias.

—¿Puedo dormir contigo? —me pregunta—. Como en los viejos tiempos.

Me echo a reír.

—Tengo treinta años.

—¿Y? Podemos incluso invitar a Rocket.

El aludido pasea los ojos entre las dos. «Por supuesto que no».

Vuelvo a reírme.

—No creo que le apetezca.

Sara arruga la nariz.

—Es muy expresivo para ser un perro que no puede expresarse, ¿no?

—Mucho —concuerdo—, pero no está mal.

Y creo percibir, de reojo, que Rocket mueve la cola.

—¿Shells? —susurra Sara.

—¿Hum?

—Si lo dices, no se lo contaré a nadie. —Extiende el meñique—. Lo prometo.

Noto cómo se me tensan las cuerdas del corazón. Me presiono los brazos contra el pecho, como si me estuviera protegiendo. Lo cierto es que siempre trato de mantener encerrada con un candado una pequeña parte de mi ser. Con una exhalación, lo abro y confieso:

—Me gusta mucho, Sara. Y no sé qué hacer.



Capítulo 28
MICHELLE

—Los tres no entramos en la cama.

—Bueno, pero podríamos cantar canciones de campamento mientras nos vamos a dormir —comenta Sara, burlona.

Mi padre la contempla sobre el *Wall Street Journal*.

—Sería divertido.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz. Sara se echa a reír y le da un sorbo ruidoso al café. A mí no me hace gracia.

Hemos aceptado demasiadas reservas en el hotel. Tenía la sensación de que se llenaría por Acción de Gracias, pero una parte de mí había asumido que la gente querría celebrar ese día con su familia en la comodidad de su hogar. Bueno, pues al final resulta que al menos tres personas no tienen intenciones de hablar sobre política o religión con el loco de su tío o la pesada de su abuela. Ahora todas las habitaciones de los huéspedes están ocupadas, por lo que mi padre con dolor de espalda, mi hermana y yo tendremos que compartir mi cama de matrimonio.

—Vale. —Me acerco al armario más cercano y saco el pesado colchón hinchable de goma desinflado—. Puedo dormir aquí.

Mi padre dobla el periódico.

—No vas a dormir en un catre, Shells. Yo me quedaré con…

—No —lo interrumpimos Sara y yo a la vez.

—Tú te quedas con la cama, eso está claro —le ordeno, y Sara asiente con firmeza, conforme.

—Tienes que dirigir este sitio —contraataca mi padre—. Necesitas dormir bien.

—Puedo ocuparme de él sin haber dormido nada.

Es mentira. En realidad, soy muy tiquismiquis a la hora de dormir. Siempre me pongo un antifaz y tapones. Una vez se me cayó uno a las tres de la mañana y al día siguiente me tuve que arrastrar por la acera para ir a trabajar con los ojos llenos de legañas y una enorme taza de café en la mano. Pero mi padre no tiene por qué enterarse.

La puerta trasera se abre y Emily entra con la mochila sobre los hombros. El aire frío se cuela tras ella hasta que la vuelve a cerrar. Las contraventanas repiquetean contra el cristal.

—Vengo a por un café antes del instituto —anuncia sin mirarnos —. No tardaré mucho. Britt está fuera.

Me inclino hacia un lado y descubro a una niña de seis años a la que le castañean los dientes, vestida con un cortavientos de colores complementarios, que se aferra a las correas de su mochila rosa como si la vida le fuera en ello.

—¿Brittany no quiere entrar? —pregunta Sara.

Emily gruñe.

—Rocket sigue dándole miedo. —Coge un vaso de cartón del armario y se encoge de hombros—. Al menos está en vuestro jardín. Es un avance.

Como si lo hubieran ensayado, Rocket levanta las orejas desde su

cama y se acerca a la ventana. Luego, con un salto, apoya las patas en el alféizar. Mueve el rabo de un lado a otro con cautela mientras presiona el hocico contra el cristal, enviando bocanadas rítmicas de vapor hacia su superficie.

Brittany lo contempla durante un segundo. Después, con lentitud, levanta la manopla para saludarlo. Rocket agita la cola con más fuerza.

—Ay, Dios mío, ni siquiera había pensado en Rocket —dice Sara, reclinándose en la silla de nuevo—. ¿Vamos a tener que estar tres adultos y un perro en una única habitación durante un par de días?

—¿Qué? —pregunta Emily.

—No pasa nada —respondo—. Hemos aceptado demasiadas reservas en el hotel. Tampoco es para tanto.

—Sí que lo es —interviene Sara.

—Puedo quedarme con el colchón hinchable —murmura mi padre para sí.

—Papá —le advierto.

—Podrías quedarte con nosotros —propone Emily.

Mi familia se sume en un silencio sepulcral, como si una ráfaga del viento de noviembre hubiera soplado y nos hubiese congelado hasta los huesos. Sin embargo, cuando miro a mi alrededor, mi padre y mi hermana están asintiendo, como si se estuvieran planteando la idea.

Quizá solo soy yo la que se ha quedado en shock. El hotel está lleno la noche antes de Acción de Gracias y ese día. Eso son dos noches. Dos noches en las que Emily espera que duerma bajo el mismo techo que Cliff. Como si me leyera la mente, Sara me dedica una sonrisa perversa.

Deslizo las manos frías y húmedas sobre la falda.

—Em, ¿no deberías hablar primero con tu padre?

Deja escapar un suspiro entre los labios.

—No, no se opondrá. Está intentando ganarse mi cariño de nuevo.

—Pero no podemos sorprenderlo con algo así.

La puerta trasera se abre una vez más, dando paso a otra ráfaga de viento casi invernal y al propio Cliff. Lleva una chaqueta de pana marrón oscuro de la que sobresalen los puños de la camisa de manga larga de color bermellón. Al girar la cabeza, roza la mandíbula recién afeitada contra el cuello de la prenda.

—Em, ¿qué hace tu hermana ahí fuera? —pregunta, señalando con el pulgar a sus espaldas.

—Rocket —le explica Emily, colocándole la tapa al vaso para cerrarlo—. Ahora salgo.

Su padre deja escapar un suspiro.

—No me vendría mal un café. Ya tengo la furgoneta en marcha.

—Iré poniendo la calefacción. Ay, y he invitado a Michelle para que se quede un par de días contigo. —Emily lanza el comentario como si fuera una granada. Mientras la puerta trasera se cierra, añade a toda prisa—: Muy bien, adiós. ¡Nos vemos!

Cliff me sostiene la mirada. Luego, la desvía hacia Sara. Lo hace de forma repentina, como si no quisiera centrar los ojos en los míos. Frunzo el ceño.

—Emily estaba de broma —le aseguro.

—¿Por qué iba a decir algo así?

Cliff centra su atención primero en Sara y luego en mi padre. No en mí.

—Tenemos demasiadas reservas por Acción de Gracias —aclara mi padre desde detrás del periódico, lo que me confirma que no ha abandonado la conversación en ningún momento.

—Ah. —Cliff reflexiona antes de decir—: Bueno, sí, Michelle puede quedarse con mi cama.

Solo él puede mostrarse tan imperturbable ante una noticia de ese estilo.

—No es… —Niego con la cabeza—. No, no vamos a hacer algo así.

—No te estoy preguntando —añade a toda prisa. Es rara la manera en la que está equilibrando una oferta generosa con la expresión de estar a punto de no permitirme acercarme nunca más a su casa.

«¿Está molesto conmigo?».

—Es perfecto —interviene Sara.

Niego con la cabeza.

—No, no creo…

—No hay ningún problema —concluye Cliff.

—Quizá deberíamos…

Entonces, Rocket ladra. «¿Por qué te pone tan nerviosa, Shelly?».

Cierro los ojos.

—¿Podéis dejar de interrumpirme cada dos segundos?

La estancia se queda en silencio de nuevo.

Abro los ojos y me encuentro a Cliff estudiándome. Su boca se ha convertido en una línea recta. Odio poder leerlo como un libro. Y, aunque nunca lo he visto así, por descarte entiendo que es una nueva clase de enfado dirigido a mí.

«Pero ¿por qué?».

—Quédate conmigo —insiste.

Dejo escapar un suspiro de frustración. Luego, desvío los ojos hacia Sara, quien se está mordiendo el labio inferior y tiene los hombros a la altura de las orejas. Me dedica la sonrisa más traviesa imaginable.

—Es lo más lógico —concuerda, inocente—. No conozco tan bien a Cliff como tú.

Entorno los ojos. Sabe lo que está haciendo.

—Perfecto —sentencia Cliff.

Por su tono no parece que lo considere tan «perfecto». Ni un poquito.

—¿Me puedes preparar un café? —le pregunta a Sara.

A Sara, no a mí.

«¿Por qué no me habla?».

—Sírvete tú mismo. La cafetera está a la mitad.

Le sonríe y le da un golpecito en la espalda cuando pasa a mi lado. A ella. No a mí.

Cliff se vierte el café con la misma familiaridad que su hija. El pecho se me contrae cuando pasa junto a mí para marcharse, seguido por una rápida descarga de calidez y canela. Me atrae y a la vez me mantiene a cierta distancia. Somos como el mismo extremo de dos imanes que se repelen después de haber estado juntos durante tanto tiempo.

—Adiós, Cliff —dice Sara, despidiéndolo con la mano.

—Adiós, chicos.

Se marcha por la puerta sin mirar atrás.

«A la mierda».

Solo con los vaqueros y la camisa abotonada metida por dentro

del pantalón, abro la puerta trasera de golpe y bajo los escalones de piedra, descalza. La puerta se cierra a mis espaldas mientras la superficie fría me congela los dedos de los pies. Me rodeo con los brazos, donde se me eriza la piel, y doy un par de zancadas al frente.

—¡Cliff!

Se gira con la taza de café a punto de rozar sus labios. Pasea los ojos por mi cuerpo tembloroso.

—Michelle. —Su tono casi refleja agotamiento.

Esbozo un mohín.

—Eh… Bueno, solo… —Odio tartamudear así. Tanto como la sensación de que me hayan arrebatado el control de la conversación. Nunca me he sentido tan perdida a la hora de elegir las palabras. Este hombre no es mi Cliff ni de lejos—. Pareces enfadado.

—Lo estoy —me confirma sin dudarlo, por lo que levanto la cabeza de repente. Sus palabras encierran indiferencia. Como si fueran rutinarias.

—¿Por qué? —cuestiono, tensa, utilizando el mismo tono.

Mira hacia la furgoneta, aparcada sobre el camino de acceso y de cuyo tubo de escape surgen nubes de humo que calientan el aire gélido. En el interior, una música estrepitosa surge de la radio. Brittany le da unos golpecitos en el hombro a Emily y esta parece a punto de asesinar a su hermana pequeña.

Cliff vuelve a mirarme. Centra los ojos en mis labios antes de desviarlos.

—Porque no entiendo nada de lo que pasa entre nosotros y estoy intentando aclararme —confiesa.

Se me calienta el cuerpo y el vello de los brazos se me pone de punta. Por una vez, no estoy segura de que me guste la sinceridad de Cliff.

—¿Nosotros? —pregunto.

—Nosotros —insiste—. Acordamos que nos iría bien siendo amigos, pero… luego me organizaste una cita con tu hermana. Y no fue… No sé. Dije que sí, así que también es culpa mía.

—Si te sentías incómodo, ¿por qué aceptaste?

—Porque me dijiste que necesitaba pasar página. Y oye, tenías razón, pero… —Gruñe, como si ahora estuviera molesto consigo mismo—. Pero entonces descubrí que nunca has sentido lo mismo que yo. —Niega con la cabeza—. Y no me hizo gracia oír algo así. Especialmente porque no me lo dijiste tú.

Me quedo sin palabras. Abro y cierro la boca como un pez fuera del agua. Y una parte de mí se siente así, dividida en dos, porque… ¿que no siento nada por Cliff? Resoplo y cruzo los brazos para protegerme de mis propios pensamientos. En realidad, siento demasiado por este hombre. Y ahora mismo esa sensación roza la frustración.

—Cliff…

—No pasa nada —me interrumpe—. En serio, lo superaré.

—No, claro que pasa. Vamos a hablarlo.

—Luego.

—¿Por qué no ahora? Yo nunca he dicho eso. Y no es cierto.

Se pellizca el puente de la nariz.

—Michelle, son las siete de la mañana. Llevo levantado desde las cuatro para preparar las masas en la pastelería y mis hijas están a punto de llegar tarde a clase en su último día de colegio antes de las

vacaciones. —Me señala—. Y estás aquí de pie, congelándote el culo. A ver… —Se ríe—: ¿Qué clase de conversación pretendes tener ahora mismo?

Me sube la presión sanguínea y pitan los oídos.

—No lo sé —admito con brusquedad. Lo repito con un suspiro arrogante—. No lo sé, Cliff. Pero sí que sentía algo. Igual que ahora. No… —Niego con la cabeza—. No lo sé. Tienes razón. Ahora mismo no podemos hablar.

Asiente, comprensivo, y una chispa del Cliff que conozco se cuela en su expresión.

—Muy bien. —Se gira para alejarse hacia el coche. Luego, da media vuelta con un suspiro—. Por cierto, que conste que me parece bien que te quedes en mi casa. No creo que nuestra amistad deba verse afectada por mi enfado.

—¿Cómo no va a hacerlo? —replico con una carcajada incrédula.

—Porque eres más que un simple beso confuso.

El silencio a nuestro alrededor es ensordecedor. El viento sopla junto a mis oídos y, de repente, ya no tengo tanto frío.

Se pasa la mano libre por el pelo y se le rebela un pequeño mechón.

—Quédate conmigo.

—¿Qué?

—En Acción de Gracias. Yo dormiré en una de las camas de las niñas, de todas formas no van a estar.

Siento que me paralizo en el acto, temblorosa bajo el azote del viento.

Cliff me contempla los brazos. Luego, se inclina hacia delante media zancada, como si quisiera acariciarme para ahuyentar el frío,

pero se detiene y aprieta los dientes.

—Por el amor de Dios, entra en casa. Vas a pillar un resfriado.

No me muevo del sitio mientras Cliff aprieta los puños y abre las manos. Se gira sobre los talones y sus botas retumban sobre el camino de piedra. Avanza por la hierba seca y mustia entre nuestros jardines y entra en la furgoneta. Cierra la puerta, baja la música ensordecedora y retrocede por el camino de acceso, al tiempo que Brittany y Emily me devuelven la mirada a través de la ventanilla y pestañean, confusas.



Capítulo 29
CLIFF

Coloco una bolsa de comida enlatada en la mesa plegable que hay en el exterior del colegio de Brittany.

—Sois unos ladrones —bromeo—. Me dejáis sin latas todos los años.

La directora del colegio de Brittany, y mi antigua profesora de la guardería, niega con la cabeza, sonriente.

—Hola, Cliff.

—Hola, Debra.

Garabatea algo en el portapapeles. Luego, me observa con los ojos entornados. Me sonríe con dulzura antes de morderse el labio inferior. La observo con desconfianza y el fantasma de una sonrisa en las comisuras de los labios.

—¿Qué?

—Verás, a mi prima le gustan los pasteleros y…

Se me tensa cada fibra del cuerpo.

—Deb…

Es la quinta persona que me intenta vender a algún familiar en lo que llevamos de día y solo estamos acabando la mañana. George y

Lisa han aparcado en la puerta de la pastelería con Polaroids de su nieta más mona. Después, Sandra ha entrado con un puñado de fotos encajadas entre las flores. El proceso de divorcio casi me resultó un juego de niños en comparación con tener que oír: «Ah, la hija de la mejor amiga de mi tía está soltera…».

Me obligo a dedicarle una sonrisa a Debra. Lo último que quiero es que mis vecinos crean que no me siento agradecido por su papel como alcahuetes, aunque así solo consigan que me quiera sacar los ojos.

—No estoy en el mercado, Deb.

Se le trunca la expresión.

—¿Qué? Pero Lars dijo que te vio con la hermana de Michelle.

Es como meter el dedo en la llaga.

—No volverá a pasar.

Me estremezco al pensar en lo mucho que hablamos de Michelle. Pero Sara quería saberlo todo sobre nuestra relación y hablar de su hermana parecía lo más cómodo. No sé cómo ligar, y pensar en Michelle me relajó.

La sonrisa de Sara se fue haciendo cada vez más ancha a medida que pasaba la noche hasta que por fin me tocó el brazo y me dijo:

—Tienes que contárselo.

Lo único que pude responder fue:

—No funcionaría.

Si me hubieran preguntado hace unas semanas si debería salir o no con Michelle, habría dicho que daba igual, que éramos amigos y que deseaba disfrutar cada segundo que pudiera con ella. Sin embargo, después de mi cita con Sara, el panorama ha cambiado, como si se me hubiera abierto un agujero enorme y profundo en el

corazón.

No quiero tener más citas. Deseo estar con Michelle. No como amiga. Ni como un rollo pasajero. La quiero a ella, pero sé quién soy y cuál es nuestra situación. A Michelle le encanta su vida en Seattle. Está deseando volver. La vida tras el divorcio no es fácil y la sensación de normalidad es esencial. Me gustaría que sanara. Sería egoísta por mi parte arrebatarle algo así. Lo último que deseo es despojarle de algo que no me corresponde.

Me aclaro la garganta, volviendo al aquí y el ahora, donde tengo otra bolsa de comida enlatada alrededor del codo y una caja de dulces en la otra mano.

—¿Dónuts? —La dejo en la mesa y la abro—. Coge todos los que quieras.

A Debra se le ilumina la mirada.

—Gracias —dice, optando por una berlina rellena de limón.

Averigüé su dónut preferido hace mucho tiempo. Es un bollo dulce, reluciente y lleno de limón que va a juego con su interior amable de profesora de colegio. Con algunas personas es fácil acertar. Con Michelle, sin embargo…

—Si cambias de opinión, mi otra prima es dentista y muy guapa.

Suelto una carcajada.

—Lo tendré en cuenta, Deb.

—Mi niño, últimamente estás enfrentándote a muchas cosas, ¿eh? Sabes que Luke está enamorado de Brittany, ¿verdad?

—¿Luke? ¿El niño que empujó a mi hija? ¿Ese Luke?

—Sí, los dos tortolitos a los que les gusta la lucha libre.

—¡Increíble! —exclamo, sarcástico, para mí—. En mi casa no va a pasar.

He tardado en acostumbrarme a Josh. ¿Ahora tengo que preocuparme por Luke? ¿Cómo es posible que todos los miembros del clan de los Burke hayan pasado de no tener ninguna relación a verse obligados a cargar con una?

Debra deja el dulce en una servilleta de papel, se lame el glaseado del pulgar y me tiende un folio.

—¿Un pavo hecho con las huellas de los dedos? —me ofrece.

—¿No se le ha ocurrido al colegio ninguna otra manualidad para que nos llevemos a casa?

La expresión se le convierte en piedra, impasible.

—La otra prima…

Le arrebato el pavo de papel y lo agito en el aire.

—Es perfecto. Gracias.

Se despide con la mano.

—Pásalo bien en Acción de Gracias, Cliff.

Cojo la caja de dónuts, coloco encima el pavo hecho con las manos de un niño cualquiera y me dirijo al instituto para participar en la segunda colecta de comida del día.

Hace frío, está nublado y las hojas otoñales casi se han desintegrado en mil trozos junto a las alcantarillas y las grietas de la acera. Solo quedan unos días para Acción de Gracias, pero ni al tiempo ni a mí se nos ha metido dentro el espíritu del pavo y la salsa de arándanos.

Mis niñas se van a Nueva York dentro de tres días y estarán allí tres más. Nunca he pasado este festivo sin ellas. Tenemos nuestras tradiciones. ¿Cómo voy a caminar por el pasillo la mañana de Acción de Gracias, graznando como un pavo lunático, sin ellas? No paro de recordarme que me irá bien, que no es el fin del mundo, aunque lo

parezca.

En el exterior del instituto hay otra mesa con un mantel marrón y un puñado de latas apiladas en una esquina. Dejo la bolsa de la tienda de comestibles sobre su superficie.

—¿Todo bien, Terri? —La profesora de Matemáticas del instituto me dedica una sonrisa ladeada y, antes de que pueda abrir la boca, añado—: No estoy en el mercado. ¿Un dónut?

Abro la tapa y giro la caja. Ella frunce la comisura de los labios.

—Vale, pero tengo la mujer perfecta para ti —comenta mientras coge un dulce. Después, revolotea con los dedos sobre el que está cubierto de glaseado y me mira. Asiento, solemne, dándole permiso, y se hace también con ese—. Es rubia. Te gustan las rubias, ¿no?

«¿De qué va esta rara suposición de que me gustan las rubias? ¿No me divorcié de una?».

Cierro la caja de golpe.

—Y pensar que iba a ofrecerte un tercer dónut.

—Ah, Cliff, no seas tan dramático. Me alegra que vuelvas al…

—¿Mercado? —concluyo por ella—. No he vuelto.

—Ah, pero te lo mereces. Eres un partidazo.

Entorno los ojos.

—¿Me estás regalando los oídos para que te dé un tercer dulce?

—No, estoy siendo sincera —contraataca—. Eres un hombre agradable con una gran personalidad.

—La gente suele decir esas cosas de los feos.

—No me has dado tiempo a decir que también eres guapo.

Abro de nuevo la tapa de la caja y elige un tercer dónut mientras se contonea, feliz, en la silla.

—Buena suerte con la colecta de alimentos —añado, haciendo un

gesto con la cabeza hacia la bolsa que le he dejado.

—Gracias. Y, Cliff, sabes que mi nieta está…

Pongo una mano en alto con una media sonrisa.

—Estoy bien, Terri, pero gracias.

—Puedo darte su número, solo tienes que avisarme.

Ya estoy alejándome por la acera cuando grito:

—¡Quizá algún día! —No debería haber abierto esa puerta.



En la pastelería, me derrumbo sobre la silla de oficina con la cabeza entre las manos. Carol se asoma por la puerta del despacho y me froto la cara con la palma. Arruga la nariz.

—Aj, tienes una pinta horrible.

—Me siento fatal.

—¿Por la cita?

Gruño y vuelvo a posar la cabeza sobre los antebrazos en el escritorio.

—Fue un error —farfullo.

—Claro que sí. No era con Michelle.

La tensión se me acumula en los músculos de los brazos.

Dejo caer la mejilla en la mesa y musito:

—Eres más plasta que yo, ¿lo sabías? Y eso es mucho decir.

Carol ladea la cabeza.

—¿Por qué fuiste?

Es una pregunta que me he hecho una y otra vez. «Fui porque me lo pidió Michelle» es la respuesta simple. Aunque no es justo cargarle con eso. En última instancia, fue decisión mía. No me obligó

a caminar hasta Sara y pedirle salir. No me colocó la americana sobre los hombros. Elegí probar. Por estúpido que parezca, esperaba que mis sentimientos por Michelle fueran justo lo que habíamos dicho: los de dos divorciados cachondos. Me equivocaba.

Cuando no respondo, Carol se desliza hasta una silla de metal plegada en una esquina.

—Ojalá supieras lo buen tipo que eres.

Arqueo una ceja.

—Qué bonito.

Se encoge de hombros.

—Eres mi hermano. Se me permite decirte algo bonito cada dos o cinco meses. —Intercambiamos una sonrisa—. A ver, ¿por qué no funcionaría con ella? Con Michelle, no con su hermana.

Suelto un bufido.

—Porque… tiene una vida en Seattle que le encanta. Y yo tengo la mía aquí. Una muy ajetreada. Trabajo muchas horas. Cuido de dos niñas. No ha pedido nada de eso.

Carol pestañea y abre la boca, quizá para decir algo, pero la campanita hace eco desde la puerta principal del local. Aprieto los dientes.

—Si es alguien más con la foto de una mujer, que Dios me ampare.

Mi hermana suelta una risita.

—No te preocupes. Me encargo yo porque estás de bajón.

—No lo estoy.

—No pasa nada. Puedes sentirte triste.

—¡No lo estoy! —insisto, pero ya está saliendo de mi despacho. En el fondo lo agradezco, porque no tengo energía para defender

una mentira tan obvia.

Espero unos minutos hasta que la campanilla sobre la puerta vuelve a tintinear. Salgo del despacho y asomo la cabeza. Lars está en el vestíbulo y me dedica, perezoso, un saludo con la mano. Gruño.

—¿Qué tal fue la cita?

—No preguntes.

—Pero… Oye, espera. ¿Qué…?

Paso junto a las vitrinas con pavos y peregrinos pintados.

—¿Adónde vas?

—A dar un paseo.

—¿A seguir de bajón? —se burla Lars.

—Sí, sí, qué gracioso.

Salgo del local y, muy a mi pesar, Lars me sigue. Caminamos por la acera y cruzamos el centro de la plaza. Han colocado pequeños sombreros de peregrino sobre los esqueletos de Halloween. Tras las balas de heno se yerguen pósteres de cartón de pavos dibujados. Sus ojos pequeños y brillantes se ríen de mí; lo noto.

—No pasa nada si no funcionó —dice—. A ver, ¿qué esperabas que ocurriera?

—¿Lars?

—¿Sí?

—Te daré una docena de dónuts si te callas ahora mismo.

—Trato hecho, tío. —Me da una palmadita en la espalda—. Pero no te voy a dejar solo.

—Me parece bien.

Emergemos al otro lado del parque y cruzamos la carretera. Me siento perdido. Y tengo frío. Una solitaria gota de lluvia me aterriza

en la frente. Suspiro y me deslizo hasta el toldo más cercano en busca de refugio. Oteo a través del escaparate y suspiro una vez más. Estamos ante el videoclub y Emily está dentro de nuevo, apoyada en el mostrador frente a Josh.

Al oír la campanilla, mi hija se gira. Abre los ojos, aterrorizada, y la boca para justificarse.

Pongo una mano en alto.

—No, estoy demasiado cansado para enfadarme. Ayúdame a encontrar una buena película.

Josh y ella intercambian una mirada atónitos. De reojo, advierto que Lars les enseña los pulgares para tranquilizarlos. Sé la pinta que tengo. Se me ha mojado el pelo por la llovizna del exterior. Tengo las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y no dormí demasiado anoche, debo de parecer un muerto viviente que acaba de salir de la tumba.

Emily se aleja del mostrador y recorre el pasillo, superando a Lars.

—Papá, ¿estás bien? —Por primera vez desde Halloween, mi hija no parece querer echarme de la sala en la que se encuentra.

—Sí —le aseguro con una suave sonrisa.

No es convincente porque frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Está de bajón —interviene Lars.

—Acabas de perder uno de los doce dónuts.

—Ah, venga ya.

Me giro hacia Emily.

—Estoy buscando alguna película para cuando no estéis.

—Aj —gruñe.

Suelto una carcajada, agotado, y le froto la espalda.

—A mí también me duele, peque.

Giro por un pasillo distinto, paseando los dedos por las carcasas. Me quedo paralizado ante *La chica de rosa*. El corazón me da un vuelco. Es la película que a Allen no le gustaba que viera Michelle.

«Menudo idiota». La cojo. Emily chasquea la lengua a mis espaldas.

—Qué bien que estés aquí. Brittany y yo lo hemos estado hablando y…, antes de que nos vayamos, nos gustaría tener una noche de chicas con la tía Carol.

—Parece divertido —comenta Lars. Se está esforzando al máximo para compensar mi pesimismo.

—Me parece bien —confirmo—. ¿Cuándo me has pedido permiso para hacer algo así?

—Bueno, queremos invitar también a Michelle y a Sara.

Me quedo paralizado. Incluso su nombre me roba el aire. No debería ser así. Es Michelle, mi amiga, mi vecina. Michelle.

La expresión de Lars se convierte en una mueca cómica.

—Eh…

Dejo escapar un suspiro.

—¿Cuáles son las mejores películas del momento?

—Espera ¿qué pasa con la fiesta de pijamas?

—¡Prueba con *Braveheart*! —grita Josh desde el mostrador, formando un altavoz con las manos.

—Eh. —Hago un mohín y musito—: Es lo primero positivo que sale de su boca.

El bollo de higo ha subido de nivel. Quizá a un brazo de gitano. Más esponjoso.

Mi hija me contempla y se coloca los mechones rubios de pelo tras las orejas.

—¿De verdad vuelves a estar en el mercado? —me interroga—. En plan, ¿de verdad de la buena?

El día no deja de empeorar. No quería cruzar el puente de las citas de esta manera. Pretendía presentarle a la mujer correcta en el momento adecuado, sin ser el padre que va por ahí teniendo citas.

—Voy a… Sí. —Lars se arrastra hasta el siguiente pasillo, dejándome a solas con la expresión preocupada de Emily.

—A ti también te han ido con el cuento, ¿eh? —bromeo.

—Bueno, saliste con Sara anoche y ahora todos me preguntan si mi padre está soltero, lo que no podría darme más vergüenza. —Entonces, se encoge de hombros, cohibida—. Sin embargo, para ti también está siendo horrible, ¿no?

Curvo las comisuras de la boca.

—No está siendo divertido —admito. Cojo una cinta y grito—: ¿Qué opinas de *Twister*, Josh?

—Fantástica, Cliff.

Emily gruñe.

—¿Desde cuándo sois tan amigos?

Me echo a reír.

—Josh y yo somos uña y carne. ¿No te has enterado?

—Entonces ¿es verdad? ¿Vuelves a estar en el mercado?

—No.

—Vale, pero ¿no te gustaría volver a intentarlo, papá?

—¿Por qué todo el mundo considera que debería hacerlo? —me quejo entre dientes—. Josh, *¿Independence Day?*

—Sí, tío, la mejor peli del año pasado sin duda.

—Entonces, esta es la elegida —susurro, colocándola sobre la pila de cintas.

Trato de volver al mostrador, pero Emily me bloquea el paso.

—Em…

—Tienes un problema, papá.

Arqueo las cejas.

—¿Lo tengo?

—Sí, eres un padre divorciado y el propietario de una pastelería. Es lo tuyo.

Una carcajada brota de mi interior.

—¿Cuál es el problema?

—Creo que te gusta la reputación de tipo divorciado. Te escondes detrás de ella para no tener que pensar en la posibilidad de tener una cita de nuevo y enamorarte.

Pestañeo.

—¿Qué diablos os enseñan en la escuela hoy en día?

Se encoge de hombros.

—No me gusta que estés de bajón.

—No lo estoy. Espera, ¿te ha dicho Carol que digas eso? ¿O ha sido Lars?

—No me importaría que salieras con Michelle.

El estómago me da un vuelco. Sé que ha pasado tiempo, pero siempre había asumido que Emily se sentiría traicionada si llevara a otra mujer a casa que no fuera Tracy. Brittany es demasiado joven para recordarnos a su madre y a mí como un equipo, pero Emily tiene dieciséis años. No me fastidies, ahora mismo lo más probable es que sepa más sobre ligar que yo.

Alzo la barbilla.

—¿No se supone que estás enfadada conmigo?

—Sí —admite Emily—. Debo mantenerme de mal humor al menos unos días más.

—Tiene todo el sentido del mundo —contesto con una media sonrisa. Suspiro—. Y sí, Sara y Michelle pueden apuntarse a vuestra noche de chicas, siempre y cuando nunca volvamos a hablar sobre citas de nuevo.

Con una sonrisa, Emily estira la mano.

—Trato hecho.

Se la estrecho.

—Un placer hacer negocios contigo.

Con un «ajá» de satisfacción, Emily se aleja de mí y me deja a solas en la sección de dramas para que asimile la noticia de que una mujer con la que no puedo estar va a venir a dormir a casa. Qué irónico.



Capítulo 30
MICHELLE

La palomita se desliza por el cojín del sofá de nuevo al volar a casi treinta centímetros desde la boca de Sara.

—Vale, inténtalo una vez más —pide esta, inclinándose sobre las rodillas.

Brittany toma impulso y lanza el proyectil. Sara se retuerce, la bala aterriza y mi hermana levanta los brazos en señal de victoria. Carol, Emily, Brittany y yo aplaudimos y la vitoreamos.

Nunca he hecho una fiesta de pijamas con ninguna otra chica que no fuera mi hermana. A decir verdad, nunca he tenido muchas amigas. Al menos, no lo bastante íntimas como para que me invitaran a sus veladas. No sé qué dice eso sobre mí.

Estamos en el salón de los Burke, bajo un fuerte improvisado de almohadas y mantas. Las sábanas cuelgan desde lo alto del sofá, están anudadas a los respaldos de las sillas de la cocina con cintas del pelo y coleteros y se extienden hasta detrás de la televisión, de manera que no existe un mundo más allá de nosotras y *En busca del Rey del Sol*. Los aperitivos están repartidos en boles, encima de algunas bandejas y en el suelo.

—Señorita Shell, ¿puedes trenzarme el pelo? —pregunta Brittany, removiéndose sobre una almohada.

—Me encantaría. —Me siento en el sofá mientras ella endereza la espalda a mis pies.

Una puerta en el exterior del fuerte cruje al abrirse y se me tensa la columna en cuanto la oigo.

—¿Qué tal va todo por ahí? —pregunta la voz de Cliff.

No he hablado con él desde hace casi dos días. Cuarenta y ocho horas en las que solo he visto a sus hijas y lo he saludado desde lejos. Sin embargo, ahora su voz me cruza las terminaciones nerviosas como un rayo y me quedo paralizada, en shock.

—¡Es divertido! —grita Brittany.

—Bueno, ni fu ni fa —contesta Emily, sarcástica, mientras me dedica una enorme sonrisa. No deja de divertirse metiéndose con su padre.

—Fatal —añade Carol.

—Genial —responde Cliff con una carcajada grave. «Su risa»—. No lo paséis demasiado bien sin mí.

—Papá, ¿vas a ir a la cocina? —grita Emily.

—Sí, ¿qué necesitáis?

—Gusanos de gominola.

—¿Cuántos os habéis comido? —cuestiona Cliff con desconfianza.

Todas observamos la enorme bolsa en la que solo quedan cuatro.

—Ninguno —miente su hija.

—¿Qué más da? —interviene Carol—. Es noche de chicas.

—¡Noche de chicas! —añade Emily, formando un altavoz con las manos.

—Vale, vale —contesta Cliff con una suave carcajada—. Ahora

vuelvo.

En cuanto desaparecen sus pisadas, siento que puedo volver a respirar.

Paso los dedos por el pelo de Brittany para separar un mechón tras otro y, cuando levanto por fin la mirada, Sara me está contemplando con un gusano de gominola colgado entre los labios.

Lo absorbe y vocaliza en silencio: «¿Estás bien?».

Asiento, tensa, y vuelvo a centrarme en la trenza. No estoy bien. Llevo pensando en las palabras de Cliff dos días.

«Porque no entiendo nada de lo que pasa entre nosotros y estoy intentando aclararme». «Porque eres más que un simple beso confuso».

No hemos tratado el tema como dijimos que haríamos. He estado muy ocupada con el hotel y él ha estado intentando aprovechar todo el tiempo posible con las chicas antes de que se marchen a visitar a su madre. Además, siendo honestos, nos hemos evitado.

Quiero hablar con él, pero no sé qué decir. Echo tanto de menos la relación que teníamos que duele. Nuestras noches en el porche frontal. Nuestras carreras por las escaleras del hotel. Su sarcasmo. La manera en la que me desafía.

La nuca me vuelve a cosquillear cuando oigo que Cliff se acerca. La cortina de nuestro fuerte se desliza hacia un lado, dando paso a sus enormes manos cubiertas de venas con sus nudillos y muñecas definidos. Echo de menos esas manos, su roce en la rodilla, la espalda, el pelo. Odio echar de menos esas manos.

Entonces, aparece su cara.

Es raro ver a alguien que conoces tan bien, pero sentir que es un extraño. Solo está a unos metros de distancia, pero la distancia

entre los dos es inmensa. De repente, noto las manos, enredadas en el pelo de Brittany, frías y húmedas, como si fuera el chico popular del instituto por el que estoy pillada, en lugar de Cliff Burke. *Mi* Cliff Burke.

—¿Os lo estáis pasando bien? —repite.

Cliff le cosquillea los pies a Brittany, tan cerca de los míos, y la niña se ríe, asintiendo una y otra vez.

—¿Em?

Emily frunce los labios.

—Está siendo divertido.

—Bien. —Mira a Carol con una sonrisa torcida y saluda a Sara.

Noto las ganas de sentir sus ojos fijos en mí. Mis terminaciones nerviosas vibran y muevo la rodilla de arriba abajo.

«Mírame, mírame, mírame».

Por fin, lo hace.

Nuestras miradas se bloquean. Como siempre.

Ya no existen Brittany, Emily, Sara ni Carol. Solo estamos Cliff, sus ojos azules y yo. Cliff y la pequeña marca en las comisuras de los labios que se vuelve más profunda cuando sonríe. Cliff y el puente ligeramente torcido de su nariz. Cliff y la suave cicatriz sobre el labio superior que he delineado con los dedos. Cliff y su mandíbula tensa.

«Porque no entiendo nada de lo que pasa entre nosotros».

¿Qué puedo decir? Nada. Me voy y no sé cuándo volveré. En última instancia, no importa. Tiene una vida aquí y yo en otra parte. No podemos estar juntos.

Eso me entristece. Y me molesta. Hace que me enfade conmigo misma.

Me gusta controlar mi propia vida, pero, por alguna razón, no

logro mantener la cordura cuando estoy con Cliff. Ha sido como un tornado avanzando hacia mí desde el día en el que entré en este pueblo en un taxi.

Quiero que me devuelvan mi vida. Normalidad. Y él no deja de impedírmelo.

—¡Papá!

Cliff pestañea, igual que yo. Mi visión de túnel se ensancha hasta incluir el fuerte de almohadas. Tenso las manos en el pelo de Brittany, sigo trenzándolo.

Emily gruñe.

—¿No ves que estamos ocupadas?

—Vale, vale, vale —contesta, negando con la cabeza—. Pasadlo bien, chicas.

Espero que me robe un último vistazo. Me muero por que ocurra, pero la cortina cae y vuelvo a quedarme sin él.

Trago saliva y termino la trenza de Brittany.

—¿Una goma? —le pido.

Cuando ninguna aterriza en mi mano, levanto la mirada. Emily, Carol y Sara me están observando, así que pregunto:

—¿Qué?

Las tres desvían la mirada mientras dicen: «Nada», «No», «Ni idea».

—Ojalá hubiera venido Rocket —confiesa Brittany con un suave gemido.

Emily levanta la cabeza.

—¿En serio?

Brittany asiente.

—Lo echo de menos.

Le acaricio la punta de la trenza con los dedos antes de deshacérsela para volver a empezar.

—Él también te echa de menos.

Brittany suelta un grito ahogado.

—¿Te lo ha dicho?

Inclino la cabeza de un lado a otro.

—En cierto sentido, sí. —Sigo haciéndole la trenza sobre la nuca —. Oye, ¿y si, cuando vuelvas, quedamos y jugamos en el jardín delantero?

—Hará frío.

—Puedes ponerte una chaqueta.

—¿Y Rocket estará allí?

—Sí, buscaremos otra chaqueta para él.

Una sonrisa firme se extiende por las mejillas de Brittany mientras susurra:

—Vale.

—¿Una goma? —insisto.

Esta vez, Sara me lanza una. Le ato la trenza a Brittany y le doy palmaditas en la espalda. Carol, Sara y ella pasan a la sección de pintaúñas, a la vez que yo me deslizo del sofá al suelo lleno de almohadas. Emily se arrastra hasta mí y apoya la cabeza en mi hombro.

—Siento que tuviera una cita con tu hermana —susurra.

Se me revuelve el estómago. Fue culpa mía. Le dije que lo hiciera. Lo presioné. La única responsable fui yo.

Fuerzo una sonrisa.

—¿Por qué?

—Ya sabes.

Recuerdo lo dolido que parecía a la mañana siguiente y me mata pensar que el daño se lo hice yo, que soy la causante de todos nuestros problemas. Es algo tan habitual que casi me pone enferma. No se lo merece.

—Oye, hazme un favor —le pido.

—¿Sí?

—Dale un respiro por lo de Halloween.

Emily se echa a reír.

—Me gusta hacerle sudar. Se piensa que es perfecto, así que tengo que bajarle los humos.

Suelto una carcajada.

—Bueno, trata de no ponerlo demasiado nervioso.

—Lo prometo. —Entonces, me da un codazo—. Tú también.

El corazón se me acelera, pero logro decir con un hilo de voz:

—Lo intentaré.



Capítulo 31
CLIFF

He pasado tres días sin Michelle. Estoy agotado. La echo de menos.

No ayuda que mañana sea Acción de Gracias. Iré a Bird & Breakfast, como el año pasado, pero esta vez Michelle se sentará ante mí, riendo y sonriendo, tan guapa como siempre. Y esta noche dormiremos bajo el mismo techo.

«¡Por Dios!».

Este año no estoy de humor para celebraciones. Por mi parte, Acción de Gracias puede cancelarse. Especialmente, mientras aparco en la estación de autobuses para enviar a mis dos hijas a Nueva York sin mí.

Trato de sonreír al tiempo que tiro del freno de mano y estudio los hombros encorvados de Brittany y la fina línea recta de los labios de Emily. Se coloca los auriculares en el cuello mientras, en su mano, el discman sigue girando.

—¿Estáis listas, chicas? —Trato de sonar animado.

—Bueno —dice Emily, inexpresiva, a la vez que presiona el botón de «Pausa».

Brittany me mira con los ojos como platos.

—¿Crees que Rocket se va a olvidar de mí?

Me echo a reír y me paso una mano por la cabeza.

—Claro que no.

Asiente para sí antes de estrechar su unicornio de peluche.

Abro la puerta y salgo del coche. Luego, le tiendo a Emily su petate negro con los llaveros y las insignias, y cojo la maleta rosa con *brillibrilli* de Brittany, que casi me ciega al reflejar la luz del sol.

Avanzo con su equipaje sobre el cemento irregular hasta llegar a la marquesina de la estación mientras, en la mano libre, llevo una pequeña caja de dulces para el viaje. El autobús ya está preparado, zumbando y gimiendo. Los tres vamos justos de tiempo esta mañana, como nos ocurre siempre, y ahora solo me quedan unos minutos con ellas. Me parece injusto.

—Abrazo —les ordeno, y las dos niñas se lanzan a mis brazos.

Suspiro, apretándoles el costado para estrecharlas contra mí. Reticente, me aparto cuando ellas también se separan y esbozo una suave sonrisa.

—Portaos bien con mamá, ¿vale?

Por primera vez desde Halloween, Emily me vuelve a abrazar y apoya la cabeza en mi hombro. Brittany parece a punto de echarse a llorar, por lo que le rodeo la coronilla con la mano para estrecharla.

—¿Y si no quiero irme? —pregunta Brittany.

—Vas a ver un desfile. —Le sonrío—. Va a estar muy guay.

—Perdón por haberme enfadado contigo —musita Emily—. Ni siquiera recuerdo por qué fue.

—Halloween —le aclaro.

—Ah, sí. Eres un asco.

Me echo a reír.

—Lo sé.

—¿Tú también estabas enfadado conmigo? —pregunta.

—No —respondo, sarcástico, con una sonrisa cosquilleándome los labios—. Nunca podría enfadarme contigo.

Brittany se ríe, a la vez que Emily, que me da un suave puñetazo en el costado.

—Te voy a echar de menos, idiota.

—También lo sé.

Miro el reloj. El autobús está a punto de salir. Necesitan subir ya. Siento que no tenemos tiempo suficiente.

—Muy bien, vamos.

Las abrazo con más fuerza. Las rodeo con los brazos y las estrecho todo lo que puedo hasta que las dos se echan a reír y se deshacen de mí.

Nos despedimos al fin. Cargo su equipaje en el autobús, les tiendo la caja con demasiados buñuelos de manzana y galletas con pepitas de chocolate y bajo las escaleras del vehículo. Me saludan desde la ventanilla.

—¡Decidle hola al gran Garfield de mi parte! —grito.

Emily se rodea la boca con las manos y contesta:

—Voy a explotar ese globo.

—¡Esa es mi chica!

Con la cara de Brittany pegada a la ventana, el autobús se aleja. Lo observo y muevo la mano, despidiéndome, hasta que desaparece de mi vista. Permanezco allí de pie durante un minuto en silencio, con el viento como único compañero, antes de volver a la furgoneta. De manera casual, apoyo la frente en el volante y dejo que la bocina monótona reverbere por el aparcamiento.

Es una sensación extraña estar en una estación de autobuses un día antes de Acción de Gracias. Noto un tenso nudo en las entrañas que no deja de apretarse cada vez más hasta volverse doloroso. Se han ido.

Salgo del coche, cierro la puerta de golpe y vuelvo a la terminal. Rebusco en los bolsillos y saco una moneda de veinticinco centavos que introduzco en la cabina. Me tiemblan las manos al presionar los pequeños números y oigo el pitido del teléfono al que estoy llamando. El corazón me late con fuerza. Entonces, la línea emite un clic.

—Gracias por llamar a Bird & Breakfast. Al habla, Michelle. ¿En qué puedo ayudarle?

El latido de mi corazón se ralentiza. Su voz es suave. Cálida. Reconfortante. Da igual que llevemos días sin hablar. Soy adicto a ese sonido y me permito sumergirme en él.

—Michelle —jadeo.

—¿Cliff?

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí. —Apoyo la cabeza contra la cabina—. No. He… He dejado a las chicas en el autobús. No me encuentro bien.

«Y necesitaba escuchar tu voz». No lo digo.

—¿Va todo bien? ¿Ellas están bien?

—Sí, perdona. Sí. —Suelto una carcajada—. Se han subido al autobús. No pretendía preocuparte. Necesitaba… Necesitaba hablar. Lo siento. Es… ¿Puedes… distraerme un segundo?

—Ah. —Es lo único que dice.

Se produce una pausa.

Suspiro.

—Ha sido…

—Mi padre lleva toda la mañana saludando a los huéspedes. Está muy activo de repente. Creo que ahora está jugando al ajedrez con uno. Es evidente que la familia del hombre quiere salir del hotel, pero mi padre lo ha convencido para echar una partida de la que no puede escapar.

El nudo del estómago comienza a desenredarse poco a poco, como si sus palabras fueran manos delicadas que lo estuvieran deshaciendo.

Ahogo una carcajada.

—Típico de Paulie.

—Y esta mañana Lisa y George se han pasado para ayudar a colocar los manteles y esas cosas para el desayuno. Por supuesto, Lisa me ha dicho que necesitaba más cubertería. Y le he respondido que tengo más que de sobra, pero que, si quería, podía traerla ella misma. Luego, me ha puesto la excusa de que entonces no irían a juego.

Vuelvo a reírme.

—¡Menuda mañana! Ojalá estuviera ahí.

Se produce una larga pausa antes de que pregunte:

—¿Por qué me estás llamando, Cliff? ¿Qué pasa?

—Las niñas se han ido y… no me siento bien. Hace días que no hablamos y… —«Me siento estúpido al sacar el tema»—. Estoy bien. Me cuesta respirar un poco, supongo que porque me he lanzado corriendo hacia la cabina de teléfono.

—¿Por qué corrías?

«Para hablar contigo».

—Se me había olvidado una cosa —miento. Me pregunto si lo podrá intuir.

En su lado de la línea, escucho cómo una puerta se abre y se cierra. Percibo un repiqueteo distante sobre el linóleo, quizá de Rocket, seguido de un siseo de viento. Debe de haber abierto la ventana.

—Hoy hace aire —comenta—. Huele a otoño, pero también a Navidad.

Inspiro hondo. El hedor de la estación de autobuses, fría y húmeda, es como una patada rápida y desagradable en los sentidos.

—Aquí huele a basura —suelto con una carcajada—. Deben de ser las aguas residuales. Nada lo bastante interesante como para llamar a casa.

—Bueno, pero lo has hecho.

Siento el cosquilleo de la sonrisa en las comisuras de sus labios. Por Dios, me imagino lo guapa que estará. «Casa». Sonrío para mí, aunque no pueda verme.

—Supongo que sí, ¿eh?

Michelle suelta un suspiro.

—Lamento que las niñas se hayan ido.

Arrastro los pies por el cemento.

—Sí…, gracias.

El silencio se dilata entre los dos, al principio es cómodo y agradable, como los de antes, pero luego dura demasiado y Michelle deja escapar un suave suspiro por la nariz, como si quisiera hablar, pero no pudiera.

—Por cierto, ya te he hecho la cama —añado al final.

—Ah, bueno, no creo que me pase por tu casa hasta tarde —

responde, casi de manera casual—. Por trabajo, ya sabes.

—Claro. Bueno, yo me quedaré en la habitación de Emily si me necesitas.

Subo los hombros hasta las orejas cuando me rodea una ráfaga de viento. Sin embargo, sé que no es la causa de mi incomodidad.

—Bien —dice.

—Sí. Eh… Nos vemos esta noche, supongo.

—Bien —repite—. Buen plan. Y gracias de nuevo, Cliff.

—Sin problemas —contesto—. Hum, oye, debería dejarte —digo —. Cortar la llamada. —No sé por qué he sentido la necesidad de aclararlo, pero la idea me traspasa con fuerza.

—Claro —acepta con un suspiro—. Nos vemos mañana por Acción de Gracias.

Las implicaciones de no vernos antes flotan por el aire.

—Sí, nos vemos.

Cuelgo y gimo de camino al aparcamiento vacío. Es cabezota. Supongo que yo también. Sin embargo, cuando te gusta alguien, como amigo o algo más, lo bueno compensa lo malo, y me gusta Michelle porque es terca, no a pesar de eso. Tengo la sensación de que soy el mayor pardillo del mundo.



Contemplo el techo estrellado desde la cama de Emily. Leonardo DiCaprio me devuelve la mirada. Desvío los ojos hacia el reloj en la mesilla. La una de la mañana. Llevo despierto desde las once, cuando llegó Michelle, pero no me he movido ni un centímetro. Solo somos Leo y yo.

Tras inhalar, echo hacia atrás la manta y abro la puerta. Necesito agua. Aire. Algo.

Con cautela, bajo las escaleras hacia la cocina, pero cuando entro Michelle está sentada en la barra de desayuno, con un montón de documentos ante ella. Rocket está tumbado a sus pies.

Me detengo en la puerta. El cuerpo entero se me calienta. Tiene las piernas cruzadas a la altura de las rodillas y viste un pijama de seda gris oscuro. Sin una arruga, inmaculado. Sobre el pecho le cae el colgante al que ahora da vueltas entre los dedos. Lleva el rostro al natural. Sus pestañas no tienen la longitud de siempre y su tez es irregular. Sus labios son de un ligero tono rosado. Es la primera vez que la veo sin maquillaje, pero, incluso sin su armadura, está espectacular.

Pasea los ojos por mi torso antes de centrarlos en mi cara. Solo voy vestido con los calzoncillos; sin camiseta, por lo que tengo el pecho, salpicado de pelo moreno, al descubierto.

—No sabía que estabas levantada —comento. Una tontería.

—Estoy trabajando.

Junto a su mano descansa una taza de café vacía.

—Ya veo.

—Perdona si he hecho ruido.

—No. Me gusta tu pijama.

Se mira. El pecho se le torna rojo. Siempre le ocurre cuando la halago. Es lo mejor.

—¿Quieres un *crèpe*? —pregunto.

Curva las comisuras de la boca.

—No tienes que cocinar cada vez que me veas.

Me echo a reír.

—La mayor carga de mi vida es tener que cocinar para todos.

Contempla los fuegos. Luego, a mí.

—Si insistes.

—Insisto.

Presiono el botón de los fogones mientras ella se vuelve a centrar en los documentos. El silencio desprende una extraña incomodidad, algo que no tiene sentido al tratarse de nosotros. Aunque no dura mucho, soy incapaz de permanecer callado.

—Lo siento —comento—. Por lo de la otra mañana. Por no querer hablar.

—No pasa nada. Yo tampoco dije nada.

Entonces, la cocina se sume en el silencio una vez más. Cojo un plato que repiquetea con suavidad sobre la encimera. Hay eco en todos los armarios cuando rebusco los ingredientes. El chirrido de la nevera es estrepitoso.

No sé qué esperaba de un encuentro a medianoche con Michelle, pero algo más que esto sí. Más que una sesión silenciosa a la una de la mañana de elaboración de *crèpes* mientras ella garabatea con un bolígrafo en un papel.

Rocket se acerca y esconde el hocico en mi pantorrilla. Arranco un trozo de un *crèpe* terminado y digo:

—Siéntate.

Se deja caer en el suelo. «Vaya, fíjate».

—Buen chico.

Miro a Michelle con las cejas arqueadas. Me dedica una suave sonrisa antes de volver al trabajo. No me ofrece nada más. Tardo un total de veinte minutos en terminar. Deslizo el plato por la mesa y no me reservo ninguno para mí.

—¿Manías raras de pastelero? —me provoca.

—Por supuesto —contesto.

No serán sus favoritos, ya conozco bastante bien sus gustos, pero la observo, descarado, cuando da un bocado. Sí, no tengo tacto alguno cuando observo cómo el tenedor desaparece entre sus preciosos labios rosados y carnosos. Una gota de miel se le aovilla en una de las comisuras de la boca y, con facilidad, la atrapa con la lengua.

«Por Dios».

—Están genial —concluye.

—Bien —respondo.

Se pone en pie para coger el plato, pero me levanto a la vez y lo agarro por el otro extremo.

—Ya me encargo yo —le propongo.

Nuestros ojos se encuentran y nos quedamos paralizados. Como estatuas. Respirando al unísono. Está cerca. Mucho. Me acercaría aún más si no fuera tan cobarde.

Trago saliva antes de respirar hondo. El plato se encuentra entre su pijama y mi pecho desnudo. Vuelvo a mirarle los labios, el colgante que reposa sobre el hueco de su clavícula, la caída de su pijama sin sujetador que me permite ver un ápice de su escote. Me humedezco las comisuras de los labios y exhalo.

Cuando vuelvo a levantar la vista, sus ojos marrones, cálidos como las hojas del otoño, saltan de los míos a mis labios. Se deslizan por mi barbilla y caen en mi pecho y en mis calzoncillos de cuadros, antes de volver a mi rostro. Se muerde el labio inferior.

Quiero decirle algo. Siempre quiero decirle algo. Pero ¿de qué podemos hablar? Nos hemos metido en una situación precaria sin

una salida real. Se va a marchar de Copper Run. Yo me quedaré aquí. ¿Qué más vueltas podemos darle?

Estiro el cuello y comienza a aletear las pestañas. Noto su aliento en la barbilla. Quiero alargar el brazo y acariciarle los labios con el pulgar. Quiero echarle la cabeza hacia atrás. Quiero besarla de nuevo.

«Sería tan fácil».

No obstante, entre nosotros nada es fácil. Desear algo así es ser un ingenuo. Doy un paso atrás. Su aliento la abandona de forma tan trémula que parece que le doliera.

Me dirijo al fregadero, enjuago el plato y lo dejo en el lavavajillas. Cuando me giro, me está mirando como un ciervo sorprendido por unos focos.

—Buenas noches, Michelle.

Percibo cómo traga saliva.

—Buenas noches, Cliff.

Con toda mi fuerza de voluntad, cruzo el umbral para salir de la cocina y volver al salón. Después, subo de nuevo las escaleras.



Capítulo 32
MICHELLE

Normalmente me gusta Acción de Gracias. Normalmente.

—Eres el Grinch —se queja Sara, moviendo un trozo ondulante de jamón ante mi cara.

Lo aparto.

—Al Grinch no le gusta la Navidad, Sara. Te estás confundiendo de fiesta.

Mi padre se echa a reír en una esquina de la cocina, donde está mezclando la salsa para la carne.

—Seguro que a él le encanta Acción de Gracias porque no es Navidad.

—O… —propone Sara, agitando de nuevo el trozo de jamón en el aire sobre Rocket, quien salta para devorarlo—. Odia Acción de Gracias porque es el último festivo antes de Navidad. Sabe lo que le espera. Es como el día antes de empezar las clases. A nadie le gusta ese día.

Mi padre y yo intercambiamos una mirada y nos encogemos de hombros.

—Bien visto, cariño —le concede con una tenue son-risa.

No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos estas conversaciones con mi familia. Han pasado años desde la última vez que estuvimos tanto tiempo juntos. Siempre visitábamos a la familia de Allen durante las vacaciones.

Acción de Gracias era la festividad favorita de mi madre. Compraba platos con un patrón de pavos y gruesas servilletas de algodón con pequeñas hojas otoñales. En el centro de la mesa del comedor solía poner un enorme bol a rebosar de fruta. Y siempre se le quemaba el pavo. Yo intenté hacerlo muchas veces. Horas y horas. Años y años. Pero, en cierto momento, me pareció una tradición bonita comernos un pavo terrible.

Cuando me casé, mis tradiciones con Allen desembocaron en un tranquilo Acción de Gracias. Platos con pulcras guarniciones en lugar de una grasienta mantequilla. Discusiones formales sobre política y ningún postre. Ahora me siento como si hubiera vuelto a mi infancia, como si los últimos cinco años no hubieran existido.

Sara tampoco estuvo aquí el año pasado. No podía permitirse el billete de avión para cruzar el país. Ahora desearía que todos lo hubiésemos celebrado juntos. Mi padre vuelve a sonreír. Me pregunto si le hará sentirse agradecido tener cerca a sus hijas. Este año todo es distinto, y a la vez no.

—Tiene muy buena pinta —comenta Sara tras introducir un dedo en la salsa.

En ese momento, Lisa irrumpe en la cocina y la aparta. Sara, mi padre y yo no somos buenos cocineros. Sin embargo, Lisa está dirigiendo Acción de Gracias casi tan bien como algunos jefes de proyecto de mi compañía. Deberían plantearse contratarla.

—No toques nada, querida —escupe.

George asoma la cabeza y le dedica una mirada a mi padre con la ceja arqueada. Este último se tensa, pero asiente cómplice.

—¿En qué podemos ayudar? —dice.

«Qué listo mi padre».

—Lars trae los huevos rellenos. —Lisa se encamina hacia el horno, de donde saca una cacerola con judías verdes—. Carol se encarga de la ensalada de patata. Y las niñas… Bueno, Emily hace la receta del *brownie* en taza que Cliff odia —comenta con una carcajada.

«Cliff».

Cada vez que paso por la puerta trasera me tiemblan las manos. Sé que entrará en cualquier momento y, después de anoche, estoy más en tensión de lo normal. No puedo soportar pasar otra noche en su casa.

Incluso, a pesar de no conocer a Emily y Brittany desde hace mucho, me resulta extraño que las niñas no estén aquí por Acción de Gracias. Solo han pasado veinticuatro horas desde la última vez que una de ellas cruzó la cocina y me robó un plátano y una taza de café, pero ya echo de menos el sonido de los pequeños zapatos o el golpeteo de los cordones de las deportivas.

—¿Quién trae el pavo quemado? —pregunta Sara con una sonrisa burlona.

—¿Quemado? No, por Dios. Cliff se encarga del pavo —contesta Lisa—. El año pasado hizo el mejor pavo que he comido en la vida. Incluso a tu madre no le importó sacrificar su tradición.

Mención especial a Cliff por haber conquistado el plato más difícil de preparar del menú. Y a mi madre por aceptarlo.

Llevo lo que falta de la vajilla al comedor. Nos hemos instalado en

la mesa de la sección central para tener más espacio. Dado que se van a unir los huéspedes del hotel y muchos habitantes de Copper Run, necesitaremos todo el espacio posible. La casa ya está abarrotada, volviéndose sofocante, pero la televisión y el desfile de Acción de Gracias de Macy's parecen ser suficiente distracción como para que a nadie le importe.

—Ay, madre mía, ¿esos son los Backstreet Boys? —pregunta Sara, quien se acerca a la mesa de café y pulsa un botón del mando a distancia.

El volumen aumenta mientras suena la canción de la banda. Sonrío para mí. En Nueva York hace viento, más del habitual, y todos van envueltos en abrigos y gorros. Pero sé que Brittany estará saltando de alegría por verlos.

—Oye, mirad ese pavo.

Me giro ante las palabras llenas de admiración de George. Tiene los brazos extendidos, a la vez que se acerca al umbral del comedor. En la puerta, con una bandeja cubierta de papel de plata, está Cliff.

Sin duda, es él. Con la mandíbula recién afeitada y el pelo un poco revuelto, con mechones que le caen sobre la frente, incapaces de ocultar del todo las vetas grisáceas que le cubren la sien. Lleva una gruesa chaqueta sobre un jersey amarillo y naranja y esa sonrisa tan familiar que le curva un lado de la boca.

Lisa le arrebata el pavo de las manos y yo observo cómo se quita el abrigo. El jersey se le asienta a la perfección sobre los anchos hombros. Se lo remanga y sus antebrazos fuertes, cubiertos de venas, acaban en una muñeca decorada por un reloj y dedos largos con desvaídas cicatrices en el dorso por las quemaduras.

Por fin, vuelvo a subir la mirada y me encuentro con sus ojos

azules. Mis pies no responden y el corazón se me acelera.

—Hola, Michelle —saluda. Su tono es tenso. Desconocido. Su sonrisa forzada, incluso peor.

—¿Qué tal están las niñas?

—Me han llamado esta mañana. Brittany estaba muy emocionada por ir al desfile. —Cliff interrumpe nuestro contacto visual para centrar los ojos en el televisor. Le desaparece la sonrisa.

La gente sigue llegando hasta que, al final, Cliff está de pie en una esquina con Lars, con las manos en los bolsillos, mientras hablan sobre alguna noticia o, quizá, el desfile. Me siento pequeña, insignificante, al estar tan lejos de él.

Lisa da una palmada.

—¿Estáis todos listos?

Se produce un murmullo, acompañado de asentimientos, y varias palmadas adicionales.

—Shells, ¿te importaría apagar la tele? —me pide mi padre.

Obedezco, pero no paso por alto cómo se le entristece el rostro a Cliff cuando presiono el botón correspondiente. Me pregunto si esperaba ver a sus hijas. Estoy a punto de encenderla de nuevo, pero Sara se hace con el mando y me empuja hacia la mesa. Retira una silla y me sienta al lado de Cliff, quien me mira de soslayo con una sonrisa irónica antes de removerse en la silla, incómodo.

—Hola —susurro.

—Hola. —Me sonríe, pero el gesto no le llega a los ojos. Ni siquiera se le marcan las arrugas. Sus palabras son cordiales. Agradables.

Nos centramos en la comida mientras las guarniciones recorren la mesa, regados por la conversación, aunque Cliff y yo no

intercambiamos ni una palabra.

Permanezco en silencio. Cuando estoy rodeada por una multitud, siempre me quedo más callada, pero observo cómo Cliff abre de manera impecable debates sobre deportes o libros. Ojalá fuera la mitad de agradable que él.

Contemplo sus labios mientras los presiona contra el vaso de agua. Admiro cómo se le mueve la nuez por la garganta al tragar. Se ríe por algo y su sonrisa casual deja entrever un ápice de sus dientes blancos.

Inhalo y exhalo.

—¿Alguna vez has estado en el desfile, Shelly?

Alzo la mirada. Es Lars. La mitad de la mesa me mira. El calor me asciende por el pecho hasta la garganta. Es imposible que mi rostro no se haya teñido de carmesí. Mi padre tiene el tenedor en el aire, de camino a la boca.

—Ah —respondo—. No, vivo en Seattle, no en Nueva York.

—¿Tienes ganas de volver? —interviene George.

Dudo, y no puedo evitar lanzarle otro vistazo a Cliff, quien aprieta los dientes mientras observa el montón de puré de patata que ha cogido con el tenedor, como si estuviera esperando mi respuesta. Pero no me mira.

La rabia se extiende por mi pecho hasta colarse en mis dedos. ¿Por qué demonios no me mira? Sonrío con un orgullo fingido.

—Sí —respondo—. Por supuesto.

—Vaya, debes de tener una vida genial allí —se maravilla Lars.

—Así es, me encanta.

—Nadie lo diría —canturrea Sara—. Le sale natural dirigir este sitio.

George alza su copa de vino.

—¡Brindemos, brindemos!

Logro soltar una carcajada débil de aceptación, pero se desvanece al tiempo que Cliff también alza su vaso, cortés. El corazón se me detiene cuando me mira por fin, cuando al fin me dedica una sonrisa que no es del todo forzada, aunque quizá sí un poco triste. Luego, bebe agua y vuelve a posar la copa.

No me dedica más atención. Claro que no. Porque he hecho lo de siempre: intentar retener en mi vida a los demás bajo mi puño autoritario. Puedo hacerlo en el trabajo, por eso se me da genial mi puesto, por eso me gusta, pero no puedo controlar a alguien como Cliff. Es la persona menos influenciable del mundo.

«¿Cómo pudo pensar, en algún punto, que no sentía algo por él?».

Yo también siento cosas.

Felicidad.

Nostalgia.

Frustración.

La tensión en el pecho es tan abrumadora que creo que me estoy hundiendo cada vez a mayor profundidad en una tumba que yo misma he cavado.

Ahora mismo siento muchas cosas por él. En serio. La siguiente idea hace que me quede paralizada. «Creo que estoy enamo…».

La habitación da vueltas a mi alrededor y noto un ligero vértigo. Mi tenedor repiquetea contra el plato y el nudo en mi garganta es tan grande que está a punto de ahogarme. Sara me toca el antebrazo.

—Shells, ¿estás bien? —susurra.

A mi lado, Cliff arquea las cejas. Entreabre los labios. Centro los ojos en mi plato, con la salsa de arándanos y la ensalada de patata intactas.

—Estoy bien —murmuro.

Aprieto la falda entre los puños mientras la conversación sigue adelante en un abrir y cerrar de ojos. No sé cómo, pero la comida se alarga hasta mitad de la tarde; solo entonces me levanto de la mesa para traer el postre.

Una tarta de manzana, cruasanes rellenos de chocolate y un pastel de nueces pecanas. Rollos de canela que rebosan glaseado. Una tarta de queso y calabaza. Solo una persona podría haber horneado todo esto.

Advierto que Cliff me está mirando mientras cruza el salón con una taza de café en la mano. Se ríe con mi padre, luego con Lisa y George y después con los huéspedes. El brillo en sus ojos azules se torna más intenso cuando algo le parece especialmente divertido. Otras personas se ríen con él, como si fuera una batería para todos los presentes.

Rechino los dientes y frunzo los labios. El pecho se me contrae. Aprieto los puños. Y, de repente, lo tengo más claro que el agua. Lo quiero. ¡Joder, lo quiero! Al sarcástico Clifford Burke con el pelo rebelde. Quiero a este hombre con quien quise liar a mi hermana. ¡Maldita sea! Al hombre que me dijo que está intentando aclarar sus sentimientos por mí, y yo me he mostrado tan terca que no he abordado el tema. Al hombre que me llamó con un ataque de pánico cuando se separó de sus hijas. El mismo que dependía de mí, quien me cedió una cama bajo su techo, a pesar de que hace días que no hablamos. Quiero a este hombre.

Cierro los ojos con fuerza. En lugar de la sensación eufórica de estar enamorada, me siento enfadada. No sé si es conmigo misma o con él por hacer que me enamorara de manera tan repentina como para darme cuenta en Acción de Gracias, ni más ni menos. Comprendo que estoy enamorada de este hombre estúpido mientras guarda los restos del pavo en fiambreras y las mete en la nevera del hotel, sin llevarse ninguna porque, no fastidies, es un buen tipo. Estoy enamorada de un buen tipo.

Echo humo en un rincón al tiempo que se despide de mi padre y mi hermana con un abrazo. Aprieto los dientes cuando se acerca a mí, cuando tensa la mandíbula y, reticente, me estrecha en otro abrazo.

Desprende calidez. Huele a pan recién horneado, a vainilla y canela, pero, debajo de todo eso, percibo el toque cítrico. El Cliff real que conozco. Yo. Nadie más.

Estoy tan enfadada que podría quebrarme por dentro. Y, cuando me suelta, antes que a cualquier otra persona, solo logra enfurecerme aún más. Observo cómo se marcha por la puerta trasera. Lo contemplo con los ojos entornados mientras el frío del viento en el exterior se cuela en la cocina y me eriza la piel. Me centro en las contraventanas, que chocan con el cristal cuando cierra la puerta.

Me quedo ahí de pie durante demasiado tiempo, centrada en los árboles desnudos del exterior. En las hierbas muertas. Lo más probable es que deba darle espacio. Dejar que sane tras los errores que he cometido.

Sin embargo, nunca he sido ese tipo de mujer.

Por eso, paso junto a Sara, abro la puerta trasera sin ponerme

una chaqueta ni preocuparme y cruzo la distancia hasta la casa de Cliff bajo el sol poniente.



Capítulo 33
MICHELLE

No llamo a la puerta. Hace más de un mes que no he llamado a la puerta trasera de Cliff y no voy a empezar a hacerlo ahora.

No está en la cocina, por lo que cruzo el comedor y me adentro en el salón a oscuras, donde una tenue lámpara ilumina el libro que Cliff está leyendo en el sofá. Se gira y abre los ojos como platos al percatarse de mi presencia.

Me quedo ahí de pie, como una estatua. El aire silba a través de los conductos de ventilación y la casa emite un suave quejido. El sofá gime cuando se inclina hacia delante para dejar el libro en la mesa de café.

Mira el reloj. Ese precioso reloj de cuero en una muñeca tan bonita que me molesta.

—¿Qué haces aquí, Michelle?

—Hablar contigo. Como solemos hacer. Como amigos.

Pestañea.

—Vale, ¿de qué vamos a hablar?

—Estoy enfadada. —Cierro los ojos—. Muy enfadada.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Enfadada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres frustrante.

Cuando frunce el ceño, la culpa me inunda el cuerpo.

—No me mires así.

Suelta una carcajada de incredulidad.

—La última vez que lo comprobé, eras tú la que estaba ahí, buscando pelea.

Cierro los ojos con fuerza.

—No lo haría si no fueras tan exasperante.

—No dejas de decir eso, pero no te explicas —contesta con la mandíbula tensa.

—Y ahora estás enfadado conmigo.

Cliff se levanta despacio del sofá, se pasa la lengua por los dientes y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sí —me confirma, pestañeando mientras trata de aclararse las ideas, como si intentara entender su posición en esta nueva discusión—. Supongo que sí.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con «¿Por qué?»?

—Estoy enfadada contigo. ¿Por qué estás tú enfadado conmigo?

Se golpea los muslos con las manos y desvía los ojos hacia un lado, hacia el vacío que hay en la pared, antes de volver a centrarlos en mí. Son como dos puntas afiladas dirigidas en mi dirección.

—Porque has llegado aquí sin saludar siquiera, sin un programa, solo para hablar de mis defectos. —Suelta otra carcajada.

—Bueno… —Me humedezco los labios—. Eres exasperante.

—Sé que soy un tío molesto. ¿Crees que no lo sé? —Ahora es él quien se está frustrando—. Me lo dijeron durante catorce años. Y, ¿sabes qué?, no creo que vaya a cambiar.

«No quiero que lo hagas».

Cruzo los brazos sobre el pecho y entorna los ojos para mirarme.

—No dices nada. ¿En qué estás pensando?

—¿Por qué tuviste una cita con Sara?

Se queda boquiabierto antes de pasar la lengua por el interior de la mejilla.

—No lo sé.

—No tenías por qué hacerlo.

Hace una pausa. Luego, contesta jadeante:

—¿Perdona?

—No me gustó.

—Has… Pero… Dios, bueno, ¿sabes qué? A mí tampoco me gustó. Fue una mierda.

—¿Una mierda?

—Sí, Michelle, una mierda. Me sentí como el culo.

—Dijiste que necesitabas volver al mercado.

—No —contraataca, señalándome con un dedo—. Tú lo dijiste.

Aprieto los dientes.

—Pero estabas de acuerdo.

Pestañea repetidas veces. Abre la boca y la cierra de golpe. Su frustración está llegando ahora a su punto álgido. Está añadiendo leña a mi fuego y tiemblo de energía. Quiero alzar la voz. Pelearme con él. Me inundan tantas emociones que hiervo por dentro.

—¿En serio? —Una sonrisa arrogante se le extiende por la cara—. ¿Qué? ¿Vamos a discutir? ¿Sabes que eso es imposible? Es imposible

ahora y ni siquiera sé sobre qué nos estamos peleando. —Exhala y pone las manos en alto, como si tratara de calmarse—. No debería haber dicho que sí. Fue culpa mía, no tuya.

«No —pienso—. Es mía, el problema soy yo».

No dejo de darle vueltas al tema. Fui responsable de lo que ocurrió. Nos iba bien hasta ese momento. Él estaba bien hasta que aparecí en su vida.

Cliff se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos.

—Por Dios, deja de pensar durante medio segundo, Michelle. Nunca sé…

—No tienes por qué. No os debo nada ni a ti ni a nadie.

Centra la mirada en mí y se queda sin palabras durante un segundo.

—Bien.

—Bien —repito.

No me muevo. No quiero que se acabe. Ni mucho menos.

—Entonces ¿ahora qué hacemos? —pregunto.

—¿Qué quieres hacer? —replica.

—No… —digo, alargando la sílaba—. No, deja de ser tan servicial y preguntarme qué quiero. Eres tan…

—¿Que soy…?

—Siempre eres…

—¿Alguna vez has…?

—¡Esto es muy complicado! —Alzo la voz sobre esta estúpida discusión que he creado de la nada—. Quiero que seas feliz y…

—¿Alguna vez has pensado que quizá quiera ser feliz contigo? —expone, en apenas un susurro.

Me tenso y cojo aire, temblorosa.

—No lo dices en serio.

—Desearía que así fuera.

—Pero dijiste…

—Digo tantas cosas que la mitad de las veces no sé lo que sale de mi boca —replica—. Pero es cierto, me haces feliz. Ale, ya está, ya lo he dicho. Me encuentro atrapado en mi propia cabeza con pensamientos sobre ti de los que no me puedo deshacer. ¿Qué quieres que haga, eh? ¿Qué hago?

De repente, nuestra discusión se torna real. Lo he presionado demasiado. Exhala con lentitud y deja caer las manos junto a los costados, derrotado.

—Vamos, Michelle. Habla conmigo. Por favor. —Parece desesperado.

Ladea la cabeza. Arquea las cejas. Es demasiado abrumador. Le he hecho mucho daño. Me merezco estar sola. Me doy media vuelta para marcharme. Sin embargo, me quedo paralizada antes de girarme cuando Cliff, con sus palabras convertidas en un trueno severo, dice:

—Ni se te ocurra marcharte. No voy a permitirte huir de esta conversación así. Hablemos del tema. Deja de darle vueltas a lo que tienes que decir y dilo de una vez. —Está tratando de mantenerse sereno, pero el rubor en las mejillas le traiciona.

—Estoy harta.

Centra sus ojos azules en los míos. Si fuera lo bastante ingenua, pensaría que ha olvidado dónde está.

—Estás harta —repite.

—Sí.

Niega con la cabeza. Comienzo a girarme de nuevo, pero lo

siguiente que sale de su boca, con un tono demasiado casual, me atraviesa el alma.

—No, estás asustada.

—¿Asustada? —pregunto con una carcajada irónica—. ¿Por qué?

—La estás tomando conmigo porque estás asustada. Por eso has venido hasta aquí. Te asusta ser feliz durante un segundo. —Inhala, traga saliva y me dedica una mirada fulminante—. Y quizá también te asuste… volver a enamorarte.

—¿Enamorarme? —replico con los ojos como platos, el corazón se me acelera. Porque quizá lo sepa. Debe de saberlo. ¿Y ahora qué hago? Si se ha enterado, ¿qué va a ocurrir?—. Habla por ti.

—¿Qué?

—Tú, don Copper Run, con tu encanto incesante y tus ganas altruistas de ayudar en todos los eventos del pueblo, cocinando estúpidos pavos perfectos, quieres ser el padre que puede con todo, pero tienes miedo.

—Michelle…

Es una advertencia que no acato. Camino hacia él.

—Mírate, solo eres un pastelero inocente que ofrece ayuda a la nueva casera que vive al lado…

Aprieta los dientes.

—¿Qué haces?

—Un tipo cualquiera la invita a cenar su primer día en el pueblo y la obliga a pasar tiempo con él… Y… Y luego… Crees que eres gracioso, pero… —Las palabras se me bloquean en la garganta—. No lo entiendes.

—¡Michelle!

—A veces, eres tan exasperante que me vuelves loca. No puedo

creer que haya venido hasta aquí para decirte que quizá ni siquiera me gustas tanto.

Nos sumimos en el silencio. Un silencio inquietante. El reloj emite su tictac desde la pared. Se oye el zumbido de la nevera en la cocina. La casa se asienta a nuestro alrededor.

—¿Qué cojones? —susurra al final, pestañeando ante las últimas palabras de mi arrebato.

Me mira como si estuviera rozando la locura. Tengo los puños apretados y me arden los ojos. Es más, noto cómo me empieza a temblar la barbilla.

—Dime la verdad, Cliff —musito—. Soy un desastre. Merezco estar sola.

—No voy a decirte…

—Dime que merezco estar sola —insisto. Mi voz, más alta de lo que pretendía, rebota entre las paredes de esta casa tan serena repleta de fotos de sus hijas, del pueblo y todo lo que no debería estar mancillando con mis palabras—. Sé que lo piensas. Sé que lleva semanas pasándote por la mente. Sé…

Forma un puño con la mano.

—¡Deja de decir eso!

—Pero es verdad.

—No. —Aprieta los dientes—. No lo es.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Dime que merezco…

—¡Muy bien! ¿Quieres que lo haga? —Da un par de zancadas rápidas hacia mí.

Retrocedo un paso con el corazón acelerado.

—¿De verdad quieres que lo haga, Michelle?

El frío se cuela en la estancia. Mis gritos, que hace un segundo impregnaban el aire, se pierden debido a su cercanía. A la intensidad de su mirada. A la manera en la que flexiona los dedos a su lado.

—Sí —le pido, jadeante.

Está muy cerca. Su pecho casi roza el mío.

—Por favor.

Aprieta los dientes.

—¿En serio?

—Sí —repito, aunque ahora es un gemido de desesperación. Me tiembla todo el cuerpo.

Lo quiero. Lo quiero mucho.

Cliff da otro paso al frente. Contengo el aliento. Exhala con brusquedad por la nariz. Despacio, aprieta la mandíbula, me delinea los labios con el pulgar y gruñe:

—Por Dios, eres muy cabezota.

Entonces, presiona los labios contra los míos. Duele, pero me lo merezco. Me hace daño, como necesito. Y me derrito contra él tan rápido que ninguno tiene tiempo de respirar.

Nuestras bocas se funden en besos embriagadores y apresurados. Me aferro a la tela de su jersey, apretando el puño con fuerza y tirando de él para acercarlo más. Me empuja contra la pared y me coloca una mano en la cabeza para evitar que me golpee con un marco antes de entrelazar mis mechones con sus dedos, hacerme una maraña con ellos sobre la oreja y colocarme la palma en la sien.

Intento recuperar el aliento, pero apenas se cuela el aire entre nuestros labios mientras yo lo empujo y él tira de mí, como si nos

estuviéramos peleando por algo. Entonces, por fin habla contra mis labios:

—Nunca diría que te mereces estar sola porque no es cierto. Y no quiero volver a oírte decir algo así.

Se me escapa un gemido que atrapa con su boca al tiempo que me pongo de puntillas para fusionar los dedos con su pelo y devorarle los labios con mayor fuerza e intensidad.

—¿Me oyes? —Otro beso amortiguado—. Nunca. —Me pega todavía más a la pared, presionando la cadera contra la mía tras cogerme de la cintura. Sus besos son tan abrasadores que quizá me provoquen un moratón.

De repente, se aparta. Ambos jadeamos, nuestro pecho sube y baja, desesperado por recuperar el aliento o el uno al otro, no lo tengo claro. Nuestros ojos se buscan. Huelo su perfume, el del Cliff que se esconde tras la máscara que le muestra al mundo. Mi Cliff. Todo para mí.

Apoya la frente en la mía y me mira a los ojos, a la vez que dice:

—Dios, me gustas mucho. Me gustas cuando te enfadas. Me gustas cuando se te ocurren mil razones para odiarme. —Inclina la cabeza hacia un lado—. Cuando irrumpes en mi casa para contármelas. Incluso cuando te colocas una coraza tan compacta que ni siquiera Dios podría atravesarla. —Me atrapa la barbilla con el pulgar y el índice mientras sus ojos me mantienen inmóvil, muy abiertos, llenos de asombro, capaces de captar lo que encierro en mi interior, como siempre.

Abro la boca para hablar, para responder «Te quiero. Tú sí eres capaz de deshacerte de mi coraza». Pero, entonces, Cliff me acaricia el labio inferior con el pulgar y añade:

—Me gustas porque eres Michelle. Y con eso me basta.



Capítulo 34
CLIFF

Entreabre los labios mientras me mira como si fuera un extraño.

—¿Por qué has dicho eso? —susurra.

Me ofendería si no la conociera lo suficiente.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Le acuno la mejilla con la mano y ella se apoya contra mis dedos. Se le curva una de las comisuras de la boca, por lo que, antes de inclinarme para presionar los labios contra los suyos, le devuelvo la sonrisa, perezosa. Noto cómo la suya se ensancha al tiempo que me pasa los brazos por los hombros para rodearme el cuello.

—Me gustas —declaro contra su boca.

Gime. Le recorro la cintura del vestido de terciopelo, la columna y los hombros con las manos antes de estrechar-la contra mí, acercándola todo lo posible. Llevo semanas tocando a Michelle de manera sutil, pequeñas palmaditas o caricias en la rodilla y el antebrazo, pero la libertad de rozarla donde quiera es igual que si mis manos hubieran llegado al paraíso.

Y sentir cómo me toca, cómo me recorre el cuello con sus dedos elegantes colándose por mi pelo, me consume. Con delicadeza, pasa

el pulgar por mis sienes y abre los labios para dar acceso a mi lengua. Cuando vuelvo a deslizar las palmas por sus costillas, se le escapan suaves gemidos jadeantes.

Tiro de ella hasta que choco con las pantorrillas en el reposabrazos del sofá. Me dejo caer sobre él y abro las rodillas, a la vez que tiro de su cadera antes de bajar por la sinuosa curva oculta bajo el vestido ceñido, sin apartar la otra mano de su cabeza.

Podría pasarme la vida besándola. Podría pasarme horas saboreándola hasta que nos dolieran los labios. Pero mentiría si dijera que eso es lo único que deseo. La deseo a ella. Intento alejarme del sofá para llevarla a mi cuarto, pero solo damos un par de pasos antes de que Michelle me vuelva a empujar. Tropiezo, desequilibrado, y aterrizo entre los cojines mientras ella permanece de pie.

Estoy impresionado, atrapado en el sofá mientras miro a la mujer que tengo ante mí. Va muy arreglada, con las medias negras, sus Mary Jane y el vestido verde esmeralda que le envuelve las caderas y se desliza sobre sus hombros. Es una preciosa urbanita, acicalada más para una fiesta en Nueva York que para estar en mi salón, con una manta sobre el sofá y fotos de mi familia colgadas en las paredes. Pertenecemos a mundos totalmente distintos, pero está aquí. Conmigo.

Se coloca sobre mí despacio y posa las rodillas a cada lado de mis muslos. Se le levanta la falda del vestido y expone la silueta del tanga bajo las medias traslúcidas. Le recorro las piernas con las manos, ejerciendo una ligera presión, y sigo la tela con los dedos hasta introducir el pulgar por la cinturilla. Delineo la profunda abertura entre las piernas y el dobladillo de su ropa interior.

Me acuna la nuca y presiona las caderas contra mí, frotándose contra la bragueta abultada. Dejo caer la cabeza contra el respaldo sin apartar los ojos de los suyos. Se me acelera la respiración. Deslizo el pulgar bajo su falda para tocar esa zona cálida y palpitante de la que solo me separan las medias.

Entreabre los labios y deja escapar un suave suspiro mientras dibujo círculos con el dedo. La sujeto por la cintura con la otra mano, guiándola a la vez que se roza contra mi entrepierna dura hasta que me regala un gemido casi imperceptible. Se me curvan las comisuras de los labios con una sonrisa, muy sutil, como la suya.

Cuela el dedo entre el cinturón y el pantalón, lo desliza fuera de la trabilla y tira de él para abrirlo. El repiqueteo de la hebilla hace eco en el silencio de la habitación, produciendo un sonido metálico, al mismo tiempo que guía el cuero para liberarlo.

Llevo queriendo esto demasiado tiempo. Quizá desde que la conozco, desde que advertí la ausencia de ese anillo en su cuarto dedo. O quizá desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron en Seattle.

Suelto una suave carcajada ante la idea y niego con la cabeza.

—Por Dios, me encantaría arrancarte esta ropa tan bonita.

Me dedica una sonrisa traviesa. Solo para mí.

—¿Lo harías? —me reta, mezclando sus dudas con un desafío.

—¿Lo haría? —me burlo, inclinándome para besarla en la unión de sus pechos, antes de morder el terciopelo con los dientes y tirar del escote de su vestido hacia abajo.

Arqueo las cejas, contemplándola con los ojos entornados. Se le escapa un suspiro jadeante. Coloco el pulgar entre sus muslos al descubrir una sección más tensa en las medias y tiro de la tela hacia

mí. El tejido apenas tarda un segundo en estirarse, en rasgarse, en permitirme cruzar al otro lado con el dedo. Suelta un grito ahogado.

—Habría comprobado si querías deshacerte de ellas, pero… —me interrumpo cuando deslizo varios dedos por la nueva abertura y tiro. Los hilos se rompen con brusquedad y se descosen, a la vez que el centro de las medias se desgarra bajo mi mano—. Te compraré unas nuevas.

A través del agujero advierto satén rojo oscuro. Murmuro su nombre entre dientes.

—Michelle, Michelle, Michelle… —repito con voz grave, como si la estuviera riñendo por ser tan indiscreta.

Ávido, le recorro el dobladillo de encaje con los nudillos al tiempo que ella juguetea con el botón de mis vaqueros, lo saca del ojal y baja la cremallera. Cuando recorre con las uñas pintadas la tela de los calzoncillos, estos están a punto de reventar. Hoy son de color verde musgo y me encantaría verlos en cualquier otra parte.

Se me tensa el cuerpo mientras ella desliza la mano por la cinturilla. Se me corta la respiración. No me he acostado con nadie más que Tracy, y que esté nervioso hace que me sienta ridículo. Dejo escapar una carcajada de exasperación. Como si me leyera la mente, Michelle susurra:

—Cliff.

Levanto la cabeza para sostenerle la mirada. La suya parece haberse sumergido en agua cálida tras tanto tiempo pasando frío. Mi nerviosismo sufre una especie de descarga eléctrica antes de diluirse, de disiparse bajando por mi pecho hasta alcanzar mis manos. Le rodeo el cuello y la nuca con la palma para enterrar los dedos en su pelo.

Introduzco el pulgar contrario bajo la tela de su ropa interior, apartándola hacia un lado, y delineo su abertura con el dedo corazón. Desprende calidez. Ya está mojada y su humedad casi me gotea por los nudillos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice que una mujer se corriera. Lo deseo con tantas ganas que puedo saborearlo. Deseo a Michelle con tantas ganas que duele. Cuando, despacio, curvo dos dedos dentro de ella, echa la cabeza hacia atrás. La silueta de su cuello bajo la tenue luz es preciosa. Es el contorno de una belleza en la palma de mi mano.

La penetro con los dedos, buscando extraer de su ser cada suspiro, cada movimiento tenso, cada pedazo de sí que quiera entregarme. Y me concede demasiados.

Al tragar, percibo el movimiento exagerado de su garganta. Le tiemblan las rodillas a cada lado de mi cuerpo. Sube y baja, frotándose contra mis dedos, presionándose contra mí mientras me cuelo en su interior. Muevo el pulgar para acariciarla por fuera y se contonea contra él, a la vez que se muerde el labio inferior.

Está muy cerca. Siento como se tensa y, por Dios, necesito ver esto. Apenas hace ruido, gimiendo en todo momento. Es demasiado silenciosa, pero ya trataremos ese problema más adelante. Con la respiración irregular, se le tensan los muslos, crispa los dedos sobre mi hombro y contemplo cómo se le juntan las cejas en el centro de la frente, abre la boca y se deja llevar.

El pecho le sube y baja a la vez que exhala por la boca abierta. Cuando nuestros ojos se encuentran, trato de permanecer a su lado, de quedarme inmóvil en el espacio junto a ella, flotando en su orgasmo tanto como lo necesite.

Con firmeza, aún con manos trémulas, tira de los calzoncillos

para liberar mi polla, ya húmeda, que le golpea el muslo. Me incorporo en el sofá. Michelle vuelve a colocarse de rodillas, temblando con cada movimiento que hace. Me recompongo y dirijo la punta hacia la unión de sus muslos antes de dibujar una línea sobre su suavidad.

Es sensual. Y titubeante.

—No he estado con nadie desde que lo dejé con Allen —susurra.

Mientras levanto los ojos, se me escapa un denso suspiro. Nuestras miradas se encuentran.

—Yo solo he estado con Trace.

—Entonces, no hagas nada de lo que creas que puedes arrepentirte —me pide.

Niego con la cabeza y le dedico una sonrisa torcida.

—Nunca me arrepentiré de esto, Michelle.

Curva los labios en una sonrisa preciosa.

—Yo tampoco.

Con una única inhalación sincronizada, me hundo en su interior. Es difícil explicar la manera en la que mi cuerpo se tensa bajo el suyo, cómo la oleada de sensaciones me cosquillea la polla cuando Michelle se desliza por ella. Es difícil explicar lo perfectos que somos juntos. Al principio, no le entra por completo, pero me parece muy dulce la manera en la que me veo desaparecer con lentitud, centímetro a centímetro, con cada embestida gradual.

Me coloca las manos en los bíceps cuando nuestras caderas se tocan por fin. Estiro el brazo para acariciarle la mandíbula con el pulgar. No puedo evitar admirarla. Y, por alguna razón que no merezco, me está contemplando igual, dibujando un camino por mi cuello hasta mi pecho con los dedos.

Entonces, nos movemos. Al principio, despacio. Se sostiene sobre las rodillas y yo la tomo por la cintura para penetrarla en profundidad. Pero también es un proceso automático, como si lo hubiéramos practicado, como si ya lleváramos mucho tiempo haciéndolo. Quizá, en cierto sentido, así ha sido. Sé que le gusta que le toque el cuello. Y ella sabe que me gusta cuando me acaricia el brazo. No hemos intimado en el plano sexual, pero, por Dios, ¿no nos conocemos a fondo en el personal?

Aumentamos el ritmo. La sujeto por la cadera. Utiliza mi pecho para equilibrarse mientras yo observo cómo se presiona contra mí una y otra vez.

Le recorro la columna, las costillas, el estómago con las manos. Le acaricio entre los pechos, la forma de los hombros, el hueco en la clavícula. No me canso de ella. Quiero tocar cada curva de su cuerpo, oír cada suspiro glorioso y saborear el perfume ámbar de su cuello.

Sube y baja mientras la tomo por la mandíbula y tiro de ella para que vuelva a besarme. Me muerde el labio inferior y gruño contra su boca antes de deslizarle por el brazo la manga y la tira del sujetador para dejar al descubierto su pecho, a la altura de mi boca. Rompo el beso y atrapo su pezón con los labios. Suspira y se le acelera la respiración cuando lo acaricio con la lengua. Al mordisquearlo, me gano un quejido.

Recorro con el pulgar la zona en la que nuestras caderas permanecen unidas hasta que encuentro el punto que consigue que se le corte el aliento. Hace demasiado poco ruido. No es lo que quiero.

—Gime —le ordeno.

Pestañea.

—¿Q…? ¿Qué?

—Quiero oírte.

—¿Por qué?

Me echo a reír.

—Porque estás increíble cuando suspiras. Y quiero que quede claro que soy el culpable de todos esos sonidos tan dulces. —La sujeto por el hombro y la empujo hacia abajo hasta que nuestras caderas chocan de nuevo—. Gime.

Se queda callada durante un segundo antes de susurrar:

—Nunca me han hablado así.

«Allen era una auténtica vergüenza como hombre, ¿no?».

Sonrío.

—Bueno, yo sí. Ahora quiero oírte.

Despacio, dubitativa, deja escapar un suspiro grave y embriagador.

—Así —digo mientras la necesidad me recorre por dentro.

El siguiente es más atrevido, no tanto un suspiro, más bien un grito ahogado.

—Muy bien, allá vamos.

Mi nombre se cuela entre sus labios con una exhalación y, por Dios, todo el cuerpo se me tensa bajo el suyo.

—Me encanta cuando dices mi nombre —farfullo con voz grave mientras la penetro con más fuerza.

—Sigue hablando —suspira.

—¿Te gusta que hable?

—Sí.

—Joder, estás empapada.

—Cliff, por favor…

—Me encanta cómo suplicas.

Echa la cabeza hacia atrás con una brusca exhalación que alabo clavándole los dientes en el hombro.

Con cada ruido y embestida adicional, con cada golpeteo de su cuerpo contra el mío, la tensión en mi estómago crece. Tiene todo el control, aferrada a mi pecho, frotándose contra mí más rápido. Me empiezan a temblar las piernas. Noto cómo crece mi propio placer. Aunque mi mente va a mil por hora y casi se me nubla la visión, me apresuro a salir de ella. Pero Michelle tensa las rodillas en torno a mis muslos.

—Me estoy tomando la píldora —jadea con brusquedad.

Ay, Dios mío, la sonrisa que se me extiende por la cara debe de ser una locura porque la suya, a juego con la mía, es una puta arma de seducción.

—Qué suerte tengo.

Nos reímos y no creo habérmelo pasado nunca tan bien durante un polvo. Me está volviendo loco.

Le rodeo el pezón con la lengua y le acaricio el bulto entre los muslos. Exhala, un sonido tan dulce y preciado que me muevo más rápido. Dibujo pequeños círculos, le entierro la otra mano en el pelo…

Echa la cabeza hacia atrás y la inclino hacia mí de nuevo.

—Mírame —le exijo.

Nuestros ojos se encuentran de repente. Observo cómo entreabre los labios, frunce el ceño e inhalo para saborear cada maravilloso retazo de su ser mientras se desmorona ante mí.

Creo que gime: «Me voy a correr de nuevo», pero no estoy

seguro porque las sílabas se funden con un quejido cuando, de repente, se tensa a mi alrededor y se libera. Nunca he llegado al orgasmo a la vez que otra persona, pero ahora, con su pelo convertido en una cortina que nos rodea, el placer me sobrepasa como un maremoto, haciendo que apoye la cabeza en el respaldo del sofá mientras me masturbo contra ella antes de que salga de mi interior cada ápice de éxtasis con un grave gruñido.

Creo que digo su nombre. Creo que musito algo sobre lo guapa que es. No sé qué tonterías abandonan mis labios, pero sé que paso de forma repentina de ver las estrellas a sentir el cosquilleo burbujeante de su risa contra el cuello, a la vez que me da un beso tras otro en la clavícula.

Apoya la barbilla en mi pecho con una sonrisa que nunca le he visto. Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ey —musito.

Le acuno la mejilla y se apoya en mis dedos.

—Ey —repite.

—Eres… —empiezo a decir, pero las palabras me abandonan. Le rozo la frente con los labios y susurro—: Espectacular.

Su rostro, ya de por sí sonrosado, se torna carmesí. Recorro su rubor con el pulgar y una sonrisa en el rostro. Entonces, lo entiendo. Quiero a esta mujer. No sé cuándo ha ocurrido. Se ha colado en mi interior con mucha delicadeza, igual que el cambio de estaciones. Como el aroma del pan horneado a primera hora de la mañana. Un suspiro anhelante en un día perfecto de otoño.

Quiero a Michelle. La llevo queriendo mucho tiempo.

Es complicada. A veces, difícil. Sabe a azúcar caramelizado, a canela y a todas las capas de sabor entre ellas. Y, de repente, sé

exactamente qué es. Nunca podría resumirse en algo tan sencillo como un cruasán, una magdalena o un rollo de canela. Es algo totalmente diferente.

Michelle acerca la mejilla a la mía y me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Con una carcajada, le paso las manos por la espalda hasta los hombros.

—Ten cuidado.

Pero Michelle se echa hacia atrás y arquea las cejas, desafiante.

—¿Vas a seguir hablando? —pregunta.

Me echo a reír.

—Te ha gustado, ¿eh?

Asiente. Me muerdo el interior de la mejilla y niego con la cabeza sin perder la sonrisa de oreja a oreja.

—Estás jugando con fuego, mujer.

Desliza la mano por mi pecho hasta colarse entre los dos. Una sonrisa traviesa le cosquillea las comisuras de los labios.

—Muy bien —sentencio con una sonrisa—. Como quieras.

Diciembre
de 1997





Capítulo 35
MICHELLE

—¿A qué viene lo del traje de Santa Claus sin Santa Claus? —pregunto.

Estamos de pie en la acera, observando el jardín temático e invernal de Winston, donde cada centímetro de hierba cubierto de blanco está ocupado por un bastón de caramelo, un muñeco de nieve o un reno iluminado. El traje rojo y holgado cuelga del tejado.

—Según la leyenda, desapareció por arte de magia cuando lo vio un niño —me explica Cliff.

—¿Y se dejó la ropa?

—Sí —contesta, ladeando la cabeza con curiosidad—. El Santa de Winston es un poco raro.

Inclino también la cabeza hacia un lado antes de contemplar a Cliff. Me sonríe, estira la mano y me quita la nieve del pelo. Aunque la electricidad estática de su guante solo consigue abrirme aún más los mechones. Le dedico una sonrisa tensa. Suelta una carcajada, derrotado.

—Ay, cállate —musita.

—No he dicho nada.

—No tenías que hacerlo —me provoca.

Luego, baja el brazo para rozarme la manga con los dedos. Me presiono contra ellos, alargando más de lo normal el contacto. Llevamos una semana así. Cogiéndonos de la mano. Dedicándonos caricias robadas. Intercambiando risas y sonriendo constantemente. Si lo pienso durante demasiado tiempo, el nerviosismo se me instala en la garganta. Parece muy real. Demasiado.

Con Allen, la relación se basaba en conversaciones serias y trabajo. Creo que ansiaba la sensación adulta de sentirme querida y respetada. Pero, con Cliff, es… fácil. Hay respeto, respaldado por adoración. Las camisas de franela han reemplazado a los trajes de ejecutivo. Ya no hay fiestas elegantes, sino momentos divertidos en la nieve.

—¿Vais a venir? —nos pregunta Emily.

Con los ojos entornados, está de pie en la acera de enfrente, encorvada, con los guantes metidos en los bolsillos de la chaqueta vaquera, como si así pudiera ahuyentar los copos de nieve, al parecer lo bastante contrariada.

Por otra parte, Josh empuja una bola de nieve por el suelo y le dedica una sonrisa radiante.

—Oye, Em, mira, ¡un muñeco de nieve!

Brittany y Rocket, reconciliados tras Acción de Gracias con una risa y un ladrido, respectivamente, corren por el patio de Luke, dejando huellas en la nieve recién caída mientras el chico los persigue.

—¡Empecemos una guerra de bolas! —grita, amontonando la nieve con los guantes para dirigirla hacia Brittany.

Cliff y yo intercambiamos una mirada.

—No, vámonos dentro —comenta Cliff—. Tengo que hacer *brownies* de menta.

—¡Sí! —exclama Emily, agitando un puño en el aire en señal de victoria y tirando del abrigo de Josh para incorporarlo—. Hace una eternidad que no como uno de esos.

—Vale, vale —dice su padre, cruzando la carretera. La estrecha en un abrazo lateral contra el que se rebela—. Deja de gritar. Alguien podría pensar que no te alimento o algo así.

—¿Lo haces? —se burla Emily.

Cliff pone los ojos en blanco y sonríe.

—No tiene gracia.

Camino por la nieve detrás de él. Las máquinas quitanieves aún no han pasado, por lo que esta se amontona en las calles. No estoy acostumbrada a ver una nevada de este estilo. En Seattle, las máquinas quitanieves están en la carretera antes incluso de que la meteoróloga diga que va a nevar. Sin embargo, aquí tiene tiempo de asentarse. Hace que parezca que es invierno de verdad.

Rocket pasa corriendo a mi lado y esconde el hocico en un montón de nieve, lo que le provoca un ataque de risa a Brittany. El animal levanta la cabeza, creando una explosión de copos.

«Shelly, esto es una maravilla».

—¿Cenamos? —se impacienta Emily, quien ya va por mitad de la calle de la mano de Josh.

—Voy corriendo —respondo.

—Todavía no —dice Cliff, musitando la insinuación entre dientes.

Me giro y lo descubro con una sonrisa torcida y las cejas arqueadas, travieso. La amistad con Cliff Burke era divertida. La amistad con derecho a roce, más todavía.

A Allen le gustaban las luces apagadas y el silencio. A Cliff le gusta hablar. Le gusta alabarme. Le gusta pasar los ojos por mi cuerpo bajo la luz tenue de las lámparas y recorrerme cada centímetro de piel con las manos. Le gusta flirtear.

Avanzamos por la calle y nos separamos de las niñas en el camino de acceso de Bird & Breakfast. Emily, Brittany y Rocket se cuelan entre los arbustos hacia su casa mientras Cliff me acompaña hasta la puerta trasera del hotel. Cuando las niñas terminan de quitarse la nieve de las botas y desaparecen en el interior, se apresura a empujarme hacia atrás hasta que me quedo atrapada entre sus manos y la pared del *bed and breakfast*. Se inclina para darme un beso lento.

Ya me he acostumbrado a sus labios, a esa manera tan delicada con la que envuelven los míos, a la forma en la que cuela los dedos por mi pelo. Antes pensaba que a Cliff le gustaba tocar a los demás, pero ahora siento que no se cansa de mí, como si fuera un hombre hambriento y por fin pudiera darse un festín.

Aún no se lo hemos dicho a las chicas. Acordamos que sería demasiado difícil de explicar porque ni siquiera entendemos la situación nosotros mismos. Seguiré aquí hasta después de Navidad. Luego…, bueno…

Mi tendencia natural es tener un plan, pero Cliff dice que ya elaboraremos uno cuando crucemos ese puente. Suelo rebatirle al respecto, pero la alternativa es enfrentarme a lo inevitable. El viaje solitario en avión lejos de Vermont. Por eso, de momento, estoy disfrutando de este roce de guantes que me recorre la cadera mientras trato de ignorar mis pensamientos.

—Guárdame algunos *brownies* —le digo contra sus labios—. O un

poco de tarta, si tienes.

Suelta un «ajá» antes de besarme de nuevo y musitar:

—Te prepararé lo que quieras.

Me echo a reír, le doy un último beso y me separo.

—¿Qué ha pasado con tus manías raras de pastelero? ¿Lo de mirarme mientras como?

—Ah, ya lo he resuelto.

—¿Sí? ¿Ya no me vas a hacerlo?

Se echa a reír, se inclina para morderme el lóbulo de la oreja y me presiona la mano enguantada contra la pelvis.

—Prefiero mirarte mientras *te* como.

No puedo evitar tartamudear, a la vez que burbujea por mi interior una carcajada:

—Cliff…

—¿Eso es un «sí»?

Lo empujo con delicadeza y lo señalo con un dedo acusatorio.

—Tranquilo, chaval. Me pasaré a las diez. Quiero terminar rápidamente algunos documentos del trabajo.

Me rodea la cintura con el guante para acariciarme la nalga.

—Muy bien —cede—. Céntrate en tu trabajo antes de que te haga cosas indescriptibles en la nieve.

El corazón se me acelera ante la idea, pero me obligo a girarme y marcharme. Cuando lo hago, me toma del hueco del codo y tira de mí hasta que acabo contra su pecho y me vuelve a besar. Se lo permito durante un momento, pero no tardo en apartarlo.

—¿Qué ha pasado con lo de centrarme en mi trabajo? —lo provoco.

Se encoge de hombros.

—Esos vaqueros te quedan demasiado bien. Soy un hombre sencillo.

Niego con la cabeza entre carcajadas, una risa que me resulta muy natural, y por fin abro la puerta trasera. La nieve cruje bajo sus botas y, antes de que la puerta se cierre, miro a mis espaldas. Él se gira a la vez y una corriente eléctrica de emoción me recorre el cuerpo. Reprimo una carcajada y cierro la puerta trasera.

Al volver a la recepción, repaso las reservas recientes. Estos últimos días han sido ajetreados. De hecho, tenemos lista de espera, lo que, según mi padre, no ha ocurrido nunca. Me dijo por teléfono que, aunque mi madre tenía dominada la parte de la hospitalidad, nunca llegaron a entender el tema de la publicidad. Dependían del boca a boca. Esa ha sido mi aportación a Bird & Breakfast.

Los anuncios en el periódico funcionan, sí. Y también está internet, un nuevo salvaje Oeste para la búsqueda de publicidad que estoy entendiendo cada vez más a medida que pasan los días. Sin embargo, la mayor ventaja ha sido mi contacto con una pequeña revista de viajes del nordeste. Por al-guna razón, nos han dedicado un artículo en diciembre, un párrafo breve sobre los pequeños y agradables pueblos de Vermont. Sin embargo, a veces los detalles diminutos son los que mayor impacto tienen. El teléfono no ha dejado de sonar desde entonces.

Es un buen momento para Bird & Breakfast. Gracias a mí.

Esperaba que alguien de mi compañía llamara para felicitarme, pero están al oeste. Imagino que no habrán visto el artículo. O quizá no me habrían llamado, aunque lo hubieran leído. Es raro, pero no me importa.

La gente entra y sale del *bed and breakfast* durante los

siguientes minutos. Se convierte en una puerta giratoria de huéspedes del hotel y residentes de Copper Run. Dado que fuera ha nevado, la gente va andando, en lugar de coger el coche. Juegan, en vez de trabajar.

Lisa se asoma al pasar por delante para saludarme. Le ofrezco un vaso de café para llevar y un periódico antes de que vuelva a salir.

Sandra me entrega un nuevo ramo de flores para la mesa del recibidor. Me dice que se ha dado cuenta de que se estaban marchitando de camino al trabajo. Cuando rebusco en el bolsillo para pagar por sus servicios, desestima el gesto con la mano.

—Invita la casa, Michelle.

La huésped en el saliente de la ventana ojea un periódico local de Copper Run. En la cubierta están los ganadores del sorteo de Acción de Gracias, un anuncio para el Festival de Nieve y Copas a mediados de mes y el informe meteorológico, que nos indica que se espera más nieve para la semana que viene.

Clasifico la pequeña pila de cartas en la esquina del escritorio, pero las direcciones se funden entre sí. Ya no van dirigidas a Birdie, sino a mí. Son tarjetas navideñas de huéspedes que deslizo entre el archivador negro de mi madre y el registro de reservas.

Hace semanas que no reviso sus apuntes. No he tenido que hacerlo porque este sitio se gestiona como una máquina bien engrasada. Y hay algo en concreto que no he leído aún.

«Querida Sara».

Llegado este punto, ¿quiero saber lo que escribió mi madre? ¿Importa? Este lugar está vivo y prospera y dejaré que pase a manos de mi hermana como estaba planeado. Se cumplirán los deseos de mi madre. ¿Qué más necesito saber de una carta que no

estaba dirigida a mí?

El teléfono emite un brusco pitido que me saca de mis pensamientos. Lo cojo.

—Gracias por llamar a Bird & Breakfast. Al habla, Michellle. ¿En qué puedo ayudarle?

Se produce una pequeña pausa, seguida de un grito ahogado.

—¿Michelle?

—Hola, buenas. Sí, soy yo.

—Hola —dice la voz sin aliento—. Vaya, soy Cheryl, de la agencia de viajes Topsy's.

Abro mucho los ojos y el corazón se me sube a la garganta.

—Ah, hola, Cheryl. Qué alegría saber de usted.

Topsy's. Mi mejor cliente. El cliente que espero que Mark no haya echado a perder. Sus documentos han ocupado mis encimeras y despacho durante meses, pero aquí está, llamándome.

—Hola —repite Cheryl con un suspiro casi agotado—. Ay, por Dios, qué alegría haber encontrado este número.

—¿Qué tal está? —pregunto—. Espero que Mark la esté tratando bien.

—Eh… —Suelta una carcajada incómoda—. Bueno…

—No me está gustando lo que oigo —comento con una risa igual de nerviosa.

—En realidad, te estoy llamando por eso —comienza—. No… estamos muy satisfechos con tu compañía.

—Ah. —El estómago me da un vuelco y cae en la moqueta del hotel.

«Mierda, mierda. Maldita sea, Mark».

Sabía que ocurriría. Le dejé mi mejor cliente a don Hándicap

Trece y se le da mejor hundir un negocio que guiar una pelota por un campo. Ahora me toca a mí limpiar su mierda.

—Me-me alegrará aclarar cualquier cosa que… —me apresuro a tartamudear.

—Bueno, en realidad, nos preguntábamos si te gustaría trabajar con nosotros. Vamos a crear un puesto interno de mánager de publicidad, si te interesa.

Si mi corazón no estuviera ya en el suelo, se habría hundido en él, dejando que se lo tragara como lava fundida. No puedo respirar. ¿Me quieren a mí?

—¿Michelle? —insiste con una carcajada.

—Lo siento. —Pestañeo y una risita está a punto de escapárseme —. Pero, Cheryl, ¿está intentando robarme?

Suelta otra carcajada, encantada.

—Si lo miras así, es gracioso —dice.

—Por supuesto —concuerdo. Jugueteo con el pendiente—. A ver, guau. Es… Bueno, me encantaría hablar sobre los detalles. Por favor, envíeme toda la información. Puedo darle el número de fax del hotel.

Doy golpecitos con el bolígrafo en un taco de folios en blanco mientras observo cómo la nieve cae en copos gruesos y esponjosos. Un huésped baja las escaleras junto a su esposa. Abre la puerta para que la mujer pase y los dos se despiden de mí, moviendo los guantes en el aire. Una sonrisa se desliza con facilidad por mi cara cuando les devuelvo el gesto.

—Me alegra oír eso, Michelle. Bueno, oye, te enviaremos todo lo que tenemos y, si no es demasiado precipitado, nos encantaría que cogieras un avión y vinieras a una entrevista justo después de

Navidad. Una formalidad, ya sabes.

El estómago se me revuelve y se me forma un nudo en él.

—Ah.

—No es ningún problema, ¿verdad? —pregunta.

Eso son cuatro días menos en Copper Run. Cuatro días sin Cliff. Pero es mi sueño…, ¿no? Empezar en un departamento nuevo de publicidad. Mi propio departamento.

—No —aclaro a toda prisa, negando con la cabeza para ahuyentar la niebla—. No, por Dios, no, no hay ningún problema.

—Genial. Bueno, entonces te enviaré un fax. Espera, ¿cuál es el número? Cuando me lo des, te mando la información. No es nada oficial, solo algunos detalles para que los estudies. También te dejaremos un número para la reserva interna. Ellos se ocuparán de sacarte el billete de avión.

—Gracias —digo.

—Sí. Y oye, bienvenida a bordo…, espero.

Ambas nos reímos, pero en cuanto cuelgo el teléfono me siento abrumada. Parece irreal. Sin embargo, algo (¡algo, algo!) me recorre la columna vertebral con una repentina descarga de inquietud. Es perfecto. Entonces ¿por qué no me siento tan bien como debería?

Me llevo una mano al estómago revuelto. Es bueno. Es genial. Es…

Coloco el resto de los documentos en el escritorio, cojo el bolso de mi madre del gancho y me dirijo a la casa de Cliff. El frío en el exterior me penetra en los huesos y el viento sisea junto a mis mejillas con demasiada fuerza, así que cruzo la puerta trasera de la casa de Cliff a toda prisa.

Las botas y las chaquetas están apiladas junto a la mesa de la

cocina sobre unas toallas empapadas. El ambiente es cálido gracias al horno. La cocina está cubierta del olor a mantequilla derretida y mermelada. En los fuegos, una especie de compota de frutos del bosque borbotea. Las niñas se ríen en el salón. La melodía de inicio de *Rugrats, aventuras en pañales* flota desde el televisor. Rocket entra en la cocina moviendo el rabo, a la vez que deja caer la lengua entre los dientes.

Cliff aparece por la esquina detrás del perro, riéndose con una de sus maravillosas carcajadas, antes de abrir las piernas para pasar sobre él. Ya se ha quitado el cortavientos y lleva un jersey blanco de punto. En cuanto me ve, frunce el ceño.

—¿Va todo bien?

No sé qué responder. No hay una forma fácil de decirlo.

—Sí —respondo, jadeante—. He… He recibido una llamada de la agencia de viajes. Nuestro mejor cliente, ¿sabes?

—Ah —dice. Entonces, como si lo estuviera asimilando, repite—: ¡Ah!

—Quieren… que me vaya con ellos. Me han ofrecido un trabajo. Allí. Levantar su departamento de publicidad desde cero.

—¡¡¡Ah!!!

Las cejas le suben hasta la raíz del pelo y sonríe de oreja a oreja. Se acerca a mí, me estrecha contra su pecho y me acaricia el pelo. Me besa en la frente y, mientras dura, cierro los ojos antes de que se retire y se aparte para mirarme a los ojos.

—Es genial. Enhorabuena.

Es muy comprensivo. Y se alegra por mí. Trago saliva, a la vez que hundo la nariz en su cuello. Me abraza con más fuerza.

—Es genial —repite—. Te mereces cada ápice de éxito que

consigas.

Dejo que Cliff se muestre optimista. Que sea feliz, que se emocione por los dos…, porque ahora mismo yo no sé cómo sentirme.



Capítulo 36
CLIFF

Tras dos semanas, las chicas han acabado las clases para disfrutar de las vacaciones. Cuando llego a casa de la pastelería cada tarde, hay peluches repartidos por todo el salón, la televisión está a todo volumen y las migas de cualquier aperitivo salpican la mesa de café. Aunque la casa siempre está vacía.

Dejo el monedero y las llaves y me dirijo a Bird & Breakfast, donde está la fiesta de verdad. Brittany está sentada en la barra de desayuno con un libro navideño para colorear. Lisa está frente a ella con sus propios rotuladores. Rocket permanece tumbado en el suelo, a sus pies. Cojo su correa y chasqueo la lengua. El hotel está a tope estos días y Michelle siempre se encuentra ocupada, por lo que imagino que hace horas que no le han dado un paseo.

Rocket trota hasta mí, alegre. Le rasco tras la oreja. Hace un mes, me habría puesto la otra mejilla, pero ahora se apoya en mis dedos.

Incluso, cuando digo: «Quieto», permanece inmóvil para que le enganche la correa. Tras un paseo gélido alrededor de la manzana, le doy una chuchería y empiezo a preparar una cafetera antes de

buscar a mi chica atareada.

Paso bajo la colección de cartas navideñas de Thomas Kinkade que rodean el marco de la puerta de la cocina, recorro el pasillo y llego a su habitación. Emily ojea la revista *Seventeen* en la cama, donde es evidente que no se encuentra Michelle. Mi hija está tumbada boca abajo, moviendo los pies en el aire. En la televisión se reproduce el vídeo musical de *Tubthumping* de Chumbawamba.

—¿Dónde está Michelle? —pregunto.

Emily se encoge de hombros y dice:

—Está arreglando una habitación, creo.

—Gracias. —Me giro para marcharme, pero cuando estoy en el umbral me detengo—. Espera, ¿dónde está Josh?

A Emily se le tensa la espalda y mueve las piernas con más fuerza.

—Trabajando.

—¿Y no estás sentada en su mostrador?

—No tenemos que estar todo el día juntos —replica.

Levanto las manos.

—Eso no es lo que decías hace dos meses, pero no es asunto mío. —Doy unos golpecitos en el marco de la puerta con los nudillos antes de echarle un último vistazo al televisor—. Pásatelo bien quemándote los ojos.

—Lo que tú digas.

Arqueo una ceja y me echo a reír.

—¿A qué viene esa actitud?

Emily lleva un tiempo de mal humor, sobre todo si se menciona a Josh. Empezaba a gustarme el chico. Me dio como regalo adelantado de Navidad un disco de Billy Joel, y los fans de Billy son mi debilidad.

—Nada —susurra. Luego, añade de manera casual—: Me va a bajar la regla, supongo.

—¿Necesitas algo? Puedo ir a comprar tampones.

Por alguna razón, eso parece hundirla aún más.

—No, gracias.

Emily no se suele avergonzar cuando habla de esas cosas conmigo, pero ha sido una época de muchos cambios, así que prefiero no preguntarle.

—Muy bien, peque. Bueno, alegra esa cara.

—Gracias, papá.

Cruzo el vestíbulo y subo por las escaleras hasta el segundo piso.

—¡Marco! —grito.

Oigo la carcajada ligera de Michelle en una habitación al final del pasillo. Sonrío y sigo el sonido hasta el último cuarto a la derecha. Está ante el armario, colgando un albornoz nuevo y alisando las arrugas con las manos. Doy unos golpes en la puerta.

—¿Marco? —pregunto de nuevo.

—Polo —contesta.

Entro y, tras cerrar la puerta a mis espaldas, cruzo el espacio entre nosotros y le rodeo la cintura con los brazos desde atrás y me hundo en la curva de su cuello. Este es mi momento favorito de cada tarde. La nueva capacidad de tocar a Michelle cada vez que quiera, siempre que estemos en privado, lejos de ojos curiosos, es mi nueva obsesión.

Le doy un beso tras otro en la nuca. Noto allí su pulso contra mis labios. Huele a ámbar y azúcar. Mis olores favoritos.

—Ey.

—Hola. —No puedo verle la cara, pero parece que está

sonriendo.

Poso los labios tras su oreja y susurro:

—¿Qué tal el día?

—Ajetreado —responde con un jadeo.

—¿En qué sentido?

—Muchos registros. Me da la impresión de que los días se fusionan unos con otros. —Exhala y reajusta una percha que ya estaba perfecta antes de dejar caer las manos junto a los costados.

Parece agotada. No la culpo. No queda mucho para que vuelva a Seattle. Cada día parece que es la arena de un reloj que se colara entre mis dedos y no pudiera recuperarla lo bastante rápido. Después de Acción de Gracias, nuestra situación parece ir mejor y peor a la vez. Mejor porque estamos juntos. Peor porque es imposible que salgamos ganando. Éramos amigos, nos separamos hace un mes y ahora es la mujer de la que estoy enamorado. La misma que está a punto de irse de Copper Run. Esto ya lo he vivido.

—Se fusionarán hasta que, de repente, te encuentres en tu nuevo y maravilloso puesto como ejecutiva.

Gira la cabeza para intentar mirarme.

—Me alegrará no tener que ocuparme de dos trabajos a la vez.

Suelto un bufido.

—No, no es verdad. Te encanta.

Se echa a reír y asiente para sí. Le beso el cuello.

—Eres una adicta al trabajo.

A decir verdad, me aterra lo que ocurrirá después de las vacaciones, cuando esta mujer se mude a la otra punta del país y vuelva a su antigua vida. Pero no estoy aquí para empeorar una situación que ya es mala de por sí. Michelle ha trabajado duro para

estar donde está en Seattle. Y yo solo soy un simple pastelero en un pueblo pequeño de Vermont.

Se gira entre mis brazos para rodearme el cuello con las manos. Abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Últimamente piensa más alto que nunca. Michelle sonríe, pero es un gesto más débil que el que desearía. Se siente mal por irse y no me gusta.

Le echo la barbilla hacia atrás y ella ladea la cabeza. En sus ojos hay una expresión desafiante, que le borro con un beso.

—Haremos que funcione, ¿vale?

—¿Cómo?

—Hum —reflexiono, atrayéndola hacia mí—. Bueno, eres una mujer maravillosa y terca, y yo, la clase de hombre que pagará una factura astronómica para hablar contigo. —Le sonrío—. ¿En qué puedo ayudar?

—¿Con qué?

—Con cualquier cosa. Lo que sea por quitarte parte del estrés.

Suelta un bufido.

—¿Un café?

—Ya se está preparando.

—Bueno…, no he llevado a Rocket a pasear.

—Acabo de hacerlo.

Levanta la cabeza y una suave sonrisa se le extiende por la cara.

—¿Has hecho todo eso?

Me encojo de hombros.

—Sí.

—¿Por qué eres tan exasperante?

—Voy a serte sincero, no era la reacción que esperaba.

Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—Lo eres. Eres… —Me da un ligero golpe con el puño en el pecho y suspira.

Le acaricio la espalda.

—Bueno, dado que ya soy exasperante, ¿puedo exasperarte de maneras más divertidas?

La pequeña arruga que le cruza la frente se relaja con lentitud y la ligera curva en las comisuras de la boca no tarda en aparecer. Reprime una carcajada.

—Eres tonto.

Me inclino hacia ella y entrelazo mis palabras con los delicados mechones de pelo que le caen sobre el rostro al susurrar:

—¿Quieres que te exaspere, Michelle?

—Cliff —me advierte, pero mi nombre se apaga.

Es como si se estuviera debatiendo, aunque sé que ya ha tomado una decisión. Noto la manera en la que se le acelera el corazón mientras me acaricia la nuca con los dedos.

Le coloco un mechón de pelo tras la oreja. Luego le deslizo la mano por la espalda, sobre las costillas y la tela de su camisa. El satén es fino. Cuando la recorro con el dorso de los dedos, se le endurecen los pezones. Pellizco uno entre el índice y el anular. Su mano serpentea por mi estómago hasta el bulto que se me marca en la entrepierna.

La beso tras la oreja y hundo la otra mano en su pelo a la vez que susurro:

—Eres preciosa.

Me roza a través de los vaqueros y suelto un jadeo suave. Me acaricia con movimientos lentos.

—Sigue hablando.

Es gracioso, siempre me ha gustado hablar en la cama. No puedo evitarlo, pero, para Michelle, es algo nuevo y es lo que desea. No voy a quejarme.

Le paso el pulgar por la mandíbula, entierro la nariz en su pelo y musito:

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que te toque aquí? —Deslizo la mano hasta los vaqueros, sacando el primer botón del ojal. Le bajo la cremallera y su siseo se convierte en un sonido brusco en el silencio de la habitación—. ¿Quieres que te pruebe aquí?

Delineo el dobladillo de su ropa interior con los dedos. La noto resbaladiza entre ellos y, de repente, estoy tan duro como una roca. Tras asentir contra mi hombro, baja la barbilla para posarla en el hueco de mi clavícula.

—Por favor —gime.

—Me encanta cuando me suplicas —gruño—. Me encanta…

Alguien llama a la puerta y los dos giramos la cabeza.

—¿Michelle? —Es Emily.

«Mierda». La erección se me baja al instante. Michelle se sube la bragueta de los pantalones y se cierra el botón. Arquea las cejas a modo de pregunta. Emily no puede saber que estoy aquí. Hemos intentado que las chicas no sepan lo de nuestra relación, sobre todo mientras tratamos de entenderla nosotros mismos. No merece la pena romperles también el corazón a ellas.

Miro a mi alrededor, pero Michelle me empuja contra la pared tras la puerta, lejos de la vista de mi hija. Me tapa la boca con la mano antes de que la puerta se abra lo justo para que pueda ver a Emily.

—Ey, lo siento. Estoy limpiando —dice Michelle—. Se ha ido un huésped y… Bueno, no quiero entrar en detalles.

—Aj —replica mi hija con desdén, y me la imagino arrugando la nariz—. ¿Algo asqueroso?

—Sí —responde Michelle, alargando la palabra.

Me giro bajo sus dedos para mirarla. Me gusta tener su mano sobre los labios. Los abro y le dibujo una pequeña línea con la lengua entre dos dedos. Me aprieta la boca con más fuerza.

—Tardaré unos diez minutos más o menos —expone Michelle.

Le mordisqueo el dedo con los dientes.

—Veinte —se corrige.

—Ah, vale. —Emily parece decepcionada.

Al instante, ese tono apagado y taciturno hace saltar todas mis alarmas como padre. Me tenso. Michelle también.

—¿Por qué? —pregunta esta última—. ¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo de algo. Es importante.

El estómago me da un vuelco. Parece nerviosa. Tal vez incluso asustada. Intento captar su atención con pequeños gestos, pero, como es una mujer muy astuta, no me devuelve la mirada.

—Vale, bueno, oye, deja que recoja la habitación. Dame cinco minutos y hablamos.

—Pensaba que tardarías veinte.

—He calculado mal.

Incluso con el ceño fruncido, esbozo una suave sonrisa contra la mano de Michelle. ¿Por qué me parece tan normal que mi hija confíe en ella? ¿O que nos enrollemos en una de las habitaciones de los huéspedes?

Solo la idea de que se vaya consigue tensarme todas las terminaciones nerviosas. El corazón me va a un ritmo errático. Ojalá tuviéramos más tiempo. Ojalá pudiera quedarse. Ojalá no viviéramos

en puntos opuestos del país ni tuviéramos vidas tan distintas.

Advierto que Emily no se ha ido. Se ha quedado de pie, en silencio, ante la puerta.

—En realidad, ¿podríamos… hablar ahora? —pregunta.

—Eh… —dice Michelle, quien arquea las cejas sorprendida—. La habitación está…

—Me da igual lo desordenada que esté —la interrumpe Emily—. Ahora mismo me encuentro muy nerviosa. No puedo seguir guardándomelo.

—Em…

La interrumpe de nuevo, esta vez con voz temblorosa:

—Por favor.

Michelle se queda sin palabras. Pero Emily llena el silencio.

—Creo que estoy embarazada.



Capítulo 37
CLIFF

Creo que me desmayo durante medio segundo. Unos puntitos borrosos me inundan la visión y a punto están de fallarme las rodillas. Lo único que me mantiene en pie es la mano de Michelle, pero a ella también le tiemblan los dedos sobre mis labios.

—¿Qué has dicho? —jadea.

Mi hija quizá esté embarazada. Mi mente da vueltas. Se ahoga.

«Quizá esté embarazada».

Durante una milésima de segundo, pienso: «Voy a matar a Josh y a colgarlo en la plaza, como en la Edad Media». Sin embargo, en cuanto la fantasía desaparece, oigo que Emily pregunta, temblorosa:

—Cre… Creo… No estás enfadada, ¿verdad?

Mi hija está asustada. Tanto como Tracy cuando teníamos su edad. Aterrada por un futuro diferente al camino disponible que tiene ante ella ahora mismo. Ni siquiera sabe qué quiere estudiar en la universidad o ni si quiere ir. Apenas se ha planteado su futuro antes de perderlo.

Me alejo de la pared y Michelle deja caer la mano de mi boca. Giro la esquina mientras Michelle se aparta para permitirme pasar. Mi

cuerpo ocupa todo el umbral hasta que casi rozo el marco con los hombros.

Emily abre mucho los ojos, se vuelven tan grandes que veo la parte blanquecina alrededor de su iris.

—Papá —susurra.

El corazón se me acelera. No sé si estoy enfadado, triste o asustado. Asustado. Sin duda estoy asustado. Pero, cuando a Emily le tiembla el labio inferior, sé que su pánico es mayor que el mío, que ahora mismo no me toca a mí tener miedo.

—Em —comienzo, manteniendo mi tono lo más sereno posible. No sé cómo tener esta conversación. Por eso, me centro en el asunto, la única opción que tengo para no perder la cabeza ahora mismo—, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé, pero se me ha retrasado la regla. —Las palabras salen apresuradas de sus labios. No ha apartado la mirada de la mía, como si estuviera paralizada en el acto.

Asiento.

—¿No usaste protección?

—Papá. Lo siento mucho…

—¿Usaste protección? —repito, cerrando los ojos con la mayor fuerza posible.

—Sí —contesta.

Abro los ojos mientras ella aprieta y relaja los puños. Estiro el brazo para tomarla de la mano y con cuidado le extiendo los dedos. De inmediato, los cuela entre los míos.

—Bien. Y, oye —susurro—, no pasa nada. No estoy enfadado.

—¿No?

—No.

¿Cómo iba a estarlo? Sería hipócrita por mi parte enfadarme por algo que yo mismo he hecho. No estoy nada enfadado. Preocupado, sí. Enfadado, qué va.

Emily traga saliva y rectifica:

—Bueno, una vez no encontrábamos un condón y…

Gruño.

—Em.

—Has dicho que no estabas enfadado.

Ahora mismo me echaría a reír por lo rápido que ha recuperado su mal carácter. No sé si lo ha sacado de su madre o de mí, pero la idea de tener una versión diminuta de ella misma cocinándose en su interior me devuelve a la realidad.

—No lo estoy —digo tras un suspiro—. De verdad, peque.

—¿Y qué hago? —pregunta.

¿Qué hacemos? Unas pisadas lentas hacen crujir los escalones. Emily desvía la mirada hacia el pasillo. Quizá sea un huésped. O Lisa. Sé que lo que más desea Emily es guardárselo para sí.

Para ella y para Michelle.

Ha acudido a Michelle con este tema.

Confía en Michelle lo suficiente como para mantener esta conversación. Un pequeño fragmento de mi corazón roto se remienda ligeramente.

Un huésped gira la esquina, nos dedica un breve saludo, que conseguimos devolver los tres, y desaparece en la habitación del extremo opuesto del pasillo.

—¿Te has hecho una prueba? —le susurra Michelle sobre mi hombro.

Levanto el brazo por el marco para permitirle pasar y que se una

a nuestro círculo.

Emily niega con la cabeza.

—No.

—Vale —anuncio con un hilo de voz mientras paseo la mirada de Emily a Michelle.

Las dos tienen la mandíbula apretada, como si estuvieran preparadas para luchar.

—Esto es lo que vamos a hacer. Voy a salir del pueblo para comprar la prueba de embarazo. Y, luego, la haremos, ¿vale? No hay razones para que estés asustada.

—No lo estoy —replica Emily.

Sin embargo, sus palabras contrastan con su respiración acelerada. Parece que fue ayer cuando la sostuve entre mis brazos mientras intercalaba esos jadeos con un llanto ensordecedor. Su llegada a este mundo fue una mezcla de patadas y chillidos. Conozco a mi hija. No hace nada sin mostrar un poco de ferocidad.

Michelle da una palmada, como si fuera el final de la conversación.

—Muy bien, Em, ¿quieres ayudarme a preparar la habitación de invitados de la puerta de al lado?

En silencio, asiente al tiempo que otea el cuarto que hay detrás de Michelle.

—Puedo ayudarte también con este. No pretendía molestarte.

Michelle niega con la cabeza.

—Ya he terminado. No te preocupes.

Emily entorna los ojos.

—Pero has dicho… —Traga saliva. Quizá no haya atado cabos o no quiera hacerlo ahora mismo, pero asiente con firmeza una vez

más.

Michelle pasa a mi lado, me coloca una mano tranquilizadora en la cintura y se dirige al armario que hay en el pasillo. Emily, sumida en una neblina distante, la sigue, aunque no antes de mirarme una última vez. Le dedico una sonrisa débil.

—Vuelvo enseguida —le aseguro.

Se le curvan los labios, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Gracias, papá.



Michelle, Emily y yo estamos tumbados, codo con codo, en el colchón de la primera. Contemplo el techo de gotelé mientras el ventilador gira, provocando lentas ráfagas de viento. Si lo observo durante demasiado tiempo, parece pararse, como un vinilo roto.

—¿Han pasado ya diez minutos? —se impacienta mi hija.

Miro el reloj.

—Nos quedan siete más.

—¿Solo han pasado tres minutos?

—No, dos, pero no quería que te preocuparas.

Los tres inhalamos con fuerza y dejamos salir el aire lentamente. El silencio en la habitación me está cortocircuitando los nervios que se me acumulan en el corazón, cuyo latido noto incluso en los dedos.

Emily se humedece los labios.

—¿Qué pasa si estoy…? Ya sabéis.

Ni siquiera puede decirlo, «embarazada». Recuerdo que a Tracy le pasaba igual cuando me mostró el palito con las dos líneas

rosadas. Los dos nos quedamos sin palabras. Estiro el brazo y lo coloco sobre la cabeza de Emily para acariciarle los mechones rubios.

—Lo estarás y punto —le aseguro—. No pasará nada.

—¿No te enfadarás?

Es la quincuagésima vez que me lo pregunta. Llegado este punto, solo puedo soltar una carcajada.

—Claro que no.

—¿Con Josh tampoco?

Exhalo con brusquedad. Josh, ese brazo de gitano, no es el peor de todos los que podría haber elegido. Estoy a punto de sonreír. No mucha gente puede lidiar con Emily, pero él sí.

—No —respondo—. No me enfadaré con Josh.

—¿Qué pasó cuando os enterasteis mamá y tú?

—Que sentimos miedo —confieso—. Pero no tardamos en alegrarnos porque te tuvimos a ti.

Gruñe.

—Papá, lo digo en serio.

—Y yo.

Michelle se remueve al otro lado de Emily y deja escapar un suspiro tembloroso. Me pregunto si ella también estará nerviosa.

—Michelle, ¿alguna vez has… pasado por esto? —pregunta Emily con cautela.

—No —responde esta, sincera. Luego, suelta una suave carcajada —. Era demasiado estirada en el instituto como para tener novio.

Mi hija escupe una risa breve y nerviosa.

—Sí, claro. Seguro que eras la caña.

—Para nada. Deberías haber visto mi vestido de graduación.

Tenía demasiadas capas.

Las dos se ríen y yo también suelto una carcajada tardía.

—¿Fuiste a la graduación? —pregunta Emily—. Pensaba que habías dicho que no salías con nadie.

—Así era. Fui sola.

El corazón me da un vuelco. Me pregunto cómo sería Michelle en el instituto. Estoy seguro de que yo le hubiera pedido ir al baile.

Siempre me he planteado la posibilidad de que Emily pudiera quedarse embarazada. Me preocupaba menos el hecho en sí que la necesidad de crecer demasiado rápido. No es lo que quiero para ella. Es mi niña.

Cuando me habló de su primer novio, se me revolvió el estómago y no ha vuelto a su estado normal. Siempre había supuesto que Tracy estaría a su otro lado, hablando con ella, compasiva. En lugar de eso, ese puesto lo ocupa Michelle y la carcajada divertida que se le escapa a Emily por alguno de sus comentarios aplaca ese dolor en mi alma.

Cuando las risas desaparecen, Emily traga saliva de forma audible.

—¿Y si mamá se entera?

—Bueno —suspiro—, cuando se te empiece a notar, supongo que se lo imaginará.

Emily resopla, como si no hubiera barajado esa posibilidad.

—Se me había olvidado lo de la tripa.

—No te pasará nada.

Entonces, tras una pausa que dura demasiado, Emily susurra:

—¿Y si soy como mamá?

Es una frase que se me clava en las entrañas. Me tenso y suelto

un suspiro. Largo. Firme. Con el único propósito de ocultar mi falta de palabras.

—Tu madre es una mujer maravillosa —digo.

—No le gusto.

—Te quiere —la corrijo.

—Nos abandonó.

—Pasó por esto hace dieciséis años —continúo, presionando un dedo contra el colchón—. Y sabía que te querría, por mucho que cambiara su vida. Te quiere como no puedes ni imaginarte. La realidad es compleja, Em. Tenía sueños y necesitaba perseguirlos, pero eso no quiere decir que te quiera menos.

Tracy es complicada. Imperfecta. Pero se pasó catorce años encantada con Emily. La primera vez que cogió a Emily en sus brazos, la manera en la que la felicidad le iluminó la cara es un recuerdo que ojalá pudiera revivir infinitas veces. Sería fácil culparla si no supiera lo mucho que adora a sus hijas.

Su marcha y nuestro divorcio era inevitable. Nos habíamos casado demasiado jóvenes, rodeados de elementos que escapaban de nuestro control. Era una época en la que casarte de penalti era lo habitual, no una excepción.

El colchón se agita cuando Michelle estira el brazo, encuentra mi mano y entrelaza su meñique con el mío. Tengo la teoría de que puede leerme la mente, y aún no ha demostrado lo contrario.

—Me pregunto si seré una mala madre —musita Emily.

—Imposible —aseguro.

—Michelle, tú tuviste mucha suerte con Birdie —comenta mi hija.

La aludida se queda callada. Ejerzo una ligera presión en su dedo con el mío.

—Mi madre era agradable y generosa, pero a veces nuestra relación era complicada. Ocurre entre todos los padres e hijos. Estuvo… triste cuando yo era una niña. Mucho. Y, al salir de ese estado, intentó compensarme todo lo que pudo. —Suelta un suspiro —. Lo intentó, de verdad. —Por su manera de hablar, parece estar dándose cuenta de esa idea por primera vez—. Hizo lo que pudo.

Los tres oímos el sonido ambiente de Bird & Breakfast. El repiqueteo de la vajilla en el comedor. El crujido y golpeteo de pisadas sobre nuestras cabezas. La televisión en el salón, con un capítulo repetido de *Cosas de marcianos*.

Miro el reloj de nuevo. Ya han pasado más de diez minutos.

—Muy bien. —Exhalo—. ¿Preparada?

A Emily se le hincha el pecho rápidamente y niega con la cabeza.

—No, míralo tú, yo no puedo.

—¿Seguro?

—No puedo —repite, girando la cabeza para mirarme con el ceño fruncido, preocupada.

Le suelto la mano a Michelle y le acuno la nuca a mi hija. La beso en la frente antes de balancear las piernas por el borde de la cama y ponerme en pie. Las contemplo a las dos durante unos segundos, observando cómo Michelle acaricia el pelo de mi pequeña. Emily se aovilla contra ella.

El corazón me palpita con fuerza cuando entro en el baño. El pequeño palito está apoyado en la encimera, aunque una parte flota en el aire sobre el lavabo. Siento que soy el puente entre la antigua y la posible nueva vida de Emily. A principios de mes, estábamos jugando en la nieve. Ahora estoy frente a un retrete cubierto por una funda afelpada de color rosa y a punto de comprobar el

resultado de una prueba de embarazo.

Si está embarazada, será otro miembro maravilloso que añadiremos a nuestra familia. No pasará nada. Todo irá bien.

Lo cojo, inhalo y le doy la vuelta. Una única línea rosa me devuelve la mirada. «¡Una única línea!».

Cierro los ojos y por fin, agotado, suelto una carcajada. «¡Una puta línea!».

—¿Qué? —pregunta Emily, bajándose de la cama—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Es negativo —anuncio.

El ambiente de la habitación cambia de repente. Con un único movimiento fluido, Emily pone los ojos en blanco y se deja caer en la cama con un gigantesco y estrepitoso gruñido de alivio.

—Gracias a Dios.

Veo cómo le desaparece el peso de los hombros. Michelle se los agita con una sonrisa.

—No quiero volver a hacer esto nunca más —farfulla—. Ya está. No tendré hijos. Nunca.

—Música para mis oídos —la provoco.

Me sonríe, pero el gesto se le desmorona enseguida.

—No podemos contárselo a mamá.

El estómago me da un vuelco. «Imposible».

—No —sentencio. Emily abre mucho los ojos—. Lo siento, peque. Se merece saberlo.

—¿Por qué? —gime.

—Es tu madre. No estaría bien ocultárselo. Aunque ¿qué te parece esto? Esperaremos a que vuelva a Nueva York, ¿vale? Así solo tendrás que enfrentarte a ella por teléfono.

Emily suspira.

—Trato hecho.

Extiende la mano y pongo los ojos en blanco antes de estrechársela.

—Bien. —Me aclaro la garganta—. Ahora, a lo importante… ¿Dónde está Josh?

Baja la barbilla.

—Papá.

Pongo las manos en alto.

—Solo quiero hablar con él…

—Papá —me advierte de nuevo, aunque el fantasma de una sonrisa le ilumina la cara.

—Seremos Josh, un machete y yo.

—¡Papá!

De repente, se deshace en carcajadas. La imito. Entonces, la vuelvo a abrazar y a besar en la frente, a pesar de sus débiles protestas.

—Te quiero, peque.

—¿También quieres a Josh?

Suelto un bufido.

—Me es totalmente indiferente.

—¿A quién le apetece un rollo de canela? —pregunta Michelle, rompiendo la tensión.

—Por favor —gime Emily.

Tras levantarse de la cama, se dirige a la puerta a toda prisa. Le hago un gesto con la mano mientras contemplo a Michelle, quien sonríe de oreja a oreja. Yo tampoco puedo dejar de sonreír. La tensión de toda la situación me sobrepasa. Y pensar que lo hemos

vivido juntos. Michelle ha estado ahí para mi hija cuando la ha necesitado. En esta ocasión, sí que la necesitaba.

La verdad tácita retumba en mi cabeza, como lleva semanas haciéndolo.

«Quiero a Michelle. La quiero y voy a tener que dejarla marchar».

Su expresión se desmorona. La mía debe de haberlo hecho también. Se va a acabar.

Emily se detiene de golpe en el umbral y se gira para mirarnos. Pasea un dedo de Michelle a mí, interrumpiendo nuestro contacto visual.

—Estabais juntos en la habitación de los huéspedes —comenta.

Se me forma un nudo en el estómago.

—¿Estáis…? —Sus palabras se desvanecen, como si esperara una respuesta, pero no sé cuál darle.

¿Estamos saliendo? ¿Estamos enamorados? No tengo una explicación cristalina para nuestro complicado problema.

Con una carcajada nerviosa, le poso una mano en el hombro a Emily.

—Lo que pasa entre nosotros se queda entre nosotros, Em.

Una sonrisa se desliza por el rostro de mi hija de manera tan lenta y siniestra que podría rivalizar con la del Grinch.

—Pero sí que pasa algo, ¿no?

La empujo con delicadeza hacia el pasillo.

—Sal de aquí, niña.

Emily se muerde el labio inferior y suelta una risita. Sin embargo, cuando miro a Michelle, también arquea las cejas. Estiro el brazo hacia atrás hasta rozar las yemas de los dedos con las suyas cuando ella también busca mi mano. Intercambiamos una suave sonrisa.

Después, seguimos a Emily a la cocina.



Capítulo 38
CLIFF

La mañana en la que Tracy vuelve al pueblo coincide, por supuesto, con el día en que recibimos múltiples pedidos para las fiestas navideñas que se celebran por toda la localidad. He llamado a George para decirle que su pedido habitual no estará listo hasta mañana. Dado que Lisa y él van a asistir a dos de las otras tres fiestas en las que voy a entregar mis dulces, no me ha puesto demasiadas pegas.

Cuando he terminado con casi todos los pedidos y los últimos dulces están en el horno para que se encargue Carol de ellos, vuelvo a casa a toda prisa con los brazos cubiertos de harina y seguramente alguna mancha en la cara. Los neumáticos chirrían sobre el camino de acceso mientras el llavero repiquetea contra la llave de arranque. Emily sale por la puerta trasera con los ojos apagados y expresión aburrida.

Apenas he abierto la puerta del coche cuando susurra:

—Mamá no deja de preguntarle a Josh por sus planes de futuro. Haz que pare.

—Es tu madre. Sé maja.

—Tampoco ha parado de preguntar dónde estabas.

—Perfecto —ironizo.

—Es tu exmujer. Sé majo —se burla Emily.

Le revuelvo el pelo y ella me aparta la mano. Abro la mosquitera de la puerta trasera con un esfuerzo hercúleo porque sé que, dentro de dos segundos, veré a…

«Tracy».

Mi exmujer está de pie en nuestra cocina, presionando los botones de nuestro teléfono fijo con una mano mientras se aferra al busca con la otra. Aprieta los labios con fuerza, pero la coleta en la que se ha recogido el pelo parece más tensa aún. Su pulcra americana hecha a medida y su pantalón de vestir parecen haber salido directos de las páginas del *Cosmopolitan* de Michelle. Le está sentando bien la vida en la ciudad.

Hace años, solo llevaba camisetas y vaqueros. Pasó por una etapa divertida en la que se ponía calentadores, con veintipocos, y por otra, unos años después, en la que vestía una chaqueta acolchada. A medida que ha pasado el tiempo, me he dado cuenta de que siempre dejó pistas de que quería algo más que una vida en un pueblo pequeño, que deseaba arreglarse, y ahora tiene el dinero para hacerlo.

Tracy pasea los ojos por los dos aparatos tecnológicos hasta que la puerta se cierra a mis espaldas. Entonces, levanta la vista hacia mí. Alzo una mano a modo de saludo, me lo devuelve. En ese momento, mientras se cuelga el busca en el cinturón, presiona el auricular del teléfono de la cocina entre la oreja y el hombro.

Me muestra un único dedo. «Por favor, espera».

Brittany, sentada en la barra de desayuno, me enseña un trozo

de papel en el que ha dibujado unos monigotes con ceras.

—Mira, papá, sois Michelle y tú.

—Es genial, Britt Britt.

—¿Ves también a Rocket? —Agita el papel arrugado para acercármelo.

Junto a mí, ha dibujado a Michelle y a dos niñas. En mi boca ha trazado una sonrisa torcida. Michelle lleva una falda corta de color rojo. Emily tiene dos enormes círculos negros en la cara, supongo que para mostrar los ojos de cervatilla que tiene. En una esquina, hay un perro blanco y negro con palitos como patas.

—Me encanta —digo—. Lo pondremos en la nevera.

—¡Bien! —chilla.

Me llevo un dedo a los labios y mi hija me imita.

—Tenemos que estar callados mientras mamá está al teléfono, ¿vale?

—¿Por qué? —pregunta Emily a voz en grito desde un rincón.

Me froto la cara con la mano. Emily pasa junto a su madre como si no estuviera ahí, coge un refresco de la nevera y se lo lleva a la habitación contigua. Josh la sigue, servicial.

Tracy cruza los brazos, oteando el salón para mirar a Emily, sin decir una palabra, aún al teléfono. De repente, endereza la espalda y se cambia el auricular a la otra oreja.

—Hola. Sí, soy Tracy Marie.

«¿Ahora usa su segundo nombre?».

—Ajá.

Mientras Tracy continúa con la conversación, se abre la puerta trasera y a punto está de golpearme en la espalda. Michelle asoma la cabeza por el umbral.

—¿Intentabas matarme? —susurro con una sonrisa.

—Lo siento —se ríe. No habla lo bastante bajo, por lo que su voz cruza la cocina como un cuchillo.

Tracy desvía los ojos hacia Michelle, como rayos láser a punto de fulminarla. Siempre se ha mostrado tensa al estar rodeada de mujeres. Tenía algunas amigas en Copper Run, pero no creo que haya vuelto a hablar con ellas desde que se mudó. Sobre todo, nunca le gustó que hiciera reír a otras chicas.

Me echo a un lado y guío a Michelle con una mano en la parte baja de la espalda. Emily vuelve a la cocina con una sonrisa en el rostro, se apoya en el umbral y sorbe el refresco de forma ruidosa. Está deseando presenciar el drama.

—Hola, Michelle —saluda con un volumen normal, interrumpiendo la calma de nuevo.

Pongo los ojos en blanco, por lo que Emily ensancha aún más la sonrisa.

Tracy cubre el micrófono.

—Te llamo más tarde, Doug. Ajá. Sí. Hum, vale. Sí, adiós. —Presiona el botón del teléfono con un dedo mientras contempla nuestro grupo variopinto.

Emily vuelve a sorber el refresco y el sonido reverbera entre las paredes. Michelle da el primer paso al frente con la mano extendida.

—Hola. Debes de ser Tracy.

La aludida ladea la cabeza, como si analizara a Michelle de arriba abajo: su cuerpo, su cara y su cabello, que lleva recién lavado.

Es raro verlas una al lado de la otra porque, más allá del color de pelo (la coleta rubia y alta de Tracy en comparación con el cabello moreno de Michelle) y la tez (la de Tracy es marmórea, y la de

Michelle, casi oliva), son parecidas. Podrían ser amigas. O, por lo menos, compañeras de trabajo. Las dos caras de la misma moneda.

Tracy acepta la mano de Michelle y se la estrecha con firmeza. Casi con brusquedad.

—Esta es Michelle —la presento—. Es la dueña del hotel de al lado.

—Es la mejor amiga de papá —interviene Brittany, quien colorea ausente sin darse cuenta de que acaba de lanzar una granada a la habitación.

—¿En serio? —se sorprende Tracy.

Michelle pone los ojos en blanco con una sonrisa.

—Cliff me ayuda mucho con el *bed and breakfast*.

—Típico de él. ¿Te obligó a ser su amiga?

—En realidad, fue al revés —contesta Michelle, casual.

Suelto una carcajada sin pensarlo. No es cierto y los dos lo sabemos, pero entiendo adónde quiere llegar. «No es una carga», está diciendo. Y, por Dios, la quiero por eso.

Tracy y Michelle quizá sean igual de intensas, pero es innegable que son diferentes.

Michelle se mantiene erguida. Su aspecto parece natural. No lleva una americana como Tracy, solo una camisa metida por dentro de los vaqueros, pero en cierto sentido el conjunto es más bonito. Tracy no deja de estudiarla con ojos de halcón.

—Bueno —da una palmada—, ¿y qué novedades hay por aquí, familia? ¿Qué vamos a hacer?

No paso por alto ese «familia» que ha dejado caer, así como la mirada de soslayo que le dedica a Michelle. No me ha gustado. Ni un poquito.

Brittany se encoge de hombros.

—Podemos jugar en la nieve.

—Parece divertido —concuerda Tracy con las cejas arqueadas, pero las palabras le salen forzadas. Luego, se queda en silencio.

Siento que se le ha olvidado cómo interactuar con las niñas. Emily se pasó quejándose de lo incómodo que había sido Acción de Gracias durante una semana. Sin embargo, nunca se me ocurrió que la situación fuera así de mala.

Tracy vuelve a recorrer a Michelle con los ojos, pasando de su cara a los mocasines negros. Lo más probable es que estemos más cerca de lo que deberíamos como mejores amigos y Tracy ha debido captarlo de inmediato. No obstante, ni Michelle ni yo nos movemos.

Entorna los ojos. «¿Qué diablos?».

Destenso la mandíbula para forzar una sonrisa.

—Oye, ¿qué os parecería decorar todos juntos el árbol de Navidad? Hemos estado esperando a que llegue mamá para hacerlo, ¿no?

—¡Sí! Sí, sí, sí. —Brittany suelta un grito ahogado, da varios brincos y corre al salón con un chillido de alegría.

Ayer bajé las brillantes cajas de adornos del ático. A punto estuve de hacerlas rodar por la escalera, pero Emily y Michelle se apresuraron a frenar mi caída. Los cuatro estuvimos riéndonos de ese tema durante bastante tiempo después. Me sentí a gusto. En casa.

Ahora que Tracy nos deslumbra con su enorme sonrisa antes de seguir a su hija al salón, la casa parece cargada, como la electricidad estática en el ambiente que precede a una tormenta. Emily arquea las cejas, mirándonos a Michelle y a mí, y suspira.

—¡Qué divertido! —musita, sarcástica.

Le dedico una pequeña sonrisa hasta que se dirige también al salón. La cocina se vuelve a quedar en silencio.

—Entonces, esa es tu ex —expone Michelle.

Asiento, solemne, tratando de entender su reacción, pero no parece haberle afectado. Es muy segura de sí misma. Sonrío. Claro que sí, es Michelle. Sin embargo, también sé que se oculta tras una gruesa coraza.

—No está mal —comenta.

—No —concuerdo, pero no dejo de pensar en la mirada de mi ex hacia ella y lo poco que me ha gustado.

—No será un problema.

Le dedico una sonrisa.

—¿En serio?

—He tratado con mujeres más bruscas. Yo misma lo soy.

Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco a mi cadera. Le recorro las costillas con el pulgar y me inclino para mordisquearle el lóbulo de la oreja. Suelta un jadeo suave que acompaña de una carcajada ligera. Al instante, tenerla entre mis brazos me hace sentir mejor.

Sus ojos se centran en el umbral que ha cruzado Tracy. Quizá no quiera que piense que se siente cohibida, pero puedo leerla como un libro abierto.

Tras presionarle la frente contra la sien, le susurro:

—¿Te he dicho ya lo mucho que deseo arrancarte los pantalones?

Cuelo la palma en su bolsillo trasero y le presiono la nalga. Una suave sonrisa se desliza por sus labios.

«Ahí está».

—Muchas veces —confirme con un susurro.

—Ah, eso me temía.

—Pero puedes volver a decírmelo siempre que quieras.

—¿Y qué tal si te hago una demostración más tarde? —propongo —. Quizá tengas suerte y te abra la cremallera con los dientes.

Un estremecimiento le recorre la nuca mientras la acaricio con un dedo.

—¿Es lo que quieres?

—Claro —responde desafiante. Le pegaría agregar la palabra «idiota».

Le acaricio el cuello con la nariz. Se echa hacia atrás, exponiéndose ante mí para que le pose un beso tras otro por la mandíbula y la clavícula. La oigo tragar saliva.

Por Dios, es embriagadora y es toda mía. Por alguna razón, esta mujer callada y distante me ha elegido a mí. Deja que la recorra con las manos. No sabía que existía algo tan sano, pero aquí estoy, con una mujer que desea que la roce.

Michelle se echa hacia atrás y me delinea la mandíbula con las yemas.

—¿Estás bien? —pregunta—. Dime la verdad.

Sonrío, la beso una vez más y, tras colarle el pulgar por la cinturilla de los vaqueros, añado:

—Vamos, tenemos que adornar un árbol de Navidad.

Inhala, ofendida, antes de agarrarme de la camiseta y apartarme.

—Deja de calentar —gruñe con una sonrisa.

Me echo a reír.

—No creo que nunca me hayan dicho algo así.

Camino tras ella por el comedor hasta que se detiene. Por

instinto, la tomo por las caderas para estabilizarnos, pero utiliza la oportunidad para presionar el culo contra mí.

Ahogo una carcajada.

—Michelle…

—Buena suerte con la erección —me susurra, al tiempo que estira los brazos tras la espalda y me roza el bulto creciente en los pantalones.

Dejo escapar un gruñido de frustración mientras entramos en el salón. Brittany rebusca en la caja de adornos mientras Emily revisa su colección de CD junto al radiocasete. Desde el sillón, Tracy nos contempla a Michelle y a mí con los labios apretados.



Capítulo 39
MICHELLE

Nuestro grupo no tarda en crecer. Mi padre y Sara llegan al pueblo poco después de Tracy. Cliff ayuda a Sara a llevar al interior el equipaje y, en cuanto lo deja en el suelo de mi habitación, un peso se me instala en mi estómago, como si tuviera un yunque en las entrañas.

«Sara se está asentando oficialmente en Bird & Breakfast».

Debo de haber estado contemplando las maletas durante demasiado tiempo porque mi hermana apoya la cabeza en mi hombro.

—Están genial, ¿eh? Me las compré con tu dinero para la graduación.

No pude ir a California para verla graduarse debido a todo el trabajo que tenía en el hotel. Sin embargo, me ha contado todos los detalles por teléfono y lo más probable es que le haya enviado más dinero del que necesitaba.

—Es un juego bonito —concuerdo.

Es una conversación banal que interrumpe Cliff cuando me llama desde la cocina:

—Michelle, quieres que le eche mostaza a tu sándwich, ¿verdad? ¿La botella entera?

Esbozo una sonrisa y Sara también se ríe porque sabe que odio la mostaza. Los dos lo saben.

«¿Esta es la vida que me he perdido mientras estaba casada con Allen? ¿Estas son las conversaciones divertidas que podía haber tenido en lugar de esas veladas tranquilas y corteses con sus amigos?».

Cuando mi padre y Sara se han asentado (el primero en la única habitación para huéspedes libre y Sara en mi cuarto, puesto que compartiremos cama), la guío por las tareas básicas del hotel durante toda la tarde. Los registros, las salidas, los problemas diarios, como el pomo que falla en el armario del pasillo o el peldaño chirriante cerca del ático. Aspectos que son como mi segunda naturaleza dejarán de ser parte de mi vida. Ahora lo serán de la suya. El hotel es suyo, como se dijo desde un principio.

Cuando el sol se pone, juntamos a los grupos de las dos casas y nos dirigimos a la plaza. El Festival de Nieve y Copas está en pleno apogeo cuando llegamos. Bing Crosby y las Andrews Sisters canturrean *Jingle Bells* a través de los altavoces. Las luces de múltiples colores serpentean por las farolas, acompañadas de flores. Hay puestos cada pocos metros, con sus toldos rojos cubiertos de nieve. Una guirnalda verde rodea el techo del cenador con banderines en forma de bastones de caramelo y hojas de muérdago colgadas sobre cada tramo de escaleras. Huele a menta, a chocolate y a una pizca de humo que surge de la hoguera del centro, donde una multitud tuesta nubes de chuchería.

Emily se adelanta para unirse a Josh cerca del escenario

navideño. Tracy sigue a Brittany mientras esta le hace fotos a un reno de plástico. Mi padre se aleja con Sara a por chocolate caliente y Carol atisba a George y Lisa, deteniéndolos antes de que se acerquen. Tengo la sensación de que ha sido intencionado.

Solo quedamos Cliff, Rocket y yo bajo una ramita de muérdago. A Cliff se le curvan las comisuras de la boca con una sonrisa traviesa. Pongo los ojos en blanco y suspiro, provocando una nube de aire cálido que flota ante nuestras caras. Recorre el exterior de mi meñique con el suyo enguantado. Es nuestro pequeño secreto.

—¿Cómo estás? —dice.

—Te iba a preguntar lo mismo.

—Estoy feliz, como dice la canción del viejo Bing.

Suelto una risita por la nariz que le ensancha aún más la sonrisa.

—¿Cómo estás de verdad, Michelle? —Abro la boca, la cierro y esbozo una sonrisa cuando se inclina hacia mí para susurrarme—: Piensas muy alto.

—Es un festival bonito —admito—. El mejor de Copper Run hasta la fecha.

Su sonrisa cambia casi de forma imperceptible antes de volver a curvar las comisuras de la boca.

—Seguro que en Seattle están mejor. Con un árbol enorme o algo así. Y una pista de patinaje sobre hielo.

—Así es —replico.

Rocket pasea la mirada de uno a otro moviendo el rabo con lentitud.

«Shelly, no has patinado en tu vida».

Me acaricio el interior de la mejilla con la lengua cuando Cliff dice de repente:

—Estoy deseando verlo.

Alzo la cabeza. Es la primera vez que abordamos el tema de las visitas, en lugar de hablar solo de llamadas. De repente, son algo real.

—¿Sí? —digo sin aliento.

Se le marca aún más la cicatriz junto a la boca.

—Sí.

Brittany se acerca trotando con su cámara amarilla y desechable entre los dedos. Nos separamos. Tracy, que la ha seguido, centra los ojos en el punto en el que hace unos momentos estaban nuestras manos unidas.

—¿Qué tal, Britt? —pregunta Cliff.

—Necesito otra cámara —anuncia, y presiona el botón que emite un clic inútil.

Su padre se echa a reír.

—¿No es la tercera que usas desde Halloween?

—Quiero otra.

Cliff observa la cola que serpentea por el parque y lleva a un sillón dorado, donde un Lars muy evidente disfrazado de Papá Noel hace que Luke salte en su regazo. El niño tiene los brazos cruzados sobre el pecho, terco, mientras frunce el ceño con las mejillas sonrojadas. Su madre le saca una foto a su expresión frustrada.

—¿Por qué no se lo pides a Santa? —le propone Cliff a Brittany.

La niña esboza un mohín.

—Pero se supone que él se tiene que encargar de las otras fotos.

—¿Aún no las has revelado? —acuso a Cliff con una carcajada.

Me dedica una mirada de soslayo, acompañada de una sonrisa.

—Bueno —continúa, dirigiéndose a Brittany—, hablaré con Papá

Noel y veré si puede ocuparse de las dos cosas.

—¿Lo prometes? —pregunta la niña.

—Por supuesto.

—¿Lo prometes de verdad?

—Sí, sí —contesta—. O se lo puedes decir tú primero. —Juguetón, le da una palmadita en la espalda—. ¿Quieres ir poniéndote a la cola?

—La acompaño —interviene Tracy, quien pasa a mi lado dándome un suave golpe en el hombro.

Como respuesta, levanto de repente la cabeza. En cualquier otra situación, me enfrentaría a ella, pero, dada la nuestra, reprimo una respuesta apretando los dientes.

Debo hacer uso de cada chispa de mi autocontrol para dedicarle una sonrisa forzada. Ayer estuve a punto de quejarme cuando le tendió el plato de brócoli a Emily, pasándome por alto adrede. No me gusta cuando alguien inicia una guerra fría sin mi consentimiento. Solo comienzo una discusión si planeo terminarla y ganarla, y ella la ha empezado antes de tiempo, lo que es injusto.

Brittany coge a Cliff de la mano con la manopla.

—¿Puedes venir tú también, papá?

—Eh. —Cliff, incómodo, pasea la mirada de Tracy a mí antes de volver a centrarla en Brittany.

La niña le dedica una sonrisa radiante que su padre le devuelve.

—Claro.

Siempre tendrá debilidad por sus hijas, aunque eso requiera pasar más tiempo con su ex. Es esa clase de padre.

Le clavo un dedo entre las costillas.

—Ve a ser un buen papá.

Se despide con la mano, travieso, mientras se aleja a trompicones, dejándose arrastrar por una cría de seis años, y el hilo que nos une se tensa por la distancia. Tracy los sigue tras soltar un brusco suspiro de irritación al mirarme. Lo más raro de todo es que a Tracy no le gusta Cliff, aunque es evidente que tampoco le hace gracia verme con él.

Los tres se dirigen hacia la cola de Santa. Tracy le tiende la mano a Brittany, quien la acepta encantada, ahora sujeta a sus dos padres. El estómago me da un vuelco al ver la escena. Es muy hogareña. Brittany no tiene tres manos, así que ¿dónde encaja mi pieza del puzle?

El susto del posible embarazo de Emily me pilló por sorpresa. Cuando Sara era una adolescente, la pintura acrílica y los dibujos al carboncillo la mantenían lo bastante distraída como para no fijarse en chicos. Sin embargo, incluso sin experiencia, ayudar a Emily me salió natural. Mientras estaba tumbada en la cama entre Cliff y yo, resolviendo los problemas entre los tres, me dio la impresión de que llevábamos años haciéndolo.

Mi padre me toca el hombro, sobresaltándome. Se echa a reír y me tiende un vaso de cartón humeante con chocolate caliente. Sonrío y lo acepto.

—Gracias. ¿Dónde está Sara?

—A la caza de un dulce.

—Ah.

Es la primera vez que mi padre y yo nos quedamos a solas desde Acción de Gracias. Parece estar feliz de nuevo. Sonríe.

—¿Te alegra haber vuelto? —le comento.

Se encoge de hombros.

—Más o menos.

Le dedico una mirada llena de curiosidad y se echa a reír.

—Me encanta Copper Run —se corrige—, pero ¿el hotel? Era la pasión de tu madre, no la mía.

Crispo los dedos sobre el chocolate caliente. El vaho serpentea hasta mis mejillas. O quizá sea mi propio calor.

—Entonces, se lo dejaremos a Sara —comento, observando la multitud, donde Lisa y George intentan tomar un bocado de tarta del mismo plato—. Jubílate aquí. Disfruta del pueblo.

—Sí —dice, arrastrando la palabra y observándome con los ojos entornados—. Es lo que estaba pensando. ¿Y tú?

Arqueo una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has pensado en Copper Run?

Me aclaro la garganta.

—Creo que no te estoy entendiendo.

—Ya sabes, eres muy parecida a tu madre —continúa—. Tienes su motivación, tenacidad, confianza.

Niego con la cabeza.

—Sara también cuenta con todo eso.

—Tu hermana heredó su carácter, es verdad. Birdie se lo cedió en grandes cantidades. —Me dedica otra débil sonrisa—. Pero a ti te gustan los retos. Igual que a ella.

El corazón se me encoge mientras deslizo mi colgante, no, el de mi madre, por la cadena al tiempo que me recoloco su bolso en el hombro. Al final, le doy un sorbo al vaso de cartón y el chocolate caliente me abrasa la lengua.

—Mentiría si dijera que os crio la misma madre. Era una mujer

diferente con Sara. No fue culpa tuya, pero tampoco fue justo. Nada en esta vida lo es. Siento que te tocara sufrir la peor parte, Shells, pero estoy orgulloso de ti. Y sé que ella también lo estaría.

Se me tensan los dedos sobre el vaso de cartón. Se hunde y vuelve a adoptar su forma inicial, haciendo que unas pequeñas gotas de chocolate caliente se derramen por el borde y me achicharren la piel a través del guante.

—Estaba perfectamente antes —expongo tras dar otro sorbo—. Y lo estoy ahora también.

—Siempre dices lo mismo. —Mi padre pasea la mirada por el parque—. Pero quizá esta sea la primera vez que te creo. —Me dedica una pequeña sonrisa—. Encajas aquí.

—¿En Copper Run? —pregunto—. No, me… Me gusta la ciudad. Echo de menos Seattle.

Ahora parece que estoy a la defensiva, como si fuera la reacción de la rodilla al recibir un golpe. Dudo durante un segundo, abro la boca, la cierro y le doy un sorbo al chocolate caliente. De forma inconsciente, estudio la fila de Santa hasta que capto a Brittany, sentada en el regazo de Papá Noel con los pies colgando y una sonrisa de oreja a oreja. Cliff está de pie a un lado con los brazos cruzados, radiante, mientras habla con Tracy, quien le devuelve una expresión irónica.

Echaré de menos estos eventos. Quizá podría volver por vacaciones. De septiembre a diciembre. Pero ¿qué otros festivales divertidos organizarán en primavera o verano?

Observo a Rocket. Ya no mueve el rabo, pero se acerca un paso y me presiona la pierna con la cabeza. Por una vez, no puedo descifrar lo que quiere decir.

Encuentro a Cliff como un imán que buscara su opuesto. Y, como ocurre siempre, él me encuentra también, me contempla desde la fila de Santa Claus y me guiña un ojo.



Capítulo 40
CLIFF

Me despierto a causa de un cosquilleo en el pie. Ahuyento la sensación con una patada y me doy media vuelta sobre el sofá tras taparme la cabeza con la colcha del saco de dormir.

—Despierta, papá —susurra Brittany desde el extremo opuesto del asiento.

Vuelve a hacerme cosquillas, por lo que pego las rodillas al pecho para adoptar una posición fetal.

—Los pájaros aún no están cantando —me quejo contra la almohada—. Si están dormidos, nosotros también deberíamos estarlo.

—Pero ¡ha venido Papá Noel!

—Y supongo que él también estará agotado tras entregar tantos regalos —contraataco.

Pongo una mano en alto para evitar que las luminosas luces del árbol me cieguen, ya que me han mantenido despierto toda la noche. En cierto punto, las he desconectado, pero las pisadas sigilosas de Brittany me han despertado entre las tres y las cinco cuando ha vuelto a conectar el enchufe. Levantarme y apagarlas de

nuevo requería demasiada energía.

Un dedo se me mete en la oreja. Un escalofrío me recorre la columna. Alejo la mano.

—Arriba y a por todas, anciano —me provoca Emily.

Miro a través de los brazos cruzados y la encuentro apoyada en el reposabrazos del sofá con una taza de café humeante.

La señalo con el dedo.

—¿Es para mí?

—Feliz Navidad —dice.

Me incorporo y rodeo la taza con las manos. Ante mí está la funda de un CD. Descubro a Tracy colocando en la ranura extendida del radiocasete un disco titulado *Grandes éxitos navideños de Billboard* antes de empujarla para que se cierre. Llevamos escuchándolo dieciséis años seguidos, sin fallar ni una sola mañana de Navidad.

—Papá, ¿pueden venir Michelle y Rocket a casa? —pregunta Brittany.

A punto estoy de atragantarme con mi propia saliva. Tracy levanta la cabeza y me mira. Ni siquiera el principio de *White Christmas* de Bing Crosby es capaz de dulcificar su expresión.

Es difícil entender qué quiere decir sin gafas, pero creo intuir una única ceja arqueada, inquisitiva. Al criar a los hijos durante tanto tiempo como nosotros, se desarrolla una especie de lenguaje parental silencioso. Hace unos años, quizá habría sido capaz de descifrar con exactitud lo que está pensando. Ahora debo hacer un intento a ciegas.

La puerta principal se abre con fuerza, haciendo que se cuele en el salón el frío de la nieve mientras Carol se sacude los botines en el

felpudo. Una gruesa bufanda le tapa hasta las orejas y su abrigo de lana está cubierto de una nieve esponjosa.

—¿Ese café es para mí? —pregunta, a la vez que le castañean los dientes, tras cerrar la puerta a sus espaldas de una patada. Me arrebata la taza de las manos.

Pestañeo, aunque estoy demasiado dormido para rebatírselo.

—Em, ¿queda algo de café? —intervengo, balanceando las piernas sobre el borde del sofá.

—Claro —contesta Emily, quien vuelve a meterme el dedo en la oreja.

Se lo aparto de un manotazo.

—Papá, ¿pueden venir Michelle y Rocket a casa? —repite Brittany.

Me froto la cara con la mano.

—Te he oído la primera vez, Britt Britt. Deja que me tome el café y ahora veremos.

Cojo las gafas de la mesa auxiliar y pestañeo para alejar el resto de mi somnolencia de camino a la cocina. Oigo que Tracy me sigue por golpeteo de sus pantuflas sobre el linóleo a mis espaldas.

Miro por la ventana de la cocina hacia la habitación de Michelle. Una cortina de nieve cae entre nuestras casas, por lo que me cuesta ver si tiene la lámpara encendida. Me pregunto si ya estará despierta, haciendo rollos de canela.

Me sorbo la nariz y me dirijo a un armario. Saco una taza antes de hacer un gesto hacia Tracy, como si dijera: «¿Quieres otra?». Asiente, así que saco una con el logo de la pastelería Burke's. A continuación, me arrastro hacia la cafetera que borbotea en la encimera.

Tracy chasquea la lengua y suspira.

—Si quieren invitar a Michelle, no me importa —añade tensa.

La miro mientras vierto el café.

—¿Estás de broma? Porque me parece una trampa.

Sus labios forman una línea recta y cruza los brazos.

—Es bastante maja.

Suelto un bufido.

—Son tus vacaciones —comienzo, cogiendo la segunda taza para verter un poco más de café—. No estoy aquí para estropearte las Navidades con las niñas.

A Tracy se le tensa la mandíbula.

—Y yo no estoy aquí para estropearles las suyas. Si quieren tener en casa a la vecina, me parece bien.

Es incómodo hablar de Michelle con Tracy. Las palabras suenan erróneas. «Vecina» parece demasiado casual, pero lo mismo ocurriría con «mejor amiga» o «novia».

Tracy se aclara la garganta.

—Cliff.

—¿Hum?

—Llámala.

—¿Estás segura?

—Sí.

No la creo, pero sus ojos no abandonan los míos durante unos largos segundos. O me está convenciendo o se está persuadiendo a sí misma. Con la espalda recta, me quita el café de las manos, provocando una pequeña salpicadura en la encimera, y se marcha de la cocina.

Con cautela, me dirijo al teléfono, marco el número de Bird & Breakfast y me coloco el auricular entre la oreja y el hombro.

—¡Feliz Navidad! —Las palabras de Michelle, en modo «departamento de Atención al Cliente», son suficientes para sacarme de mi nebulosa adormilada. Podría oírla hablar toda la mañana—. Gracias por llamar a Bird &…

—Feliz Navidad, Michelle —la interrumpo con una carcajada grave.

—Cliff. —Se le dulcifica la voz.

Me encanta cuando eso ocurre.

—¿Qué planes tienes para esta mañana?

—Mi padre y Sara siguen durmiendo.

—¿Y tú? —insisto.

Oigo que sonríe cuando dice:

—¿Qué plan tengo, organizador de eventos?

Dejo el café a un lado, me inclino sobre la encimera y cruzo un tobillo sobre otro.

—Estás invitada a la ceremonia de apertura de regalos de la familia Burke.

—Vaya, ¿tan importante es?

—Esencial.

Se produce una pausa antes de que pregunte:

—¿Tracy está de acuerdo?

Sonrío para mí.

—Lo ha sugerido ella.

Con un hilo de voz, musita:

—Parece una trampa.

—Eso mismo he pensado yo.

—Sigo en pijama.

—Y nosotros.

—Deja…

—Tenemos café —anuncio—. Por eso, ponte esas pantuflas peludas tan monas que tienes y ven —le pido con una sonrisa—. No hagas que vaya a buscarte. Y tráete a Rocket.

—Se enfadaría si no lo hiciera.

Los dos colgamos y de repente me doy cuenta de que voy a pasar la Navidad con Michelle. Me siento como…, bueno, como un niño en Navidad, supongo. Meto los pies en las pantuflas, abro la puerta de la cocina de golpe y avanzo por la nieve.

Cuando cruzo los rosales, Michelle está en la puerta con dos bolsas en la mano y Rocket trotando a su lado. Se ríe al verme, y sus carcajadas se vuelven aún más fuertes al rodearle las rodillas con los brazos. La echo sobre un hombro y la llevo a casa mientras Rocket no para de ladrar.

Al llegar dentro, la dejo en el suelo de linóleo. Estira el brazo libre para recolocarme las gafas.

Las muevo de arriba abajo con una sonrisa.

—¿Te siguen gustando?

—Puede.

Quiero enterrar los labios en su cuello, pero debo separarme cuando oigo unas diminutas pisadas que cruzan la moqueta hasta la cocina.

—¡Michelle!

Brittany se lanza hacia sus piernas, a punto de derribarla. La estrecha con fuerza, abrazándola, mientras Michelle trata de caminar. Rocket brinca junto a las dos, moviendo la cola, que choca con las patas de la barra de desayuno.

—¿Ha venido Papá Noel a vuestra casa? —pregunta Michelle.

—¡Sí! No hemos abierto los regalos, pero…

—¿No habéis abierto los regalos? —Michelle se queda boquiabierta, mirándome con una enorme sonrisa—. Cliff, ¿cómo te atreves?

—Te voy a quitar tus privilegios cafeteros —contesto.

—No, es mentira —contraataca.

Con una sonrisa servicial, le tiendo una de las tazas del armario. Brittany suelta un grito ahogado.

—¿Son para nosotras?

Por fin miro con atención las dos bolsas que tiene Michelle en la mano. Tienen un patrón de cabañas nevadas y carruajes arrastrados por caballos. El papel rojo de envolver se intuye por la parte superior.

—Así es —aclara Michelle.

La sonrisa que se me extiende por el rostro es casi bochornosa. «Les ha comprado regalos a mis niñas».

—No tenías… —comienzo a decir, pero Emily entra corriendo y grita:

—¡Claro que sí!

Michelle les indica cuál es su bolsa y las chicas le arrebatan los regalos antes de volver a toda prisa al salón. Las seguimos con una taza de café en las manos. Es una escena doméstica, lo que debería resultarme extraño, pero disfruto de cada segundo.

Me siento en el extremo opuesto del sofá que eligen Michelle y Rocket, no demasiado cerca para que las niñas no se percaten; aunque Emily pasea los ojos de Michelle a mí con una enorme sonrisa. Tracy la imita antes de contemplar fijamente a nuestra vecina.

Brittany y Emily arrancan el papel de regalo como si fueran animales. La segunda no tarda en tener una nueva pila de discos a su lado.

—Vaya, ¿me has pedido a los Smashing Pumpkins, Michelle?

La pequeña recibe una nueva Barbie, un Elmo Cosquillas y, por último, una caja rectangular que agita en la mano. Me mira con curiosidad y asiento.

—Ábrela, Britt.

Desliza la tapa de la caja. Unas fotografías satinadas y resbaladizas se extienden por la moqueta.

Le brillan tanto los ojos como estrellas.

—¡Papá Noel me ha traído las fotos!

—¿Ves? Ya te dije que te haría caso —dice Emily con una sonrisa, cumpliendo con su deber de hermana mayor de mantener el secreto de Santa Claus.

Creo que ahora lo disfruta más que yo. Brittany pone una foto en alto.

—Mira, ¡es Rocket!

El perro levanta la cabeza al oír su nombre. Me echo a reír. Por supuesto que es Rocket, pero va acompañado de la mitad del pulgar de Brittany.

—Tienes un don —ironizo.

La niña sigue rebuscando entre las fotos. Les echo un vistazo antes de coger alguna. Hay instantáneas torcidas del hotel y el hocico de Rocket. También hay una mía en la pastelería, metiendo el brazo en el horno. Algunas son de Halloween, pero la mayoría han acabado borrosas por el flash.

Carol se agacha tras Brittany y las mira por encima de su

hombro. Con una carcajada, elige una y la levanta en alto. Michelle y Carol están sentadas en el porche frontal.

—La prensa rosa —me provoca.

—Ah, mira, ese es Josh —comenta Tracy, uniéndose al grupo.

Sé que se siente fuera de lugar. Señala una foto que ha caído cerca de la chimenea. En la imagen, Emily y Josh están acurrucados en el sofá de Bird & Breakfast bajo una manta enorme.

Tracy levanta la nariz.

—Ahora entiendo por qué os metéis en problemas.

Emily se tensa como una tabla.

—¿Qué?

Tracy se encoge de hombros.

—Recuerda protegerte.

Abre mucho los ojos antes de desviarlos de Michelle a mí.

—¿Se lo habéis dicho? —escupe.

Michelle arquea las cejas. Igual que yo.

—Prometisteis que no se lo contaríais.

—¿Decirme qué? —la interrumpe Tracy. El rostro se le está tiñendo de rojo a la misma velocidad a la que las mejillas de Emily están perdiendo todo su color.

—¿Decirle qué? —repito.

Entonces, lo entiendo. Siento cómo el corazón me da un vuelco. Observo a Michelle, quien tiene el ceño fruncido. Lo más probable es que lo haya comprendido segundos antes que yo. La prueba de embarazo.

—Em… —comienza Michelle, pero las palabras la abandonan.

—No lo hemos hecho —concluyo por ella.

Mi hija se tambalea al darse cuenta de repente de que estoy

diciendo la verdad.

—No se lo habéis dicho —musita Emily.

Michelle niega a toda prisa, apretando los labios. Mi hija encorva los hombros y suelta un suave:

—Joder.

—Emily Theresa Burke —la riñe Tracy—. Esa boca. Vas a contarme ahora mismo lo que está ocurriendo aquí.

De inmediato, aprieto los párpados. Esa clase de exigencias no sirven de nada con Emily y, como era de esperar, nuestra hija se pone en pie a duras penas, fulminándola con la mirada.

—No te pienso contar nada —escupe.

A Tracy las mejillas se le tornan de un intenso carmesí.

—Pero ¿a esta sí se lo has dicho?

Durante un momento, estoy confuso. Pero, entonces, el calor me inunda el pecho antes de subir por mi garganta hasta las mejillas cuando sigo su línea de visión hasta Michelle, quien está paralizada, pero oculta tras ella un puño que aprieta con fuerza.

—Se llama Michelle —le indica Carol.

Tracy se queda boquiabierta. Luego, suelta una carcajada burlona.

—Me da igual quién sea.

—Trace… —le advierto.

La situación está escalando más rápido de lo que me gustaría e incluso Carol frunce cada vez más el ceño a medida que pasan los segundos. La pobre Brittany está sentada en el suelo, confusa, con las fotos en la mano, que mancha con las huellas de los dedos.

—Debería saber qué le ocurre a mi hija antes que nadie —se enfada Tracy.

—Lo sabrías si hablaras conmigo alguna vez —replica Emily.

Tracy cierra los ojos con fuerza e, ignorando a Emily, continúa:

—Debería haberme enterado al menos antes que esa…, que esa…

Me levanto sin pensarlo. El corazón me palpita con fuerza. Tengo los nudillos blancos por apretar los puños y me estoy clavando las uñas en la palma. El pecho se me ha convertido en un incendio.

—Yo que tú tendría cuidado con las siguientes palabras, Trace, antes de que todos nos arrepintamos de algo. Algo que las chicas no deberían escuchar.

La habitación se torna gélida. El *I Saw Mommy Kissing Santa Claus* de Jimmy Boyd se cuela en el salón. El fuego de la chimenea se aviva ligeramente. El papel de regalo cruje cuando Carol, incómoda, deja un regalo en el suelo.

Tracy pestañea con los labios separados. Esta pelea me recuerda demasiado a los viejos tiempos, a esas discusiones inútiles en las que nos incitábamos el uno al otro. Pero eso puedo soportarlo.

Sin embargo, ¿una palabra contra Michelle? Ni en mi casa ni en cualquier otra parte.

Emily traga saliva de forma audible.

—Voy a dar un paseo.

Tracy gira la cabeza hacia ella con brusquedad.

—¿Por la nieve? No, ni hablar.

—No puedes decirme qué hacer —responde Emily, desdeñosa.

—Soy tu madre.

Esta deja escapar el aire.

—Puf, lo que tú digas —insiste mientras pasa a mi lado.

Suspiro.

—Em, hace frío.

—Me da igual.

—Está nevando.

—¡Me da igual! —repite más fuerte.

—Vale, tendré que seguirte.

—¡No! —brama Emily, marchándose a toda prisa del salón.

En pie, Tracy también chilla:

—Yo también voy.

—Que te jodan, mamá.

A Tracy se le convulsiona todo el cuerpo. Parece que la hayan golpeado en la cara porque no deja de parpadear. Está tan sorprendida que no dice nada.

«Maldita sea, Emily».

—Ahora vuelvo —farfullo, saliendo a grandes zancadas del salón.

Mi hija cierra con fuerza la puerta trasera. Las contraventanas chocan contra el cristal. La abro de nuevo y la persigo por el frío.



Capítulo 41

MICHELLE

Estoy condenada a vivir festivos desastrosos en Copper Run.

Me siento en el sofá, escondo los pies bajo el culo, con las pantuflas en la moqueta ante mí. Rocket está acurrucado en mi regazo tras los ruidos tan fuertes. Parece que estoy en casa aquí, cuando no es mía, con una familia que pertenece a la mujer que me observa con las delgadas cejas en mitad de la frente.

—Debería irme —comento, abandonando mi posición y quitándome el polvo de los pantalones del pijama, como si hubieran caído en ellos las motas de este momento tan incómodo.

—Ay, Michelle… —gime Carol.

Brittany gatea por el suelo. Luego, se pone en pie, corre hasta mí y me abraza las piernas de nuevo.

—No te vayas —me pide.

Le doy un golpecito en la cabeza mientras, con la otra mano, giro el pendiente sin desviar los ojos de Tracy. No ha dejado de contemplarme. No soy de las que se suelen sentir intimidadas, si es lo que pretende, pero entiendo cuando alguien no desea mi presencia.

—Volveré mañana, ¿vale? Feliz Navidad —digo, despidiéndome de Carol con la mano.

Brittany entierra la cabeza en mi muslo y reprimo una carcajada mordiéndome el labio inferior.

—¿Me prometes que vendrás mañana? —susurra.

—Te lo prometo.

—Vale. —Entonces, reticente me suelta.

Le dedico la mejor sonrisa que logro esbozar. Carol deja escapar un suspiro de frustración al tiempo que mira a Tracy con los ojos entornados. Me despido también de la exmujer de Cliff, pero no me devuelve el gesto.

«Me parece bien».

Camino por el pasillo, de vuelta a la cocina, con Rocket a mi lado, pero unas bruscas pisadas nos siguen en todo momento.

—Michelle. —Mi nombre se convierte en una exigencia en labios de Tracy.

Suspiro para desprenderme del enfado y me giro.

—Gracias por invitarme, Tracy.

Niega con la cabeza.

—Las niñas querían que vinieras. —Pone los ojos en blanco tras centrarlos en una esquina—. Y Cliff también.

Abro la boca y la cierro, pero no digo nada. No sé qué decir.

Tracy se acerca a la ventana de la cocina para observar la carretera. A través de la densa tormenta de nieve, veo que Cliff y Emily están sentados en el bordillo, con un pijama ancho y sin chaqueta.

Tracy echa hacia atrás los hombros y levanta aún más la mejilla mientras observa a su hija ahí fuera, sin ella. Se aferra al respaldo

de una silla de madera con los nudillos blancos. Somos muy parecidas. Lo sé porque hago lo mismo cuando me hacen daño, intentar cubrir cualquier verdad incómoda con orgullo, como un escudo.

Pasea los ojos hasta los míos a la velocidad de un halcón.

—Dime algo —me pide como un látigo.

—Vale —acepto, dubitativa.

—¿Emily parece feliz?

No titubeo.

—Sí.

—¿Y Brittany?

—Es una niña —contesto, incapaz de evitar sonreír—. Podría construirse una casa con arena y vivir dentro sin tener ninguna preocupación en su vida.

—Parece que se te dan muy bien los críos.

—Qué va. Pero se me daba bien mi hermana y se parecía mucho a Brittany. —Ladeo la cabeza—. Aún se parecen.

—¿Cuántos años tiene?

—Los suficientes como para que quizá no deba actuar así.

Pasea los ojos por los míos.

—¿Están felices con Cliff?

Trago saliva. No me siento cómoda hablando de Cliff con su ex; sin embargo, por la manera en la que le tiembla la barbilla, me descubro asintiendo.

—Sí —contesto.

Tracy inhala y vuelve a mirar por la ventana. Deja escapar un suspiro.

—Lo ha elegido a él antes que a mí —sentencia, casual, como si

estuviera leyendo sobre su relación en una enciclopedia.

No contesto. Observo a Rocket, quien me devuelve la mirada en silencio. Al parecer, hoy nos hemos quedado los dos sin palabras.

—Dependen… —Tracy hace una pausa—. Dependen mucho de él, ¿no? —Sus palabras salen al principio con confianza, pero, a medida que la frase avanza, su ceño fruncido se vuelve más profundo. De su cuerpo está desapareciendo todo intento de seguridad.

—Sí.

Es triste ver cómo se le tensa la mandíbula, pero no me provoca lástima. Me veo en ella. En esa pequeña parte que anhelaba que mi madre me quisiera más a mí.

—Está bien —susurra. Por fin, posa la vista en mí. Tiene las mejillas llenas de manchas. La nariz, roja. La mandíbula, tensa—. Bueno, gracias por venir. —Lo dice con brusquedad, como si la decepción se enterrara en su interior, mientras que la realidad que ha construido en su mente con tanta meticulosidad se desmorona.

Me giro para marcharme, pero de repente el corazón me late muy rápido ante la posibilidad de no volver a esta cocina, de no pasar de una casa a otra cada tarde, de no ver a Cliff. Aún me quedan un par de días más, pero parece definitivo.

No veré cómo se le ensancha la sonrisa engreída al verme ni oiré su risa grave y áspera. No me regalará su sarcasmo ni sus tonterías. No me reiré de sus terribles bromas. No sentiré su mano en la rodilla, cadera o mejilla. No notaré las cosquillas que me produce su pelo en los dedos. Pero, sobre todo, estaré en la otra punta del país, donde nadie me tendrá en cuenta. No de verdad. No como Cliff.

—¿Michelle? —pregunta Tracy.

Pestañeo para salir de mi fantasía y volver a la realidad. Me está

contemplando de nuevo. La nariz me arde y los ojos me pican.

—Me voy —articulo.

El labio inferior me tiembla, muy a mi pesar, y lo odio por hacer algo así.



Capítulo 42
CLIFF

—Aquí fuera hace frío.

—¿De verdad? —me burlo—. Bueno, yo estoy genial.

—Cállate, papá.

Estamos sentados en el bordillo exterior frente a la casa. La calle tiene una gruesa capa de nieve que casi cubre el límite entre la acera y la carretera. Se me ha olvidado el abrigo. Llevo una camiseta de los Bulls y un pantalón fino de pijama, ahora empapado por estar sentado en el suelo. Me pregunto si se me congelarán las pelotas en los próximos minutos.

Dejo escapar un suspiro, generando una nube de aire cálido.

—Entonces… ¿quieres hablar? —pregunto.

—No.

Asiento para mí.

—Vale, muy bien.

Emily tensa los brazos contra el pecho. Ella tampoco lleva chaqueta. Por suerte, al menos va vestida con una camiseta de rayas de manga larga y unos pantalones de pijama más gruesos que los míos. Tiene el pelo largo y rubio trenzado en la espalda, exponiendo

sus orejas rosadas. Cuando sufre un estremecimiento y le paso el brazo por los hombros, se recuesta contra mí.

—¿Te vas a quedar aquí sentado hasta que hable? —Le castañean los dientes.

—No, me voy a quedar aquí sentado hasta que decidas volver dentro. Da igual si quieres hablar o no. No voy a dejar que mueras congelada tú sola.

—No voy a morir congelada —insiste.

—¿Y si esas son tus últimas palabras?

—Me irá bien.

—No podré decirte «te lo dije».

—Porque seré yo quien lo diga —contraataca.

—¿Cómo? Estarás muerta.

Emily esboza una sonrisa. Yo ejerzo una ligera presión en su hombro. Entierra la cabeza en mi pecho. Sonrío para mí.

Amortiguada contra mi camiseta, creo oírla añadir:

—Perdón por gritarle a mamá.

Respondo con un «ajá».

—¿Estás enfadado? —susurra.

—Sí —admito. Apoyo la barbilla en su cabeza—. Ha sido muy inapropiado. Nunca le deberías decir algo así a nadie, sobre todo a tu madre.

—Cree que puede decirme qué hacer cuando ya casi nunca está por aquí. Es una mierda.

—Se está esforzando todo lo que puede —continúo—. Tu madre es humana, pero sé que la situación es complicada.

—¿Ahora es cuando me dices que lo entenderé cuando sea mayor? —farfulla.

Me encojo de hombros.

—Puede, aunque, a decir verdad, lo más probable es que no.

Hay mucho sobre Tracy que no entiendo y tantos otros aspectos en los que no estoy de acuerdo con ella. Pero no quiero envenenar a Emily o a Brittany con esos temas. No me gustaría si Tracy lo hiciera conmigo, así que yo tampoco lo voy a hacer.

Ojalá hubiera una manera de explicar las dos partes de la historia. Que Tracy tenía sueños, que a veces la vida no siempre va como esperas y nunca es ideal abandonar tu vida pasada para perseguir una nueva. Sin embargo, en ocasiones, si no lo haces, la vida deja de ser tal. Tracy se sentía resentida con Copper Run. Conmigo. Incluso con las niñas. Y habría seguido así toda su vida. Tendría que haber hecho demasiados sacrificios. Lo mejor para nuestras hijas fue que se marchara. Mantenerla en Copper Run habría sido como mezclar aceite y vinagre. En su momento, pareció no tener sentido y quizá para Emily nunca lo tenga.

—Aunque, sea como sea —prosigo—, no vuelvas a hablar a tu madre así, ¿vale?

Emily asiente en silencio.

—Vale.

—Bien.

—Odio cuando te pones en modo padre conmigo.

—No podemos ser mejores amigos todo el tiempo.

Una ráfaga de viento sopla a nuestro alrededor, así que nos acurrucamos el uno contra el otro. Estoy deseando que Emily se ponga en pie, pero, cuando no lo hace, temblando con terquedad, me encojo sobre mí y aguanto con ella.

—No soy tu mejor amiga —expone de repente.

Suelto una carcajada.

—Qué borde.

—Michelle es tu mejor amiga.

Se me retuercen las entrañas. Lo más probable es que le esté presionando el hombro con demasiada fuerza mientras trato de recuperar la compostura.

—Es muy buena amiga —respondo, más un hecho que una opinión.

Siendo honesto, desde mi punto de vista, Michelle es la amiga más íntima que he tenido nunca, en comparación con cualquier otro hombre o mujer. Nos llevamos mejor de lo que nos hemos llevado Tracy y yo en toda nuestra vida. Con ella, fuimos padres por necesidad y no tuvimos citas suficientes como para conocernos a nivel amistoso. Nos dejamos arrastrar por las hormonas. A mí me gustaba la animadora sexy. A ella, el payaso divertido de la clase. En cierto punto se cansó.

Michelle no tiene que soportarme, sino que elige estar a mi lado. Me alegra cuando consigo hacerla reír o le gustan mis chistes y mi sarcasmo. Es realista cuando yo no quiero serlo.

—¿Michelle y tú estáis saliendo? —pregunta Emily.

—Ese tipo de cosas se queda entre nosotros, peque.

—¿Estáis juntos?

Suspiro y por fin admito:

—Sí. No. No lo sé, en realidad.

—Se va dentro de dos días —expone.

—Así es.

—¿La vas a echar de menos?

—Claro —contesto con voz ahogada.

—Lo siento.

Suelto una carcajada poco entusiasta.

—Así es la vida.

Emily estira un pie desnudo para deshacer un pequeño pedazo de nieve con las uñas rosas de los dedos.

—Em, vas a sufrir gangrena.

—Haz que se quede —escupe de repente.

Gruño entre dientes, frustrado. Lo haría si pudiera, si fuera lo correcto. Niego con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? Has dicho que la echarás de menos.

—Porque hacer que la gente se quede en Copper Run cuando no es lo que desean no es agradable —argumento.

—Quizá sí quiere quedarse —replica Emily.

—No quiere.

—No lo sabes.

—Lo tengo bastante claro. Su sueño está en Seattle y los sueños no desaparecen. Se merece vivir el suyo.

Lo sé mejor que nadie. Los sueños no desaparecen. La idea de que, si quieres a alguien de verdad, lo dejarás marchar es cierta. Ojalá no hubiera tardado treinta y tres años en entenderlo.

Emily se separa de mí.

—¿Y si su sueño está aquí? ¿Contigo? ¿Y si necesita que le cuentes lo que sientes?

«Lo que siento».

Me paso la mano fría por el pelo y me lo revuelvo. No puedo decirle que la quiero porque solo empeoraría la situación.

—Díselo —susurra Emily.

Suelto un bufido y la miro de reojo.

—¿Le estás robando el trabajo a Cupido?

—Michelle es genial, eso es todo.

—Lo es, ¿eh?

—Sí.

Nos quedamos en silencio. El pueblo de Copper Run nunca ha estado tan tranquilo. Solo estamos Emily, el viento y yo. Y quizá el suave zumbido del exceso de luces en el jardín de la casa de Winston.

Un escalofrío vuelve a recorrer la columna vertebral de Emily.

—Aquí fuera hace frío.

—Oye, eres tú la que ha decidido sentarse en un bordillo, no yo.

No responde con un comentario sarcástico. En lugar de eso, apoya la cabeza en mi hombro y ahora es ella la que deja escapar un suspiro de aire cálido.

—Voy a echar de menos a Michelle.

Apoyo la cabeza en la suya.

—Y yo, peque. Y yo.



Michelle no se queda después del desastre de la mañana de Navidad. No esperaba que lo hiciera, lo que me alegra porque Emily levanta con tanto fervor la nariz al ver a su madre que es una escena que no desearía que presenciara nadie.

Los tres estamos de pie en la cocina, con Carol en la otra habitación, cuidando de Brittany.

—Estás más feliz en Nueva York —suelta Emily en tono casual.

Tracy pasea los ojos de Emily a mí, abriéndolos mucho, ofendida, como si fuera a ayudarla. No pretendo intervenir.

—No por ti. —Es lo único que se le ocurre decir.

—Sé que me echas la culpa por…, por haberte tenido que quedar aquí —continúa Emily—. Sin embargo, no pedí nacer y no me merezco que me trates como lo haces.

Tracy permanece boquiabierta y niega con la cabeza.

—Em…

—Lo digo en serio. Quiero que me trates como si te importara, mamá.

Tracy pestañea y suspira.

—Me importas. He… He pensado en que quizá deberías mudarte… —comienza con un hilo de voz.

—¿Mudarme? No lo pillas. Aquí somos felices. ¿Brittany y yo? Superfelices. No quiero mudarme. A veces mi opinión es importante, ¿sabes? Lo que tenemos aquí es suficiente para las dos. Somos felices. Tú eres feliz allí y no hay nada malo en eso, pero nosotras queremos ser felices aquí.

Tracy se queda en shock durante unos instantes antes de asentir para sí. Emily vuelve al salón con grandes zancadas tras su exposición. Me encojo de hombros y la sigo. Mi niña necesitaba sacárselo del pecho.

Tracy no tiene demasiados argumentos en contra y sus comentarios irritantes se reducen tras esa conversación. Mientras se mantiene caliente junto al fuego, se asegura de tantear el terreno interesándose por la vida de Emily. Pregunta por Josh. Su hija aún no le ha contado lo del susto del posible embarazo. Eso será responsabilidad mía, pero no pasa nada. Para eso estoy aquí, para

encargarme de las conversaciones difíciles.

Emily hace pastel de pollo por la noche, orgullosa de haber terminado la asignatura de Economía doméstica. Tracy dice que es el mejor pastel de pollo que ha probado; un halago un poco exagerado, pero concuerdo para respaldarla. Cenamos temprano porque el autobús de Tracy sale a última hora de la tarde. Cuando cruzo la puerta principal con su maleta, la situación se ha destensado lo suficiente como para que todos nos dediquemos medias sonrisas en el salón.

Brittany corre a despedirse de su madre con un abrazo. Tracy la mece de delante hacia atrás antes de posarle un tierno beso en la coronilla y acariciarle el pelo.

—Pórtate bien. Y dile a ese crío, Luke, que puede pedirte una cita cuando tengas dieciséis años.

Brittany asiente, conforme. Estoy bastante seguro de que su mente sigue centrada en su nuevo libro para colorear. Bien. Ya me he cansado de que haya chicos deambulando por casa.

Emily se levanta del sofá y, reticente, le da un abrazo no demasiado entusiasta a su madre. Es un gesto extraño y casi incómodo de presenciar. Aunque, cuando mi hija cierra los ojos, advierto que quizá sea el comienzo de algo bueno. Necesitaba ese abrazo más que su madre.

—¿Te vas a portar bien? —pregunta Tracy.

Emily asiente.

—Lo intentaré.

Cojo el equipaje de Tracy y le hago un gesto hacia la puerta. Por la ventana, vislumbro el taxi, que emite un sonido sordo ante nuestra casa, dejando escapar nubes de humo por el tubo de escape

en mitad de la calle despejada. Tracy asiente y la acompaño hasta la carretera con su maleta sobre la cabeza porque, aunque me encantaría, no rueda sobre el hielo de la acera.

Cuando la poso en el suelo, le doy un abrazo a mi exmujer.

—Ha sido un placer verte, Trace.

—Lo mismo digo. —Mira la casa y suspira—. Siento… que debería venir más. Ya ni siquiera las conozco.

—No te sientas culpable.

—Debería.

Niego con la cabeza al tiempo que le coloco una mano en cada hombro.

—Siente lo que tengas que sentir, pero no te fuerces porque creas que es algo que deberías hacer.

Inhala de forma temblorosa.

—Sí que me siento mal, Cliff. Todos los días.

—Aquí están a salvo. Y son felices. Ahora te toca a ti hacer lo que te llena de alegría. Ven de visita siempre que quieras, pero no cambies algo que funciona bien. No te gustaría que te molestara más de lo necesario.

Pestañea y niega agitando la cabeza.

—No me molestas. —Se mira los zapatos y se encoge de hombros—. No… funcionó, pero eres un padre maravilloso. Lo estás haciendo bien. Muy bien.

—Gracias.

—Ah, por cierto —añade—, se nota que te quiere de verdad.

—¿Quién?

—La vecina.

La sonrisa me desaparece del rostro. Tracy endereza la espalda y

asiente, firme. «¿Me quiere?». Trago saliva y suelto una carcajada, pero mi exmujer frunce el ceño y me interrumpe con un cortante:

—No seas idiota, Cliff.

Me meto las manos en los bolsillos y me encojo de hombros.

—Intento no serlo.

Me señala con un dedo.

—Espero volver a verla.

Sonrío.

—Adiós, Trace.

—Adiós, Cliff.

Nos volvemos a abrazar, esta vez con un poco más de fuerza. Se sube al taxi. Yo meto el equipaje en el maletero y le doy unos golpecitos al lateral del coche, dándole permiso para que se aleje. Tracy no mira atrás. Nunca lo ha hecho, en realidad.



Capítulo 43
MICHELLE

Llaman al timbre. Abro un pelín la puerta principal de Bird & Breakfast y me encuentro a Cliff al otro lado.

—¿Puede venir Michelle a jugar?

Un segundo después, una bola de nieve le aterriza en la sien.

—¡Vuelve aquí! —grita Lars desde la acera, formando una nueva bola con las manos.

—Estamos en guerra —me explica Cliff con una sonrisa antes de bajar las escaleras hacia Brittany, quien corre a través del jardín, con la respiración acelerada creando pequeñas nubes por el aire.

Salgo sin coger una chaqueta para formar mi propia bola de nieve. Cliff se abalanza sobre mí. Me rodea la cintura con los brazos y me empuja contra su pecho a la vez que doy patadas en el aire.

—Suéltame —grito entre risas—. Necesito darte.

Otra bola de nieve le golpea en la cabeza con un «puf», pasando a milímetros de la mía.

—Creo que la de Emily ya ha hecho el trabajo sucio —comenta, dejándome en el suelo, donde se han acumulado varios centímetros de nieve. Estaba tan ocupada haciendo las maletas y enseñándole

los pormenores del hotel a Sara que no he tenido tiempo de fijarme.

Acabo de formar la bola de nieve y cojo impulso para dirigirla hacia Lars, Emily, Carol y, por último, Cliff. No tengo ni idea de quién está en cada bando de la guerra. Lo más seguro es que cada uno se proteja su propia espalda. O tal vez todos vayan contra mí.

—¿Vas a golpear a los de tu propio equipo? —me acusa Cliff con una carcajada cuando dirijo la bola hacia él.

—Suponía que estaba sola en esto —respondo con una sonrisa.

Cliff niega con la cabeza, despacio.

—Siempre estoy en tu equipo.

La sonrisa que se abre paso por mis labios parece una descarga eléctrica procedente del corazón. Lo beso. Luego, le presiono la bola de nieve contra la cabeza.

Es nuestro último día juntos antes de que me suba al avión de vuelta a Washington. Intento disfrutar de cada momento. He oído el álbum que le regalé a Emily mientras ella analizaba cada canción, explicándome por qué es brillante. Cliff nos ha hecho galletas de masa quebrada rellenas de frambuesa y he observado, descaradamente, cómo presionaba la masa, cómo se le tensaban los antebrazos y las muñecas huesudas bajo el reloj cubierto de harina.

Brittany le ha robado una galleta solo minutos después de que salieran del horno y, luego, ha preguntado si podía comerse otra. Cliff la ha llevado de vuelta al salón.

—Ya vas a vomitar las dos últimas que te has comido —ha comentado él entre risas.

—¿Y? —ha gemido la niña—. Rocket se ha comido una.

—No, la ha robado —la he corregido, centrando los ojos en el perro.

Se ha empinado con las patas delanteras en la encimera de la cocina y se ha tragado una antes de que pudiéramos detenerlo. La bandeja del horno estaba demasiado caliente para coger más, pero lo habría hecho si Cliff no la hubiera quitado de allí.

He reprendido a Rocket con un «perro malo», pero me ha dedicado una mirada que decía: «¿Desde cuándo, Shelly?».

Aun así, incluso ahora, mientras me observa desde su cama que Cliff ha añadido a su cocina, Rocket parece contentarse con cualquier título, siempre y cuando siga aquí.

Se me contrae el estómago. Me pregunto si sería más feliz en Copper Run. Quizá Sara quiera adoptarlo. Es muy buen perro. Pero entonces ¿qué voy a hacer yo?

A mediodía, mi hermana cruza la puerta trasera con varios briks de chocolate, que Cliff desestima, ofendido, tras ofrecerse a hacernos su receta casera. Mi hermana me dedica una sonrisa secreta, con los labios apretados, como si ese fuera su plan desde el principio.

Lisa y George pasan con los restos de una tarta de frutas a media tarde.

—No sabía que George supiera de repostería —le susurro a Cliff.

Se echa a reír y niega con la cabeza.

—No sabe.

Resulta que sí, que la tarta de frutas está fatal, pero el orgullo de George evita que nadie diga algo al respecto.

Lisa y George deciden quedarse a cenar sin invitación y llaman a mi padre, quien se aleja de su tablero de ajedrez y se ríe en un rincón, retando a cualquiera que se atreva a acercarse. En concreto, Lars insiste en que puede ganarle, tanto que juega tres partidas.

Pierde todas.

Cliff observa la escena en su ajetreado salón y me estrecha entre sus brazos. Ojalá pudiera pausar este momento, mantenerlo en una estantería como una preciosa bola de nieve que pudiera agitar cada vez que quisiera. Pero así no funciona la vida.



Ya son más de las ocho. Mi padre ha subido a leer antes de acostarse. Cliff ha vuelto a su casa para llevar a Brittany a la cama. Emily está con Josh y con un grupo de adolescentes en la plaza, disfrutando de la nieve que no deja de caer. Sara y yo nos encontramos en la recepción mientras le doy las últimas instrucciones.

Tras contemplar el archivador situado junto al lapicero cubierto de huellas, por fin lo saco y lo dejo en el mostrador.

—Si no tienes claro algo, este archivador se convertirá en tu biblia.

—¿Lo escribió mamá? —pregunta, abriéndolo con un chasquido casi silencioso que reverbera por el vestíbulo vacío.

—Sí.

—Está muy organizado. —Sara me contempla con los ojos entornados—. De tal palo tal astilla.

Sonrío para mí. Las fundas para los folios, llenos de menús de los restaurantes locales y números que he memorizado, crujen mientras Sara las pasa. Entonces, cerca del final, se detiene en una carta manuscrita.

«Querida Sara».

El calor me sube del pecho a la cabeza, haciendo que mi cerebro flote. En apenas un instante, la sensación se asienta y la oleada de nerviosismo se me instala en el pecho. Estoy volando, meciéndome con cada latido lento de mi corazón.

Hacía semanas que no pensaba en esa carta. Incluso, en cierto momento, dejó de importarme. Este sitio es de Sara. Mi madre se lo cedió porque tenía sentido, no porque me quisiera menos. Siempre tuvimos una relación complicada, como Tracy y sus hijas. En ocasiones, se nos olvida que nuestros padres también son humanos.

Sara saca la carta de la funda y desliza el dedo sobre los trazos del bolígrafo.

—¿Lo sabías? —me pregunta.

—Se me había olvidado —confieso—. No la he leído.

—¿No?

—Iba dirigida a ti.

Sara ahoga una carcajada.

—Eres mucho menos cotilla que yo.

La silla giratoria gime cuando Sara se reclina en ella y dobla las rodillas hasta la barbilla. Pasea los ojos por la carta. Se le forma una sonrisa, que permanece unos segundos, antes de romperse de repente. Se le crispan los dedos sobre el papel.

Me vuelve a mirar.

—¿No la has leído?

Frunzo el ceño.

—No.

Me la tiende.

—Deberías. Por tu paz mental.

Trago saliva. Luego, doy medio paso atrás.

—Está dirigida a ti —repito.

—Léela, Shells. No es nada. En serio.

El corazón se me acelera mientras cojo el papel con la mano temblorosa. Cierro los ojos con fuerza, inhalo, los abro y leo.

20 de mayo de 1997

Querida Sara:

Te escribo esto con la esperanza de que algún día te ocupes de la alegría de mi corazón, Bird & Breakfast.

En primer lugar, te he dejado instrucciones en este archivador con todo lo que puedes necesitar. En el pueblo hay personas encantadoras que te ayudarán si se lo pides. Lisa vive a una manzana de distancia, en el 225. Con suerte, estará viva cuando lo leas, si Dios quiere. Tanto ella como George son las personas más generosas que conozco. A su marido lo puedes convencer con dulces. Las galletas son sus preferidas. Betty te regalará sándwiches si aceptas probar sus nuevas recetas. Lars es un encanto, pero un cotilla. Visítalo si quieres conocer a más gente. Y, si Cliff Burke sigue viviendo en la casa de al lado, pide que te hornee algún dulce. Le hice prometer que lo haría y es un hombre de palabra.

Eres luz en este mundo. Lo has sido desde el día en que naciste. Siempre le he dicho a tu padre que llegaste entre risas. Eres esperanza, asombro, corazón. Confío en que tu luz seguirá brillando cada día. No dejes que se apague, mi pequeño rayo de sol.

Y, en un aparte, me gustaría pedirte que cuidaras de tu hermana. Shelly siempre te ha mantenido bajo su ala, pero ahora te toca a ti protegerla. Te necesitará, aunque nunca lo pida. En ese sentido, es como yo. No le viene bien ser tan fuerte. Dile siempre lo mucho que la quieres. Anímala a ser feliz. Quizá necesite un poco de ayuda, pero confío en que seas su faro.

Os quiero mucho a las dos. Habéis llenado mi ser de mucha vida.

Con amor,

MAMÁ

Me llevo la mano al colgante y lo muevo de arriba abajo por la cadena. Sara me observa. La respiración se me convierte en una serie de jadeos temblorosos. Se me tensan los hombros y no logro abrir la mandíbula por la fuerza con la que estoy apretando los dientes.

—¿Estás bien? —pregunta.

—¿Y tú?

Sonríe.

—¿Y tú?

Suelto una carcajada que parece un bufido desdeñoso.

—Estoy… bien.

Es curioso, en la carta no hay nada de lo que pensaba. Es una carta normal, con instrucciones, sobre todo. Pero ahora me doy cuenta de que quería que hubiera algo más. Quizá una frase revolucionaria. No hay nada de eso. Esto es lo único que dejó. Sin

más.

—¿De dónde lo sacaste, por cierto? —pregunta Sara.

—¿Qué?

—El colgante de mamá.

Miro hacia abajo y lo suelto.

—Me lo dio ella —le aclaro.

—¿Cuándo?

—Estaba en el petate que llevó a la operación. Se lo quitaron antes de que entrara. Intenté devolvérselo después, pero me dijo que debería tenerlo yo.

Nunca he visto a Sara quedarse inmóvil tan rápido.

—¿Crees que lo sabía? —susurra.

Ahora me toca a mí quedarme paralizada.

—¿Cómo iba a saberlo? —cuestiono—. Acababa de salir de la operación. Lo más probable es que pensara que había ido bien. Todos creíamos que así era.

Sara se encoge de hombros, contemplando el colgante posado en mi clavícula. Encorva los hombros y se muerde el labio inferior. Ahora mismo me recuerda a Emily. Cuando Sara tenía su edad, a veces compartíamos conversaciones de este estilo, sobre temas existenciales. Soy bastante realista, pero Sara siempre ha creído en las constelaciones y los sueños.

—A lo mejor lo sintió —insiste, sosteniéndome la mirada—. Quizá supo que había llegado su momento. Tal vez por eso escribió la carta tan pronto.

Quiero decirle que es una tontería, aunque no lo hago. A veces Sara necesita un baño de realidad, pero no es el momento. En lugar de eso, dejo la carta en el mostrador y cruzo los brazos.

Un instante después, Sara musita:

—¿Y si te digo que no quiero ocuparme del hotel?

Centro los ojos en ella.

—¿Por qué?

Traga saliva de forma audible. Luego, asiente con firmeza.

—Quiero… Quiero dedicarme al arte. ¿Cómo voy a hacer algo así aquí?

—Sara…

—Y, bueno, este sitio debería ser tuyo. Ya lo es.

Sus palabras aterrizan sobre mí con más fuerza de la que deberían.

Niego con la cabeza.

—No, mamá te lo dejó a ti.

—Pero también me ha pedido que me asegure de que eres feliz. Y aquí lo eres. —Abro la boca para contradecirla, pero me interrumpe—. Nunca te he visto sonreír como lo haces en este hotel, como cuando hablas con los huéspedes. —Inspira despacio antes de dejar salir el aire—. Como cuando miras a Cliff.

—Me gusta este sitio, pero no es mi vida.

—Podría serla. —Casi como súplica.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Por qué no, Shells?

Me giro para mirar la escalera, cualquier cosa con tal de no centrarme en ella.

—No puedo —contesto—. Tengo una vida en Seattle. Una vida que me encanta. Allí estoy viviendo mi sueño.

—Pero ¡estás enamorada! —Mueve las manos en el aire antes de darse una palmada en los muslos—. ¿Esto no es lo bastante bueno,

Shells? Estás enamorada de este pueblo, de este sitio, de Cliff. Tu amor por Cliff es casi adolescente y me frustra ver cómo estás a punto de tirarlo por la borda. A él y a este hotel. ¿Para qué? ¿Para vivir en la misma casa que compartías con el estúpido de Allen?

Aprieto la mandíbula.

—Es más que eso y lo sabes. No puedo abandonar mi vida y mudarme aquí. Me han hecho la oferta de mis sueños, una oferta por la que he trabajado muy duro. Mucho, Sara. No puedes entenderlo. No tienes ni idea de lo que he sacrificado para subir en mi carrera. He hecho mucho. Ni siquiera pudo soportarlo mi maldito matrimonio. ¿Por qué no iba a aceptar todo aquello por lo que he luchado? Es lo que he conseguido, lo que me merezco. Ese trabajo es lo único que tengo y me encanta. No puedo abandonarlo. —Las palabras se me escapan con tanto fervor que me sorprenden incluso a mí.

Sara me contempla durante demasiado tiempo. Después, niega con la cabeza, rígida. Suelta un bufido, una carcajada sarcástica, cierra de golpe el archivador y se dirige a la cocina. Se detiene de repente en el umbral.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que quizá te mereces algo más?

Tras abrir y cerrar la boca, me paso la lengua por los dientes y suspiro. Sara vuelve a negar con la cabeza.

—Piénsalo. Nos vemos mañana.

Musito un suave «hasta mañana» que no creo que me haya oído.



Esa noche no duermo en mi propia cama. Me escabullo entre los rosales y entro en la casa de los Burke a través de la puerta trasera con un débil crujido. Una cafetera borbotea en una esquina y Cliff está sentado con un libro en la mesa de la cocina.

Se le curvan las comisuras de los labios y se le marca, preciosa, la cicatriz junto a la boca, un gesto que deseo recordar con exactitud cuando esté en la otra punta del país. Me encamino hacia él para dejarme caer sobre su regazo. Pone el libro abierto, boca abajo, en la mesa y me rodea la cintura con los brazos.

—Perdone, señorita, ¿la conozco?

Sonrío.

—No, no creo que nos hayan presentado. Soy Michelle.

Le tiendo la mano. Con delicadeza, desliza los dedos sobre los míos, grandes y ásperos en comparación con mi suavidad.

—Cliff. Y, si se me permite, debo decir que es una mujer espectacular.

Sigue estrechándome la mano.

—Me lo dijeron una vez.

Se ríe, y al instante se muerde el labio.

—Bueno, deberían decírtelo cada minuto de tu vida.

Sigue estrechándome la mano.

—Qué gracioso —contesto.

—Eso no me lo había dicho nadie.

Y sigue estrechándome la mano.

—Deberían decírtelo cada minuto de tu vida —respondo con un susurro.

Deja de estrecharme la mano y esconde la cabeza en la curva de mi cuello.

—Ey —musita.

—Hola.

—Suponía que vendrías en algún momento —comenta—. Te he hecho café. —Hace un gesto con la cabeza hacia la cafetera. Distraído, delinea mi columna vertebral con la mano. Me toca. Siempre me toca—. Tengo… un regalo de Navidad para ti.

Me incorporo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Me da una palmada en el culo para que me baje de su regazo y se dirige al armario. Se gira con una pequeña caja blanca en las manos.

—He echado de menos tus manías raras de pastelero.

—Creo que esta vez he llegado al culmen de la repostería. —Cliff deja la caja en la mesa—. Pruébalo.

Lo miro antes de centrarme en la caja, abro la tapa y miro en su interior. Nunca he visto un dulce igual. No es una magdalena, pero tampoco un bollo. La masa tiene la textura de un cruasán, pero también es compacta. Es pequeño. Redondo. Y huele a azúcar caramelizado.

Lo cojo, le doy un bocado y… se derrite. Es mantecoso. Hojaldrado. Cruje con suavidad con cada pedazo de azúcar que me mancha los labios. Se desmorona, pero a la vez cada miga encierra un equilibrio delicado de sabores.

Es tan único y maravilloso que debo darle un segundo bocado. Luego, me paso la lengua por los labios.

—¿Qué es? —pregunto.

Miro a Cliff. Deja escapar un suspiro y la pequeña línea junto a la

boca se le marca aún más.

—*Kouign-amann.*

Me echo a reír.

—¿Ku… qué?

Pasa el peso de una cadera a otra. Luego, se acerca a mí y me coloca una mano en la parte baja de la espalda.

—Es una pasta francesa de hojaldre. Una pasta… —Se inclina mientras deja escapar una exhalación, agotado—. Una pasta increíblemente complicada de hacer. Con muchas capas. Se parece a ti.

—¿Soy complicada de hacer?

—Eres complicada, pero en el mejor de los sentidos.

Sonrío.

—Pues es mi favorita —anuncio, metiéndome el último pedazo en la boca.

Cierra los ojos con fuerza, al mismo tiempo que sonríe.

—Por Dios, qué sexy. Dilo otra vez.

Me inclino hacia él.

—Es mi favorita, Cliff.

Tras contemplarme con los ojos entrecerrados, me coge de la mano y tira de mí hacia el pasillo. En cuanto se cierra la puerta del dormitorio, nos buscamos el uno al otro. Cliff me acuna la nuca y me besa. Lo hace con fervor. Con pasión. Me saca la camisa por la cabeza mientras lo tomo de la mandíbula. Le muerdo el labio cuando me sube el dobladillo de la falda estrecha por la cintura. Juntos, caemos en el colchón.

Cliff me besa el pecho con gemidos graves y apenas audibles, como si estuviera cantando el himno de su iglesia y yo fuera la

figura a la que estuviera rezando. Con cautela, me baja una copa del sujetador para besarme el pezón. Luego, hace lo mismo con el otro. Me lame. Me muerde. Dibuja una línea en el centro del pecho con la lengua, entre las costillas, sobre el estómago. Beso a beso, se coloca entre mis muslos, sobre mi ropa interior, antes de colar los pulgares por la cinturilla y bajarla.

Observo cómo sus ojos se centran en los míos y nuestras miradas se bloquean, como siempre. Entonces, con lentitud, sin apartar su atención de mí, me acaricia con la lengua. Suelto un jadeo.

Me penetra con los dedos, que curva con facilidad, provocándome una descarga de nerviosismo que me cruza el estómago hasta asentarse en mi pecho. El placer me recorre con cada roce de su lengua y su constante movimiento de dedos. Es magia. Emoción. Mi pecho sube y baja al intentar recuperar el aliento. Entrelazo los dedos con su pelo.

Intento no hacer ruido mientras la sensación avanza por mi cuerpo, pero es inútil dada la manera en la que está utilizando la lengua. Al final, Cliff estira el brazo y me tapa la boca con la mano. Solo con eso, con la sensación de sus manos ásperas sobre mis labios, logra provocarme un orgasmo que irrumpe en mi interior a toda prisa.

Estoy sin aliento cuando tiro de su brazo para que se coloque sobre mí. Dirijo las manos hacia su cinturón, que se abre con un chasquido, y me apresuro a bajarle la cremallera con un rápido siseo. Apenas tarda unos segundos en entrar en mi interior. Cierro los ojos, dejando que sus embestidas me acerquen cada vez más. Cada latido de su corazón contra el mío me retumba en el pecho, baja hasta mi estómago y me palpita entre los muslos.

Me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Abre los ojos, Michelle.

Lo descubro mirándome, abrasándome el alma, como ha hecho desde el primer día en que centró los ojos en mí. Posa su mano junto a mi cabeza y yo entrelazo los dedos con los suyos. De repente, nuestra velocidad se ralentiza hasta convertirse en un arrullo.

—Me encanta mirarte —asegura.

«Te quiero».

—Por favor. —Es lo único que consigo contestar.

Cuando me penetra a mayor profundidad, deja escapar una carcajada grave.

—Por Dios, eres preciosa —jadea, acunándome la mejilla con la mano para acariciarme el labio inferior con el pulgar y tirar de él.

—Sigue hablando —le pido.

—¿Te gusta sentirme dentro de ti?

—Sí.

—Me encanta.

«Te quiero».

—Me gusta sentirte —exhala—. Como si estuvieras hecha para mí.

Me pregunto si será verdad, si seré la única mujer que lo ve como el hombre que es en realidad. Divertido y sarcástico, pero también altruista y bueno. Y me pregunto si estará hecho para mí, si será el único hombre que verá lo que guardo en mi interior. No creo en el destino ni en las estrellas, pero debo confesar que la constelación de Cliff parece alinearse con la mía.

—Estás pensando muy alto —comenta, penetrándome más fuerte

—. Suéltalo.

Gimo y me vuelve a cubrir la boca con la mano áspera. Recuerdo la primera vez que lo hizo, la primera noche en la que nos besamos, el día en que me atrapó contra la casa de Winston y dijo: « A la mierda», antes de que los dos cayéramos juntos en el abismo, la noche en la que advertí que lo deseaba.

Lo quise en ese momento.

Aún no lo sabía.

Pero sí, claro que sí.

La sensación me sobreviene de repente, electrificándome el pecho, los hombros y los dedos. Abro la boca para dejar escapar un quejido jadeante mientras alcanzo el orgasmo. Me penetra, soltando un gruñido igual de grave y amortiguado, justo cuando los dos nos corremos juntos.

Yo no llamaría a esto «sexo». Suena demasiado ordinario. Aunque tampoco diría que hemos «hecho el amor». Ha sido algo totalmente distinto, algo que siento como si no debiera ser mío, pero que espero que no signifique «adiós».

Miro el reloj. Han pasado diez minutos de medianoche. Es oficial: hoy me voy de Vermont. Inspiro hondo, temblorosa. Cliff también observa los números rojos y digitales. Después, me besa el hueco en la clavícula. Su silencio habla más alto que cualquier palabra que pudiéramos decir ahora mismo.



Capítulo 44

MICHELLE

No deseo una gran despedida, pero, cuando salgo de Bird & Breakfast con las maletas y el bolso de mi madre colgado del hombro, me alegra que me esté esperando tanta gente. Mi padre me rodea con el brazo y exhala un profundo suspiro.

—Vas a hacer algo grande, Shells.

Logro esbozar una media sonrisa.

—¿Estarás bien aquí?

—Deja de preocuparte por los demás —asevera—. Debes saber que, si alguna vez vuelves, tendrás una habitación esperándote.

—Solo hay tres cuartos para huéspedes.

—Siempre te tendremos preparada una habitación —repite.

Trago saliva, pero asiento cuando me estrecha de nuevo. Es cálido, íntimo y algo que no había hecho desde que murió mi madre. Su corazón se está recomponiendo. Espero que encuentre aquí los pedazos que le faltan.

Doy un paso al frente, pero de inmediato me interceptan. Carol me rodea con tanta fuerza que debo levantar la barbilla para recuperar el aliento. Su pelo huele a rosas y a humo de cigarrillo.

Quizá hace cuatro meses este gesto me habría parecido incómodo y asfixiante, pero hoy sonrío y lo disfruto. Huele a Carol.

Me mece de un lado a otro antes de soltarme. Esbozo una mueca.

—Tienes que dejar de fumar.

—Te pareces a Cliff.

—Bien.

Lars aparece detrás de ella y me dedica un abrazo lateral con un único brazo.

—No te olvides de nosotros.

Solo logro asentir como respuesta.

Brittany se encuentra detrás de él, jugueteando con los tirantes del peto bajo el abrigo. Lleva el unicornio de peluche en la mano. Cuando me agacho para estar a su altura, me lo tiende.

—Quiero que te lo quedes.

—Ay, no puedo. —Le coloco un mechón de pelo rubio y ondulado tras la oreja—. Es tuyo.

Niega con la cabeza y me lo vuelve a entregar.

—Quédatelo.

Sonrío, lo acepto con delicadeza y asiento.

—¿Y si te lo cuido un tiempo? Así verá el extremo opuesto de Estados Unidos antes de que te lo devuelva la próxima vez que venga.

—Vale —musita.

—Y oye, Rocket se quedará por aquí un tiempo —digo—. Confío en que cuidarás de él por mí, ¿no?

Asiente sin apartar los ojos de sus zapatillas fosforitas.

—Porque vas a volver, ¿verdad?

—Claro —aseguro tras tragar saliva con dificultad—. Volveré.

—Promételo.

Fuerzo una sonrisa.

—Lo prometo.

Se lanza contra mí para abrazarme y entierra la cara en mi pecho. La aparto con una sonrisa.

—Y que no se te olvide poner a Luke en su sitio cuando hable de Steve.

Asiente y se pasa el dorso de la mano por la nariz. Entonces, la estrecho en un nuevo abrazo que no termino hasta que lo hace ella.

Me incorporo y me giro. Me encuentro a Emily de pie frente a mí, con los brazos cruzados, apoyada en una columna del porche frontal.

—Esto es una mierda —comenta, arrastrando las palabras.

—Obvio —concuerdo, burlándome de su tono adolescente.

—Lo que tú digas —replica, poniendo los ojos en blanco, antes de centrarlos en un rincón con una media sonrisa.

Sé que no le gustan demasiado los abrazos, por lo que le dedico otra sonrisa y comienzo a alejarme. Entonces, me coge de la mano y tira de mí para estrecharme contra sí.

—Voy a echarte de menos —susurra.

La estrecho con fuerza.

—Y yo a ti.

—Puedo llamarte, ¿verdad?

—Cuando quieras. Yo también te llamaré.

Se echa hacia atrás.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Cómo si no voy a saber los líos en los que os metéis

Josh y tú?

Emily sonríe.

—Vale, guay.

—Guay —repito, acariciándole el pelo largo con una sonrisa.

Sara está a los pies de la escalera y, por si todos esos abrazos no habían sido suficientes, ella me rodea con fuerza. Me estrecha en silencio y, al final, cuando intento apartarme, no me lo permite. En lugar de eso, acercando los labios a mi oreja, me dice:

—Este lugar es tuyo si lo quieres.

—Sara —le advierto, pero la palabra se me bloquea en la garganta.

«Tuyo».

Se echa hacia atrás para mirarme a los ojos. Los suyos, azules, se parecen mucho a los de mi madre y, durante un segundo, la veo a través de ellos.

—Es tuyo —insiste—. Solo tienes que decirlo.

Desvío la mirada al suelo y pestañeo.

—Ahora mismo no puedo… pensar en eso.

Me vuelve a abrazar y logra ocultar mi suspiro irregular. Tal vez sentía que estaba a punto de soltarlo. Sara siempre ha entendido mejor mis sentimientos que yo misma.

Me aparto y observo Bird & Breakfast con el toldo del porche sobre el mismo balancín donde me he pasado casi todas las noches gélidas. Las cortinas de encaje caen tras la ventana. Por la puerta abierta se intuye la escalera que he descendido incontables veces, la recepción donde entendí cómo encargarme de este sitio y la puerta de la cocina al final del pasillo con el cartel de SOLO PERSONAL AUTORIZADO que he abierto cada día. La cocina donde he coloreado con Brittany.

El patio trasero donde he juga-do con Rocket. El salón donde Emily ha visto demasiada televisión y el comedor donde me he sentado con huéspedes cada mañana con mis asquerosos rollos de canela y mi café decente.

Sara abre la boca.

—Recuerda…

—Gracias —la interrumpo—, pero debería irme.

Su expresión cambia.

—Vale. Que tengas un buen vuelo.

Asiento. No puedo seguir mirándola. Ni a ella ni a nadie. Lo mejor es que me vaya con la cabeza alta, sin arrepentirme de nada.

Lisa corre hasta mí para abrazarme y me golpea la cara con sus gruesas gafas. George permanece de pie, estoico, justo detrás de ella con las manos entrelazadas.

—Entonces, vas a volver a Seattle —anuncia.

—Sí.

—Debe de significar mucho para ti. —De alguna manera, las palabras parecen vacías.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla mientras me toma de los hombros para darme un rápido abrazo.

—Cuida de Sara, ¿vale? —le susurro a Lisa, quien me guiña un ojo y me enseña los pulgares.

Rocket baja las escaleras del porche frontal, trota de forma casual por el camino de adoquines y se deja caer a mis pies. «No te vas a ir».

Suelto un bufido y musito:

—Sí.

Gira la cabeza hacia la furgoneta donde me espera Cliff, que

tiembla mientras su motor escupe humo al ambiente nevado.

Rocket gira la cabeza de nuevo hacia mí. «No, qué va».

Me inclino para darle una palmadita en la cabeza.

—Pórtate bien.

«No».

Cliff rodea la furgoneta mientras balancea las llaves entre los dedos. Es un faro de luz tan luminoso en este clima invernal que juro que se alejan de él los copos de nieve. Se dirige a mí con zancadas largas y confiadas, con el mismo aspecto que el primer día que llegué. Me dedica una sonrisa preciosa al tiempo que se pasa con pesadez una mano por el pelo. Luego, se apoya en el vehículo.

—¿Preparada para irte?

Su calma es total, mientras que yo soy incapaz de estar tranquila. Así es Cliff, el pegamento que me mantiene en pie. Lleva siéndolo desde el primer día.

—Estoy lista —anuncio.

Carga el equipaje en el maletero y me abre la puerta del acompañante. El asiento está lleno de distintos objetos de las niñas, lo que me hace reír. Dejo una Barbie y un mazo de cartas en el salpicadero. Las fotos satinadas permanecen esparcidas por el centro del asiento del copiloto. Las guardo en la guantera, sobre unas servilletas con el logo de la pastelería Burke's.

Antes de que pueda cerrar la puerta, Rocket se apresura por la acera. Me sobresalto cuando aterriza en mi regazo. Me observa con sus ojos marrones. «Yo te llevo, Shelly», dicen.

Cliff se monta en el lado del conductor y se ríe.

—Cuantos más mejor, supongo.

Cierro la puerta del acompañante y Cliff cambia de marcha.

Recorremos la carretera mientras mi familia se despide de nosotros con la mano. Bird & Breakfast desaparece cuando giramos la esquina. Avanzamos entre distintas aceras, pasamos delante de la pastelería Burke's y rodeamos la plaza hasta que también desaparece. Conducimos bajo el puente rojo cubierto y veo el otro lado del cartel de Copper Run, rodeado de su celosía.

¡GRACIAS POR LA VISITA! VUELVA PRONTO

Rocket se acurruca sobre mi regazo. Yo le acaricio el pelaje aterciopelado blanco y negro antes de apoyar la mejilla en su cuello.



Capítulo 45

CLIFF

El cartel de Copper Run se hace cada vez más pequeño hasta que no logro distinguirlo entre los troncos y las ramas desnudas de los árboles. Sé que volveré, pero lo haré sin ella.

Hablamos durante todo el trayecto, desde noticias recientes hasta cotilleos de Copper Run. Hago comentarios sarcásticos que la hacen reír, como siempre, y ella, elegante, se apoya en el reposacabezas. No la suelto de la mano ni dejo de acariciarle el dorso con el pulgar, apretándosela todo lo que puedo.

Los edificios altos aparecen más rápido de lo que me gustaría. Los aviones despegan desde las plataformas en la distancia, emitiendo un estruendo sobre nuestras cabezas. La cola de vehículos para dejar a los pasajeros es larga y agonizante. El nerviosismo se me agarra al pecho y noto que a ella le pasa lo mismo porque empieza a mover el colgante de Birdie por la cadena. Le beso los nudillos.

—Va a ir bien —la animo.

Asiente rápido, una y otra vez.

Rocket se remueve inquieto en el asiento hasta que pasa de sus

muslos a los míos antes de presionar el hocico contra la ventanilla y dejar una marca húmeda en el cristal.

—Rocket —digo entre risas, incorporándome para ver sobre su cuerpo.

Michelle da una palmada.

—Déjale conducir.

Con un repentino gemido, vuelve hasta ella y presiona el hocico contra la ventanilla contraria.

Finalmente, estaciono junto al bordillo y enciendo los intermitentes de emergencia. Cuando la miro, ella ya me está contemplando, acariciando ausente el pelaje de Rocket, cuyas patas tiemblan sobre su muslo.

Estiro la mano para enterrarla en su pelo.

—Ven aquí —le pido.

Se inclina sobre el asiento del copiloto para presionar los labios contra los míos. El beso es lento y prolongado, aunque no dura suficiente.

Apoyo la frente en la suya.

—Esto es bueno —susurro.

Asiente.

—Sí. —Pero no parece segura.

Me obligo a soltar una carcajada.

—Eres Michelle. Vas a triunfar allí, como siempre.

Asiente en silencio. Quiero seguir abrazándola, pero un coche detrás de nosotros nos pita y suelto un gruñido.

—Hora de irse ¿eh? —digo con una carcajada.

No me imita, sino que repite otro «sí» con un hilo de voz.

Abro la puerta y la cierro antes de que Rocket pueda salir. Hoy

está como loco y no puedo arriesgarme. Me inclino sobre el maletero para sacar su equipaje. Me contempla y dejo escapar un suspiro sin perder la sonrisa.

Señalo la furgoneta con el pulgar.

—Rocket ha acabado con mis posibilidades de acompañarte al control.

Mira al suelo mientras juguetea con la larga correa del bolso. Deja escapar una suave carcajada.

—Lo sé.

En mi mente, maldigo a ese condenado perro, pero sé que quería despedirse. No podía negárselo.

Doy un paso al frente, la atraigo contra mi pecho y le coloco la barbilla en la cabeza.

—Me alegro mucho por ti.

El corazón se me acelera y noto el pulso en los oídos. Sin embargo, no puedo demostrarle que esto me está matando. No es lo que necesita ahora mismo.

—Cuida del hotel, ¿vale? —susurra Michelle, ladeando la cabeza —. Sé que Sara va a…, no sé, quemar las galletas o… —Se sorbe la nariz y mira al cielo, negando—. Por Dios, se le va a olvidar pagar las facturas. Lo sé. Asegúrate de que coja el correo todos los días.

Me echo a reír.

—Lo comprobaré por ella.

—Y la ropa de cama para los recién casados. Que no se le olvide.

—Esas cosas rosas tan feas. Anotado.

Me da un golpe en el brazo y suelto una carcajada cuando vuelve a enterrar la cara en mi pecho. Me arde la nariz, pero no puedo llorar. Debo mostrarme firme por ella. Es necesario.

—Cuida de mi lugar favorito, ¿vale?

Me río.

—Lo haré.

—Vale —contesta tras tragar saliva—. Tengo que irme.

—Llámame cuando aterrices.

La vuelvo a besar y se aferra a mis brazos con tanta fuerza que me pregunto si me dejará algún moratón.

—Hablamos pronto —añade, y casi parece ahogarse con las palabras, desesperada.

Nunca la he oído hablar así. Le acuno la mejilla y la beso de nuevo.

«Te quiero».

—Te voy a echar de menos —digo en su lugar. Es más fácil. Y agradable.

Coge el asa de las maletas con manos temblorosas y los nudillos blancos. Paso la mano por ellos.

—Nos veremos antes de que nos demos cuenta —le aseguro.

—Tienes razón —contesta con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Lo sé.

Michelle niega con la cabeza y se ríe. Entonces, por fin, se gira y se aleja, arrastrando tras de sí las maletas.

Se me corta la respiración. Me arde la nariz y me tiembla la barbilla. Michelle se gira para mirarme y dejo escapar un suspiro ahogado. Espero que no pueda oírlo. Me obligo a sonreír y le enseño el pulgar y el meñique antes de mover la mano junto a la oreja y vocalizar: «Llámame».

Se echa a reír, se gira y cruza la puerta corredera hacia el interior del aeropuerto. Me quedo ahí durante un par de segundos, mirando

el espacio vacío que ha dejado tras de sí. Luego, vuelvo a subirme a la furgoneta.

La vuelta a Copper Run es muy silenciosa en comparación con el trayecto al lado de Michelle. Rocket está sentado, estoico, en el asiento del acompañante, contemplando el paso de los árboles desnudos. No emite ningún sonido ni se mueve un centímetro. Necesitaré una copa con Lars cuando vuelva.

Salto de una cadena de radio a la siguiente antes de detenerme en la voz arrulladora de Eddie Vedder. *Black* de Pearl Jam.

Entonces, lo asimilo. No está. ¡Ya no está! De repente, me ahogo con las lágrimas mientras me caen, descaradas, por las mejillas. Me escuecen los ojos y la visión se me nubla. Me sorbo la nariz, toso y me agarro con fuerza al volante.

Rocket se arrastra, cauteloso, por el asiento del copiloto antes de sentarse sobre mi regazo. Inhalo y dejo escapar jadeos irregulares a la vez que poso la barbilla en el hombro sin parar de sorberme la nariz. Rocket se gira y trata de lamerme las lágrimas de las mejillas. Apenas veo la carretera.

El conductor detrás de mí presiona la bocina. Advierto que voy diez kilómetros por debajo del límite de velocidad. Aparco a un lado de la autovía.

Mientras el coche pasa enfadado a toda prisa, abro de forma violenta la ventanilla y le enseño el dedo índice mientras gruño:

—Sí, sigue adelante, chaval.

Apoyo la frente en el volante mientras abro y cierro los puños. Rocket trata de colocarme la cabeza bajo los brazos. Levanto la mirada, respiro hondo y me paso una mano por la cara, estirando las mejillas.

—Muy bien. —Me sorbo la nariz—. Recuperemos la compostura, ¿vale, chico?

Me estiro hacia la guantera para coger unas servilletas con las que secarme las lágrimas, pero, al abrirla, las fotos relucientes se esparcen y caen al suelo del vehículo. Me inclino, pero quien me devuelve la mirada es Michelle.

Se me corta la respiración al alcanzar la foto. Somos nosotros en Halloween. Llevo la túnica negra del disfraz y, en la mano, la máscara. La camisa de franela se intuye bajo las mangas. Tengo una pinta ridícula, pero Michelle, de pie frente a mí con una mano en la boca, está radiante. Se está riendo conmigo, con una sonrisa tan grande que se le cierran los ojos. Solo suelta ese tipo de carcajadas cuando está demasiado feliz como para reprimirlas dentro. Parece muy feliz.

«Dios, la quiero».

Pestañeo para ahuyentar los recuerdos, que me alcanzan como un tornado. La quiero mucho. No puede acabarse aquí. Este no puede ser el final de nuestra historia.

—Tengo que decírselo —jadeo. Arrastro los pies por la alfombrilla del suelo para enderezar la espalda. Doy un golpe con las palmas de las manos en el volante—. Maldita sea.

Rocket empieza a dar vueltas sobre sí en el asiento entre gemidos. Lo contemplo de reojo. Me ladra en la cara.

—Vale —concuerdo—. Vamos, chucho.

Empujo a Rocket, estiro el cinturón para atarlo y presiono el embrague. Giro el volante hacia un lado. Alza las orejas. La furgoneta se incorpora a la autovía de dos carriles y se dirige hacia la vía contraria. Presiono el pie contra el acelerador y partimos.



Capítulo 46
MICHELLE

Contemplo los ventanales del aeropuerto. La pasarela está llena de aviones aparcados, avanzando o cruzando el aire. Estrecho el unicornio de peluche de Brittany contra el pecho mientras, con la otra mano, crispo los dedos sobre la correa del bolso de mi madre. Mi avión sale dentro de cinco minutos. Han anunciado mi sección hace diez. Soy la única que está de pie en la puerta, pero no logro moverme.

Si me subo a ese avión, veré cómo Vermont desaparece a mis pies. Volveré, sí, pero ¿cuándo?

Me pregunto si Sara recordará hacer el café de la tarde. Si Emily se sentirá cómoda viendo la televisión en el salón estando ahí mi padre. Si Rocket ya habrá vuelto con Brittany. Si Cliff me echará de menos.

No dejaba de animarme a que me fuera y las palabras en la punta de mi lengua no han encontrado la manera de deslizarse entre mis labios. «Te quiero».

Cuando se ha marchado, he sentido como si una parte de mí se hubiera ido con él. Igual que el último punto blanco del cartel de

Copper Run se me ha clavado en el corazón y no me suelta.

Toso mientras suelto una carcajada y pongo los ojos en blanco, aunque me arden, pero no antes de secarme el rabillo porque Dios me proteja de llorar en un aeropuerto. ¿Por qué estoy llorando? Siento náuseas. Tengo ganas de vomitar. Es una tontería.

Rebusco en el bolso, entre los productos de maquillaje y las llaves, porque juraría que había metido un paquete de Kleenex tamaño viaje. Al abrir el bolsillo trasero, mis dedos tocan otra cosa. La saco. Es un folio de cuaderno doblado, de un ligero tono amarronado desvaído con una pequeña mancha de vino en la esquina.

Lo abro con lentitud y las manos me empiezan a temblar cuando la carta aparece ante mis ojos.

«Querida Shelly».

Inspiro hondo, trémula, y a duras penas me acerco a la ventana para equilibrarme, pero la mano se me desliza por el cristal.

1 de enero de 1997

Querida Shelly:

¡Feliz Año Nuevo! Tu padre me ha dicho que no debería escribirte, pero, a la mierda, voy a hacerlo. La vida es demasiado corta para arrepentirse.

El nuevo año viene cargado de nuevos momentos. Sé que cumplirás muchas metas de año nuevo y que las mantendrás porque eres el tipo de mujer que me gustaría ser a mí. Pero quiero que todos tus momentos sean especiales, por lo que

considera esto un propósito también.

Antes de nada, una historia rápida.

Deberías saber que tu padre y yo nos hemos pasado la Nochevieja bebiendo con nuestros nuevos amigos. Nunca había tenido mejores amigos, aparte de tu padre, pero Lisa y su marido, George, son espectaculares. Les he dicho que nunca me había quedado despierta toda la noche. Veinticuatro horas enteras sin dormir. ¿Te lo puedes creer? Por eso, Lisa ha sugerido que nos pasáramos la noche caminando por el pueblo hasta ver el amanecer. Hemos acabado en un cementerio y, Shelly, he sentido tanto miedo que he estado a punto de correr por el monte. Pero tu padre dijo que me arrepentiría si no lo cruzaba, así que lo hice.

Seguro que consideras que no es nada demasiado atrevido, solo un cementerio. Pero me he sentido tan viva. He sentido la libertad en un estúpido cementerio. ¡Ni siquiera creo en fantasmas! A veces, debes hacer cosas estúpidas que den miedo, aunque no tengan un porqué lógico.

En resumen, Allen es un asco. Es terrible. Crees que no lo sabemos, pero sí. Tu padre y yo vemos tu lucha en todo momento porque no sonríes. Y hace años que no lo haces. No siempre hemos estado de acuerdo, pero te pareces más a mí de lo que piensas. Eres fuerte. Y las mujeres fuertes nos merecemos algo mejor.

Es aterrador empezar de cero, pero es ese tipo de miedo irracional como cruzar un cementerio en mitad de la noche sin fantasmas. Te irá bien. Lo prometo.

Ojalá nos viéramos más. Y habláramos más. Tengo un

vecino encantador que es un partidazo. ¡Y está soltero! Habla más que tú, pero algo me dice que encajaríais a las mil maravillas.

No te tomes todo tan en serio, Shells Bells.

Y llama si necesitas algo.

Te quiero. Siempre.

MAMÁ

Me empiezan a castañear los dientes. Aprieto la mandíbula. ¿Por qué no me la envió? ¿Por qué la estoy leyendo ahora, cuando es demasiado tarde?

Miro al techo de paneles blancos mientras dejo escapar un largo suspiro. ¿Por qué se mudó para empezar una nueva empresa después de jubilarse? ¿Cuál es el secreto de la felicidad que ella sabía y yo no?

—Última llamada para los pasajeros del vuelo 347 a Seattle, Washington.

Dejo escapar el aire, temblorosa. Me arde la nariz por las lágrimas. Meto la carta en el bolso antes de estrechar cada vez con más fuerza el unicornio de peluche de Brittany.

¿Por qué estoy a punto de llorar? ¿Por qué no puedo subirme a ese avión?

He trabajado duro para conseguir una buena vida en Seattle, pero ahora me parece… vacía. No como Copper Run. No como el hotel.

Mi madre tenía razón. Esta es una de esas cosas estúpidas que provocan un miedo irracional. Esta es la libertad. Un pueblo pequeño

con personas que ven lo que guardo dentro.

«¡Guau!».

Me quedo paralizada. Oigo el ladrido de un perro. O lo que creo que es un ladrido.

Giro la cabeza hacia la azafata en la puerta justo cuando ella centra los ojos en mí, como si ambas estuviéramos comprobando que hemos oído lo mismo. Entonces, ocurre de nuevo.

«¡Guau!».

La azafata desvía la mirada detrás de mí y abre mucho los ojos. Sigo su línea de visión al darme la vuelta sobre los talones. Cuando lo hago, el estómago me da un vuelco. Dos guardias de seguridad recorren el pasillo a trompicones y pasan junto a la librería y la tienda de comestibles del aeropuerto.

Están dirigiéndose hacia nosotras, gritando palabras como «¡Pare!» o «No puede entrar con un perro». Y, frente a ellos, corriendo mientras mueve los brazos a cada lado, está Cliff Burke.

Los pies se me anclan al suelo mientras observo cómo se vuelve más grande. Cada vez más cerca. Es él. Está aquí. Y tres metros por delante va mi perro.

Desvío los ojos hacia el borrón de pelaje blanco y negro. Rocket está corriendo a tanta velocidad que no veo si sus pies rozan el suelo. Las patas del *border collie* lo propulsan demasiado rápido como para que alguien pueda seguirle el ritmo.

Vuelve a ladrar, avanzando a mayor velocidad cuando nos sostenemos la mirada. Dejo caer el unicornio al suelo y me agacho justo a tiempo para que se lance a mis brazos.

Rocket gime contra mi pelo, me lame la cara y mueve el rabo con tanta intensidad que se le agitan las patas traseras. La mente me da

vueltas.

Las pisadas repiquetean más cerca y, cuando levanto la vista, Cliff está saltando sobre un banco con una mano antes de aterrizar con tanta fuerza que se tambalea. Suelto un grito ahogado, me cubro la boca con los dedos y me echo a reír al ver cómo hace un esprint hacia mí.

Por Dios, está aquí. Cliff está aquí.

El pecho, ancho, se le tensa bajo la camisa de franela con cada inhalación. Entonces, de repente, está de pie ante mí, con las manos sobre las rodillas y una sonrisa que avanza por sus mejillas.

—¿Me echabas de menos? —pregunta sin aliento.

—Pensaba que habías dicho…

—Sí, hablo demasiado —suelta con una carcajada.

Me coge de la mano y me ayuda a incorporarme. Paseo los ojos entre los suyos. Mi pecho sube y baja casi tan rápido como el de él. No sé cómo logro respirar. Lo único que sé es que está aquí.

A través de otra exhalación ahogada, dice:

—No te subas a ese avión.

—¿Qué?

—No te subas a ese avión, Michelle.

—No te…

—Te quiero.

Toda la calidez que me inunda el pecho me sube por el cuello, las orejas y las mejillas. Es abrumadora, abrasadora. Me quedo paralizada en el sitio, con los labios entreabiertos, incrédula.

Arquea las cejas y curva las comisuras de la boca en una sonrisa.

—Por Dios, te quiero —repite, negando con la cabeza—. Te quiero por cómo pones los ojos en blanco cuando hago un chiste

estúpido. Te quiero por cómo hablas con tu perro cuando crees que nadie te ve. Te quiero por cómo tomas café por la noche y no te disfrazas en Halloween. Y te quiero por lo bien que te portas con mis hijas. Me prometí a mí mismo que nunca obligaría a nadie a quedarse de nuevo, pero te quiero y debe de significar algo, ¿no? —Me sostiene la mirada e insiste con otro jadeo—: Debe de significar algo.

Me he quedado sin palabras. No consigo pensar. Rocket me presiona el hocico contra la pierna, pero sigo en shock, inmóvil.

—Eh… —Me humedezco los labios—. Cliff…

Poco a poco, de manera agonizante, su rostro se entristece.

—Lo siento —se disculpa—. Era… Ha sido… Yo…

—No quiero irme —lo interrumpo.

El pecho se le vuelve a hinchar.

—No quieres irte.

—No quiero irme —repito al tiempo que una lenta sonrisa se me extiende por el rostro—. Te quiero.

—¿Me quieres? —Y noto alivio, tristeza e incredulidad.

Ensancho aún más la sonrisa.

—Te quiero, Cliff.

Suspira y se le dulcifica la expresión cuando me acuna la mandíbula.

—Ah, gracias a Dios.

Entonces, me besa. Así, ese pequeño fragmento de corazón que se había llevado encaja en su lugar. Me hundo en él, le rodeo el cuello con los brazos y lo estrecho contra mí todo lo posible. Y quizá deberíamos parar porque tal vez montar una escena en un espacio público sea irresponsable y bochornoso, pero Cliff sigue besándome.

Incluso mientras los guardias nos rodean y empiezan a decir palabras que no logro descifrar. Incluso mientras Rocket ladra una y otra vez, saltando contra mi pierna. Incluso mientras la azafata me informa de que es mi última oportunidad para embarcar. Pero estoy tan perdida en Cliff que no me importa.

Un segundo después, se aleja, recupera el aliento y se pasa una mano por el pelo.

—Ay, Dios mío, lo siento, señorita. Se me ha olvidado presentarme. —Me tiende la mano—. Me llamo Cliff. No puedo creer que haya aparecido aquí y la haya besado. Ha sido muy maleducado por mi parte.

El corazón me sube a la garganta con tanta brusquedad que me arden los ojos. Deslizo la mano hasta la suya.

—Soy Michelle —digo—. Un placer conocerle.

Sigue estrechándome la mano.

—Dios, es preciosa —anuncia—. En realidad, creo que la quiero.

—Creo que yo también a usted.

Sigue estrechándome la mano.

Mira a los guardias de seguridad, de pie con los brazos cruzados.

Y sigue estrechándome la mano.

—Tengo que irme —comenta. Luego, se inclina hacia mí para musitarme—. Están a punto de arrestarme.

Me echo a reír.

—¿A ti o a Rocket?

—No debería haber dejado que un perro cruzara un aeropuerto corriendo.

—Supongo que no.

Cliff mira a Rocket y sonríe.

El animal mueve el rabo, golpeando la moqueta del aeropuerto. Vuelve a ladrar. Por una vez, sé con total precisión lo que está pensando.

Sonrío.

—Creo que Rocket quiere irse a casa.

—Sí, yo también.



Capítulo 47

MICHELLE

Mi nueva festividad favorita en Copper Run es Nochevieja.

Las estrellas de papel maché cuelgan sobre las tenues luces de las velas en la plaza. Los banderines blancos, dorados y negros giran y envuelven las farolas. Se ha montado una pequeña pista de patinaje sobre hielo en una esquina del parque, solo lo bastante grande para albergar a tres personas a la vez. Ha nevado hace unas horas, por lo que el hielo se aferra al suelo, de ahí que cada paso que demos sea un poco resbaladizo.

Cliff y yo corremos hacia el pequeño puesto con el cartel de la pastelería Burke's colgado en lo alto. La cola no es lo bastante larga como para que Cliff necesite ayuda, pero no querría estar en ningún otro sitio.

Abro la caja registradora y saco un par de centavos para George, entre cuyos dedos alberga un codiciado profiterol de chocolate. Extiendo la mano para posarle el cambio en la palma, pero niega con la cabeza.

—Quédatelo.

Lo vuelvo a meter en la caja registradora, que cierro con un clic,

antes de centrarme en Cliff, quien ya me está devolviendo la mirada.

—¿Qué? —pregunto con una carcajada.

—Te queda bien mi camisa de franela —comenta, y una de las comisuras de la boca se le curva en una media sonrisa.

Tiro de la manga ancha de su abrigo. Mi equipaje está en Seattle, donde es obvio que no estoy.

Llamé a Topsy's y le dije que debía declinar la oferta de empleo. Luego, le envié mi carta de renuncia a mi antiguo supervisor mientras, orgullosa, cambiaba la placa en la recepción de Bird & Breakfast para que dijera: MICHELLE CADELL, PROPIETARIA Y DIRECTORA.

Estamos investigando cómo conseguir que me devuelvan el equipaje, sobre todo porque contiene todas las prendas elegantes que tengo. Durante los últimos cuatro días, he estado llevando los tops de Sara bajo los jerséis inmensos de Cliff. No es demasiado, pero me sirven por el momento.

Me arrastro hasta él, apoyo la barbilla en su pecho y lo miro a los ojos azules.

—Estoy mejor sin ella —lo provoco.

Inspira con brusquedad y deja escapar una carcajada. Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—Te quiero. ¿Lo sabes?

—Puedes decírmelo cada minuto del resto de mi vida.

Se le oscurece la mirada y se inclina para susurrarme:

—Por Dios, te qui…

Pero Brittany aparece corriendo tras el puesto, tirando de la correa de Rocket. Los dos se agachan.

Cliff me mira antes de centrarse en su hija.

—Eh, ¿qué está pasando, Britt Britt?

La niña arruga la nariz.

—Luke no deja de seguirme.

Cliff suelta un suspiro mezclado con un grave gruñido. Una sonrisa se me extiende por la boca, aunque aprieto los labios para contenerla. No está preparado para que otro chico persiga a su hija, ni en sentido literal ni figurado. No puedo culparlo.

—Escóndete aquí todo el tiempo que quieras —digo, dándole un golpecito en la coleta, que se le balancea, antes de tirar de sus orejeras. No. Obstante, solo permanece en el puesto durante un par de segundos. Luego, echa a correr de nuevo. Los niños tienen poca memoria, supongo.

Sara aparece a continuación, jadeando, agotada.

—Siento llegar tarde. Estaba intentando ordenarlo todo.

—Te quedan… —Miro hacia el reloj enorme que emite un tictac desde el escenario improvisado sobre la multitud— treinta segundos.

Sara arquea las cejas.

—Entonces, he llegado justo a tiempo.

Estiro el brazo y le limpio de la frente un pequeño punto de pintura amarilla con el pulgar.

—Te has dejado un poco.

Se echa a reír.

—Gracias.

Cuando volví a Copper Run, Sara se trasladó de la suite del hotel a un apartamento vacante sobre la tienda de Betty, en la plaza. No sé cómo lo encontró tan rápido, pero Sara siempre ha tenido esa clase de encanto y resolución. La mitad del pueblo ya ha caído en sus redes y la otra mitad aún no la ha conocido.

En su estudio tiene el colchón hinchable de Bird & Breakfast en el

suelo y la ropa desparramada en una esquina. Las paredes ya están cubiertas de medio mural. Cuando Sara pinta, desaparece. Tuve que convencer a Betty para que me abriera cuando pasaron veinticuatro horas desde la mudanza de Sara y aún no habíamos sabido nada de ella. Se había quedado despierta toda la noche, pintando la mitad de una pared. La había convertido en una montaña soleada.

Ha decidido ayudar con el hotel, pero no es un trabajo a largo plazo. Sus sueños están en otro sitio. Ya está hablando de abrir un estudio para artistas locales en Copper Run. Winston se ha presentado voluntario en cuanto ha sabido del tema.

Miro a la multitud mientras Sara corre por ella.

Emily y Josh dan tres vueltas a la diminuta pista de hielo antes de que el chico se resbale y cause un «oooh» colectivo de los espectadores.

La chica lo ayuda a levantarse, avergonzada. Luego, siguen deslizándose y patinando por el hielo hasta que vuelven a caer al suelo. Carol tira de Emily para estabilizarla, frunciendo los labios, hasta que un cigarrillo le cuelga de una de las comisuras.

Lars aparece detrás de ella, se lo quita de la boca y lo lanza al suelo.

—Deja de ensuciar —se queja Carol, pero el pizzero se encoge de hombros, casual, se arrastra hasta nosotros y se inclina en el mostrador.

—Un dónut, por favor.

—Marchando —canturreo, estirando una mano para que Cliff lo deje sobre ella con una servilleta limpia.

—Todo tuyo.

Carol se acerca con otro cigarrillo entre los labios. Cliff suspira.

—Me prometiste que estabas tratando de dejarlo.

—Siempre lo hago, pero no dura mucho.

—Prueba de nuevo —interviene Lars, dándole un codazo.

La chica ladea la cabeza, desafiante.

—Es Año Nuevo —dice Cliff—. ¿No te apetece empezar de cero?

Observa el cielo oscuro de medianoche, como si se lo estuviera planteando. Después, se encoge de hombros.

—No, este año no.

Miro de reojo a Cliff. Supongo que ya somos dos. Cliff y yo hemos hablado mucho sobre empezar de cero, sobre lo que significa para mí, para nosotros, que me quede en Copper Run. Sin embargo, estamos intentando no planear con demasiada antelación. Queremos vivir el momento, el presente, en lugar del futuro y su ansiedad.

Por eso, por ahora me quedaré aquí con él. En este pueblo. En el hotel de mi madre. Mi hotel. Y es más que suficiente.

—Ay, ay, ¡ya va a empezar! —exclama Lars.

De repente, todo Copper Run comienza la cuenta atrás desde diez.

Nueve…

Lisa y George están solos, en el exterior de la valla blanca que rodea el parque, aferrados a una copa de champán y un profiterol. Brindan y sonríen.

Ocho…

Emily y Josh se han cogido de la mano junto a una farola. El chico la besa en la frente.

Siete…

Sara corre para unirse a nuestro padre al lado del reloj, cuela una mano en el hueco de su codo y apoya la cabeza en su hombro. Veo

cómo él inhala, tembloroso, y sonríe con lo que parece alivio cuando suelta el aire.

Seis…

Carol presiona la colilla contra el cenicero que corona la papelera. Saca del bolsillo el paquete, le da una vuelta, dos, y lo tira a la basura.

Cinco…

Cliff me rodea la cintura con los brazos. Cierro los ojos para absorber su aroma a canela y vainilla; los olores remanentes tras haber horneado dulces toda la tarde para venderlos en el puesto. Y, debajo, esa fragancia cítrica, exclusiva de Cliff.

Cuatro…

Me desliza las manos por la cadera, por la columna vertebral, por los hombros. Me toca, nunca deja de tocarme. Pero me encanta que lo haga.

Tres…

Me acuna la mejilla y me gira la cabeza para que lo mire.

Dos…

Estudio sus ojos, esos azules que vi desde el otro lado de la capilla. Un hombre al que conocí antes incluso de que nos presentáramos. Un hombre que me quiere igual que yo a él. Justo por quiénes somos. Con nuestros defectos.

Uno…

Los fuegos artificiales estallan en el cielo, crepitando y explotando cuando la boca de Cliff se encuentra con la mía.

Es oficial: estamos en 1998, un nuevo año, y planeo pasar cada día de él siendo tan feliz como me sea posible en brazos de una persona que me quiere. Creo que nos lo merecemos los dos.



Epílogo
ROCKET

OCHO AÑOS DESPUÉS

Este paseo es más largo. Llevamos años yendo al mismo edificio, pero ahora vamos más lejos, hasta un bloque más grande que no reconozco. Nunca nos hemos distanciado tanto.

La gente corre. Varias personas se bajan de un monopatín. Todos se ríen y caminan a nuestro alrededor. Alguien me da un golpecito en la cabeza, lo que me gusta, y lo reconozco. Es el tipo que ve la televisión de vez en cuando con Hija Pequeña. Los dos sonríen y ríen. Pero Hija Pequeña ahora mismo no se está riendo. Está de pie, con la correa entre sus dedos, mientras se muerde el labio. Algo sobre este edificio no le parece bien. El latido de su corazón es rápido, fuerte.

Tipo Divertido se acerca a ella. Dice algo que la empuja a darle un puñetazo en el hombro. Presiono el hocico contra su pierna porque, cuando me acaricia, su latido suele ralentizarse un poco y parece sonreír más. Pero Tipo Divertido dice algo irónico, como

siempre, y ella estalla en carcajadas.

Si no la ayudo yo, suele hacerlo él. En ese sentido, somos un equipo.

Hija Pequeña le pasa la correa a Tipo Divertido. Luego, se inclina para acariciarme la cabeza. No hago mucho, pero las palabras «buen chico» tienen sentido y me alegro porque eso significa que he hecho lo que necesitaba que hiciera y así me acariciará más.

Sí que soy un buen chico.

Tipo Divertido me mira y arquea una ceja. Tiene esa expresión curiosa, tan típica en él, con los ojos rodeados por una pincelada rosada. Me susurra algo y creo que entiendo «casa», lo que me alegra porque estoy cansado y me gustaría tumbarme. Hoy hemos dado un paseo largo. Supongo que aquí será donde pase ahora los días Hija Pequeña, en lugar de en el otro edificio. Me pregunto si será porque está más alta. Han ocurrido muchos cambios por eso.

Hija Pequeña y yo nos quedamos más a menudo en su guarida. Le gusta hablar mucho a través de una especie de caja, lo que significa que me acaricia durante más tiempo, así que no me importa. Sin embargo, coge palitos con pelo en los extremos y reparte cosas pegajosas por un papel. La primera vez que intenté lamerlas, me dijo que no volviera a hacerlo, así que he obedecido. Ahora reparte esas cosas pegajosas por cualquier parte y hay papeles por toda la pared. Tipo Divertido dice que es arte.

En otras ocasiones, me voy a otra guarida y me tumbo mientras ella hace arte porque no le gusta que lo pise. Esa guarida huele a Hija Descarada, aunque ya no vive con nosotros. Una vez, volvió durante un tiempo y todos fuimos al parque después de que se pusiera un largo traje blanco y le dijera algunas palabras a otra

persona. Luego, juntaron las caras y se fueron. No sé de quiénes pensaban que se estaban escondiendo porque todos vimos cómo ocurría. Después, los volvimos a ver unos minutos más tarde con comida y música. No cuestiono sus raros rituales.

Nos estamos acercando a «casa». Olfateo los lugares de siempre, asegurándome de que no hay ninguna novedad ni nadie nuevo por la zona. Algunas personas vienen y van, pero, por lo general, la «casa» huele a comida y a ella.

Tipo Divertido me guía por la hierba y sube las escaleras. Cuando me desata la correa, me dirijo hacia la derecha para cruzar la puerta con olor a comida.

Entonces, la veo. Mi Chica. Siempre siento que me he separado de ella demasiado tiempo.

Ahora mismo, está hojeando unos papeles en la mesa de la cocina. Lo hace a menudo y, en ocasiones, si veo que continúa así demasiado, le presiono el hocico para que salga conmigo. Pero ya está de pie, lo que me alegra porque no tengo energía para pisarle los talones todo el día.

Tipo Divertido camina detrás de mí. Siempre rodea con los brazos a Mi Chica. Es lo primero que hace. La aprieta contra sí una y otra vez hasta que, por fin, juntan las caras. En algunos casos, lo hacen durante mucho tiempo, por lo que me aburro y me voy a otra habitación donde me pueda acariciar otra persona. Sin embargo, hoy se separan bastante rápido, lo que me alegra.

Salimos de nuevo, hacia el asiento que se balancea, donde se dejan caer. Espero a que se estabilice antes de saltar entre ellos y enterrar el hocico en el regazo de Mi Chica. Siempre huele mejor que todos los demás.

Hace años, dentro de ella había un latido extra, lo que me hacía sentir incómodo. Me daba miedo que estuviera enferma o algo. Pero, entonces, un día se detuvo y ese mismo ritmo empezó a surgir de una cama alta en la guarida de Mi Chica. El ser que se arrastraba dentro olía a Mi Chica y se parecía a Tipo Divertido, así que supuse que Tipo Nuevo no era un riesgo. Además, se ríe como solía hacerlo Hija Pequeña y me encanta ese sonido. Ahora Tipo Nuevo es más alto y a veces me persigue. Es divertido. Ojalá pudiera jugar durante más tiempo, pero últimamente me quedo sin aliento al correr. Prefiero sentarme en el porche, sobre todo con estos dos.

Tipo Divertido dice cosas que hacen que Mi Chica estalle en carcajadas. Me encanta. Cuando nos conocimos, nunca se reía. Siempre estaba muy callada. Había otra persona con ella, pero se fue y casi no me acuerdo de él. Solo sé que cuidamos el uno del otro y ahora nos sentamos todos los días aquí fuera, felices, lo que es genial.

Mientras tenga a Mi Chica y Tipo Divertido la haga reír, no me voy a quejar. Ni un poquito.

DISFRUTA DE ESTA ESCENA EXTRA

EXCLUSIVA DE NOCHEVIEJA



31 de diciembre

de 1999

BRITTANY

El mundo se está acabando. Al menos eso es lo que me dice Emily todas las noches antes de que me acueste. Dice que tiene relación con algo de los ordenadores, que dejarán de funcionar. Dice que la oscuridad será total y que hay una canción de una banda llamada R.E.M. que lo ha predicho.

Papá se queja de que me esté asustando, pero, cuando Shell y yo fuimos a la tienda de la esquina a por leche hace unos días, todos los estantes estaban vacíos. Cuando se lo contamos a la tía Carol, de inmediato llamó a papá para preguntarle si deberíamos ir a otro pueblo a ver si les quedaba algo.

Papá se echó a reír, igual que Shell. Su risa me hizo gracia. Papá dijo que la leche se cortaría si la nevera se estropeaba. Shell le aseguró a la tía Carol que los ordenadores no funcionaban así, pero ella se subió al coche y el mejor amigo de papá, Lars, dijo que la acompañaría a por leche, aunque no dejaba de reírse mientras se

alejaban.

Ahora falta un minuto para medianoche y estoy tumbada boca abajo en la cama de la habitación de Shell, con los pies en el aire, y no puedo evitar la tensión en el pecho por la cuenta atrás de la televisión.

—Mi madre ha comprado un montón de pan y agua —presume Luke, quien balancea los pies desde el borde de la cama.

Los adultos, en el salón, hacen mucho ruido y a Rocket no le gusta, por lo que he venido a la habitación de Shell para ver con él cómo cae la bola en la televisión. Luke me ha seguido. Por alguna razón, papá ha dicho que debíamos dejar la puerta del dormitorio abierta. No estoy segura de por qué es importante, pero ha insistido en que «os estáis haciendo demasiado mayores», lo que me ha parecido raro. Bueno, da igual.

—¿Vosotros habéis comprado agua? —pregunta Luke.

Suelto un bufido.

—Mi padre dice que es una tontería estar asustados.

Incluso Rocket deja escapar un suspiro. Seguro que está de acuerdo. Luke no.

—Bueno, quizá el tonto es él.

—Mi padre no es tonto.

—Sí lo es.

—Cállate.

—Oblígame.

Le doy un empujón en el brazo, pero así solo consigo hacer que se ría. Luke siempre se ríe cuando me saca de quicio. Emily no deja de provocarme con que quizá le gusto, pero eso no tiene sentido. No me molestaría tanto si le gustara.

La madera cruje cuando alguien cruza el pasillo. Luke y yo intercambiamos una mirada antes de curiosear tras la esquina. Es la tía Carol, que retuerce las manos con un suspiro. Parece demasiado preocupada como para darse cuenta de que estamos aquí. O quizá haya demasiado ruido en la casa.

—¿Ves? —me susurra Luke—. Sabe que el mundo se va a acabar.

—Shhh —siseo.

Quizá la tía Carol sepa algo que ninguno de los dos sabemos. Las tablas del suelo vuelven a crujir y el mejor amigo de papá recorre el pasillo. Lars tiene un bigote muy gracioso que siempre se mueve cuando se ríe y ahora mismo su sonrisa es inmensa.

Se detiene ante la tía Carol y cruza los brazos.

—¿De verdad estás asustada? —le pregunta con una carcajada.

Mi tía presiona los labios mientras lo aparta, igual que he hecho yo con Luke. A lo mejor Lars es tan pesado como él.

—No tenemos ni idea de cómo funcionan los ordenadores —se lamenta.

Lars le coloca una mano reconfortante en el antebrazo.

—Eso son tonterías. Lo sabes, ¿no?

—No, no es cierto.

Desde el salón, todos empiezan la cuenta atrás. La medianoche ya casi está aquí. Lars sonríe. Sus sonrisas siempre son muy agradables.

—Contemos juntos —le propone, dibujándole una línea en el antebrazo con el dedo.

La tía Carol centra los ojos en su mano. Me pregunto si le preocupará que se esté limpiando en ella. Lars siempre tiene los dedos pegajosos por el glaseado de los dónuts. Pero creo que papá

ha hecho tarta en lugar de dónuts esta noche.

—Estás intentando asustarme más —dice.

—O estoy intentando distraerte.

Suelta un bufido, como si no lo creyera. Pero sí que me parece que está siendo majo. Miro hacia la bola brillante en la tele, que se acerca cada vez más a la multitud en Nueva York.

—Ocho segundos para el fin del mundo —canturrea Luke.

Gruño.

—Para.

—Cuatro… Tres…

—Luke, ¡para! —gimo.

La cuenta atrás parece más lenta de lo normal. Intento recordar que papá me ha dicho que no tengo que preocuparme, pero quizá todo se acabe.

—Uno…

Se oye un estallido en el salón y todos vitorean. «¡Feliz Año Nuevo!». Me quedo paralizada, esperando una explosión en el exterior o quizá la oscuridad total. Sin embargo, todo sigue igual.

Observo cómo Lars rodea las mejillas de la tía Carol con sus enormes manos. Sonríe.

—¿Ves? —dice—. Feliz Año Nuevo.

Mi tía pestañea, como si estuviera en shock. Sin embargo, algo me dice que no es porque los ordenadores no hayan explotado. Nunca he visto a Lars tan cerca de ella. Parece que Carol tampoco ha experimentado nada igual.

—¿Qué estás…? —Entonces, Lars se inclina hacia delante y la besa.

Luke de inmediato suelta un «¡puaj!».

Entonces, las luces y la televisión se apagan.

El mundo se queda a oscuras. Luke grita, lo que me hace chillar, y la tía Carol nos imita. Los fuegos artificiales estallan en el exterior. Rocket se apresura hacia el baño, donde araña con las uñas la madera. Se oye un «clonc». Creo que se ha metido en la bañera.

—Te lo dije —le dice la tía Carol a Lars.

En apenas un segundo, las luces se vuelven a encender. El calefactor se activa y cobra vida de nuevo con un zumbido. Desde el salón, las risas cruzan la casa, seguidas de un grito de Shell: «¡Cliff!».

En el pasillo, Lars estalla en carcajadas.

«¿No se ha acabado el mundo? ¡No se ha acabado el mundo!».

A Carol le cambia la cara.

—¿No es… el fin del mundo?

—El capullo de tu hermano ha apagado las luces —se ríe Lars—. Ha intentado asustarnos a todos.

Entonces, Carol se echa a reír, dudosa.

—Es… Es tonto —dice con voz temblorosa.

—Le viene de familia —replica Lars.

Se miran el uno al otro durante mucho tiempo antes de que la tía Carol lo tome de la cara y lo bese. Espero sentir el mismo asco que Luke, pero sonrío. Me parecen monos. Algo típico de una película de princesas. Me pregunto si la tía Carol se sentirá como una princesa.

Quizá sea una tontería. A lo mejor le parezco tonta a Luke. Lo miro, pero tiene los ojos como platos y contempla el televisor apagado.

—¿No es el fin del mundo? —pregunta sin aliento.

De repente, todo me resulta muy divertido.

—Has gritado —digo.

Luke niega con la cabeza, como si volviera a la realidad. Frunce el ceño.

—No es verdad.

Me echo a reír.

—Eres un gallina.

—Bueno…, tú también has gritado.

No puedo parar de reír y, al final, se lo contagio. Los dos nos dejamos caer en la cama con un ataque de carcajadas que no conseguimos detener. Cada una me hace sentir más ligera que la anterior hasta que toda la tensión que me presionaba el pecho flota por la habitación.

—¿Quieres ir a ver los fuegos artificiales? —pregunto.

Sigue riéndose.

—Claro.

Rocket sale del baño de puntillas.

—¿Quieres venir, Rocket?

Desaparece de nuevo, pero no pasa nada. Ya se dará cuenta de que Emily se equivocaba. No es el fin del mundo. Estamos todos bien.



Agradecimientos

Siempre espero que a los lectores y a las lectoras les encanten mis historias. Por eso las escribo. Sin embargo, a mitad de este libro, me descubrí pensando: «Si soy la única persona a la que les gustan Cliff y Michelle, tampoco me importará». Ahí fue cuando entendí que a) Esta historia se ha quedado para siempre con un pedazo de mi corazón y b) Corría el riesgo de no ser consciente de sus fallos. Por suerte, tengo unos amigos, familiares y editores increíbles que se aseguran de que no sea así y que se merecen todo el amor que pueda darles (¡y más!).

Gracias a mi fantástica agente, Kimberly, por ser la puta ama en su trabajo, por convertir mis sueños en realidad, por tener una paciencia infinita y por apoyarme mientras me abría paso en el proceso tradicional de publicación como el cervatillo recién nacido que soy.

Gracias al maravilloso equipo de Berkley que trabajó para que Copper Run viera la luz. Gracias a mis estupendas editoras, Sarah y Liz, por querer tanto a Cliff y a Michelle como yo. Gracias por creer en todas mis estúpidas ideas.

Una mención especial a mi excelente editora indie, Jovana. Prometo que quité unos cincuenta mil «solo» en esta historia. Eres un ángel.

A mi editora de contenido, Becca. Te confío mi vida y mis libros, que son básicamente lo mismo. Te quiero.

Jenny B., eres el pegamento que mantiene unidos los fragmentos de mi cordura. Gracias por escuchar siempre mis mensajes de voz en los que entro en pánico, por compartir conmigo tu amor por los macarrones con queso cuando ambas los necesitamos y por redirigir al hámster alocado que corre en una rueda dentro de mi cerebro, que siempre intenta hacer malabares con cincuenta ideas disparatadas.

A mi padre por inspirar a todos los padres admirables sobre los que escribo.

A Rusty por disfrutar de la nostalgia tanto como yo.

A Allie por ser el amor platónico de mi vida.

A Jillian, mi rayo de sol.

A Caroline, mi alma gemela en vacaciones.

A Jere, mi capricornio soñador e idealista.

Gracias a mi equipo de lectores beta: Jenny, Allie, Angie, Carrie, Emily, Elizabeth, Erin, Rebecca, Caroline y Kolin. Una mención especial a Danielle y Jenny Z., por comprobar la precisión de mis referencias a los noventa.

A mi comunidad lectora y a todos los lectores de romances bonitos, gracias por vuestro apoyo interminable y vuestra pasión por la lectura.

Por último, como siempre, gracias a mi marido, a mi roquero punk de los noventa. Gracias por apoyarme con todas mis locuras,

como que Yoda era un gnomo. Por escuchar cuando, de forma aleatoria, empiezo a contarte ideas para alguna historia en mitad de un maratón de *Supervivientes*. Por ver infinitas películas y documentales de los noventa mientras escribía esta novela. Por mantener nuestras vidas a flote cuando debía cumplir la fecha de entrega. Eres la razón por la que me encanta escribir *friends to lovers*. Gracias por ser mi mejor amigo desde siempre. Te quiero, me gustas, te quiero.

Coge tu vela otoñal favorita, acurrúcate bajo una manta mullida y viaja en el tiempo hasta 1997 con esta acogedora historia de amor, ambientada en el resplandor otoñal de un pueblecito de Vermont.



Mi nuevo vecino, Cliff, parece tenerlo todo bajo control. ¿Es el chico de oro de este pequeño pueblo? Por supuesto. ¿Es un padre soltero extraordinario? Por supuesto. ¿Tiene unos tentadores brazos de pastelero? No me he fijado, lo juro.

Y luego estoy yo, que no tengo nada bajo control. Créeme, no pensaba que ocuparme de un *bed and breakfast* en Copper Run, el sueño de mi madre, fuera tan difícil. Iba a ser un buen sitio en el que poder recuperarme tras mi divorcio, pero, al parecer, mis pasteles son un desastre, igual que mis habilidades para las charlas intranscendentes.

Es imposible escapar de Cliff. Sabe justo lo que necesita todo el mundo en todo momento. Su encanto, su manera de llevar esas camisas de franela e incluso sus dulces hacen que resulte muy complicado no querer tenerlos a él y a sus hijas entre tus amigos.

¿Amigos? A ver, puedo hacer amigos. No hay problema. Si no fuera porque dentro de tres meses me marcho para conseguir el ascenso en Seattle por el que tan duro he trabajado y cederé la dirección del *bed and breakfast* a mi hermana. Entonces… ¿por qué no dejo de pensar en besar a mi irresistible vecino?

Julie Olivia, escribe reconfortantes historias de amor llenas de humor, escenas picantes y grupos de amigos muy unidos que se sienten como un cálido abrazo en forma de libro. Es una apasionada de las montañas rusas, una amante de los dónuts rellenos de limón y una ávida lectora de novelas románticas.

Julie vive en Atlanta, Estados Unidos, con su gato y con su marido, que tiene una voz grave que te deja sin aliento.



Título original: *If It Makes You Happy*

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Julie Olivia
La autora hace valer sus derechos morales
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Cristina Zuil, por la traducción
Ilustraciones de interiores: iStock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del original de Lila Selle
Ilustración de portada: © Eva García

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88222-94-8

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinlibros
X: @penguinlibros
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Un otoño para ser feliz

Nota de la autora

Lista de reproducción

Prólogo

Septiembre de 1997

- Capítulo 1. Cliff
- Capítulo 2. Michelle
- Capítulo 3. Cliff
- Capítulo 4. Michelle
- Capítulo 5. Cliff
- Capítulo 6. Michelle
- Capítulo 7. Michelle

Octubre de 1997

- Capítulo 8. Cliff
- Capítulo 9. Michelle
- Capítulo 10. Cliff
- Capítulo 11. Michelle
- Capítulo 12. Michelle
- Capítulo 13. Cliff
- Capítulo 14. Michelle
- Capítulo 15. Cliff

Capítulo 16. Michelle
Capítulo 17. Cliff
Capítulo 18. Michelle
Capítulo 19. Cliff
Capítulo 20. Michelle
Capítulo 21. Cliff
Noviembre de 1997
Capítulo 22. Michelle
Capítulo 23. Cliff
Capítulo 24. Michelle
Capítulo 25. Michelle
Capítulo 26. Cliff
Capítulo 27. Michelle
Capítulo 28. Michelle
Capítulo 29. Cliff
Capítulo 30. Michelle
Capítulo 31. Cliff
Capítulo 32. Michelle
Capítulo 33. Michelle
Capítulo 34. Cliff
Diciembre de 1997
Capítulo 35. Michelle
Capítulo 36. Cliff
Capítulo 37. Cliff
Capítulo 38. Cliff

Capítulo 39. Michelle
Capítulo 40. Cliff
Capítulo 41. Michelle
Capítulo 42. Cliff
Capítulo 43. Michelle
Capítulo 44. Michelle
Capítulo 45. Cliff
Capítulo 46. Michelle
Capítulo 47. Michelle
Epílogo. Rocket
Disfruta de esta escena extra exclusiva de nochevieja
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Julie Olivia
Créditos